

BOLSKAN

REVISTA DE ARQUEOLOGIA OSCENSE

7



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES

DIPUTACIÓN DE HUESCA

BOLSKAN

Revista de Arqueología del Instituto de Estudios Altoaragoneses



Núm. 7

**(Reedición de las Actas de la I Reunión de Prehistoria Aragonesa)
(Huesca, 1981)**

HUESCA

MCMXC

I REUNIÓN DE PREHISTORIA ARAGONESA (HUESCA, 1981)

Presidente de Honor: Dr. D. Antonio Beltrán.

Secretario y Coordinador: Vicente Baldellou.

Con la colaboración de las siguientes entidades:

Universidad de Zaragoza.

Universidad del País Vasco.

Universidad Autónoma de Barcelona.

Colegio Universitario de Huesca.

Museo de Zaragoza.

Museo de Teruel.

Museo de Huesca.

Ponentes:

ATRIÁN, Purificación (Museo de Teruel).

BALDELLOU, Vicente (Museo de Huesca).

BARANDIARÁN, Ignacio (Universidad del País Vasco).

BELTRÁN, Antonio (Universidad de Zaragoza).

BELTRÁN, Miguel (Museo de Zaragoza).

CAVA, Ana (Universidad del País Vasco).

DOMÍNGUEZ, Almudena (Colegio Universitario de Huesca).

EIROA, Jorge Juan (Universidad de Zaragoza).

MAYA, José Luis (Universidad Autónoma de Barcelona).

UTRILLA, Pilar (Universidad de Zaragoza).

ÍNDICE

<i>Introducción</i> , por Vicente Baldellou	7
<i>Prehistoria de la provincia de Zaragoza</i> , por Miguel Beltrán Lloris ..	9
<i>Esquema de la provincia de Teruel desde el Paleolítico a la primera Edad del Hierro</i> , por Purificación Atrián Jordán	23
<i>Prehistoria de Huesca: rasgos generales</i> , por Vicente Baldellou	31
<i>Paleolítico y Epipaleolítico en Aragón. Estado de la cuestión</i> , por Pilar Utrilla Miranda	45
<i>Arte rupestre prehistórico en Aragón</i> , por Antonio Beltrán	57
<i>El Neo-eneolítico altoaragonés</i> , por Vicente Baldellou	67
<i>Neolítico y Eneolítico en las provincias de Teruel y Zaragoza</i> , por Ignacio Barandiarán y Ana Cava	113
<i>Síntesis de la Edad del Bronce en las provincias de Zaragoza y Teruel</i> , por Almudena Domínguez Arranz	141
<i>La Edad del Bronce y la primera Edad del Hierro en Huesca</i> , por José Luis Maya González	159
<i>Consideraciones acerca del estado actual de los estudios sobre la Edad del Hierro en las provincias de Teruel y Zaragoza</i> , por Jorge Juan Eiroa	197

INTRODUCCIÓN

El número siete de la revista *Bolskan* se dedica a reeditar íntegramente las ponencias presentadas a la I Reunión de Prehistoria Aragonesa, la cual se celebró en Huesca a inicios del año 1981, organizada por el Museo Arqueológico Provincial.

Evidentemente, los textos que en este volumen se vuelven a publicar han sufrido todos ellos el inexorable paso del tiempo. A partir del momento de su redacción, las novedades dentro del campo de la arqueología aragonesa han sido múltiples e importantes y han dado lugar a la adquisición de nuevos datos que han hecho variar, en mayor o menor medida, los conocimientos que por aquel entonces se tenían sobre el devenir histórico más antiguo de nuestra región.

No obstante, he tomado la decisión de proceder a la reimpresión de las ponencias por diferentes razones: porque, a pesar de la aparición de nuevas informaciones, los enfoques generales de los textos siguen manteniendo buena parte de su validez; porque, a causa de un menguado presupuesto, la primera edición de la Reunión tuvo que ser forzosamente limitada, agotándose por completo a los pocos días; porque, a raíz de la citada circunstancia, los pedidos de la obra original han sido numerosos y continuados, pedidos que, cosa hasta cierto punto sorprendente, se han prolongado hasta la actualidad.

En consecuencia, la I Reunión de Prehistoria Aragonesa vuelve a ver la luz a través de *Bolskan*. De esta forma —vuelvo a añadir razones a las que acabo de exponer—, bibliotecas y centros de investigación especializados que no pudieron hacerse con el tomo primitivo, a causa de su escasez, podrán ahora disponer de él. Asimismo, estudiantes y estudiosos a los que fue imposible surtir de ejemplares, tendrán ocasión de poseerlos y de utilizarlos como herramienta de trabajo.

Sólo me queda volver a insistir en un punto que ya he señalado: tenga en cuenta el lector que los escritos que tiene en sus manos fueron redactados en 1980 y que la ciencia arqueológica aragonesa ha progresado mucho

desde entonces. Esta reedición, sin embargo, es algo más que un simple testimonio del pasado, es también el reflejo de un considerable esfuerzo por parte de los autores, para compendiar y estructurar por primera vez diversas documentaciones y para producir una obra que pasó a ser de imprescindible consulta para todos los especialistas en la prehistoria de nuestro país. Al parecer, esta característica no se ha perdido todavía.

Vicente BALDELLOU

Director de *Bolskan*

PREHISTORIA DE LA PROVINCIA DE ZARAGOZA

*Miguel Beltrán Lloris**

Dentro de las directrices marcadas por la coordinación del presente symposium de Prehistoria aragonesa promovido por el Museo de Huesca, nos limitaremos a la exposición de las líneas maestras de la Prehistoria zaragozana, atendiendo fundamentalmente a las lagunas más ostensibles en nuestro conocimiento, y con el ánimo de señalar las vías de trabajo e investigación más urgentes en este terreno. El tratamiento amplio de las diversas etapas culturales por los diversos especialistas en la materia nos ahorrará abundantes digresiones.

1. INTRODUCCIÓN

En la línea de cosas enunciada, y en un trabajo de tipo general como el presente, que no pretende profundizar en cada una de las materias que se aborden, conviene tener como punto de partida inevitable, los diversos trabajos de carácter general y síntesis que sobre el territorio aragonés se han realizado, y en donde se contienen como es lógico las precisiones correspondientes a la provincia de Zaragoza.

Es obligado por una parte referirse al trabajo de Antonio BELTRÁN, *Investigaciones Arqueológicas en Aragón*,¹ que representa la primera síntesis válida para nuestro territorio, asimilando en el trabajo los estudios y

* Museo de Zaragoza.

¹ BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1951), «Las investigaciones arqueológicas en Aragón», *Caesaraugusta*, 1, Zaragoza.

precedentes inmediatos, sobre todo de BOSCH GIMPERA y de GALIAY SARANAÑA.

En la misma línea se sitúa la obra del mismo autor con el título, *Aragón y los principios de su Historia: síntesis de Arqueología Aragonesa*² donde se recoge el planteamiento total de los temas hasta el año 1974. La reapertura del Museo Provincial de Zaragoza, y la elaboración de la Guía correspondiente, facilitaron al autor de estas líneas la posibilidad de redacción de una síntesis alusiva exclusivamente a la provincia de Zaragoza, y atendiendo a las novedades producidas hasta el momento.³ Dicho trabajo, nos ha servido ahora, en toda lógica, como punto de partida para el presente.

Casi al mismo tiempo aparecía otra síntesis, debida a nuestro compañero Manuel Antonio MARTÍN BUENO, y referida a la totalidad de las tierras aragonesas,⁴ con importante síntesis del desarrollo de las investigaciones y de los distintos tipos de fenómenos generales.

Con posterioridad, en el año 1980 en las Segundas Jornadas sobre el Estado actual de los Estudios sobre Aragón, aborda de nuevo Antonio BELTRÁN la síntesis correspondiente a la Arqueología aragonesa, dedicando la primera parte a la etapa prehistórica, lógicamente dentro del esquematismo que dicho trabajo contemplaba.⁵ Paralelamente se ha venido gestando, y en estos momentos se halla próxima su aparición, el *Atlas del Aragón Antiguo*, patrocinado por la Institución Fernando el Católico, que en sus primeros dieciocho títulos resume los tiempos prehistóricos de forma divulgativa, pero dentro del mayor rigor científico.⁶

Por último hemos de saludar la reciente aparición de la obra patrocinada por la Caja de Ahorros de la Inmaculada, *Aragón en su Historia*, en cuya

² BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1974-75), *Aragón y los principios de su Historia*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.

³ BELTRÁN LLORIS, M. (1976), «Museo de Zaragoza, Secciones de Arqueología y Bellas Artes», *Guías de los Museos de España*, XLI, Madrid.

⁴ MARTÍN BUENO, M. A. (1977), «Aragón Arqueológico. Sus rutas», *Col. Aragón*, Zaragoza.

⁵ BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1980), «Arqueología Aragonesa», *II Jornadas sobre el Estado Actual de los Estudios sobre Aragón*, Zaragoza.

⁶ Los mapas que afectan a la época que tratamos son los siguientes: 1. *Geología* (P. CASADO); 2. *Paleolítico* (P. UTRILLA); 3. *Epipaleolítico* (P. UTRILLA); 4. *Arte rupestre prehistórico* (A. BELTRÁN); 5. *Yacimientos prehistóricos de los valles de la Huerva y Jiloca* (F. BURILLO); 6. *Yacimientos prehistóricos del valle del río Algás* (F. J. MONTÓN); 7. *Neolíticos* (M. T. ANDRÉS); 8. *Hachas pulimentadas* (P. UTRILLA); 9. *Eneolítico* (M. T. ANDRÉS); 10. *Sepulcros del neolítico y eneolítico* (M. T. ANDRÉS); 11. *Vaso Campaniforme* (G. MORENO); 12. *Plena Edad del Bronce* (M. P. CASADO); 14. *La Muela de Borja* (I. AGUILERA); 15. *I Edad del Hierro* (J. A. HERNÁNDEZ); 16. *Cabezo de Monleón* (A. BELTRÁN); 17. *Hallstatt: cerámica excisa y del Boquique* (J. A. HERNÁNDEZ); 18. *Hallstatt: fibulas, morillos, cerámica pintada y kernoi* (J. A. HERNÁNDEZ).

primera parte sintetiza Antonio BELTRÁN lo correspondiente a la prehistoria.^{6bis}

La aparición de los estudios mencionados evidencia por una parte el interés por el fenómeno Aragón, en sus distintas vertientes, y fundamentalmente, la vitalidad de la investigación científica llevada a cabo en nuestro territorio, y encomendada principalmente a los correspondientes Departamentos de nuestra Universidad y las secciones de prehistoria y arqueología de nuestros Museos Provinciales. El nivel de investigaciones y trabajos se desarrolla con tal rapidez, que mucho nos tememos que estas líneas generales queden rebasadas rápidamente.

2. EL MEDIO FÍSICO

Los territorios que integran hoy la provincia de Zaragoza, se incluyen en diversas unidades físicas de carácter específico, cuya influencia en los diversos grupos humanos que las ocuparon, fue primordial.

Predomina sobre ellas la depresión central, formada por una gran fosa tectónica entre la meseta y el Pirineo; en ella se advierten dos áreas principales: por una parte los somontanos al pie de las cordilleras marginales, pirenaico e ibérico, y por otra la zona central, interrumpida por una serie de muelas y sierras como formas de relieve residual. Los materiales geológicos son areniscas, calizas, margas y yesos socavados por la erosión fluvial del cuaternario y rellenos en su parte baja por acumulaciones de depósitos fluviales, fácilmente cultivables.

Toda la red fluvial secundaria (Arba, Gállego, Huecha, Jalón, Huerva, Martín, Guadalope) y sobre todo el propio Ebro, constituyen caminos inmejorables⁷ en todo tiempo, uniendo además todos los valles transversales de la cordillera pirenaica y siendo constantemente los lugares de mayor densidad de habitación, con establecimientos humanos en sus alturas, dominando las tierras de labor, sobre todo en los cursos medios y bajos.⁸ Esta densidad de población fue una constante de dichas áreas sumamente receptivas a las diversas influencias culturales procedentes de los territorios marginales y sobre todo de los pasos extremos del Ebro.

^{6bis} BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1980), «Aragón Prehistórico», en *Aragón en su Historia*, Zaragoza, 20 ss.

⁷ BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1961), «El río Ebro en la antigüedad», *Caesaraugusta*, 17-18, Zaragoza.

⁸ Sobre la geografía del valle del Ebro, puede verse, CASAS TORRES, J. M., «El valle del Ebro», en *Geografía de España y Portugal*, t. IV, 2.ª parte, 8 ss.

No deja de ser importante el hecho de la casi total ausencia de hallazgos de los primeros tiempos de la prehistoria en un territorio llano, carente de grandes formaciones de cuevas, que prestarán la forma propia de habitación para el paleolítico y el neolítico. La explotación de las posibilidades agrícolas de los terrenos llanos, y la mejor propiciación de la caza en las zonas altas y abruptas son fenómenos de enorme interés de los cuales dependen los modos de vida de nuestras antiguas poblaciones, con hábitos ganaderos y cazadores fundamentalmente para las poblaciones establecidas en los valles altos durante la Edad del Bronce; las tierras bajas de labor comenzadas a propiciar desde la Edad del Bronce fundamentalmente, se incrementaron sobremedida durante la etapa hallstática, a juzgar por la densidad de yacimientos y su distribución, conjugando este elemento económico con la metalurgia, cuyas raíces y fijación en el bronce serán notables y dominantes.

El contraste entre las poblaciones pastoriles y ganaderas predominantemente debió ser notable en determinados territorios y especialmente en el comienzo de la Edad del Hierro, como documenta el valle de la Huecha, con poblaciones de la *Edad del Bronce* practicando hábitos de cazadores y pastores en el valle alto, frente a los establecimientos esencialmente agrícolas del curso medio y bajo.

3. EL PALEOLÍTICO

Es el período cultural más amplio de nuestro pasado, y sobre el que poseemos actualmente el mayor desconocimiento, ignorancia que debe ser suplida con los hallazgos y descubrimientos realizados en la periferia de nuestra provincia, en cuya mención, y por razones obvias, no vamos a entrar.

Las noticias siguen siendo sumamente fragmentarias y sin la continuidad y desarrollo requeridos. Así, en el terreno paleontológico, reseñemos una defensa de elefante (*Elephas meridionalis*), encontrada en las graveras de Garrapinillos, y cuyo medio estratigráfico pudo formarse en el interglacial Mindel-Riss.⁹

En lo referente a útiles de este período, únicamente disponemos de referencias poco seguras. Por una parte las industrias en sílex y sobre todo cuarcitas de Cadrete (terrazas de la Huerva), con hendidores primitivos, discos raspadores, un bifaz y piezas asimilables al matritense, según descripción de B. SÁEZ, recogida por BARANDIARÁN,¹⁰ y además las piezas sueltas de

⁹ BARANDIARÁN MAESTU, I. (1975), «El abrigo de Eudoviges (Alacón, Teruel)», Noticia Preliminar, *Miscelánea Arqueológica*, Zaragoza, 29.

¹⁰ BARANDIARÁN MAESTU, I. (1975-76), «Yacimiento musteriense del covacho de Eudoviges (Teruel)», *Tabona*, 3, La Laguna, 107.

probable, pero muy dudosa, ascendencia inferopaleolítica de Valcardera (Tarazona).

Nuestro desconocimiento, pues, de la etapa paleolítica resulta total, debiendo dirigirnos a otras áreas cercanas para poder ilustrar este aspecto en la provincia de Zaragoza.

4. EL MESOLÍTICO

En el terreno práctico, sólo el importante yacimiento de Costalena en Maella permite rellenar este ambiente, gracias a las excavaciones de I. BARANDIARÁN, todavía inéditas, salvo algunas notas de divulgación marginales. La importancia de las secuencias obtenidas en dicho lugar, permite observar los niveles desde el epipaleolítico hasta el Bronce, con niveles intermedios de industrias epipaleolíticas geométricas y de neolítico cardial, que se complementan extraordinariamente con los hallazgos de la Botiquería dels Moros. El nivel 2 de la Botiquería, fechado por el C14 en el 5600, permite encajar con el horizonte de la Cueva de la Cocina I, del 6000 al 5000,¹¹ ilustrando de paso el mismo momento cronológico para Costalena.

Según los materiales expuestos en el Museo Arqueológico de Zaragoza, por gentileza de su excavador, a pesar de su carácter inédito:¹² de la primera etapa epipaleolítica se conocen, lascas simples de sílex y piezas labradas toscas con retoques bifaciales y raederas; viene a continuación un momento epipaleolítico geométrico, nivel ciertamente fecundo en Costalena, con lascas de muescas y trabajadas con retoque sobreelevado, además de industrias microlíticas y geométricas, con raspadorcitos, microburiles, trapecios largos, hojitas de dorso, etc.

Junto al yacimiento mencionado puede nombrarse el de Noguera en Fabara,¹³ con industrias de hojas de posible base epipaleolítica, y en el mismo Matarraña el Balcón de Rabinat (Fabara), con hojas sencillas sirviendo de base para otras retocadas.¹⁴

¹¹ BARANDIARÁN MAESTU, I. (1979), «El epipaleolítico geométrico en el Bajo Aragón, XV», *CNA, Zaragoza*, 125 ss; id. (1976), «Botiquería dels Moros (Teruel). Primera fechación absoluta del complejo geométrico del Epipaleolítico mediterráneo español», *Zephyrus*, XXVI-XXVII, Salamanca, 183 ss.

¹² Los materiales se encuentran expuestos en la vitrina 5 de la Sala I. Agradecemos una vez más a I. BARANDIARÁN la comunicación de los datos que mencionamos.

¹³ VALLESPÍ, E. (1953), «Nuevos materiales para el estudio de la arqueología bajoaragonesa. El abrigo de la Noguera (Fabara)», *Caesaraugusta*, 2, Zaragoza, 127 ss.

¹⁴ VALLESPÍ, E. (1957), «Nota al Balcón del Rabinat, Fabara», *Caesaraugusta*, 7-8, Zaragoza, 155 y ss.

La zona de Caspe-Maella se presenta particularmente rica en talleres cuya filiación habrá que asegurar, adscribiéndose algunos de ellos al momento epipaleolítico,¹⁵ por más que su investigación sistemática y su valoración consiguiente estén pendientes de realización.

5. EL NEOLÍTICO

Nuevamente hemos de referirnos al vital yacimiento de Costalena, pues su nivel *c I* es hasta ahora el único testigo con garantías para conocer la etapa de la cerámica cardial y de las decoraciones impresas, con muestras de cerámicas toscas y progresión lenta hacia el neolítico cerámico.

Exceptuando este caso el resto de las estaciones descubiertas o estudiadas superficialmente, remite a un confuso período entre el neolítico final y la Edad del Bronce, términos que habrá que distinguir antes de seguir manejando los datos de Luesia y Lobera en las Cinco Villas, publicados por MALUQUER,¹⁶ o los diversos hallazgos de Sádaba, Alhama de Aragón o Calatayud.¹⁷ En la misma situación están los talleres de sílex al aire libre de Valdonsella, con los centros de Campo del Saso (Gordué), Cantera de los Almendros, Las Saleras de Gordún, o los Villares de Samper, etc.,¹⁸ además de los talleres del neolítico final de la Huerva.¹⁹

6. LA EDAD DEL BRONCE

Del primer momento de la Edad del Bronce, y para el planteamiento de los problemas del eneolítico aragonés, seguimos a la espera de la publicación *in extenso* de los trabajos de María Teresa ANDRÉS.²⁰

¹⁵ VILASECA, S. (1936), *Les estacions tallers del Priorat i extensions*, Reus, 111 ss.

¹⁶ MALUQUER DE MOTES, J. (1955), «Los talleres al aire libre del Norte de Aragón», *Príncipe de Viana*, 58, Pamplona.

¹⁷ BELTRÁN MARTÍNEZ, A., *Aragón y los principios de su historia...* 22, nota 43. Sobre las hachas pulimentadas prepara su tesis de licenciatura ETAYO, J. M., colaborador científico del Museo de Zaragoza.

¹⁸ ENRÍQUEZ, J.; FERNÁNDEZ, J.; GONZÁLEZ, C., y LABEAGA, J. C. (1977), «Datos para la carta arqueológica de Valdonsella (Zaragoza)», *Caesaraugusta*, 41-42, 204 ss.

¹⁹ BURILLO, F. (1980), *El valle medio del Ebro en época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio*, Zaragoza, 331, 165, fig. 33.

²⁰ ANDRÉS, M. T. (1977), «El poblamiento del Neolítico y Eneolítico en la cuenca media del Ebro, en relación con los monumentos funerarios», *Estudios*, III, Zaragoza, 33.

Del fenómeno del megalitismo seguimos sin tener referencias en la provincia de Zaragoza, aunque la intensificación de las prospecciones puede depa-
 rar muchas sorpresas.

En los últimos años, el conocimiento de la cerámica campaniforme en el valle del Ebro zaragozano ha sufrido un notable incremento. Interesa sobre todo la cueva de los Encantados de Belchite,²¹ con decoraciones incisas alternantes con pseudoincisas e importante conjunto de otros materiales. La estación de Moncín, junto a Borja, con presencia también de campaniforme,²² es objeto actualmente de importantes excavaciones por parte de J. R. HARRISON y G. MORENO, con dos campañas de excavaciones y descubrimiento de un poblado de la Edad del Bronce con distribución en terrazas.

El panorama cronológico para el conjunto del valle del Ebro establecido inicialmente entre el año 2000 y el 1700,²³ tiene ahora nuevos elementos de datación por el Carbono 14 para el territorio oscense, que permiten reconsiderar el panorama para el valle del Ebro: la Puyascada (Huesca) con el año 2610 y Portillo de Piracés²⁴ entre el 2100 y 1500. Los restantes puntos conocidos para el vaso campaniforme zaragozano no son más que simples puntos en el mapa de repartición, Longares y Corral de Valero en Castiliscar.

Los hallazgos sobre materiales de la Plena Edad del Bronce remiten sobre todo a objetos encontrados accidentalmente o en prospecciones de diversa índole que no reseñaremos aquí. Interesa anotar fundamentalmente la ausencia de excavaciones, con secuencias estratigráficas importantes. Costalena ha dado un nivel de Bronce antiguo, con puntas líticas de retoque plano y muestras cerámicas, siendo ciertamente esperanzador el resultado del yacimiento de Moncín. El resto de los hallazgos remite a la lista conocida desde hace tiempo, con valoraciones modernas de piezas singulares, como el lote de hachas planas de Ejea de los Caballeros.²⁵ Se han venido a sumar a los ya conocidos nuevos hallazgos en el área de la Huerva,²⁶ tanto del bronce

²¹ BARANDIARÁN, I. (1972), «Cerámica campaniforme en el valle medio del Ebro», *Estudios*, I, Zaragoza, 60; id. (1971), «La cueva de los Encantados (Belchite) (Zaragoza)», *N.A.H.*, XVI, Madrid.

²² MORENO, G. (1972), «Un abrigo de la Edad del Bronce en Borja (Zaragoza)», *Estudios*, I, Zaragoza; id. (1971-72), «Cerámica campaniforme en la cuenca alta y media del valle del Ebro y provincias adyacentes», *Caesaraugusta*, 35-36, Zaragoza, 28.

²³ BARANDIARÁN, I. y MORENO, G. (1976), «Die Glockenbecher im Oberen und Mitleren Ebrobecken», *Bussum*, 391.

²⁴ BARANDIARÁN, I. y MORENO, G., «Die Glockenbecher...», 391.

²⁵ BARDAVIU, V. (1922), *Un depósito de hachas de cobre*, Bol. del Mus. Pr. de B. A. de Zaragoza, Zaragoza, 8. MONTEAGUDO, L. (1977), *Die Beile auf der Iberischen Halbinseln, Prähistorische Bronzefunde*, Munich.

²⁶ BURILLO, F., *El valle medio del Ebro...*, 168.

Pleno como del final, así como en las Cinco Villas, en la cuenca del río Riguel.²⁷ La Muela de Borja, con una gran densidad de hallazgos en curso de estudio por I. AGUILERA²⁸ se presenta como un conjunto de relevante personalidad, con yacimientos tan significativos como el de Majaladares o, ya en el extremo de la provincia, el Cabecico Aguilera,²⁹ junto a Navarra.

En lo referente a la etapa final del Bronce, hay una serie importante de elementos que han sido analizados repetidamente. Por una parte la estela de la Tiñica^l del Royo de Luna³⁰ con notable representación de cítara grabada en la parte inferior en forma de variante de la *phorminx*, instrumento asociado a los ritos de la muerte y de antigua tradición oriental.³¹ Junto con los ejemplos de Cervera y Montpellier permite conexasión este elemento con el área de las estelas del S.W. peninsular. Otros elementos permiten trazar un área de influencias sumarias; así, las técnicas de Boquique en diversos fragmentos del Ebro medio conservados en el Museo de Zaragoza,³² a los que se añade recientemente un nuevo fragmento en Lechago,³³ o los vasos con apéndice de botón de Mequinenza. En el apartado de los metales, evidencia importantes relaciones con el oeste de Francia la espada pistiliforme de Alhama de Aragón, fechada por HARRISON³⁴ en los años 900-950 a. C.

Otro aspecto deficitario en nuestra provincia es el de la pintura o grabados rupestres esquemáticos, fenómeno ampliamente documentado en toda la península y con importantes hallazgos en las vecinas Huesca y Teruel. Únicamente el descubrimiento de pinturas en tinta negra y de tipo esquemático, realizado por I. AGUILERA en la Cueva de Mocín, nos dará, cuando se publiquen los resultados, los primeros elementos de juicio.

²⁷ CASADO, M. P. (1979), «Materiales de la Edad del Bronce en el curso del río Riguel (Zaragoza)», XV, *CNA*, Zaragoza, 521 ss. Puede añadirse id. (1977), «Nuevos hallazgos de la Edad del Bronce en las Cinco Villas (Zaragoza)», XIV, *CNA*, Zaragoza, 279 ss.

²⁸ AGUILERA, I. (1978), «Un nuevo yacimiento de la Edad del Bronce en el valle medio del Ebro», *Cuad. de Est. Borjanos*, I, Zaragoza, 5 ss.

²⁹ AGUILERA, I. (1980), «El yacimiento protohistórico del Cabecico Aguilera, en Agón, Zaragoza», *Cuad. de Est. Borjanos*, V, Zaragoza, 183 ss.; id. (1979), «Estado actual de las investigaciones arqueológicas en el valle de la Huecha», *Estado Actual de los Estudios sobre Aragón*, I, Zaragoza, 224 ss.

³⁰ FATÁS, G. (1975), «Una estela de guerrero con escotadura en V aparecida en las Cinco Villas de Aragón», *Pyrenae*, II, 165 ss.; BELTRÁN LLORIS, M., *Museo de Zaragoza...*, 55.

³¹ BENDALA GALÁN, M. (1977), «Notas sobre las estelas decoradas del Sudoeste y los orígenes de Tartessos», *Habis*, 8, Sevilla, 177 ss.

³² BELTRÁN LLORIS, M., «Museo de Zaragoza...», 57.

³³ BURILLO, F., «El valle medio del Ebro...», 171.

³⁴ HARRISON, J. R. (1974-75), «Nota acerca de algunas espadas del Bronce Final en la península Ibérica», *Ampurias*, 36-37, Barcelona, 225 ss.

7. LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

A diferencia de las restantes etapas, es manifiesta la gran abundancia de yacimientos de la Primera Edad del Hierro en tierras zaragozanas, para cuyo conjunto disponemos de muy buenas síntesis realizadas fundamentalmente por A. BELTRÁN³⁵ y recientemente por J. J. EIROA,³⁶ extremos que nos impiden ser reiterativos en muchos aspectos bien conocidos. Las colonizaciones orientales, siguen sin documentarse en nuestros yacimientos,³⁷ con la potencial pérdida de referencias cronológicas a través de sus elementos de comercio de fecha bien conocida. La única datación por Carbono 14 remite al poblado del Castillo de Miranda en Juslibol³⁸ con el año 490 ± 80 para documentar un momento final en esta cultura.

El yacimiento más importante sigue siendo el Cabezo de Monleón de Caspe, con un importantísimo conjunto de materiales, fundamentalmente cerámicos, y un modelo de urbanismo que resulta prácticamente aplicable a todos los asentamientos del valle, con algunas levisimas excepciones, a partir del poblado de calle central y viviendas a los lados.³⁹ Son habitaciones rectangulares con cubiertas planas hacia el interior, varios espacios parcelados y despensa al fondo. La misma tipología se observa en el Roquizal del Rullo, con plantas alargadas, vestíbulo y hogar en el interior, con salida de humos por el techo, y con despensa también al fondo. La ausencia de excavaciones en otros conjuntos impide desarrollar por ahora el esquema urbano en otro sentido que no sea el tradicional.

En lo que atañe a las necrópolis de este momento, es útil la periodización de las mismas con el esquema que presentara Martín ALMAGRO GORBEA a partir del estudio de la necrópolis del Pajaroncillo en Cuenca.⁴⁰ La ne-

³⁵ BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1960), «Indoeuropeización del valle del Ebro», *I Symp. de Preh. Peninsular*, Pamplona.

³⁶ EIROA, J. J. (1980), «Las migraciones célticas en Aragón», *Alcorces, Temas Aragoneses*, 13, Zaragoza. Muy útil la visión de MALUQUER DE MOTES, J. (1971), «Late bronze and Early Iron in the valley of the Ebro», en *The european community in later prehistory*, Studie in honour de C. F. C. Hawkes, London.

³⁷ SANMARTÍ, E. (1975), «Las cerámicas finas de importación de los poblados prerromanos del Bajo Aragón (Comarca del Matarraña)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, Castellón; BELTRÁN LLORIS, M. (1980), «Fenicios, griegos e iberos», en *Aragón en su historia*, Zaragoza, 46.

³⁸ FATÁS, G. (1972), «Un poblado zaragozano de origen hallstático que perdura hasta el Imperio», *Estudios*, I, Zaragoza; id. (1972), «Excavaciones en el Castillo de Miranda, Juslibol, Zaragoza», *NAH*, Madrid.

³⁹ BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1962), «Dos notas sobre el poblado hallstático del Cabezo de Monleón. I. La planta; II. Los kernoi», *Caesaraugusta*, 19-20, Zaragoza.

⁴⁰ «Los campos de túmulos de Pajaroncillo (Cuenca). Aportación al estudio de los túmulos de la península ibérica», *EAE*, Madrid, 1973.

crópolis de los Castelletts de Mequinerza, sigue siendo la que plantea una tipología tumular más antigua, por sus semejanzas con los campos de urnas de Serós (Lérida), con sepulturas circulares y cistas pentagonales o cuadradas, que hemos situado en los años 900-800 a. C. Siguen a continuación los túmulos de Caspe y Loma de los Brunos, localizados en torno a los siglos VII-VI a. C., añadiéndose la parcialmente investigada por el Museo de Zaragoza del Barrancón de Busal, en Layana, con túmulos de empedrado de tipo circular y grandes dimensiones; el ajuar localizado en una de ellas ha dado un lote de brazaletes de sección rectangular y una fíbula de codo, debiendo hacerse su datación en torno al siglo VI. en la misma zona se conoce otra necrópolis,⁴¹ muy arrasada y con restos de hierro que introducen un elemento moderno en la cronología.

Sobre las vías de penetración de las invasiones célticas hay que tener presente el interés de la cuenca del Gállego, en cuyo territorio los últimos descubrimientos permitirán calibrar mejor el fenómeno. Las vías de penetración de determinados productos muebles, como las cerámicas excisas, marcan según COFFYN dos grupos de procedencias más o menos inmediatas.⁴² Por una parte el área de Saint Veredeme, en el S. E., que afecta a Cataluña y al Bajo Ebro, y por otra parte el de Les Ouffaits, que desde el S. O. de Francia, afecta al Alto Ebro. El panorama de la cerámica excisa, independientemente de los problemas de su origen como evolución local del campaniforme o fruto directo de las penetraciones célticas,⁴³ se ha ampliado en cierta medida y a los puntos conocidos que presentaban una cierta acumulación en la comarca de Caspe, se añaden ahora los yacimientos de Morredón y la Cruz en Fréscano,⁴⁴ además de los encontrados en pleno Moncayo,⁴⁵ cuyo estudio definitivo está pendiente.

En este planteamiento de cosas y en la búsqueda de vías de penetración, hay que tener patente que el horizonte cronológico de la cerámica excisa parece aludir fundamentalmente al siglo VII a. C. y resulta difícil, en lo referente al grupo exciso bajoaragonés, su relación con el territorio de Charente/Dordogne a través de la vía del Segre, debido a la ausencia de excisión

⁴¹ BURILLO, F. (1977), «Materiales de la primera Edad del Hierro aparecidos en el Busal (Uncastillo, Zaragoza)», *Estudios*, III, Zaragoza, 51 ss.

⁴² COFFYN, A. (1979), «La ceramique excisée dans l'ouest de la France. Sa diffusion en Espagne», XV, *CNA*, Zaragoza, 631 ss.

⁴³ ARTEAGA, O. (1977), «Problemas de la penetración céltica por el Pirineo Occidental (Ensayo de aproximación)», XIV, *CNA*, Zaragoza, 549 ss.; ARTEAGA, O. y MOLINA, F. (1977), «Anotaciones al problema de las cerámicas excisas peninsulares», XIV, *CNA*, Zaragoza, 565 ss.

⁴⁴ AGUILERA ARAGÓN, I. y ROYO, J. I. (1978), «Poblados hallstáticos del valle de la Huecha», *Cuadernos de Est. Borjanos*, II, 18, 23.

⁴⁵ BELTRÁN MARTÍNEZ, A., «Un yacimiento con cerámica excisa en el Moncayo», *Heraldo de Aragón*, 20 de enero de 1980.

en dicha zona, como bien ha visto RUIZ ZAPATERO,⁴⁶ planteando la posibilidad de la expansión de la excisión desde los pasos del Pirineo Occidental a través de todo el valle del Ebro.

La cerámica acanalada tiene sus primeros precedentes en el Cabezo de Monleón de Caspe con materiales extraordinariamente sugestivos, y formas típicas de este primer momento, en la necrópolis de los Castelletts de Mequinenza,⁴⁷ 900-800 a. C. además del Roquizal del Rullo de Fabara.

Las técnicas de la incisión están peor documentadas en nuestros yacimientos, con un grupo importante en el Roquizal del Rullo, y su presencia igualmente en los Castellazos de Mediana,⁴⁸ Morredón y Burrén y Burrena,⁴⁹ marcando un momento antiguo en la cronología, dentro de la primera fase de los campos de urnas bajoaragoneses.

Junto a estas cerámicas, las pintadas pueden estudiarse parcialmente a partir del Cabezo de Monleón y Cabezo Palermo en Caspe, que parecen confirmar la monocromía del valle del Ebro, contrastando con la bicromía dominante en el resto peninsular. Hay que tener en cuenta el conjunto de Cortes de Navarra, fechado entre 650 y 550 a. C.,⁵⁰ sin que podamos por el momento encuadrar correctamente las producciones citadas en tierras zaragozanas.

Sigue siendo singular el grupo de *Kernoi* del Cabezo de Monleón, y perfectamente válidas las conclusiones a que llegó A. BELTRÁN en su día,⁵¹ como importantes elementos de carácter ritual y origen remoto en las formas del mundo oriental.

En el resto de la tipología cerámica encontramos por una parte la decoración de cordones plásticos, arrancando de tradiciones anteriores en la Edad del Bronce medio, como se ha supuesto desde hace tiempo,⁵² aunque reciba posteriormente las influencias de las cerámicas de los campos de urnas. Es conocida su perduración hasta la etapa ibérica e incluso más, hecho que dificulta extraordinariamente su investigación, estando todavía pendientes los estudios que sistematicen sus formas y cronología.

⁴⁶ RUIZ ZAPATERO, G. (1979), «El Roquizal del Rullo. Aproximación a la secuencia cultural y cronológica de los campos de urnas del Bajo Aragón», *Trabajos de Prehistoria*, vol. 36, Madrid, 277.

⁴⁷ BELTRÁN LLORIS, M., «Museo de Zaragoza...», 61.

⁴⁸ BUENO, M. A. (1969-70), «Nota acerca de un yacimiento en la zona de Mediana de Aragón», *Caesaraugusta*, 33-34, Zaragoza, 169.

⁴⁹ AGUILERA, I. y ROYO, J. I. (1979), «Poblados hallstáticos...», 28. Sobre el yacimiento de El Morredón puede verse igualmente HERNÁNDEZ VERA, J. A. (1979), «El yacimiento hallstático de Morredón (Fréscano, Zaragoza)», XV, *CNA*, Zaragoza, 691 ss.

⁵⁰ MALUQUER DE MOTES, J. (1958), *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*, II, Pamplona.

⁵¹ BELTRÁN MARTÍNEZ, A., «Dos notas sobre el poblado hallstático...».

⁵² BOSCH GIMPERA, P. (1932), «Etnología de la Península ibérica».

En lo referente a las cerámicas lisas hay una gran cantidad de tipos y sus hallazgos son normales en todos los yacimientos de este ambiente. El fenómeno importante que documentan muchas de ellas es el del empleo del torno para su fabricación, elemento que nos pone en contacto con la iberización, cuya relación con las culturas hallstáticas supone una cuestión a desarrollar todavía *in extenso*. RUIZ ZAPATERO localiza en el siglo VI la copia de una taza del Roquizal del Rullo, que reproduce la forma de las vasijas de los campos de urnas;⁵³ este fenómeno lo documentamos también en Azaila y en otros yacimientos del alto Ebro.⁵⁴ Si unimos a esto la presencia de las cerámicas ibéricas más antiguas, a torno, ya desde el s. VI en San Cristóbal de Mazaleón, en la cuenca del Matarraña, o de las primeras producciones con decoración de bandas en otros yacimientos bajoaragoneses, tendríamos los elementos de base para estudiar esta etapa de contacto entre culturas, cuya valoración de conjunto está por realizar y que por supuesto no se limita exclusivamente al territorio bajoaragonés, ya que se documenta también en el valle de la Huerva.⁵⁵

Otros materiales singulares son los morillos, que podemos estudiar a partir de los hallazgos del Roquizal del Rullo, decorados con acanaladuras, o el ejemplar del Cabezo de Monleón, elementos que matizan de forma notable la cultura material de nuestras poblaciones célticas.

En lo referente a la metalurgia debemos resaltar el uso del bronce hasta una etapa ciertamente avanzada, siendo la presencia del hierro un elemento de tipo tardío y relacionable con la penetración del torno alfarero. Los hallazgos del Roquizal del Rullo de Fabara, los moldes del Cabezo de Monleón, la fíbula de Mozota, los bronceos del Corral de Mola, o la placa de cinturón de triple garfio de la región de Layana, así lo dejan ver.⁵⁶

Como problemas generales referidos a esta etapa quedan pendientes de definición exacta las formas concretas de asentamiento y el proceso de transformación de las poblaciones de la Edad del Bronce, que parecen asimilar normalmente los nuevos modos de vida que evidencia la cultura material y los ritos funerarios. Si de la densidad de hallazgos depende cuantitati-

⁵³ RUIZ ZAPATERO, G., «El Roquizal del Rullo...», 270.

⁵⁴ BELTRÁN LLORIS, M. (1976), «Arqueología e Historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)», *Mon. Arq.*, 18, Zaragoza.

⁵⁵ BURILLO, F., «El valle medio del Ebro...», 327.

⁵⁶ Sobre este tipo de materiales véase PONS y BRUN, E. (1976), «Sivelles de cinturón de taló rectangular i placa poligonal trobades al N. E. de Catalunya», *Cypsela*, II, Gerona, 109, importante referencia cronológica para el s. VI a. de C. Sobre la metalurgia del Bronce en la Edad del Hierro, trabajo de RAURET, A. M. (1976), *La metalurgia del Bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*, Barcelona. Concretamente sobre nuestro territorio, ROYO, J. I., «Hallazgos metalúrgicos de la Primera Edad del Hierro en Aragón (Introducción al estudio de la metalurgia en el valle medio del Ebro)», *Rev. Turiaso*, prensa.

vamente el número de recién llegados, puede suponerse que estas aportaciones fueron ciertamente numerosas. Faltan excavaciones de poblados con niveles de la Edad del Bronce y continuaciones en la etapa céltica para calibrar el nivel del proceso y las adaptaciones. Por otra parte también conviene tener muy presente que las investigaciones en ciertos poblados están demostrando la inexactitud de la teoría que esgrimiera BOSCH GIMPERA en un principio⁵⁷ sobre la breve ocupación de los poblados y la parcelación excesivamente simplista desprendida de este fenómeno, idea que ya criticó MALUQUER en el año 1962⁵⁸ y que refleja la cultura material de los yacimientos estudiados.⁵⁹ Queda también pendiente de interpretación la desaparición de muchos de nuestros poblados en torno a la mitad del siglo VI a. C., como se patentiza en la cuenca del río Huecha (Morredón, Burrén y Burrina, La Corona-Esquilar, etc.)⁶⁰, denotando algunos de ellos destrucciones ciertamente violentas y, en otros casos, abandonos premeditados muy claros, cuando no se da la continuación en época ibérica con fenómenos de asimilación muy claros de las nuevas técnicas. Las perduraciones de poblados en los siglos V y IV a. de C., como en el caso del Castillo de Miranda (Juslibol), son ciertamente significativas.

Las recientes excavaciones de yacimientos hallstáticos, como la Loma de los Brunos por J. J. EIROA (con dos etapas claras), o las de *Bursau*, donde los niveles se prolongan hasta la etapa celtibérica, nos permitirán a buen seguro matizar nuestro conocimiento sobre esta etapa.⁶¹

⁵⁷ BOSCH GIMPERA, P. (1929), «La cultura ibérica del Bajo Aragón», *Guía del IV Congreso Internacional de Arqueología*, Barcelona.

⁵⁸ MALUQUER, J. (1962), «Tossal del Moro, Piñera», *EAE*, 22.

⁵⁹ Por ejemplo los materiales del Roquizal del Rullo de Fabara, RUIZ, G., «El Roquizal...»; el de Azaila; BELTRÁN LLORIS, M., «Arqueología e Historia...»; la Loma de los Brunos según las recientes excavaciones de J. J. EIROA, y otros muchos puntos.

⁶⁰ AGUILERA, I. y ROYO, J. I., «Poblados hallstáticos...», 42. La fecha de abandono del Cabezo de Monleón también se sitúa en un horizonte semejante, y una revisión de otros poblados podría llevarnos a conclusiones semejantes.

⁶¹ Es constante el aumento de yacimientos conocidos como resultado de las densas prospecciones, así el Cabezo de la Cruz en la Muela, BURILLO, F. y FANLO, J. (1979), «El yacimiento del Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza)», *Caesaraugusta*, 47-48, Zaragoza, 93 ss. La nómina de poblados en el valle de la Huecha, sobre cuyo territorio realiza su tesis de licenciatura J. I. ROYO, se hace cada día más densa. En el curso bajo de la Huerva tenemos descubiertos tres yacimientos nuevos, que se prolongan hasta los niveles inferiores de *Caesaraugusta*, según los importantes hallazgos del Solar de Gavín y Sepulcro; también continúan los hallazgos en la zona de las Cinco Villas (PUEYO CAMPOS, L. (1978), «Yacimientos y necrópolis de la Edad del Hierro en el Barranco de Busal—estado de la cuestión—», en *Estado Actual de los Estudios sobre Aragón*, I, Zaragoza, 220), y se podrían añadir nuevos puntos que ahora no interesan, como los importantes hallazgos de Gelsa.

ESQUEMA DE LA PROVINCIA DE TERUEL DESDE EL PALEOLÍTICO A LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

*Purificación Atrián Jordán**

Siendo la provincia de Teruel tan pródiga en hallazgos arqueológicos de diversas culturas no deja de extrañar que, concretamente, del período Paleolítico sean tan pocos los conocidos y menos aún los datados con rigurosidad, ya que los que desde antiguo venían considerándose como tales, después de una revisión metódica ha podido comprobarse que pertenecen a épocas más avanzadas, como demostró E. VALLESPÍ, y solamente en algunos podía verse un fondo Paleolítico Superior como en la Roca dels Moros (Cretas), el Abrigo del Pudial (Ladruñán) o Els Secans (Mazaleón), aunque para I. BARANDIARÁN esta asignación queda como problemática.

Más veracidad presentan los materiales hallados, y publicados por OBERMAIER y BREUIL en 1927, en las terrazas del río Guadalaviar a su paso por la localidad de San Blas que fecharon como pertenecientes al Paleolítico Inferior y Medio. Posteriormente el lugar fue visitado por M. ALMAGRO, quien atribuyó las piezas al período interglaciar RISS-WURM.

En 1969-70, Ignacio BARANDIARÁN realizó una campaña de excavaciones en el abrigo de la Eudoviges de Alacón cuyo material clasificó como del período Musteriense, siendo éste el único material que, por proceder de excavaciones científicas, puede atribuirse con veracidad al Paleolítico.

De la etapa de transición del Epipaleolítico o Mesolítico tan sólo se encuentran elementos característicos en la base de algunos talleres superficia-

* Museo de Teruel.

les y en los depósitos arqueológicos de algunos covachos, como en la Cocinilla del Obispo o la Cueva de doña Clotilde, ambos en Albarracín, aunque por la presencia de cerámica y ciertos elementos tipológicos podría atribuírseles una cronología entre el Neolítico y Eneolítico, lo que supondría una neolitización de la base Epipaleolítica. De nuevo Ignacio BARANDIARÁN encuentra en sus excavaciones de la Botiquería dels Moros (Mazaleón) una estratigrafía clara en la que, sobre una base Epipaleolítica (datada por el Carbono 14 en 5600 a. C. más menos 200 años) se superponen una serie de niveles hasta la aparición de la cerámica cardial en el nivel 6 lo que claramente evidencia la neolitización de estas gentes.

Una de las manifestaciones culturales más típicas, relacionadas con estas etapas, es el denominado arte rupestre levantino que ya desde los estudios de ALMAGRO y RIPOLL comenzaron a datarse con una fecha pospaleolítica.

En la provincia de Teruel existen tres grupos bien definidos de arte rupestre adscritos geográficamente a: Sierra de Albarracín; estribaciones montañosas de Alcaine y Alacón (con extensión hacia la zona de Obón); el grupo del Bajo Aragón con extensión hacia Castellote y Ladruñán. Las tres zonas mantienen una homogeneidad en cuanto a temas y estilos comprendiendo un amplio período cronológico que abarca desde las representaciones naturalistas, ya dentro del Neolítico, hasta las representaciones del arte esquemático alcanzando el Bronce inicial e incluso el Bronce pleno, dentro de cuyo período se situarían las representaciones de jinetes y cuadrúpedos de la Fenellosa de Beceite y los grabados rupestres esquemáticos del Barranco Cardoso de Almohaja.

Dentro ya del período Eneolítico o Bronce inicial pueden distinguirse en nuestra provincia tres tipos básicos de asentamientos:

- Hábitat en cuevas, algunas de las cuales fueron utilizadas indistintamente como lugares de enterramiento (Las Baticambras en Molinos, La Ubriga en el Vallecillo, La Cueva de la Loma de la Sima en Ejulve).
- Hábitat en abrigos rocosos junto a las terrazas de los ríos que, en ocasiones, fueron acondicionados artificialmente con la construcción de muretes de cierre.
- Los talleres de sílex al aire libre que son considerados por E. VALLESPÍ como lugares de hábitat durante este período.

En cuanto a los enterramientos correspondientes a este período, en su mayoría colectivos, no sólo dependen de su acomodación a los terrenos escogidos, sino también a las características de los grupos que los eligieron, por ello podemos clasificarlos con arreglo a los siguientes tipos:

- En cuevas sin estructura artificial (Las Graderas, Las Baticambras en Molinos, Venta del Griso en Valderrobres, San Antonio en Calaceite y la Cueva Negra de Albalate).
- En cuevas con obras de acondicionamiento (Cueva Hipólito de Alacón).
- En abrigos protegidos por lajas (Canyaret de Pallisets de Calaceite).
- Protegidos por túmulos en campo abierto (Mezquita de Loscos).
- En fosa bajo abrigos (Olivar de Macipe en Albalate).

El ajuar suele ser similar en todos: piezas de sílex, huesos trabajados, alguna cuenta o colgante y fragmentos de cerámica generalmente sin decoración.

Del Bronce pleno se han localizado en la provincia de Teruel abundantes restos de verdaderos asentamientos en forma de poblados estables aunque, por lo general, de vida corta, sin llegar a alcanzar otras etapas culturales. Estos poblados se asientan comúnmente en lugares montañosos de pequeño tamaño e inaccesibles, aislados del conjunto que les rodea aunque en las proximidades de los ríos y de tierras adecuadas para las labores agrícolas. De los hasta ahora localizados tan sólo en dos casos son apreciables restos de fortificaciones: el Alto Batán (Teruel) con foso artificial y el Cabezo del Cuervo en Alcañiz con restos de un muro que rodearía el poblado.

En el desarrollo de este período cultural son claras y evidentes las influencias levantinas que, junto con la metalurgia, aportan los primeros intentos de ordenación urbana y una técnica agrícola más avanzada.

En nuestra provincia puede sintetizarse el desarrollo y evolución de la población del Bronce Pleno en tres poblados representativos:

- «El Castillo», en Frías de Albarracín, que presenta una asimilación relativamente rápida de aculturación y donde son extremadamente marcadas las influencias levantinas y donde, en una zona eminentemente ganadera, fue hallado abundante cereal, un análisis del cual, por el Carbono 14, dio la fecha de 1520 a. C., aunque desconocemos si ésta puede aplicarse a todos los territorios del interior o si se trata de un fenómeno aislado. El poblado pertenece únicamente al Bronce y sería abandonado antes de la penetración de elementos célticos.
- «El Cabezo del Cuervo» en Alcañiz, que presenta la problemática convivencia de la población indígena con la población de origen centroeuropeo.
- «El Castillo» de Alfambra, con dos fases distintas de hábitat, donde sobre un nivel típico del Bronce se encuentran los restos de un pequeño poblado ibérico.

Hacia lo que podríamos llamar el Bronce final comienzan a llegar las influencias centroeuropeas de una nueva cultura, denominada Hallstática, que abarca la Primera Edad del Hierro y que se desarrolla paulatinamente hasta la formación de la cultura Ibérica o Segunda Edad del Hierro, y que se caracteriza por la presencia de cerámicas excisas y acanaladas, la incineración y determinada tipología metalúrgica.

En la provincia de Teruel pueden diferenciarse claramente dos áreas culturales:

- En la zona del Bajo Aragón que recibiría las influencias indoeuropeas desde Cataluña (C. Ú.) o directamente desde el Valle del Ebro. Según A. BELTRÁN este proceso tendría lugar en torno al siglo IX a. C. o quizás antes si se aceptase como válida la posibilidad de relacionar la cerámica excisa de esta zona (Siriguarach en Alcañiz o San Cristóbal en Mazaleón) con la del Alto Valle del Ebro, fechada por el Carbono 14 en los siglos XI-X a. C., lo que no parece factible ya que este tipo de cerámica difícilmente penetraría aguas abajo del Ebro. Sí parece más aceptable la fecha propuesta por E. SANMARTÍ del siglo VIII a. C. para los poblados de las Escodines Altas y Baixas y el siglo VII a. C. para San Cristóbal de Mazaleón, comenzando a partir del VI a. C. las primeras influencias coloniales.
- La otra zona estaría señalada por las sierras del centro de la provincia, como límite de penetración de influencias directas del Valle del Ebro, que serviría de enlace entre la Meseta y la costa levantina. A pesar de la escasez de restos, dos destacan como importantes: el yacimiento de «La Acacia Gorda del Molino», en Almohaja, con asentamiento en un llano y donde se pudieron identificar varios fondos de cabañas de forma circular, que dio una rica cerámica pintada y el yacimiento de «Las Tajadas» en Bezas, muy relacionado con el mundo meseteño y que dio cerámica excisa asociada con boquique y algún fragmento de cerámica pintada policroma.

En el resto de la provincia la presencia de esta cultura, por el momento, no está tan claramente representada ni con materiales tan típicos como ocurre en el valle del río Alfambra y es casi nula en el valle inferior y medio del Jiloca (sólo un fragmento de cerámica de boquique en Lechago) y en la comarca de Mora de Rubielos.

En cuanto a los enterramientos, presentan el tipo mixto de incineración con introducción de las cenizas en una urna que se deposita en cistas de lajas o en un hoyo practicado en el suelo cubriéndose con un túmulo.

La tipología tumular presenta variaciones que han sido estudiadas por T. MAIGI para el que responden a diferencias cronológicas, así las cistas de lajas serían más antiguas que las de mampuesto o pared y de ellas corres-

ponderían a una etapa más avanzada, ya en la transición a lo ibérico, las cistas de planta alargada.

A partir del siglo VI a. C. comienza la «iberización», tanto más tardía cuanto más se avanza hacia las tierras del interior.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M. (1942), «La necrópolis céltica de Griegos», *Archivo Español de Arte y Arqueología*, n.º 47, Madrid.
- (1950), «Un nuevo grupo de pinturas rupestres en Albarracín: la cueva de doña Clotilde», *Rev. Teruel*, n.º 2, Teruel.
- (1952), «Tres covachos con pinturas rupestres en la comarca de Albarracín (covacho del Arquero de Albarracín, Covacho del Huerto de las Tajadas de Bezas y Paridera de las Tajadas de Bezas)», *Crónica del II Congreso Arqueológico Nacional*, Cartagena.
- (1956), «Las pinturas rupestres del Bajo Aragón», en *Prehistoria del Bajo Aragón*, Publ. del I. E. T., Zaragoza.
- (1960), «Nuevas pinturas rupestres con una danza fálica en Albarracín», *Festschrift für Lothar Zotz.*, Bonn.
- (1974), «Cuatro nuevos abrigos rupestres con pinturas en Albarracín», *Rev. Teruel*, n.º 51, Teruel.
- (1976), «Estudio de nuevos yacimientos con pinturas rupestres en el rodano de Albarracín (Teruel)», *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, n.º 5, Madrid.
- ALMAGRO BASCH, M.; BELTRÁN MARTÍNEZ, A., y RIPOLL PERELLÓ, E. (1956), *Prehistoria del Bajo Aragón*, Publ. del I. E. T., Zaragoza.
- ÁLVAREZ GRACIA, A. (1979), «Cerámicas acanaladas en Alcorisa», *Rev. Bajo Aragón, Prehistoria*, Zaragoza.
- (1980), «La espada de antenas de Alcorisa y su necrópolis de Fila de la Muela», *Rev. Bajo Aragón, Prehistoria*, II, Zaragoza.
- ÁLVAREZ GRACIA, A. y ENRÍQUEZ NAVASQUÉS, J. J. (1979), «Nuevo taller de sílex en Estancos (Alcorisa)», *Rev. Bajo Aragón, Prehistoria*, Zaragoza.
- ÁLVAREZ GRACIA, A. y GASCÓN, L. (1980), «El yacimiento del Pozo del Salto (Alcorisa, Teruel)», *Rev. Bajo Aragón, Prehistoria*, II, Zaragoza.
- ANDRÉS RUPÉREZ, T. (1977), «Nuevo sepulcro calcolítico en Teruel», *Actas del XIV Congreso Arqueológico Nacional*, Zaragoza.
- ATRIÁN JORDÁN, P. (1955), «Cerámica de cordones en el Rajo (Teruel)», *Rev. Teruel*, n.º 13, Teruel.
- (1957-58), «Sobre un yacimiento de la Primera Edad del Hierro», *Rev. Ampurias*, n.º XIX-XX, Barcelona.
- (1960), «Repertorio de las hachas pulimentadas en la provincia de Teruel», *Rev. Teruel*, n.º 24, Teruel.
- (1961), «Cerámica céltica del poblado de San Cristóbal (Mazaleón)», *Rev. Teruel*, n.º 26, Teruel.
- (1962), «Nueva aportación a la arqueología turolense», *Rev. Arse*, n.º 6, Sagunto.
- (1963), Estudio de la parte arqueológica en «Operación turolensis: memoria de una campaña espeleológica», de SUBILS, J., *Rev. Teruel*, n.º 30, Teruel.
- (1974), «Un yacimiento de la Edad del Bronce en Frías de Albarracín», *Rev. Teruel*, n.º 52, Teruel.
- (1980), «Grabados rupestres del Barranco Cardoso (Almohaja, Teruel)», *Rev. Teruel*, n.º 64, Teruel.

- BARANDIARÁN, I. (1975), «El abrigo de la Eudoviges (Alacón, Teruel). Noticia preliminar», *Miscelánea Arqueológica Antonio Beltrán*, Zaragoza.
- (1976), «Botiquería dels Moros (Teruel). Primera fechación absoluta del complejo geométrico del Epipaleolítico mediterráneo español», *Rev. Zephyrus*, n.º XVI-XVII-XVIII, Salamanca.
- (1978), «El yacimiento Musteriense del covacho de Eudoviges (Teruel)», *Rev. Tabona*, n.º 3, La Laguna.
- «El abrigo de la Botiquería dels Moros (Mazaleón, Teruel)», Excavaciones realizadas en 1974, *Cuadernos de Arqueología Castellonense* (en prensa).
- BARDAVIU PONZ, V. (1918), «Estaciones prehistóricas y poblados desiertos recientemente descubiertos en varias localidades de la provincia de Teruel», Zaragoza.
- (1923), *Talleres líticos recientemente descubiertos en Alcañiz y sus contornos*, Pub. de la Academia de Ciencias Exactas, Físico-químicas y Naturales de Zaragoza, t. VII, Zaragoza.
- BARRAS DE ARAGÓN (1933), «Yacimiento Eneolítico del Canyaret, Calaceite (Teruel)», en *Notas sobre restos humanos prehistóricos, protohistóricos y antiguos de España*, Mem. de la Soc. Esp. de Antropología, Etnología y Prehistoria, vol. XII, Madrid.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1956), «El Bronce final y la Edad del Hierro en el Bajo Aragón», en *Prehistoria del Bajo Aragón*, Publ. del I. E. T., Zaragoza.
- (1961-62), «Peintures rupestres du Levant: el abrigo de los recolectores dans le ravin du Mortero (Alacon, Teruel, España)», *Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège*, vol. XVI-XVII.
- (1967), «Pinturas esquemáticas de la Fenellosa en Beceite (Teruel)», *Rev. Caesaraugusta*, n.º 29-30, Zaragoza.
- (1968), «Arte rupestre levantino», *Monografías Arqueológicas*, n.º IV, Zaragoza.
- (1970), «La cueva del Charco del Agua Amarga y sus pinturas levantinas», *Monografías Arqueológicas*, n.º VII, Zaragoza.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. y VALLESPÍ PÉREZ, E. (1960), «Otro covacho con pinturas rupestres en el Mortero de Alacón (Teruel)», *Rev. Caesaraugusta*, n.º 15-16, Zaragoza.
- BLASCO BOSQUED, C. y MORENO, G. (1971-72), «El yacimiento Hallstático de Pompeya en Samper de Calanda (Teruel)», *Rev. Caesaraugusta*, n.º 35-36, Zaragoza.
- (1973), «Materiales líticos procedentes de Samper de Calanda (Teruel)», *Rev. Estudios*, n.º II, Zaragoza.
- BOSCH GIMPERA, P. (1915-20), «El sepulcre del Canyaret a Caleceit», *Annuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, vol. VI, Barcelona.
- (1923), «Notes de Prehistòria Aragonesa», *Bulletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria*, t. I, Barcelona.
- (1924), «Las pinturas de Calapatà de Cretas», *Bulletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria*, t. II, Barcelona.
- BREUIL, A. (1932), «Excavaciones en el Cabezo del Cascarujo, término de Alcañiz (Teruel)», *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, n.º 121, Madrid.
- BREUIL, H. (1964), «Un grabado de reno posiblemente procedente del Bajo Aragón», *Miscelánea en homenaje al Abate Henri Breuil*, Barcelona.
- BREUIL, H. y CABRÉ AGUILÓ, J. (1909), «Les peintures rupestres du bassin inférieur de l'Ebro. Les roches peints du Calapatà a Cretas», *Rev. L'Antropologia*, t. XX, Paris.
- (1911), «Les peintures rupestres d'Espagne. Los Toricos de Albarracín (Teruel)», *Rev. L'Antropologie*, t. XXII, Paris.
- BURILLO MOZOTA, F. «Las pinturas del Hocino de Chornas (Obón, Teruel)», *Bol. del Seminario de Arqueología y Etnología Turolese* (en prensa). Teruel.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1910), «La montaña escrita de Peñalba de Villastar, Teruel», *Bol. Real Academia de la Historia*, t. 56, Madrid.
- (1920), «Un osario humano del Eneolítico de Calaceite (Teruel)», *Bol. Real Soc. de Historia Natural*, t. XX, Madrid.
- (1935), «Un pendiente de oro hallstattiense de Fortanete (Teruel)», *Anales del Museo del Pueblo Español*, Madrid.

- (1942), «El thymiaterion céltico de Calaceite», *Archivo Español de Arqueología*, t. XV, Madrid.
- (1943), «La cerámica céltica de Azaila», *Archivo Español de Arqueología*, t. XVI, Madrid.
- CABRÉ AGUILÓ, J. y ESTEBAN, C. «La Val del Charco del Agua Amarga y sus estaciones de arte primitivo». Tirada aparte correspondiente de *El arte rupestre en España*, del primero de los autores.
- ESTEVE GÁLVEZ, F. (1974), «Probable significado de unas pinturas rupestres del Maestrazgo», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, n.º 1, Castellón.
- ESCUADERO, F. de A. y ÁLVAREZ GRACIA, A. (1979), «Mas del Hambre. Un poblado de la Primera Edad del Hierro», *Rev. Bajo Aragón, Prehistoria*, n.º 1, Zaragoza.
- FUSTER, M. (1957), «Restos humanos procedentes de la sepultura Eneolítica del Canyaret de Calaceite (Teruel)», *Rev. Caesaraugusta*, n.º 9-10, Zaragoza.
- OBERMAIER, H. (1927), «Nuevas pinturas rupestres en los alrededores de Tormon», *Rev. Investigación y Progreso*, n.º 1, Madrid.
- OBERMAIER, H. y BREUIL, H. (1927), «El yacimiento Paleolítico de San Blas cerca de Teruel», *Bol. de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*, t. VIII, Madrid.
- (1927), «Las pinturas rupestres de los alrededores de Tormon», *Bol. Real Academia de la Historia*, t. XL, Madrid.
- ORTEGO FRIAS, T. (1946), «Nuevos hallazgos rupestres en la provincia de Teruel. La Cueva del Pudial en Ladruñán», *Archivo Español de Arqueología*, t. XIX, Madrid.
- (1948), «Nuevas estaciones de arte rupestre aragonés. El Mortero y Cerro Felio en el término de Alacón (Teruel)», *Archivo Español de Arqueología*, t. XXI, Madrid.
- (1951), «Prospecciones arqueológicas en las Tajadas de Bezas (Teruel)», *Archivo Español de Arqueología*, t. XXIII, Madrid.
- (1952), «Celtas en tierras de Soria y Teruel», *Actas del II Congreso Arqueológico Nacional*, Cartagena.
- (1952), «Una cabaña prehistórica en Mas de la Cabrera (Teruel)», *Publicaciones del Seminario de Arqueología y Numismática Aragonesa*, n.º 3, Zaragoza.
- (1968), «Una nueva estación de arte rupestre en el término de Alcaine (Teruel)», *Simposio de Arte Rupestre*, 1966, Barcelona.
- PARÍS, P. y BARDAVIU PONZ, V. (1924), «Excavaciones en el Cabezo del Cuervo, término de Alcañiz (Teruel)», *Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, n.º 66, Madrid.
- (1926), «Fouilles dans la région d'Alcañiz (provincia de Teruel). I Cabezo de Cuervo, II Le Tarratrato», *Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques*, fasc. XI, n.º 1, París.
- PÉREZ TEMPRADO, L. y VALLESPÍ PÉREZ, E. (1954), «Las Caídas del Salbime, Mazaleón (Teruel). Un nuevo yacimiento bajoaragonés con pinturas rupestres», *Rev. Caesaraugusta*, n.º 4, Zaragoza.
- RIPOLL PERELLÓ, E. (1951), «La cueva Hipólito en Alacón», *Rev. Teruel*, n.º 6, Teruel.
- (1956), «El Paleolítico y el complejo Mesno-neolítico» y «El Eneolítico y la Plena Edad del Bronce», en *Prehistoria del Bajo Aragón*, Publ. del I. E. T., Zaragoza.
- (1961), «Los abrigos pintados de los alrededores de Santolea (Teruel)», *Monografías de Arte rupestre. Arte Levantino*, vol. I, Barcelona.
- SANZ y MARTÍNEZ, M. (1980), «Otro lugar arqueológico con cerámica del Bronce en Calaceite», *Rev. Bajo Aragón, Prehistoria*, II, Zaragoza.
- TOMÁS MAIGI, J. (1949), «Anotaciones al Cabezo del Cuervo (Alcañiz)», *Rev. Teruel*, n.º 1, Teruel.
- (1951), «Del val del Charco del Agua Amarga (Alcañiz)», *Rev. Zephyrus*, n.º II, Salamanca.
- (1959 y 1960), «Elementos estables de los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica», *Rev. Caesaraugusta*, n.º 13-14 y 15-16, Zaragoza.
- TOMÁS MAIGI, J. y VALLESPÍ PÉREZ, E. (1960), «Excavaciones en la Apotequería de los Moros (Mazaleón)», *Rev. Caesaraugusta*, n.º 15-16, Zaragoza.
- TOVAR, A. (1955-56), «La inscripción grande de Peñalba de Villastar y la lengua celtibérica», *Rev. Ampurias*, n.º XVII-XVIII, Barcelona.

- UNTERMANN, J. (1977), «En torno a las inscripciones rupestres de Peñalba de Villastar», *Rev. Teruel*, n.º 57, Teruel.
- UTRILLA, P. (1975), «Nuevo yacimiento del Bronce Antiguo en Alcañiz: el Cortado de Baselga», *Miscelánea Arqueológica Antonio Beltrán*, Zaragoza.
- VALLESPÍ PÉREZ, E. (1952), «Sobre las pinturas rupestres del Secans (Mazaleón, Teruel)», *Archivo Español de Arqueología*, vol. XXV, Madrid.
- (1957), «Cerámica cardial en el Bajo Aragón», *Rev. Zephyrus*, vol. VIII, Salamanca.
- (1957), «Noticias de las pinturas rupestres del Barranco dels Gascons (Calapatá en Cretas, Teruel)», *Rev. Caesaraugusta*, n.º 9-10, Zaragoza.
- (1957), «Yacimientos líticos en el río Matarraña», *Actas del IV Congreso Arqueológico Nacional*, Zaragoza.
- (1958), «Sobre los conjuntos líticos de Torre los Negros del Museo Provincial de Teruel», *Rev. Teruel*, n.º 20, Teruel.
- (1959), «Bases arqueológicas para el estudio de los talleres de sílex del Bajo Aragón», *Rev. Caesaraugusta*, n.º 13-14, Zaragoza.
- (1961), «Revisión metodológica del problema del Paleolítico en el Bajo Aragón», *Rev. Caesaraugusta*, n.º 17-18, Zaragoza.
- (1961), «Sobre la problemática del Bronce final y el asentamiento Hallstático en el Bajo Aragón», *Rev. Teruel*, n.º 26, Teruel.
- VICENTE REDÓN, J. y ESCRICHE JAIME, C. (1979), «Notas sobre tres poblados de la Edad del Bronce en la cuenca del Guadalaviar», *Rev. Teruel*, n.º 61-62, Teruel.
- VIDIELLA, S. (1908), «El Tossal de San Antonio de Calaceite (sepulcro colectivo del Bronce I)», *Bol. de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, t. II, Tortosa.
- (1907), «Las pinturas rupestres del término de Cretas», *Bol. de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, t. I, Zaragoza.

LA PREHISTORIA DE HUESCA: RASGOS GENERALES

V. Baldellou*

I. INTRODUCCIÓN

Hace poco más de cuatro años, al emprender la redacción del primer ensayo de síntesis sobre la Prehistoria altoaragonesa, hacía referencia a la escasez de datos disponibles y a las numerosas lagunas de conocimiento que en dicha materia existían, sentando previamente las dificultades que entrañaba, con tal estado de cosas, elaborar un estudio coherente y dotado de las garantías científicas exigibles.¹ Hasta ese momento, los trabajos sobre el tema referidos a la actual provincia de Huesca, se veían generalmente insertos en esquemas más amplios dedicados a Aragón, desde los antecedentes representados por Bosch y Galiay,² hasta las fundamentales obras de Antonio Beltrán³ y otras muy recientes de diversos autores.⁴

En la actualidad, y aunque no pueda decirse todavía que las antedichas lagunas hayan desaparecido por completo, el panorama ha variado de forma notable y la sistemática labor investigadora del Museo de Huesca, por entonces en sus inicios, ha empezado a dar sus frutos y ha venido a enriquecer

* Museo de Huesca.

¹ BALDELLOU, V. (1976), «La Prehistoria», en *Alto Aragón, su historia, cultura y arte*, Madrid, p. 8.

² BOSCH GIMPERA, P. (1923), «Notes de Prehistòria aragonesa», *Butlletí de l'associació catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria*, 1, Barcelona, p. 15. GALIAY, J. (1945), *Prehistoria de Aragón*, Zaragoza.

³ BELTRÁN, A. (1951), «Las investigaciones arqueológicas en Aragón», *Caesaraugusta*, 1, Zaragoza, p. 19; (1974-75), *Aragón y los principios de su Historia*, Zaragoza; (1978), *De Arqueología aragonesa*, Zaragoza; (1980), «Arqueología aragonesa», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza, p. 119; (1980), «Aragón Prehistórico», en *Aragón en su Historia*, Zaragoza, p. 20.

⁴ MARTÍN BUENO, M. (1977), *Aragón arqueológico: sus rutas*, Zaragoza. VARIOS: *Atlas del Aragón antiguo*, Zaragoza (en prensa).

considerablemente las fuentes de información al respecto. En efecto, los recientes descubrimientos que han tenido lugar en las comarcas oscenses posibilitan ya el conocimiento a grandes rasgos de las diferentes culturas que se sucedieron en nuestro solar, al tiempo que nos permiten emitir las primeras teorías sobre su origen, extensión y desarrollo.⁵

El medio geográfico

De todos es sabido la importancia determinante del entorno natural, a la hora de plantearnos la conducta de las primitivas comunidades humanas y de explicarnos el carácter de sus elementos culturales. Opino que no hace falta insistir en este punto para justificar la inclusión, como premisa imprescindible, de un sucinto repaso a las características físicas del Altoaragón, antes de entrar propiamente en el tema al que alude el título de este trabajo.

En términos amplios, la provincia de Huesca ofrece dos zonas geográficas muy bien personalizadas y con una constitución morfológica totalmente distinta: *la montaña* y *la tierra baja*, según se conocen en el lenguaje popular de estos contornos.

La montaña abarca genéricamente las comarcas de Jacetania, Sobrarbe y Ribagorza y parte del Somontano y de la Hoya de Huesca. Presenta dos unidades estructurales básicas: el *Pirineo axil* o eje pirenaico y el *Prepirineo* o Pirineo calizo. El *Pirineo axil*, compuesto por materiales paleozoicos plegados, es un terreno muy abrupto, con todas sus cotas por encima de los 3.100 metros de altitud. Las glaciaciones cuaternarias afectaron fuertemente a este sector.

El *Prepirineo*, formado por materiales predominantemente calcáreos y algunas margas, se subdivide a su vez en *Sierras Interiores* y *Sierras Exteriores*, con una *Depresión Media* abierta entre ellas, que las separa.

Las *Sierras Interiores* configuran una alineación adherida al *Pirineo axil*, de materiales calizos estratificados, con alturas que oscilan entre los 2.000 y 3.000 metros. En época paleozoica sufrieron también intensamente los efectos de las glaciaciones. Por el contrario, las *Sierras Exteriores* mues-

⁵ BALDELLOU, V. (1978), «Breves notas sobre Prehistoria altoaragonesa», en *Aragón* 2000, n.º 38, Zaragoza, p. 40; «Breves notas sobre el poblamiento primitivo del Alto Aragón», en *El Periódico de Huesca*, 10 de agosto de 1970; (1980), «Consideraciones sobre el estado actual de la investigación prehistórica en el Alto Aragón», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza, p. 147; (1980), «Consideraciones sobre el poblamiento prehistórico del Alto Aragón», *Bajo Aragón, Prehistoria*, 2, Zaragoza, p. 73. DOMÍNGUEZ, A. (1980), «Síntesis de las investigaciones prehistóricas en la provincia de Huesca», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza, p. 153. UTRILLA, P. (1980), «Bases teóricas para una prospección arqueológica de la provincia de Huesca. I. Época pre y protohistórica», *II Jornadas de estudios sobre Aragón*, Zaragoza, p. 159.

tran un relieve menos enérgico y sus cimas extremas sobrepasan escasamente los 2.000 metros. Entre ambas subcordilleras se abre la *Depresión Media*, pliegue geológico de forma cóncava relleno de margas y otras rocas blandas, las cuales han producido un excelente suelo agrícola que contrasta en gran manera con las pocas posibilidades de cultivo que proporcionan las montañas limítrofes. La *Depresión Media*, larga y estrecha, de unos 80 kilómetros de longitud por 20 de anchura, se prolonga, con algunas interrupciones, por Cataluña en la cuenca de Tremp y por Navarra en la cuenca de Pamplona.⁶

La Tierra Baja ocupa las comarcas de Monegros, Bajo Cinca, Litera y la mayor parte de la Hoya de Huesca y del Somontano. Constituida principalmente por componentes blandos como son las areniscas y las arcillas, tiene un índice pluviométrico muy inferior a la montaña. Representa la región con mejores recursos agrícolas, con cultivos intensivos de cereales y con algunos sectores de frutales y huerta. Aunque su morfología no se corresponde en absoluto con la de una llanura, sus accidentes orográficos tienen escasa entidad, destacando entre ellos la Sierra de Alcubierre, que se alza en los límites meridionales de la provincia.

II. FASES CULTURALES DE PREHISTORIA OSCENSE

Comentario previo

A través de esta escueta visión dada sobre el aspecto geográfico del Altoaragón, puede sacarse como conclusión la existencia de tres hechos fundamentales que, según mi idea, conformarán de modo inequívoco el mecanismo seguido por las distintas sociedades prehistóricas en su proceso de asentamiento en el territorio oscense, incidiendo en gran manera sobre el desarrollo humano y cultural del Altoaragón durante las primeras etapas de su devenir histórico:

1. El Pirineo central, con sus cotas rebasando los 3.000 metros y su escarpado relieve, es poco penetrable. Los puertos son escasos y casi siempre se encuentran situados en altitudes superiores a los 2.000 metros, hecho que lo diferencia fundamentalmente de los tramos vasco-navarro y catalán de la misma cadena montañosa, donde los pasos son mucho más frecuentes como consecuencia de un claro aminoramiento de la altura de sus picos. Por este motivo, las comunicaciones entre ambos lados de la cordillera pirenaica aragonesa son difíciles incluso hoy y puede decirse que es precisamente allí donde el Pirineo se constituye en una auténtica barrera.

⁶ URQUIJO, A. (1975), *Alto Aragón, su naturaleza*, Madrid.

Por el contrario, las posibilidades de comunicación hacia el este y el oeste son excelentes a través de la Depresión Intermedia, que pone en contacto las tierras altoaragonesas con Navarra y Cataluña, por medio de un eje transversal de cómodo tránsito y con considerables recursos naturales. Las relaciones de Huesca durante su Prehistoria se tienen que explicar probablemente en este sentido, pues los descubrimientos arqueológicos parecen indicarnos que la región altoaragonesa jugó un claro papel de territorio-puente entre oriente y occidente, recibiendo influjos en ambas direcciones y beneficiándose alternativamente de la preponderancia cultural de cada una de las regiones colindantes. Las influencias de origen meridional, que sin duda existen, se nos muestran menos patentes en el estado actual de la investigación y parece que llegan a nuestras comarcas de una forma mucho más tamizada.

2. Salta a la vista el fuerte dualismo existente entre las comarcas montañosas oscenses y las que constituyen la denominada «tierra llana». Las peculiaridades de ambos sectores no se reducen a aspectos geográficos, sino que atañen también a factores de tipo económico, de hábitat, lingüístico, costumbrista e incluso humano. Este dimorfismo, patente todavía en la actualidad, hunde sus raíces en la Prehistoria, durante la cual llano y montaña concederán una evolución específica, turnándose sucesivamente en la supremacía cultural.
3. La configuración geográfica del Altoaragón no da a entender que nos encontremos ante una unidad física cerrada o difícilmente accesible, lo que acarrearía un aislamiento natural que tendría un claro reflejo en su desenvolvimiento histórico. Tampoco las fuentes arqueológicas apuntan en esa dirección. Hoy por hoy, no hay ningún tipo de razón que permita mantener los conceptos de aislacionismo y de retraso arcaizante que en ocasiones se han aplicado al desarrollo cultural del Altoaragón durante la Prehistoria. La referencia a los mismos respondía más bien a unos intentos de generalización con defectos de conocimiento que a un hecho real. Las últimas investigaciones demuestran lo contrario y vienen a confirmar que la región altoaragonesa marchó al mismo ritmo que las culturas prehistóricas propias del ámbito occidental europeo al que pertenece.

Al sentar estos tres puntos y al concederles una importancia básica a causa de su influencia sobre las corrientes culturales que arribaron a la región aragonesa durante su Prehistoria, me estoy refiriendo a los términos generales y no a aspectos excesivamente detallados. No hago más que ceñirme a la intencionalidad y enunciado de este trabajo, a pesar de los riesgos inherentes. Soy consciente de que las exposiciones demasiado sintéticas pueden caer en el simplismo al no ofrecer la posibilidad de profundizar so-

bre determinados factores, pero pienso que su utilidad es indudable cuando se aplican a visiones de conjunto con una dimensión amplia; por ejemplo, es más que probable que existiesen contactos entre grupos humanos instalados a ambos lados de la cadena pirenaica y que tales relaciones se dejan traslucir en algún yacimiento concreto, pero resulta evidente que esta circunstancia carece de la suficiente envergadura para romper un esquema basado en conceptos de índole más generalizada, el cual no deja de ser válido pese a ello.

El Paleolítico y el Mesolítico

Ambos períodos constituyen, por el momento, la fase menos conocida de la Prehistoria oscense. Esta falta de datos no es exclusiva de la región altoaragonesa, sino que significa la tónica general en toda la cuenca media del Ebro, excepción hecha de determinados sectores aislados.

No obstante, las prospecciones que metódicamente se vienen realizando en la provincia empiezan a cubrir algunos vacíos, pero no los necesarios para que la información sobre estas etapas culturales sea lo satisfactoria que fuera de desear.

El reciente descubrimiento de los yacimientos al aire libre de la *Gravera de San Bartolomé* y de *Castelló del Plà*, ambos en la Litera, retrotraen la presencia de ocupaciones humanas en el Altoaragón, al Paleolítico Medio,⁷ con industrias musterienses en sílex y cuarcita cuya filiación no ofrece ningún género de dudas. Asimismo, la excavación de la *Cueva de la Fuente del Trucho* (Asque, Colungo) —todavía en curso— ha servido para ampliar el panorama con la aparición de un rico complejo musteriense, cuyo estudio detallado se está realizando en la actualidad. Esta cueva, abierta en los farallones calizos de un barranco lateral del río Vero, fue precisamente el hallazgo arqueológico más importante de los últimos años al señalarse en sus paredes representaciones pictóricas fechables en el Paleolítico Superior. En la misma barrancada, aguas arriba y a menos de un kilómetro de distancia, se localizaron pinturas levantinas y esquemáticas en tres abrigos ubicados en la llamada *partida de Arpán*.

El conjunto formado por dichas covachas pintadas configura un claro exponente del papel de territorio-puente que antes hemos atribuido al Altoaragón, pues si bien el arte rupestre esquemático tiene un área de difusión muy extensa en la Península Ibérica, no sucede lo mismo con los artes paleolítico y levantino, que se ciñen a unas zonas más estrictas y que hasta ahora no se habían encontrado juntos en un mismo lugar. Mientras el prime-

⁷ MIR, A. y ROVIRA, J. (1978), «El yacimiento paleolítico de superficie de Castelló del Plà (Pilzán, Huesca)», *Speleon*, 24, Barcelona, p. 147.

ro responderá a una influencia de origen probablemente occidental, el segundo representaría una ramificación hacia el interior de un foco centrado en el litoral mediterráneo. Salvando las distancias cronológicas entre los dos artes, su asociación física en el barranco de Villacantal constituye un caso único cuya importancia ha de ser valorada en toda su dimensión.⁸

Por el momento, los únicos indicios industriales que se poseen referibles al Paleolítico Superior, se reducen a algunas piezas que, de forma esporádica, han aparecido en la ya citada cueva de la Fuente del Trucho. Esta escasez de datos respecto a los asentamientos habitacionales se debe, con toda seguridad, al caprichoso azar que rige en las exploraciones arqueológicas y queda en parte compensada con la presencia de las pinturas del Trucho. Por otro lado, la inclusión plena del Altoaragón en el marco cultural del arte franco-cantábrico revaloriza en cierto modo los *maccaroni* descubiertos con anterioridad en la *Cueva del Forcón* (San Juan de Toledo), cuya calificación como paleolíticos resultaba harto arriesgada por encontrarse desplazados del supuesto ámbito de dispersión de este tipo de arte rupestre. Dejando un margen para la duda en razón a la falta de elementos característicos —no hay figuraciones naturalistas—, los grabados sobre arcilla del Forcón podrían perfectamente considerarse como un ejemplo más de los influjos que, procedentes del W., alcanzaron las tierras altoaragonesas durante la etapa paleolítica.⁹

El desconocimiento es también notable en lo que atañe a los hábitats epipaleolíticos. Hasta ahora, carecemos en absoluto de complejos industriales típicamente mesolíticos y sólo podemos contar con algunas colecciones de objetos, de tipología postpaleolítica y sin cerámicas en su contexto, halladas en superficie en las comarcas del Bajo Cinca y Monegros. Se trata de las facies macrolíticas señaladas por Pita en los alrededores de Fraga, especialmente la de *Cardell Vallmateu* (o Cardiel Valmateo), actualmente en estudio por parte de Pilar UTRILLA, y de una estación localizada muy recientemente, próxima a Peñalba, de una filiación cultural idéntica a la de los yacimientos del Cinca.

⁸ BELTRÁN, A. (1979), «Las pinturas rupestres de Colungo (Huesca): problemas de extensión y relaciones entre el arte paleolítico y el arte levantino», *Caesaraugusta*, 49-50, Zaragoza, p. 81; BALDELLOU, V., «El arte rupestre del río Vero», *Nueva España*, 10 de agosto de 1980; (1980), «Los abrigos pintados del río Vero», *Entremuro*, Barbastro, p. 34. BELTRÁN, A. y BALDELLOU, V. (1979), «Avance del estudio de las cuevas pintadas y del barranco de Villacantal», *Simposio de Arte Rupestre en conmemoración del I Centenario del descubrimiento de Altamira*, Madrid (en prensa). BALDELLOU, V., «El descubrimiento de los abrigos pintados de Villacantal, en Asque (Colungo, Huesca)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología castellanense*, VI, Castellón de la Plana (en prensa).

⁹ BALDELLOU, V.; CASADO, P. y MARCO, F., «La Cueva del Forcón», *Bolskan*, 1, Huesca (en prensa).

El Neolítico

Cuando llegamos a los documentos arqueológicos propios del Neolítico, la panorámica se transforma por completo y se hace patente un cambio total a nivel de estímulos externos. La cornisa cantábrica, núcleo de gran potencialidad en tiempos paleolíticos, pierde su papel preponderante y va a seguir un desenvolvimiento hasta cierto punto marginal con referencia a los progresos económicos y tecnológicos que moldearán la nueva era histórica.

Existe un desplazamiento del foco irradiador de cultura y la civilización neolítica va a florecer con fuerza considerable en los territorios costeros mediterráneos, en Catalunya y en el País Valenciano. Ambas regiones conocerán un momento de intensa vitalidad que les llevará a extender sus relaciones con zonas del interior ya notablemente alejadas del litoral marítimo. Los contactos provenientes de la costa introducirán en el Altoaragón las formas económicas de producción representadas por la agricultura y la ganadería y también el uso generalizado de la cerámica, caracterizada por la peculiar forma de ornamentación (cerámica impresa y cerámica cardial) que la ha convertido en el fósil director de los yacimientos neolíticos. Sólo a través de este influjo oriental se puede explicar la aparición de la alfarería cardial en la *Cueva de Chaves* (Bastarás),¹⁰ asociada a una cultura material típicamente mediterránea y con una datación por radiocarbono de mediados del V milenio a. C. que está en total consonancia con las cronologías establecidas en otras estaciones costeras de la misma índole. La magnífica gama de cerámicas impresas de la *Espluga de la Puyascada* (San Juan de Toledo), de la ya citada *Cueva del Forcón*, de la *Cueva de la Miranda* (Palo) y, en menor medida, del *Covacho de Huerto Raso* (Lecina), ofrece también una indudable evocación marítima, a pesar de ciertas matizaciones de procedencia local.¹¹

La ausencia de decoraciones cardiales en estos últimos yacimientos y las fechas de radiocarbono de primera mitad del IV milenio para el nivel neolítico de la Puyascada, nos sugieren un estado tardío dentro del esquema cronológico de periodización del Neolítico de la cerámica impresa, pero no indican un uso arcaizante de las técnicas ornamentales por impresión en la región altoaragonesa. En efecto, las fechas de la Puyascada tienen plena co-

¹⁰ BALDELLOU, V. (1977), «Excavaciones en la Cueva de Chaves (Bastarás, Huesca)», *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vitoria, 1975, Zaragoza, p. 245. G. I. E. (1973), «La Cueva de Chaves», *Boletín de contribución al catálogo espeleológico de la provincia de Huesca*, 3, Huesca, p. 11.

¹¹ BALDELLOU, V., «El Neolítico del Alto Aragón», *Volumen in Memoriam Concepción Fernández-Chicarro*, Subdirección General de Museos, Madrid-Sevilla (en prensa). BARANDIARÁN, I. (1976), «Materiales arqueológicos del Covacho de Huerto Raso», *Zephyrus*, XXVI-XXVII, Salamanca, p. 217.

respondencia con otras pertenecientes a yacimientos situados en Cataluña y Francia meridional, zonas más próximas al mar y, por lo tanto, más abiertas a nuevas aportaciones culturales.

Hay que tener en cuenta que es precisamente en ese momento cuando se rompe la unidad tipológica asumida por la cerámica cardial y se produce una atomización de las modas alfareras, adoptando los grupos neolíticos unas expresiones materiales más diversificadas y siguiendo una evolución poco uniforme en tal aspecto.

Esta atomización aparece clara en otros sectores geográficamente próximos. En Cataluña, por ejemplo, tras la poderosa eclosión de las formas cardiales, éstas van degenerando y surgen facies locales que las substituyen: en la Cataluña Norte se impondrán las cerámicas tipo *Montboló*,¹² mientras que, más al Sur, otras clases de alfarería —como las decoraciones plásticas de la *Cova de la Font del Molinot*—¹³ conocerán una relativa difusión. En algunas estaciones, las impresiones continúan utilizándose hasta que nuevas corrientes culturales neolíticas acaban por hacerlas desaparecer definitivamente y unifican nuevamente el conjunto.

Así pues, la perduración de las ornamentaciones impresas en el Altoaragón no representa un caso aislado, sino que responde a un fenómeno más amplio y generalizado, puesto en evidencia en otras comarcas teóricamente menos marginales.

La indudable relación que existe entre el Altoaragón y las tierras mediterráneas durante el Neolítico, propicia la idea de que fuera durante este período cuando se ejecutasen las figuras levantinas de *Arpán*. Dentro de este apartado, señalaremos como importantísima novedad el descubrimiento de nuevas manifestaciones pertenecientes a este estilo en la *Cueva Regacens o Recasenz* y en la partida de *Los Litonares* (Os Litonars), ambas sitas asimismo en monte de Asque y en término municipal de Colungo. En la última se ha señalado una figura —probablemente de cérvido— muy mal conservada, pero lo suficientemente característica, mientras que la primera encierra una representación de un cáprido y otra de un cérvido. Si bien la de cáprido no permite titubeos en cuanto a su atribución estilística, la segunda resulta menos segura, pues en época posterior se repintó toscamente el cuerpo del animal y solamente la cabeza y la cornamenta dejaron de verse afectadas por la operación. A la vista de lo conservado, da la impresión de que la testuz, de

¹² GUILAINE, J. (1974), *La balma de Motboló*, Toulouse.

¹³ BALDELLOU, V. y MESTRES, J. (1977), «La Cova de la Font del Molinot. Una nueva facies neolítica», *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vitoria, 1975, Zaragoza, p. 249. BALDELLOU, V.; GUILAINE, J.; MESTRES, J. y THOMMERET, Y. (1975), «Datations C 14 de la Grotte de la Font del Molinot», *Pyrenae*, XI, Barcelona, p. 151.

tono más claro, podría clasificarse como levantina, mientras que el cuerpo, burdamente conseguido, se rehízo en estilo esquemático. A este último pertenecen también otras figuras que se encuentran en el mismo abrigo.

El Megalitismo

Durante el Neolítico final y el Eneolítico, la función de la región altoaragonesa como puente entre civilizaciones vecinas volverá a precisarse. La utilización de los sepulcros megalíticos como forma generalizada de enterramiento por inhumación, se extenderá ampliamente, tomando carta de naturaleza en la cadena pirenaica. En la misma se formarán dos núcleos culturales de considerable potencia —el catalán y el vasco-navarro— cada uno de ellos producto de corrientes distintas y con una personalidad bien definida, a pesar de la existencia de numerosos e importantes elementos comunes a ambos círculos. Entre ellos, la montaña oscense ofrece una densidad mucho menor de monumentos dolménicos, aunque las prospecciones que se vienen efectuando van incrementando progresivamente su cifra. Sin embargo, no cabe pensar que el número de megalitos aragoneses pueda verse aumentado hasta el punto de alcanzar una cantidad comparable a la de los territorios contiguos. Parece fuera de discusión el hecho de que no nos encontramos ante un foco originario de megalitismo, ni siquiera ante un grupo importante, pero ello no quiere decir que la provincia oscense vaya a quedar al margen de las directrices culturales del período. El megalitismo aragonés recibirá influencias de ambos lados y no hay razones para suponer que su desarrollo sea más tardío que el de las zonas vecinas. Si algo se nos muestra claro una vez más es su carácter abierto a los contactos hacia el este y el oeste, ya que lo más probable es que el complejo dolménico altoaragonés no pudiera explicarse si no fuera a través de la existencia de los dos núcleos mencionados.¹⁴

¹⁴ ALMAGRO, M. (1935), «Exploración de los primeros sepulcros aragoneses», *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Arqueología, Etnología y Prehistoria*, XXII, Madrid, p. 27; (1942), «La cultura megalítica en el Alto Aragón», *Ampurias*, IV, Barcelona, p. 155; (1944), «La cultura megalítica en el Alto Aragón», *Ampurias*, VI, Barcelona, p. 311. ANDRÉS, T. (1972), «Sobre la tipología de los sepulcros eneolíticos», *Estudios*, I, Zaragoza, p. 49; (1975), «La estación megalítica de Guarrinza (Huesca). Nuevas investigaciones», *Miscelánea arqueológica dedicada a Antonio Beltrán*, Zaragoza, p. 69; (1975), «La estación megalítica de Cornudella», *Noúciario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, IV, Madrid, p. 37; (1976), «Sobre los cromlech pirenaicos», *II Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, p. 109; (1977), *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la cuenca media del Ebro*, Zaragoza; (1977), «Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la

El Eneolítico pleno

Por lo visto hasta aquí, si exceptuamos las estaciones al aire libre que han dado industrias de dudosa clasificación epipaleolítica, puede concluirse que los primeros estadios de la Prehistoria altoaragonesa han dejado sus restos únicamente en las comarcas montañosas de la región, quedando la tierra llana prácticamente en blanco en cuanto a la presencia de yacimientos arqueológicos. Aunque este hecho no puede ser utilizado de forma categórica por constituir un dato negativo, hemos de señalar que las tareas prospectoras se han efectuado con la misma intensidad tanto en la zona alta como en la baja, pero los resultados han sido completamente distintos.

Dicha circunstancia es hasta cierto punto lógica dadas las diferencias geomorfológicas de ambas regiones y las características definitorias de los diversos círculos culturales prehistóricos. La preferencia por la forma de hábitat troglodítico durante el Paleolítico y el Neolítico y la casi absoluta ausencia de cuevas en el llano es un aspecto que podría explicar en parte el fenómeno. Otro factor de tipo económico lo condicionaría desde otra faceta: mayor abundancia de caza en los terrenos abruptos durante el Paleolítico y escasa implantación de la agricultura, frente a una mayor aceptación de las actividades pastoriles, durante el Neolítico. En efecto, por los datos que podemos manejar en la actualidad, parece que la tierra baja no conoce una ocupación humana digna de tenerse en cuenta hasta que empiezan a explotarse sus posibilidades agrícolas.

cuenca media del Ebro. Consideraciones críticas», *Príncipe de Viana*, 146-147, Pamplona, p. 65; (1977), «El poblamiento del Neolítico y Eneolítico en la cuenca media del Ebro en relación con los yacimientos funerarios», *Estudios*, III, Zaragoza, p. 33; (1978), «El utillaje de piedra tallada en los sepulcros de época dolménica del Valle del Ebro», *Caesaraugusta*, 45-46, Zaragoza, p. 15. BALDELLOU, V. (1975), «Dos nuevos dólmenes en las cercanías de Villanúa», *Boletín de la Asociación Cultural Altoaragonesa*, Villanúa. BALDELLOU, V. y ANDRÉS, T. (1978), «Megalitismo Altoaragonés: últimas novedades», *III Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà (en prensa). BELTRÁN, A. (1952), «Acerca de los dólmenes pirenaicos occidentales», *Archivo Español de Arqueología*, XXV, Madrid, p. 345; (1953), «Notas sobre la cultura pirenaica del Alto Aragón», *III Congreso Arqueológico Internacional*, Zaragoza, p. 57; (1954), «Un nuevo dolmen en la Sierra de Guara», *Caesaraugusta*, 4, Zaragoza, p. 131; (1954), «Los dólmenes del Pirineo», *Congreso de Estudios Pirenaicos*, Luchon; (1954), «Noticia sobre exploraciones dolménicas», *Caesaraugusta*, 4, Zaragoza, p. 125; (1955), «El dolmen de Tella», *Caesaraugusta*, 6, Zaragoza, p. 242; (1961), «Exploraciones dolménicas en el Pirineo Oscense», *Noticario Arqueológico Hispánico*, Madrid, p. 72. CASADO, P. (1973), «Notas para el estudio del dolmen de Rodellar», *Estudios*, II, Zaragoza, p. 25. CAVA, A. (1975), «La estación megalítica de Cornudella. Estudio del material lítico», *Noticario Arqueológico Hispánico*, *Prehistoria*, 4, Madrid, p. 77. ELÓSEGUI, J. M. y LEIZAOLA, F. (1973), «Nuevo dolmen en el Pirineo oscense», *Munibe*, XXVI, 1-2, San Sebastián, p. 99. EZQUERRA, R. (1933), «Redescubrimiento de un dolmen aragonés», *Aragón*, Zaragoza, p. 103; (1934), «Redescubrimiento de un dolmen aragonés», *Investigación y progreso*, Madrid, p. 33. GARCÉS, J. M., «El dolmen de Letranz», *Heraldo de Aragón*, 20-11-74. HERRÁIZ, R. (1934), «Los dólmenes de Biescas», *Aragón*, VII, Zaragoza, p. 125.

Así, aunque en los territorios bajos oscenses faltan por completo los sepulcros megalíticos, ya durante el Eneolítico —seguramente en una fase avanzada— se empiezan a instalar en ellos pequeños grupos humanos dedicados principalmente a la agricultura. El número de asentamientos conocidos de este momento es todavía muy escaso, pero nos testimonian por vez primera una práctica económica muy poco documentada hasta ahora.

Señalaremos los pequeños poblados de *Peña del Agua*, *Gabarda*, *El Villar*, y especialmente, *El Portillo* de Piracés, recientemente excavado, con abundantes cerámicas con decoraciones incisas e impresas de tipo campaniforme. La aparición de hojas de hoz y de una buena cantidad de molinos nos habla de un régimen de vida basado esencialmente en las labores agrícolas. Resulta tentador relacionar la difusión del Vaso Campaniforme con el origen de las primeras explotaciones del agro altoaragonés, pero tal aseveración, si bien puede tomarse en consideración como mera hipótesis de trabajo, carece todavía de bases sólidas que la sustenten.¹⁵ Por otro lado, dicha problemática debería abordarse desde un enfoque más amplio, incluyendo el Altoaragón en el ámbito geográfico general al que pertenece.¹⁶ Hoy por hoy sólo podemos decir que los asentamientos iniciales de grupos agricultores tienen lugar durante una etapa más bien tardía dentro del Eneolítico y que son exclusivos de la tierra baja.

La Edad del Bronce

En la Edad del Bronce, la diferenciación entre llano y montaña se hará todavía más evidente. Las comarcas altas, aferradas aún a la economía eminentemente pecuaria, continuarán con la preferencia hacia las cuevas como lugares de habitación y ningún cambio profundo modificará las formas de vida tradicionales. El papel que jugarán será un tanto marginal y los nuevos tiempos se traducirán en la adopción de unos materiales distintos (cerámicas con decoración plástica, asas de apéndice) que se intercalarán en su cultura ancestral sin significar un rompimiento brusco.

Por el contrario, la tierra baja adquirirá una importancia progresiva propiciada por la expansión inusitada de las prácticas agrícolas, las cuales llegarán a convertirse en el elemento fundamental de su economía. En la Edad del Bronce, las comarcas bajas conocerán una época de esplendor que acarreará un notable aumento de la densidad de población, fácilmente com-

¹⁵ BALDELLOU, V. y MORENO, G. (1978), «El hábitat campaniforme en el Alto Aragón», *III Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà (en prensa).

¹⁶ MORENO, G. (1971-72), «Cerámica campaniforme de la cuenca media y alta del Ebro y provincias adyacentes», *Caesaraugusta*, 35-36, Zaragoza, p. 29. BARANDIARÁN, I. y MORENO, G. (1976), «Die Glockenbecher im Obereu und Mittleren Ebrobecken», *Bussum*, p. 390.

probable por la proliferación de hábitats al aire libre. Dichos poblados no se parecen ya a los modestos asentamientos eneolíticos —que prácticamente no conservan ninguna estructura constructiva— sino que ofrecen unas características reveladoras de unas sociedades organizadas, de índole semi-urbana. Podría decirse que constituyen un reflejo de las grandes civilizaciones urbanas que se desarrollaban por aquel entonces en otros sectores de la geografía peninsular.¹⁷

Por lo que hoy sabemos, la Edad del Bronce altoaragonesa hay que encuadrarla dentro del ámbito cultural del Bronce del Noreste peninsular, con una notable personalidad propia con respecto al resto de los territorios hispánicos. Las influencias del Sureste francés y del Norte de Italia son evidentes y se reflejan en los tipos cerámicos, sobre todo en las asas de apéndice. De nuevo, el Altoaragón se nos muestra receptivo a los estímulos orientales y será por medio de los mismos como recibirá las aportaciones galas e italianas, cuyo camino parece seguirse a través de los pasos pirenaicos catalanes, principalmente por la Cerdaña. No obstante ello, los poblados del llano oscense constituirán un enclave claramente diferenciado dentro de este contexto, cuyo único parangón se encuentra en los asentamientos estudiados en la tierra baja leridana. El horizonte socio-económico que nos presentan estos poblados es privativo de ambas provincias.¹⁸

Es conocida por todos la enorme dificultad que entraña el establecer puntos de contacto entre los covachos pintados y los lugares de habitación. Ello comporta una serie de defectos de información a la hora de atribuir una datación correcta para los primeros. Pese a todo, la totalidad de investigadores especializados se muestran de acuerdo en fechar en la Edad del Bronce

¹⁷ BARANDIARÁN, I. y MARTÍN, M. (1971-72), «Novedades sobre las edades de los metales en Aragón», *Caesaraugusta*, 35-36, Zaragoza, p. 53. BARDAVIU, V. (1920), «Informe acerca de los hallazgos prehistóricos de Sena», *Boletín del Museo de Bellas Artes*, 4, Zaragoza, p. 31; (1921-22), «Excavaciones en Sena», *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 47, Madrid. BARRIL, M. (1979), «Materiales cerámicos en la cuenca del río Sosa (Huesca): una aportación al Bronce Medio-Final del valle del Segre-Cinca», *Memoria de licenciatura*, Madrid. BERGES, M. y SOLANILLA, F. (1966), «La Cueva del Moro en Olvena, Huesca», *Ampurias*, XXVIII, Barcelona, p. 175. DEL ARCO, R. (1920), «Nuevo poblado neolítico de Sena (Huesca)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXII, Madrid. DíEZ CORONEL, L. y PITA, R. (1968), «Urbanismo y materiales del poblado del Bronce de Masada de Ratón, en Fraga», *Caesaraugusta*, 31-32, Zaragoza, p. 101; (1971), «Memorias sobre la excavación del yacimiento de Masada de Ratón», *Noticario Arqueológico Hispánico*, XIII-XIV, Madrid, p. 192. FERRÉ, R.; QUERRE, J.; SARNY, H. y PITA, R. (1966), «El poblado de Masada de Ratón en Fraga», *IX Congreso Arqueológico Nacional*, Zaragoza, p. 150. PANYELLA, A. y TOMÁS, J. (1945-46), «Prospecciones arqueológicas en Sena», *Ampurias*, VII-VIII, Barcelona, p. 91. PITA, R. (1964), «Sobre el poblamiento antiguo en la confluencia del Segre-Cinca», *VIII Congreso Arqueológico Nacional*, Zaragoza, p. 365; (1966), «El yacimiento prehistórico de El Puntal, en Fraga», *IX Congreso Arqueológico Nacional*, Zaragoza, p. 191.

¹⁸ MAYA, J. L. (1977), *Lérida prehistórica*, Lérida.

las figuraciones esquemáticas, aunque no existe un acuerdo completo en cuanto a una mayor concreción cronológica para las pinturas de esta clase. En el conjunto ya mencionado de la partida de *Arpán* parece que existe una continuidad de arte a partir de las figuras levantinas, que enlazarán con las representaciones subesquemáticas y esquemáticas. Así, si las primeras pueden considerarse neolíticas, las otras ocuparán sucesivamente los períodos Antiguo, Medio y Reciente de la Edad del Bronce.¹⁹ A este grupo hay que añadir las pinturas de *Lecina*, conocidas ya desde hace tiempo,²⁰ y los recientes descubrimientos efectuados en los alrededores del río Vero: *Cueva de Regacens* y *Los Litonares*, citados ambos con anterioridad, *Corral de Abogado*, en Quizans (Radiquero, Alquézar) y *Tozal da Mallata* (Asque-Colungo) con magníficas escenas excelentemente conservadas.

La Primera Edad del Hierro

Las denominadas invasiones indoeuropeas, que caracterizarán las fases finales del Bronce y las iniciales de la mal llamada I Edad del Hierro, no han sido satisfactoriamente aclaradas y siembran algo de confusión al calibrar su incidencia sobre el poblamiento altoaragonés de la época. La entrada de elementos nuevos a través de los Pirineos parece que no afecta a la parte central de la cordillera a causa de la ya señalada energía de su relieve y que tan sólo tiene lugar a través de los puertos más asequibles de los sectores vasco-navarro y catalán. Desde ambos lados, dichos elementos alcanzarían con relativa rapidez la cuenca media del Ebro y, con ella, la región altoaragonesa. Por enésima ocasión el Altoaragón se abrirá a las relaciones hacia Oriente y hacia Occidente, aunque esta vez dicha circunstancia resulta más teórica que práctica, pues los documentos arqueológicos que poseemos no son lo suficientemente explícitos y no nos proveen de los datos necesarios para comprobar sobre el terreno la veracidad de este esquema hipotético.

En principio, parece que el sistema de vida que nos ofrecían los poblados de la Edad del Bronce asentados en la tierra baja no soporta una transformación ni brusca ni profunda. En muchos casos estos poblados pervivirán durante el nuevo período y asimilarán sus técnicas materiales y sus ritos funerarios. Si existió invasión, ésta no tuvo implicaciones guerreras o destruc-

¹⁹ BELTRÁN, A. y BALDELLOU, V., «Avance al estudio...», *op. cit.*, nota 8.

²⁰ BELTRÁN, A. (1971), «Avance al estudio de las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)», *Homenaje a don José Esteban Uranga*, Pamplona, p. 435; (1971-72), «Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)», *Caesaraugusta*, 35-36, Zaragoza, p. 71; (1972), *Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)*, Zaragoza.

tivas. Por lo demás la incineración de los cadáveres, que se impone de forma total como sistema de enterramiento, obvia cualquier posibilidad de establecer comparaciones antropológicas para dilucidar si realmente hubo o no hubo aportaciones de tipo étnico. Es probable que las hubiera y que, a juzgar por los numerosos topónimos de evolución céltica existentes, éstas tuvieron una procedencia centroeuropea, pero ignoramos por completo el grado cuantitativo de los recién llegados y su mecanismo de integración. Es de suponer que las poblaciones autóctonas, de buena densidad y con una economía floreciente, debieron matizar en gran manera su contenido cultural.

Los poblados pertenecientes a esta época localizados en la tierra baja oscense son numerosos y, aunque no alcanzan todavía el número de los conocidos en la provincia de Lérida, sus características son análogas a las de éstos. Ello parece demostrar que la identidad cultural puesta ya en evidencia durante la Edad del Bronce, persiste todavía en las primeras fases de la del Hierro.²¹

Estas condiciones se refieren únicamente al llano altoaragonés; la montaña, pese a la existencia de elementos característicos en algunas cuevas, ha dejado ya de ostentar la supremacía cultural de la que había hecho gala en los primeros tiempos de la Prehistoria. Puede decirse que la tierra alta, a partir de la plena Edad del Bronce, había perdido definitivamente su protagonismo y que ya no volverá a recuperarlo en lo sucesivo. Este acentuado dualismo conocerá su paralelo en la segunda Edad del Hierro, pues mientras las tierras bajas se integrarán plenamente en la civilización ibérica, la zona alta seguirá con sus formas de vida arcaizantes y se verá ocupada por pueblos semisalvajes de cultura muy inferior. Las fuentes escritas son muy explícitas al respecto y los datos arqueológicos vienen a confirmarlas totalmente.

²¹ BARRIL, M., «Materiales cerámicos...», *op. cit.*, nota 17. BELTRÁN, A., «Revisión de la Arqueología...», *op. cit.*, nota 17. DÍEZ CORONEL, A. y PITA, R., «Urbanismo y materiales...», *op. cit.*, nota 17; «Memoria sobre la...», *op. cit.*, nota 17. DOMÍNGUEZ, A. (1975), «Nuevos hallazgos prehistóricos en Chalamera (Huesca)», *Miscelánea arqueológica dedicada a Antonio Beltrán*, Zaragoza, p. 187. MALUQUER, J. (1942), «La cerámica con asas de apéndice de botón y el final de la cultura megalítica del Noroeste de la Península», *Ampurias*, IV, Barcelona, p. 173. MAYA, J. L., «Lérida Prehistórica», *op. cit.*, nota 18. RAURET, A. (1976), *La metalurgia del Bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*, Barcelona.

PALEOLÍTICO Y EPIPALEOLÍTICO EN ARAGÓN. ESTADO DE LA CUESTIÓN

*Pilar Utrilla Miranda**

Existen muy recientes recopilaciones sobre el estado actual de la Prehistoria y la Arqueología aragonesas: citemos como más importantes, por el trabajo de recogida y situación de yacimientos que ello supone, un Atlas que va a ver la luz en pocos días: el del Aragón Antiguo, redactado por un equipo dirigido por Antonio BELTRÁN. Poco después de la elaboración de estos Atlas tenían lugar las Segundas Jornadas de Estudios sobre Aragón, celebradas en Huesca, en las que, de nuevo la ponencia de Antonio BELTRÁN sobre el estado actual de la Arqueología Aragonesa, ponía al día los más recientes descubrimientos (Huesca, 1979). Pocos años antes, en 1976, Ignacio BARANDIARÁN había recopilado el conjunto de yacimientos paleolíticos del Valle Medio del Ebro y Vicente BALDELLOU publicaba por vez primera la noticia de otros nuevos en la provincia de Huesca. Basándonos en estos datos y en recientes estudios monográficos de yacimientos concretos (Ana MIR en Castelló de Plá, Ignacio BARANDIARÁN en Eudoviges de Alacón, Botiquería dels Moros y Costalena, Pilar UTRILLA en Cardiel-Valmateo) hemos elaborado la siguiente lista de yacimientos, clasificables por su tipología en los distintos períodos del Paleolítico y Epipaleolítico. Señalemos a este respecto la poca entidad que tiene en estas épocas trazar unas fronteras políticas o administrativas bajo las coordenadas del actual Aragón, siendo más coherente hablar del Valle Medio del Ebro, englobando las provincias de Álava, Rioja, Navarra y parte de Lérida, un poco en la línea de lo que los romanos llamaron Convento Caesaraugustano. Ello

* Universidad de Zaragoza.

hubiera permitido hablar de Musteriense en la segunda terraza del Ebro en término de Calahorra o de Magdaleniense en el valle de la Ulzama navarra. No obstante, reducimos el estudio únicamente al Aragón actual, aunque para ello debemos perder un poco la visión de conjunto de las líneas de expansión de las gentes paleolíticas y epipaleolíticas.

1. PALEOLÍTICO INFERIOR

Quizá el único yacimiento cierto de Paleolítico Inferior en Aragón sean las Terrazas de San Blas, en Teruel, clasificadas por BREUIL y OBERMAIER (1927) como Abbevillenses o pertenecientes al Achelense Antiguo. Sin embargo, existen algunos hallazgos recientes, todavía no publicados, que pueden detectar su presencia en término de Calatayud. Son varios los lugares en los que el geólogo cuaternarista Manuel HOYOS ha descubierto útiles de aspecto Paleolítico Inferior. Ello confirmaría el hallazgo casual de «un hacha de sílex de talla unifacial» que publicó Germán LÓPEZ SAMPEDRO en 1968, procedente del Barranco del Salto, también en Calatayud. Las noticias de Vicente BARDAVIU de la existencia de Paleolítico Inferior en las terrazas de Torrero no han sido confirmadas con útiles reales, como tampoco los frecuentes hallazgos de nódulos de sílex arriñonados efectuados por J. C. HERRERA muy cerca de la Cartuja Baja, sobre las terrazas del Ebro. Ignacio BARANDIARÁN cita, en término de Cadrete (Zaragoza), la descripción que B. SÁEZ hace de industrias de sílex y cuarcita de la terraza media del Huerwa: «hendidores primitivos y discos raspadores, pasando por un bifaz típico, hasta piezas asimilables a un Matritense del Manzanares». En cuanto a los hallazgos sueltos de las terrazas del Cinca en Fraga, con útiles de tipo arcaizante, no podemos pronunciarnos, dada su asociación a otros útiles de tipología epipaleolítica. Sus propios excavadores (PITA, QUERRE y SARNEY) atribuyen al conjunto de choppers, hachas de mano y cuchillos de cuarcita una cronología epipaleolítica por la presencia de palet-disques y de otros útiles languedocienses (1969).

Por último podría hacerse mención de los hallazgos paleontológicos del Pleistoceno, contemporáneos del Paleolítico Inferior. Una defensa de *Elephas* del Interglaciario Mindel-Riss hallada en Garrapinillos, junto a Zaragoza, restos de *Elephas antiquus* en Villanueva de Gállego y de *Elephas meridionalis* en la Puebla de Valverde (Teruel) son los hallazgos más importantes. Por desgracia, ninguna industria de factura humana se encontró asociada a ellos, tal como ocurre en los cercanos yacimientos de Torralba y Ambrona, en la provincia de Soria.

2. PALEOLÍTICO MEDIO

Con la adopción de las técnicas musterienses encontramos los primeros yacimientos paleolíticos claros de Aragón. El abrigo de la Eudoviges, en Alacón (Teruel) ha proporcionado la primera excavación bien publicada del Paleolítico aragonés (I. BARANDIARÁN, 1976). Sus industrias, al pie de pinturas esquemáticas, son clasificadas por su excavador como Musterienses de facies Charentiense, es decir: con un alto porcentaje de raederas transversales y con un bajo índice de denticulados, junto a un escaso índice Levallois que lo sitúa en el grupo Quina.

El yacimiento de superficie de Castelló de Plá en Pilzán (Huesca) y el de la Gravera de San Bartolomé, en Altorricón (Huesca), son hallazgos de Juan ROVIRA. El primero se encuentra ya publicado en la revista *Speleon* (1978) por parte de Ana MIR y su descubridor. Se trata de un Musteriense de Denticulados, no Levallois, con presencia de piezas arcaicas como choppers y bifaces.

También en la provincia de Huesca se halla el cuarto yacimiento Musteriense: la cueva de la Fuente del Trucho, en Colungo. Las excavaciones, que actualmente está llevando a cabo un equipo dirigido por Vicente BALDELOU, demuestran la existencia de piezas de tipología musteriense, aunque sea demasiado pronto para darle una clasificación definitiva.

En la provincia de Zaragoza, los alrededores de Calatayud han dado los hallazgos más importantes tras las prospecciones llevadas a cabo por M. HOYOS y P. GALINDO en el verano de 1980. El yacimiento de Miedes, sobre terraza del río Peregiles, ha entregado interesantes piezas de gran tamaño y láminas levallois. Menos claro parece el yacimiento de la subida al Cristo de Ribota, donde también se detectan talones facetados, piezas denticuladas, muescas y toscos perforadores, hallados todos ellos en la segunda terraza del río Ribota. Un aspecto semejante tiene el yacimiento de Casa Domínguez, en el que, junto a piezas adscribibles a un Paleolítico Medio (lascas levallois, talones facetados, denticulados gruesos), aparecen otras de clara tipología Paleolítico Superior o postpaleolítico (láminas retocadas, raspadores, núcleos poliédricos de pequeño tamaño).

Menos segura es la presencia musteriense en el Abrigo del Arquero del Pudial, en Ladruiñán (Teruel). Ripoll cita un incisivo inferior de un *Asinus* sp. que podría corresponder a un *Equus hydruntinus*, asociado a escasos sílex de posible tipología musteriense.

Otros hallazgos sueltos podrían dar indicio de presencia musteriense, así un núcleo levallois en Cardiel-Valmateo (Fraga) —que puede pertenecer a épocas posteriores— o una lasca levallois en Valcardera (Tarazona). No demasiado lejos de este lugar se encuentran los dos yacimientos musterien-

ses de Calahorra (Perdiguero y La Marcú) por lo que no sería de extrañar el hallazgo de más piezas musterienses en término de Tarazona.

Como muy dudosas deben considerarse algunas citas de industrias musterienses en el Bajo Aragón. Así la de OBERMAIER de «vestigios musterienses» en la Roca dels Moros del barranco de Calapatá en Cretas y la de VALLESPÍ, que identificó dos raederas musterienses en el Abrigo dels Secans en Mazaleón. Su asociación a otros materiales de tipología Paleolítico Superior o Postpaleolítica hace difícil mantener esta atribución musteriense. También son de época postpaleolítica todos los yacimientos clasificados por Mosén Vicente BARDAVIU en el Paleolítico Medio: el Cabezo de Cantalobos y el Morrón en Albalate del Arzobispo y Los Pedreñales de Alcañiz.

3. PALEOLÍTICO SUPERIOR

Es el período peor representado en Aragón. Sólo el hallazgo reciente de arte rupestre paleolítico en la provincia de Huesca ha hecho concebir nuevas esperanzas de que puedan encontrarse yacimientos pertenecientes a este período. Los *macarroni* de la cueva del Forcón, en Aínsa, y las pinturas de la Fuente del Trucho, en Colungo, son las únicas —pero importantes— manifestaciones de arte parietal. La excavación de la Fuente del Trucho, que actualmente se está llevando a cabo, ha proporcionado algunos restos indicativos de la presencia de gentes del Paleolítico Superior en el yacimiento. Se trata de seis buriles, que, según comunicación de Ana MIR, se encontraron juntos en superficie bajo el techo de las pinturas paleolíticas. En la entrada, al pie del panel de grabados del santuario exterior, han aparecido varios niveles brechificados, de muy difícil excavación, que contienen láminas y lascas de sílex de aspecto no musteriense. La existencia de un nivel negro de hogares, con piezas de sílex y huesos quemados, podría ser testimonio de un nivel de habitación, acaso esporádica, contemporáneo quizá de la época en que fue pintado el abrigo.

Algunas citas sobre la existencia del Paleolítico Superior en Aragón existen dispersas por la bibliografía. Así un buril auriñaciense y una hoja de laurel solutrense en el abrigo dels Secans (VALLESPÍ, CABRÉ y PÉREZ TEMPRADO), «sílex de aspecto solutrense y magdalenense en Alcañiz, en los yacimientos de Las Torrazas. Plana de Viento y Fuente Cobertorada (BARDAVIU).

No descartemos la posibilidad de que aparezcan en breve yacimientos del Paleolítico Superior. La presencia de gentes magdalenenses, cazadores de sarrío, ciervo y reno, ha sido ya detectada en el Valle del Ebro, a pocos

kilómetros de Pamplona, en la cueva de Abauntz (Arraiz) y es muy posible que aparezcan también en la provincia de Logroño.

4. EPIPALEOLÍTICO

Bajo este título incluimos todos aquellos yacimientos que, poseyendo una tipología lítica postpaleolítica, no presentan en sus ajuares restos cerámicos. Hasta la fecha no se han realizado estudios sobre si estas gentes que poblaban Aragón poseían una economía preagrícola o preganadera, en vías de neolitización o si, por el contrario, no son más que poblaciones residuales con una vida semejante a la de los cazadores y recolectores paleolíticos. Preferimos por lo tanto el término, menos concreto, de Epipaleolítico al de Mesolítico, ya que éste implica una cultura en vías de neolitización.

Las industrias epipaleolíticas aragonesas pueden dividirse en dos grandes apartados.

a) Microlíticas de facies geométrica, fechadas en torno al 5600 a. C. (Botiqueria dels Moros).

b) Macrolíticas, con grandes útiles de aspecto campínoide.

Ambas facies aparecen asociadas en el mismo yacimiento en el abrigo de la Botiqueria dels Moros (Mazaleón, Teruel), el cual puede considerarse como el más importante yacimiento epipaleolítico de Aragón de reciente excavación, completado por el cercano yacimiento de Costalena.

a) El Epipaleolítico Geométrico

Se halla bien atestiguado en el Bajo Aragón, en una línea que forman las poblaciones de Fabara, Maella y Mazaleón, próximas entre sí. Las prospecciones en esta zona datan desde principios de siglo y han sido muy abundantes: desde la labor del grupo del Bajo Aragón y del *Institut d'Estudis Catalans* con PÉREZ TEMPRADO, PALLARÉS, CABRÉ y BOSCH GIMPERA hasta las excavaciones de J. TOMÁS MAIGI entre 1955 y 1959 en Botiqueria o las de E. VALLESPÍ en El Serdá y El Sol de la Piñera (1960). Más recientemente, en los años 70, asistimos a la revisión de todos estos materiales por parte de J. FORTEA (1973) y a las excavaciones sistemáticas de I. BARANDIARÁN en la Botiqueria dels Moros (1974) y La Costalena (1975). De todo ello hasta la fecha no se halla publicado más que notas sueltas de los antiguos prospectores, artículos cortos de VALLESPÍ y TOMÁS MAIGI, unas pocas páginas en la Tesis de J. FORTEA y dos avances de T. BARANDIARÁN sobre las estratigrafías de Botiqueria y Costalena (véase la bibliografía).

Según estos avances, en Botiqueria dels Moros se aprecia una sucesión de niveles que comienzan, en su base, con la presencia de trapecios con retoque abrupto, a los cuales pertenece la datación de Carbono 14. Poco a poco estos geométricos van desapareciendo para dejar paso a los triángulos de retoque en doble bisel. Éstos, por su parte, van aumentando hasta hacerse únicos en el nivel superior, a la vez que aparece asociada a ellos la cerámica cardial.

La estratigrafía de La Costalena de Maella, abrigo situado a 20 kilómetros de Botiqueria, completa y amplía la estratigrafía de ésta. En Costalena se ha individualizado un horizonte epipaleolítico, no geométrico, anterior al más antiguo nivel de Botiqueria, seguido de un riquísimo nivel del Epipaleolítico Geométrico, de un nivel Neolítico Cardial, de un segundo nivel del Neolítico Avanzado y de un Bronce Antiguo con foliáceos de retoque plano.

Los dos yacimientos de Fabara, el Serdá y el Sol de la Piñera encajan bien en este epipaleolítico geométrico, de acuerdo con la publicación que de los mismos hace VALLESPÍ (1960). Para FORTEA, sin embargo, solamente el Sol de la Piñera tendría cronología precerámica.

El tipo de hábitat y su paisaje es muy semejante en los cuatro yacimientos. Se trata de abrigos rocosos amplios, favorablemente orientados al sol, que dominan un río (Matarraña o Algás) y sus campos circundantes. La actividad cazadora de estas gentes epipaleolíticas se hace patente en los restos faunísticos encontrados en las excavaciones de Botiqueria: conejo, ciervo, corzo y jabalí, además del caballo, que aparece en época cerámica.

Con muchas dudas podría también rastrearse un Epipaleolítico Geométrico en algunos abrigos del área de Albarracín. La Cocinilla del Obispo y Doña Clotilde presentan un componente geométrico en sus industrias junto a una ausencia total de cerámica. Sin embargo, la aparición de un hacha pulimentada en el nivel de los geométricos de Cocinilla obliga a ALMAGRO (1944) a descartar su datación preneolítica. En cuanto a Doña Clotilde, con geométricos de retoque en doble bisel, podría atribuírsele una cronología semejante a los niveles superiores de Botiqueria, dentro de un Epipaleolítico final de transición al Neolítico.

b) El Epipaleolítico de facies macrolítica

También en la zona del Bajo Aragón, aunque abarcando un área más extensa, aparecen las industrias macrolíticas. Hasta la fecha no poseemos una excavación apropiada que nos sitúe en su contexto estratigráfico esta facies, a excepción de algunas piezas halladas en Botiqueria en un nivel «Mesolítico tardío, de transición al Neolítico cardial». Si a esta posición estratigráfica añadimos la ausencia de cerámica, podremos aventurar sin

demasiadas dificultades una cronología epipaleolítica a estas industrias, semejantes al campiñense o montmorenciense francés. La funcionalidad de estas piezas se ha puesto tradicionalmente en relación con la industria de la madera, por lo que habrá que pensar en la existencia de bosques en el Bajo Aragón, sobre los que se llevaría la actividad deforestadora.

VALLESPÍ (1961) cita tres yacimientos con industrias de sílex macrolíticas y sin cerámica: la Trapa de Maella (en plena zona del Epipaleolítico geométrico), la Coscollosa de Alcañiz (próxima a los talleres de sílex que han dejado el topónimo de «Los Pedreñales», donde BARDAVIU identificó su Musteriense) y Santa Magdalena de Valderrobres. A ellos habría que añadir el propio yacimiento de Botiqueria dels Moros, en Mazaleón.

Próximo a este núcleo, pero en la margen izquierda del Ebro, se halla la segunda zona de industrias de facies macrolíticas. Se trata del Bajo Cinca, que confluye en el Ebro en el mismo punto que el Matarraña y el Algás. Allí, en término de Fraga, PITA, QUERRE y SARNY encontraron en 1966 una serie de grandes piezas líticas que recordaban industrias retardatarias del Paleolítico Inferior y Medio. No obstante, la aparición junto a estas piezas de palet-disques, hachas y cuchillos languedocienses les hizo pensar en una cronología postpaleolítica, semejante a la de la cultura languedociense del Alto Garona. Estas industrias rebasaban ampliamente la zona aragonesa del Bajo Cinca, ocupando también la cuenca baja del Segre y del Noguera Ribagorzana. Los yacimientos de la Masada del Ratón y de Punta Farisa, en Fraga, son los únicos, entre los publicados, situados en el área aragonesa.

En el mismo término de Fraga, aunque ya lejos de la desembocadura del Cinca, PITA MERCÉ halló en 1967-1968 un nuevo yacimiento, situado junto a Cardiel, en la zona de Valmateo. Su estudio, que actualmente estamos llevando a cabo, hace pensar que se trate también de una industria macrolítica, dado el gran tamaño medio de las piezas. El estudio preliminar, cuya primicia ofrecemos en esta comunicación, arroja los resultados siguientes:

Total de piezas: 434 útiles retocados. De ellos:

- Núcleos: 68 (de gran tamaño), que suponen el 15,6% de la industria. De ellos 46 han sido reutilizados como raspadores, 8 como buriles y 2 como raederas.
- Raspadores: 62 (9 macrolíticos) más 46 nucleiformes. Suponen el 25,7% de la industria (contando los nucleiformes).
- Buriles: 50, más 8 nucleiformes, que suponen el 13,8%.
- Abruptos indiferenciados: 30, que suponen el 7,1%.
- Perforadores: 33, más 7 útiles dobles, que suponen el 9,5%.
- Raederas: 98 (16 de ellas macrolíticas), que suponen el 23,3%.
- Denticulados: 93 (10 de ellos macrolíticos), que suponen el 22,1%.

Si excluimos del cómputo los núcleos raspadores, los porcentajes sufren alguna variación:

- Raspadores: 16,9% del total de la industria.
- Buriles: 13,6%.
- Abruptos: 8,1%.
- Perforadores: 10,9%.
- Raederas: 26,7%.
- Denticulados: 25,4%.

En conjunto se observa un predominio neto de las raederas (que unidas a las raederas denticuladas suponen un 41,2% del total de la industria), seguidas de los raspadores (de gran tamaño y muy atípicos). Llama la atención la presencia de 58 buriles en un yacimiento que, a primera vista, parece postpaleolítico.

Otros datos a tener en cuenta podrían ser la presencia de piezas singulares consideradas como fósiles más o menos directores de las diferentes etapas prehistóricas. Así un núcleo levallois de sílex, una raedera transversal con retoque en doble bisel, un disco recortado de arenisca, una especie de mortero o yunque con concavidad central y varios ejemplares de raspadores con un perforador adosado en su frente. La datación cronológica es difícil de realizar teniendo en cuenta que se trata de hallazgos de superficie y que las piezas podrían estar mezcladas y triadas. La raedera en doble bisel y el disco recortado, en un conjunto de piezas macrolíticas, parecen ser indicativos de un momento epipaleolítico en el que todavía está ausente la cerámica. No obstante, la existencia de excelentes ejemplares de buriles hace pensar en una datación en el Paleolítico Superior, a no ser que fueran utilizados en el grabado sobre madera (véanse algunos ejemplares en las figs. 1 a 3).

Por último, en la zona de Albarracín, y muy próximos a los abrigos con industrias geométricas, se encuentran los abrigos del Prado del Navazo y Las Balsillas, en los cuales Almagro detectó industrias macrolíticas en un contexto acerámico.

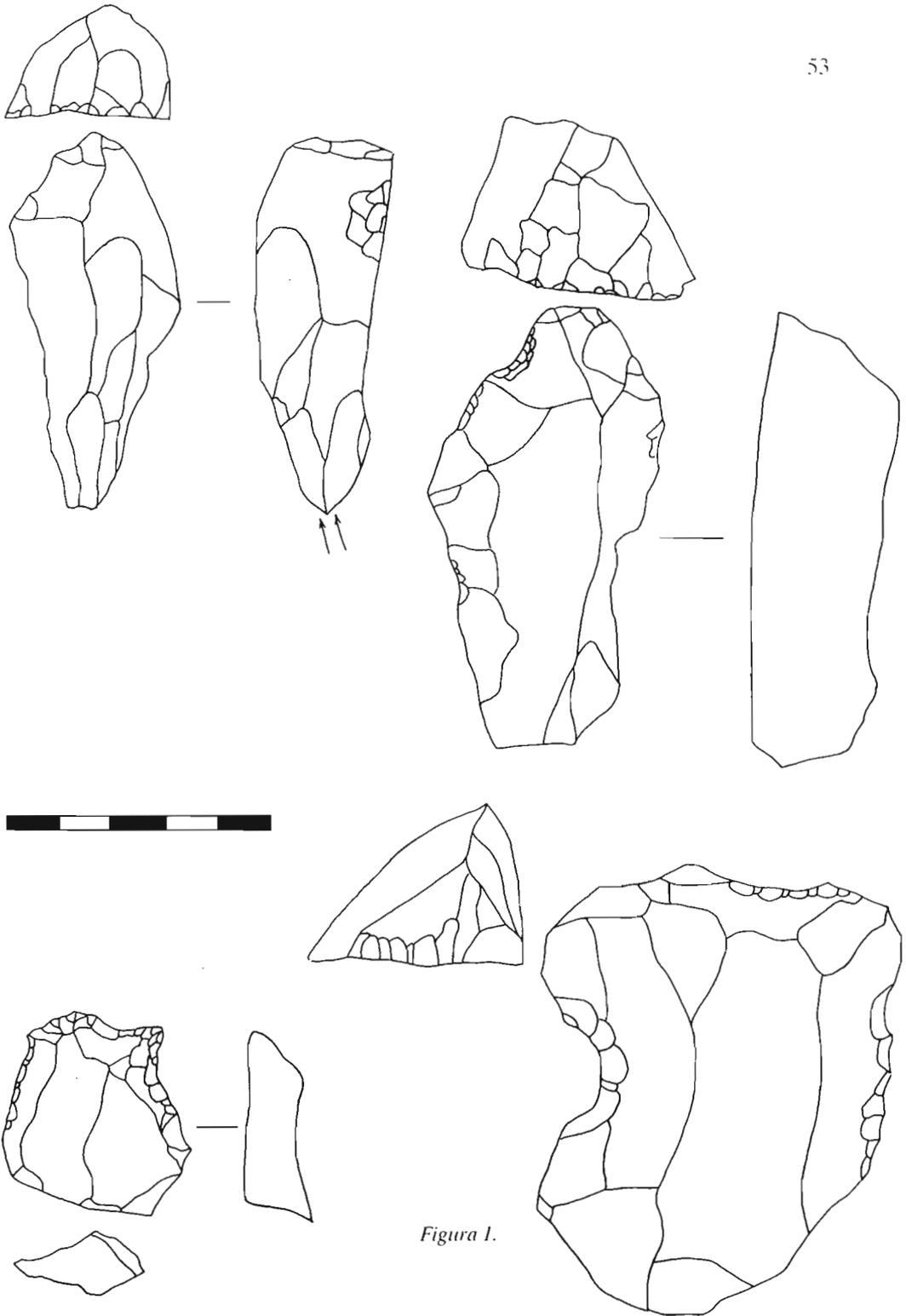


Figura 1.

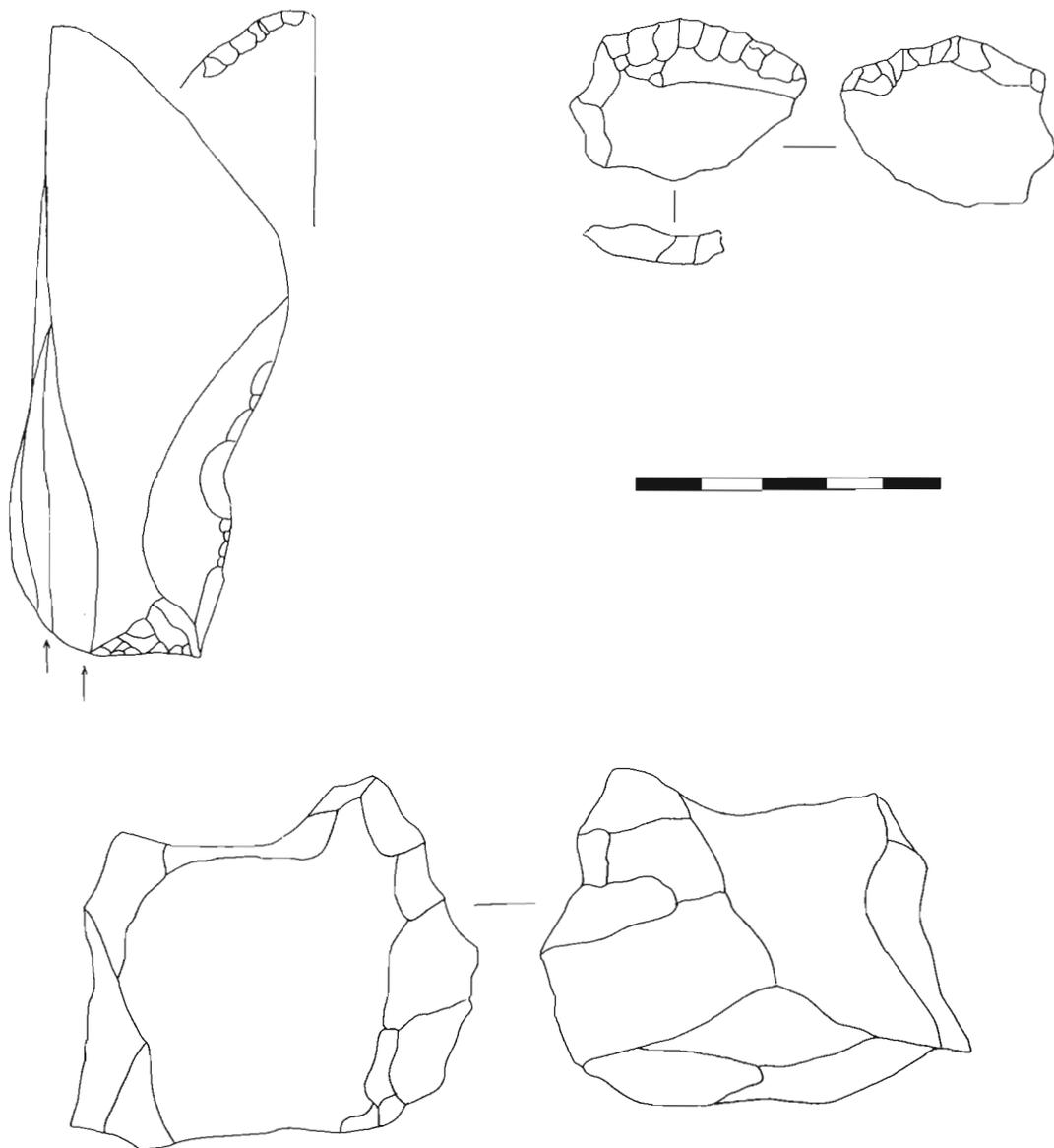


Figura 2.

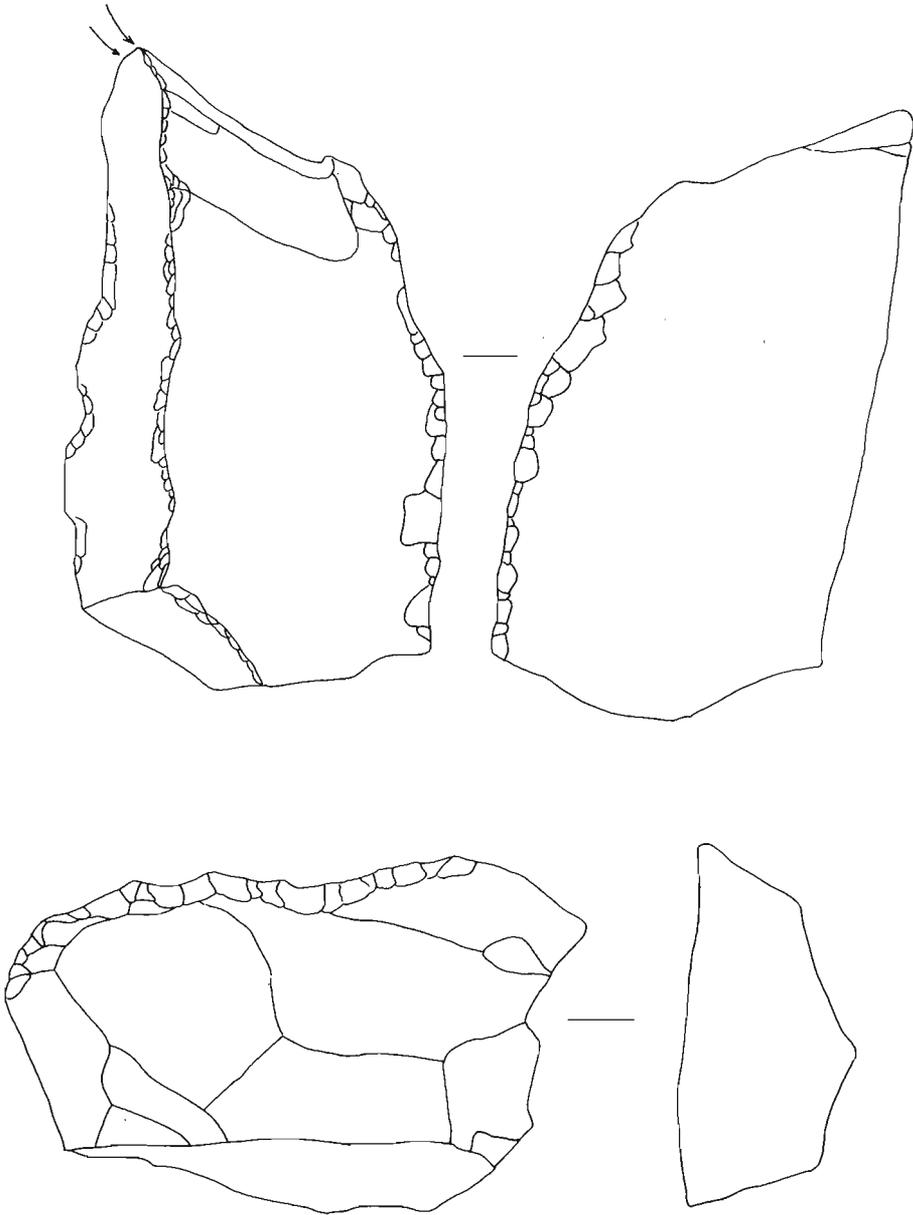


Figura 3.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO, M. (1944), «Los problemas del Epipaleolítico y Mesolítico en España», *Ampurias*, n.º 6, pp. 1-38, Barcelona (Prado del Navazo y las Balsillas).
- BALDELLOU, V. (1976), *Alto Aragón: su historia, cultura y arte*, cap. 1.º, Madrid (El Forcón, Castelló de Plà, Gravera de San Bartolomé).
- BARANDIARÁN, I. (1975), «El abrigo de Eudoviges (Alacón, Teruel). Noticia preliminar», *Miscelánea Arqueológica*, Zaragoza (La Eudoviges, Zamora); (1976), «Botiquería dels Moros (Teruel). Primera fechación absoluta del Complejo Geométrico del Epipaleolítico Mediterráneo Español», *Zephyrus*, XXVI-XXVII, pp. 183-187, Salamanca (Botiquería dels Moros); (1975-76), «Yacimiento musteriense del covacho de Eudoviges (Teruel)», *Tabona*, 3, pp. 7-11, La Laguna; (1979), «El epipaleolítico geométrico en el Bajo Aragón», XV, *C.N.A.*, pp. 125-131, Zaragoza.
- BARDAVIU, V. (1914), *Historia de la antiquísima villa de Albalate del Arzobispo*, Zaragoza (Cabezo de Cantalobos, El Morrón).
- (1918), *Estaciones prehistóricas y poblados desiertos, recientemente descubiertos y estudiados en varias localidades de la provincia de Teruel*, Zaragoza (Cabezo de Cantalobos, El Morrón).
- (1922), «El Paleolítico inferior de los montes de Torrero», *Boletín del Museo Provincial de Zaragoza*, n.º 7 (Torrero).
- (1923), *Talleres líticos del hombre prehistórico, descubiertos en Alcañiz y sus contornos*, Publicaciones de la Academia de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales de Zaragoza, Zaragoza (Los Pedreñales, Las Torrazas, Plana del Viento, Fuente Cobertorada).
- BELTRÁN, A., *Atlas del Aragón Antiguo* (en prensa), Zaragoza; (1979), «Arqueología Aragonesa», *II Jornadas de estudios sobre Aragón*, Huesca.
- CABRÉ, J. (1915), *El Arte Rupestre en España*, Madrid (Roca dels Moros de Calapatá).
- CABRÉ, J. y PÉREZ TEMPRADO, L. (1921), *Nuevos hallazgos de Arte Rupestre en el Bajo Aragón*, Madrid (Els Secans).
- DIEZ CORONEL, L. y PITA, R. (1968), «Urbanismo y materiales del poblado del Bronce de Masada del Ratón, en Fraga», *Caesaraugusta*, 31-32, pp. 101-123, Zaragoza (Terrazas del Cinca).
- FORTEA, J. (1973), *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico del Mediterráneo Español*, Salamanca (Serdá, Sol de la Piñera, Botiquería).
- (1974), «Algunas aportaciones a los problemas del Arte Levantino», *Zephyrus*, XXV, pp. 225-257, Salamanca (abrigos de Albarracín).
- LÓPEZ SAMPEDRO, G. (1968), «Para la Carta Arqueológica del Término Municipal de Calatayud», *Caesaraugusta*, n.º 31-32, pp. 143-157, Zaragoza (Barranco del Salto).
- MIR, A. y ROVIRA, J. (1978), «El yacimiento de superficie de Castelló de Plà (Pilzán, Huesca)», *Speleon*.
- OBERMAIER, H. (1916 y 1925), *El Hombre Fósil*, Madrid (Roca dels Moros de Calapatá).
- OBERMAIER, H. y BREUIL, H. (1927), «El yacimiento paleolítico del San Blas», *Boletín de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias*, VIII, Madrid (Terrazas de San Blas).
- RIPOLL, E. (1961), «Los abrigos pintados de los alrededores de Santolea (Teruel)», Barcelona (El Pudial); (1956), *El Paleolítico y el complejo Mesoneolítico* (en *Prehistoria del Bajo Aragón* de M. ALMAGRO, A. BELTRÁN, E. RIPOLL), Zaragoza (Cocinilla del Obispo y Doña Clotilde).
- VALLESPÍ, E. J. (1959), «Bases arqueológicas para el estudio de los talleres de sílex del Bajo Aragón. Hacia una seriación de las industrias líticas postpaleolíticas bajoaragonesas», *Caesaraugusta*, 13-14, pp. 7-20, Zaragoza (revisión de los yacimientos del Bajo Aragón); (1961), «Síntesis del estado actual del conocimiento de las industrias macrolíticas postpaleolíticas del cuadrante Nordeste de España», *VI Congreso Nacional de Arqueología*, Oviedo, 1959 pp. 64-71, Zaragoza (La Trapa, La Coscollosa, Santa Magdalena); (1960), «Excavaciones en los yacimientos líticos de El Sol de la Piñera y El Serdá, en Fabara (Zaragoza). Memoria de la primera campaña», *Caesaraugusta*, 15-16, pp. 19-39, Zaragoza (El Sol de la Piñera y El Serdá); (1961), «Revisión metodológica del problema del Paleolítico del Bajo Aragón», *Caesaraugusta*, 17-18, Zaragoza (Els Secans).

ARTE RUPESTRE PREHISTÓRICO EN ARAGÓN

*Antonio Beltrán**

La presente ponencia pretende, tan sólo, exponer brevemente el estado de la cuestión en lo que se refiere a las investigaciones sobre el arte rupestre, en las que han incidido con fuerza los recientes descubrimientos de pinturas paleolíticas y levantinas en la provincia de Huesca y las esquemáticas en la citada provincia y en la de Teruel.

Digamos, de antemano, que han llegado a nuestro conocimiento hallazgos de pinturas, que no hemos podido estudiar, no lejos de Alcaine, al parecer con figuras negras de «estilo levantino» y en la comarca de Calamocha, con trazos o restos que, por la descripción, pueden ser de cualquier época postpaleolítica.

Limitándonos a los conjuntos publicados, total o parcialmente, la bibliografía manejable es la siguiente:

Arte Paleolítico

Antonio BELTRÁN y Vicente BALDELLOU, «Avance al estudio de las cuevas pintadas del barranco de Villacantal», en prensa, en *Symposio de Arte Paleolítico*, Madrid, octubre 1979. Cfs. aquí las noticias de prensa y artículos de divulgación de BALDELLOU, PORQUET, MARGALLO, TORRES y MOLLEDA y A. BELTRÁN.

* Universidad de Zaragoza.

Antonio BELTRÁN (1979), «Las pinturas rupestres de Colungo (Huesca): Problemas de extensión y relaciones entre el arte paleolítico y el arte levantino», *Caesaraugusta*, 49-50, Zaragoza, pp. 81-88 y dos cartas de difusión.

Arte Levantino

Además de las publicaciones citadas arriba, puede utilizarse como punto de partida con las referencias bibliográficas hasta la fecha de su edición Antonio BELTRÁN (1968), *Arte rupestre levantino*, Zaragoza, complementado en el artículo del mismo título y autor subtítulo (1979), «Adiciones 1968-1978», publicado en *Caesaraugusta*, 47-48, Zaragoza, pp. 5-38, láms., y respecto a las ideas generales en el libro: Antonio BELTRÁN (1980), *Da cacciatori ad allevatori: L'arte rupestre del Levante spagnolo*, Milano. Las citadas adiciones fueron también publicadas aparte en la serie «Monografías Arqueológicas».

Martín ALMAGRO (1974), «Cuatro nuevos abrigos rupestres con pinturas en Albarracín (Teruel)», revista *Teruel*, 51, p. 5. F. GONZÁLEZ y M. V. MERINO (1974), *Hallazgos de pinturas y grabados rupestres en la zona de Albarracín*, Teruel.

Arte Esquemático

Aparte de las publicaciones sobre las pinturas y grabados esquemáticos del barranco de Villacantal, en Colungo (Huesca), deben citarse los estudios siguientes:

Antonio BELTRÁN (1967), *Pinturas esquemáticas de La Fenellosa, en Beceite (Teruel)*, Zaragoza; (1972), «Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)», Zaragoza.

Publicaciones generales sobre prehistoria aragonesa

Vicente BALDELLOU (1979), «Consideraciones sobre el estado actual de las investigaciones prehistóricas en el Alto Aragón», y Almudena DOMÍNGUEZ y Pilar CASADO, «Estado actual de las investigaciones prehistóricas en la provincia de Huesca», *Comunicaciones a las II Jornadas de*

Estudios sobre Aragón, Huesca.

Vicente BALDELLOU, (1976), *Alto Aragón, su historia, cultura y arte: La Prehistoria*, Madrid.

Antonio BELTRÁN (1980), «Arqueología Aragonesa», *II Jornadas, cit.*, Zaragoza, pp. 119-144, y aquí la bibliografía anterior.

— *Aragón en su historia*, Zaragoza, 1980, A. Beltrán, pp. 19-38.

— *Atlas Arqueológico de Aragón*, Zaragoza, 1980, mapa «Arte rupestre» por A. BELTRÁN.

Por descontado que no puede hablarse, propiamente, de un arte prehistórico aragonés, sino tan sólo de yacimientos con tal arte en los territorios que hoy forman parte de Aragón. Podría intentarse, en todo caso, valorar las diferencias regionales en estilos o modos de realización en cualquier época, pero, como veremos, no hay modo de separar los conjuntos pintados o grabados aragoneses de los de zonas contiguas o muy alejadas geográficamente.

Así los *maccaroni* de la Cueva de *El Forcón*, San Juan de Toledo, Huesca, descubiertos por V. BALDELLOU, corresponden a un yacimiento que en nada se separa de cualquier otro paleolítico y los trazos digitales, aun sin otras referencias que permitan establecer una datación segura, no difieren de los ya conocidos en otras cuevas, por otra parte siempre difíciles de datar.

Otra cosa es la cueva de la *Fuente del Trucho*, Asque, Colungo, en la provincia de Huesca, caso único hasta ahora en los hallazgos aragoneses de pinturas paleolíticas. Las excavaciones de BALDELLOU permiten una aproximación a industrias musterienses apoyadas en las de la gravera de San Bartolomé y Castelló del Plá, ambas en la comarca de Litera. Estos datos han servido al autor citado para atribuir a la zona central del Altoaragón un carácter de territorio puente, difícilmente accesible por los pasos pirenaicos, pero fácil de alcanzar por Este y Oeste por la depresión media que une Navarra y Cataluña a través de Huesca. Aun así es muy difícil establecer las relaciones de las pinturas rojas de Fuente del Trucho con cualquiera de los núcleos próximos, sean los del Pirineo francés o los de Guipúzcoa y Navarra. En síntesis las pinturas parietales, en rojo, comprenden figuras lineales de caballos, manos negativas, puntuaciones en diversas formas de agrupación y manchas diversas, además de tres manos negras; la técnica es de trazos lineales en los caballos, sean enteros o solamente las cabezas con sus cuellos, que podrían incluirse en el estilo III de LEROI-GOURHAN o en una fase relativamente temprana del ciclo aurinaico-perigordense de BREUIL. En realidad no conocemos con seguridad las pautas de dispersión geográfica del arte paleolítico desde los centros originales, sobre los que existirían, al menos, dudas, hasta las zonas extremas. Partiendo de las áreas de mayor concentración de yacimientos, aunque no siempre con homogeneidad en los

estilos, Santander, Guipúzcoa, Tarascón-Ariège, La Dordoña, podrían ser núcleos centrales en tanto que hay zonas perimetrales bien definidas, con hallazgos aislados, incluso con características particulares que han llevado a GRAZIOSI a acuñar la denominación «provincia mediterránea» para los yacimientos litorales y contiguos.

Casi siempre hallamos en las zonas exteriores a las de mayor concentración numérica de cuevas pintadas, que coinciden con las de mayor calidad artística, un principio de degeneración o al menos de evolución imitativa. Esta idea, excesivamente simplista, que nunca ha debido servir más que como hipótesis de trabajo, ahora deberá ser totalmente modificada; las figuras negras más antiguas de Ojo Guareña (Burgos) podrían explicarse como una desmañada imitación de un arte relativamente próximo, geográficamente hablando; pero el argumento no sirve para las figuras rojas de la Cueva del Niño, en Ayna (Albacete) y mucho menos para las de la Fuente del Trucho, antiguas y de excelente calidad. Estilísticamente, los perfiles de sus caballos están cerca de la fase antigua de la Pasiega o de los grabados de caballos de Los Casares o de la Griega. En tanto que las manos de la cueva aragonesa nada tienen que ver con las de Maltravieso, Cáceres, por citar otro yacimiento muy exterior a la zona cantábrica.

No es cuestión de entrar en los problemas de difusión geográfica del arte paleolítico, que deberá ser también sujeto a momentos cronológicos, sin que se considere globalmente como una unidad. Sin duda Fuente del Trucho ha de ser consiguiente a focos más importantes del sur de Francia (¿Gargas?) o del País Vasco y Santander (Arenaza, La Pasiega); pero no se trata de un arte imitativo y degenerado.

De cualquier modo las pinturas de Fuente del Trucho encajan perfectamente en el esquema general del arte paleolítico, aunque se trate de un caso aislado, el más oriental de España si pensamos en que es una derivación del núcleo cantábrico, o el más meridional si nos inclinamos a pensar que su origen está en el grupo de cuevas del Pirineo francés.

Respecto del llamado «arte levantino» el hallazgo del barranco de Villacantal en el covacho de *Arpán L*, al que hay que sumar nuevos descubrimientos de BALDELLOU y su equipo, en Regacens o Recasenz, plantea problemas que incluso afectan a la propia denominación de esta región artística. Se trata del descubrimiento más septentrional de covachos pintados levantinos, con un arte absolutamente clásico en el estilo, muy lejos de las tendencias esquematizantes o de estilización de Os de Balaguer, que resultaría el yacimiento más próximo, geográficamente hablando, con la misma constante de ciervos naturalistas coexistiendo con esquematizaciones de arqueros e idéntica técnica de tintas planas de color rojo oscuro perfiladas del mismo color más intenso, tal como hallamos en Cañaica del Calar de

Murcia y muy lejos de las representaciones dinámicas de Val del Charco del Agua Amarga o del gran ciervo arcaico del mismo yacimiento.

Nada ha resuelto la proximidad de la Fuente del Trucho y Arpán en el mismo barranco respecto del problema general de la solución de continuidad entre el arte paleolítico y el levantino. Desacreditadas las viejas teorías de BREUIL y de sus seguidores que intentaban enlazar el que llamaban ciclo Auriñaco-perigordense de color rojo y evolución de los trazos lineales a los babosos, tintas planas, modelados y bicromos con las más antiguas pinturas levantinas, sobre todo los toros o ciervos rojos y estáticos, pasando por encima del ciclo Solútreo magdalenense de color negro y la misma evolución hasta llegar a los policromos, resultaba uno de los argumentos contrarios más poderosos la falta de coexistencia en el espacio de ambas artes. El descubrimiento de la cueva del Niño no demasiado lejos de los núcleos de Nerpio y desde luego más cerca que Los Casares y la Hoz de los de Albarracín, hizo pensar en que las penetraciones del arte paleolítico pudieron llegar a zona levantina, lo mismo que las figuras de animales naturalistas de este último arte podían hallarse en Vélez Blanco o en el Tajo de las Figuras. El descubrimiento de Ripoll en la Moleta de Cartagena, en San Carlos de la Rápita, de algunas figuras levantinas añadidas a una paleolítica podría haber resultado concluyente si se hubiera podido agotar el estudio y las pinturas no hubieran sido destruidas. En este conjunto de la sierra del Montsiá podría pensarse que las figuras de estilo levantino habían sido añadidas en una época posterior a la de la pintura del animal, seguramente un bisonte, e incluso nada se opone a que la estilización humana no fuese levantina sino un esquema de la Edad del Bronce, como el hombre del abrigo II de Los Grajos, en Cieza e incluso en los hombrecillos en color rojo vivo de la gran sala vestibular de la cueva del Castillo.

Las esperanzas que pudieron ponerse en el descubrimiento de Arpán L para resolver la cuestión de los contactos o de la continuidad del arte paleolítico y el levantino no pueden mantenerse. No hay la menor relación estilística entre el conjunto de la Fuente del Trucho y el de Arpán; o dicho de otra forma, si los cazadores levantinos que aprovecharon el mismo barranco que los paleolíticos conocieron la obra de sus antecesores no la aprovecharon para nada en sus pinturas. Y también hemos de insistir, como para las pinturas paleolíticas, en que no estamos ante una prolongación provincial del arte levantino de la provincia de Tarragona o de Lérida, sino frente a un conjunto que podría incluirse en nuestra fase III y en cifras absolutas algo después del 4000 si bien hay indudables muestras de repintados en rojo violáceo o carminado sobre rojo claro, especialmente en el grupo del lado izquierdo del covacho, donde incluso hay una figura en forma de doble Y con un punto para marcar la cabeza, que es, sin duda, de la Edad del Bronce avanzada.

Respecto de los demás abrigos pintados levantinos, de la zona turolense, nada hemos de añadir a lo que ya hemos escrito en los trabajos citados en cabeza de esta ponencia. Si acaso comentar el peligro de las síntesis que redactamos sin poder utilizar las pinturas desconocidas, que, al descubrirse, cambian los planteamientos y demuestran la fragilidad de los esquemas generales. Albarracín ha sido uno de los elementos esenciales para la ordenación de las pinturas de la primera época, naturalistas, de gran tamaño, blancas o rojas muy patinadas, así como la sucesión cronológica de toros a ciervos y cabras; el hecho negativo de la falta de presencia de caballos ha quedado anulado con el descubrimiento en 1971 (publicado en 1974) de los cuatro abrigos de La Losilla, donde hay ciervos y toros, éstos de tamaño pequeño, pero también caballos; la mitad delantera de este animal en el abrigo «Del medio caballo», junto con dos toros enfrentados de color negruzco, sin faltar tres ciervos rojos y nuevamente dos caballos en color rojo claro en el abrigo «de los dos caballos»; en los nuevos covachos son los ciervos y las cabras los animales más representativos, siendo más raro el toro que era el más frecuente en los ya conocidos y apareciendo el caballo hasta ahora desconocido, incluso con la licencia representativa de pintar solamente la mitad delantera de uno. Volvemos pues a plantearnos la cuestión de la ordenación de los abrigos levantinos, en general, partiendo de una serie de criterios válidos metodológicamente, pero inseguros al tratar de proponer prelación cronológicas. Tales criterios son:

1. Agrupaciones geográficas por comunidad estilística y cronológica. En este aspecto el problema esencial es que en la mayor parte de los abrigos se encuentran figuras de diversas épocas y estilos, dentro de «lo levantino». Así, en Val del Charco, el ciervo grande, la mujer de 0,60 m., los arqueros en movimiento pausado y los lanzados a la carrera.
2. Cronología relativa deducida de los repintados o de las copias de las figuras tal como ocurre en el toro negro sobre blanco de la Ceja de Piezarrodilla y en los toros pintados sobre ciervos del Prado de las Olivanas o bien en este mismo abrigo de la repetición de figuras idénticas.
3. Cronología relativa de colores que parece indudable respecto del rojo claro, rojo oscuro o carminado o violáceo, negro y rojo anaranjado, dejando aparte el blanco que podría corresponder a la fase más antigua; pero no tenemos ninguna posibilidad de utilizar estos criterios con valor absoluto.
4. Homogeneidad o diferencias estilísticas en abrigos contiguos. Un ejemplo muy claro lo tenemos con la cueva de Doña Clotilde, en Albarracín, con estilo esquemático uniforme, sin la menor contaminación con el estilo levantino de los abrigos próximos.

5. Evolución estilística y de los temas representados, que no siempre puede establecerse de un modo regular. Así, la figura animal y la humana obedecen, desde el principio, a normas absolutamente diferentes; un naturalismo apenas modificado en las primeras, aunque cambie el movimiento con el estatismo como etapa más antigua y una estilización y hasta esquematización de la segunda y la misma constante de evolucionar desde posturas rígidas o estáticas a movimientos moderados o finalmente exagerados, con creación de las perspectivas diagonales.

Los intentos que hasta ahora hemos hecho para separar los paneles de los abrigos por colores o por modos de representación de las figuras no han dado resultado, ya que escenas perfectamente estructuradas tienen elementos muy heterogéneos en tamaño, color y estilo.

Estamos pues en una fase de análisis, que podrá conducir o no a resultados prácticos y seguros. Hipotéticamente podrá pensarse en un grupo de pinturas relativamente homogéneo en Albarracín, emparentado con el de Cuenca, otro en el Bajo Aragón, relativamente relacionado con el Maestrazgo, pero con manifestaciones tan distintas como los ciervos de la Roca dels Mozos de Calapatá o la carrera de arqueros de Val del Charco; y otro en Alacón y Alcaine. Prescindimos de exponer la nómina de los abrigos levantinos aragoneses que pueden verse en nuestras obras ya citadas.

Anotemos para terminar la lamentable noticia de la desaparición por robo de las pinturas de las Caídas de Salbime, Mazaleón, como ya había pasado con las de Els Secans en el mismo término. Esta tragedia, sumada al deterioro producido por las mojaduras intencionadas y por la acción de los agentes naturales, amenaza con terminar con el tesoro de las pinturas al aire libre. Es problema de tal gravedad que debe tratarse en una reunión como la que esta ponencia sirve, aun partiendo de la pesimista impresión de que sólo la cultura y la sensibilidad de las gentes podrán impedir tales daños.

Finalmente hay que plantear el problema del arte esquemático aragonés, conocido a través de pocas manifestaciones en cuanto a abrigos que lo contengan exclusivamente, pero que se muestra en la mayor parte de los covachos pintados levantinos. Esto plantea un primer problema de método. ¿Por qué razón en los lugares donde ya se habían pintado figuras levantinas se da una mayor facilidad para que continúe la pintura esquemática, mientras que resulta raro el que se escoja otro covacho para introducir «ex novo» pinturas esquemáticas? Los ejemplos que hasta ahora conocemos son muy diferentes; en *Lecina* se trata de covachos abiertos en un acantilado, numerosos y con pinturas muy diferentes, pero absolutamente geométricas en unos y con estilizaciones humanas y animales en otros; el lugar, poco accesible, en los cañones del río Vero, hace pensar en un sentido estratégico de la selección del lugar. En cambio en *La Fenellosa*, en la selva de Beceite, el

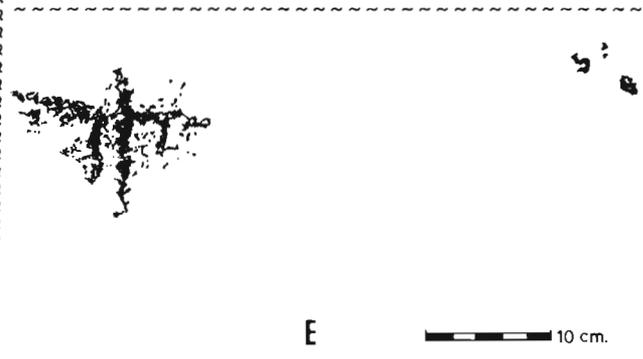
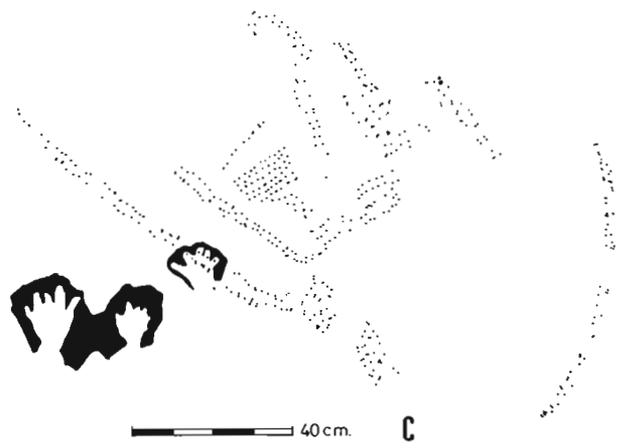
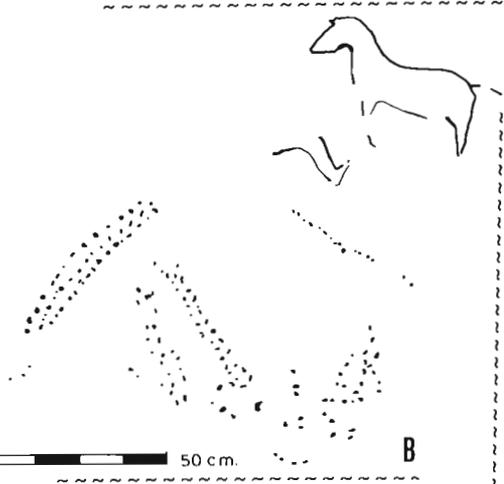
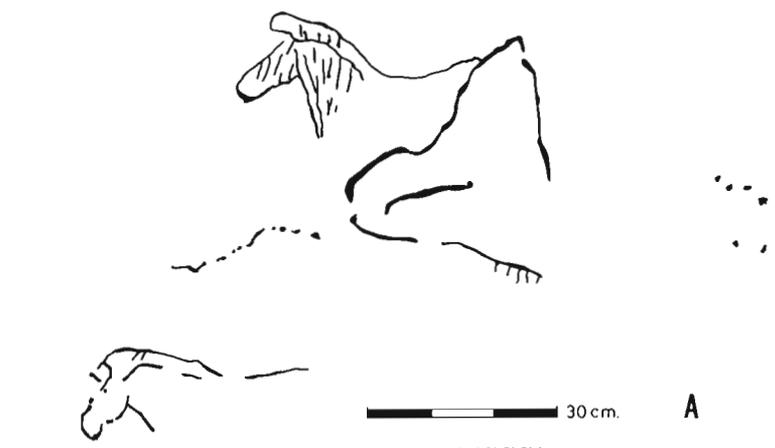
paredón donde se pintaron en rojo las esquematizaciones humanas y animales está próximo a una fuente intermitente, cuyo misterio pudo ocasionar el deseo de pintar las enigmáticas representaciones. Otro caso completamente distinto es el de los abrigos de *Arpán E*, donde no solamente aparecen figuras subesquemáticas en el abrigo levantino, sino que éste se halla flanqueado por dos con figuras esquematizadas, pintadas en rojo e incluso grabados de edad indefinida hasta ahora, que indican, claramente, que no ha habido solución de continuidad en la utilización de los abrigos como lugar de culto o reunión, aunque sí la hay en sentido estilístico, pues no podemos pensar en una línea evolutiva continua de unas y otras figuras. Cabe pensar que el abrigo levantino fue utilizado también por los metalúrgicos de la Edad del Bronce que, en cambio, nada añadieron al santuario paleolítico.

El descubrimiento de la cueva de Porto Badisco por GRAZIOSI, con posibilidad de datación y la estrecha relación de algunas de sus representaciones con otras españolas, permitiría profundizar en las cuestiones de cronología del arte esquemático, tema en el que no debemos entrar en esta ponencia.

BIBLIOGRAFÍA

- Sobre cuestiones generales tratadas en la ponencia: A. BELTRÁN (1978), «Estado actual de los problemas del arte paleolítico europeo y descubrimientos en los últimos 15 años», *Curso de Arte Rupestre Paleolítico*, Santander, p. 25, y «Cuestiones sobre el Arte Cuaternario en la Península Ibérica», *Sautuola*, II, p. 111.
- Sobre la «provincia mediterránea»: (1973), *L'arte della antica età della pietra*, Firenze.
- Sobre arte esquemático y sus problemas: E. RIPOLL (1977), «The process of schematisation in the prehistoric art in the iberian Peninsula», *Forms in indigenous art*, Camberra. A. BELTRÁN (1975-76), «El problema de la cronología del arte rupestre esquemático español», *Caesaraugusta*, 39-40, Zaragoza, p. 5.
- Sobre Porto Badisco: P. GRAZIOSI (1980), *Le pitture preistoriche della Grotta de Porto Badisco*, Firenze.
- Sobre conservación: A. BELTRÁN (1978), «Los problemas de la investigación de las pinturas y grabados al aire libre», referencia al conjunto del Tassili n'Ajjer y al del arte rupestre levantino, *Caesaraugusta*, 45-46, Zaragoza, p. 5.

- A) Équidos de la Cueva de la Fuente del Trucho.
 B) Équidos y puntiformes de la Cueva de la Fuente del Trucho.
 C) Manos en negativo y puntiformes de la Cueva de la Fuente del Trucho.
 D) Cérvido de Arpán L.
 E) Signo antropomorfo de Arpán E 2.



EL NEO-ENEOLÍTICO ALTOARAGONÉS

*V. Baldellou**

Puede decirse que de las distintas manifestaciones culturales que se encierran bajo la amplia denominación de Neo-eneolítico, sólo se conocía en el Altoaragón la representada por los monumentos megalíticos, a buen seguro a causa de su espectacularidad y de su ubicación, casi siempre junto a rutas de comunicación naturales, usadas desde tiempo inmemorial por los pastores de la región. Otras estaciones pertenecientes a este período resultaban totalmente desconocidas y se intentaba cubrir este vacío a base de materiales aislados, de cronología dudosa, o atribuyendo equivocadamente determinados yacimientos a una época o fase cultural a la que no pertenecían.

Actualmente, los últimos descubrimientos realizados en la provincia oscense han mejorado notablemente el menguado panorama anterior, por lo que se hacía necesario un nuevo replanteamiento de estas etapas prehistóricas considerando los datos aportados por los mismos. Ésta es la finalidad de este trabajo, que cuenta con el inconveniente básico de que debe apoyarse en una serie de elementos muy recientes, los cuales, en ocasiones, se encuentran todavía en curso de estudio. No obstante, creo que el interés de estos documentos inéditos queda fuera de toda duda, ya que muchos de ellos constituyen las primeras informaciones que poseemos sobre unas comunidades primitivas de cuyo establecimiento en el Altoaragón no se tenían noticias.

* Museo de Huesca.

I. EL NEOLÍTICO DE LA CERÁMICA IMPRESA

Hasta hace pocos años, el territorio altoaragonés se nos presentaba como un espacio en blanco respecto a la existencia de yacimientos que pudieran atribuirse claramente al Neolítico. Algunos escasos materiales que se habían clasificado como pertenecientes a dicha fase resultaron provenir de estaciones arqueológicas de cronología más reciente y se ha podido comprobar últimamente que su datación era a todas luces errónea.¹

Hoy por hoy, los yacimientos neolíticos oscenses son aún poco numerosos, pero su riqueza material los dota de una considerable importancia arqueológica. Por otro lado, todos ellos han sido descubiertos hace escaso tiempo y presentan un incuestionable carácter de novedad que viene a reforzar su interés científico.

A) Los documentos arqueológicos

Cueva de Chaves

Cavidad ubicada en las proximidades del pueblo de Bastarás, es muy conocida desde el punto de vista espeleológico por encontrarse próxima al Solencio de Bastarás, caverna frecuentemente visitada por estudiosos y curiosos al ocupar el segundo lugar nacional en cuanto a la longitud de su desarrollo. Sin embargo, a nivel arqueológico se hallaba prácticamente sin explotar, pese a algunos comentarios publicados en los que se hace alusión a sus posibilidades como hábitat prehistórico.² El estudio más extenso y la valoración más atinada de Chaves como yacimiento corresponde al G. I. E. (Grupo de Investigación Espeleológica) de Peña Guara,³ cuyos miembros han colaborado activa y estrechamente con el Museo de Huesca en múltiples tareas de prospección y en la misma excavación de la cueva que nos ocupa.⁴

¹ BALDELLOU, V., «El Neolítico en el Alto Aragón», *Volumen in Memoriam de Concepción Fernández-Chicarro*, Madrid (en prensa).

² Se cita la presencia de restos arqueológicos en: BRIET, L., (1909), «Les grottes de Bastarás», *Spelunca*, VII, n.º 55, marzo 1909; GALIAY, J. (1945), *Prehistoria de Aragón*, Zaragoza; RIVERA, L. y VIÑAS, R., Nota en *Espeleología*, 10, Barcelona, p. 66; ABAD, J. (1970), «Yacimiento prehistórico inédito en una cavidad del complejo Kárstico de la Sierra de Guara», *Mediterranea*, 6, Barcelona; MINVIELLE, P. (1976), *Los cañones de la Sierra de Guara*, Madrid.

³ G. I. E. (1973), «La Cueva de Chaves», *Boletín de contribución al catálogo espeleológico de la provincia de Huesca*, 3, Huesca, pp. 11-150.

⁴ BALDELLOU, V. (1976), «Excavaciones en la Cueva de Chaves (Bastarás, Huesca)», XIV Congreso Nacional de Arqueología, Vitoria, 1975, Zaragoza, pp. 245-248; (1976), «La Prehistoria», en *Alto Aragón, su historia, cultura y arte*, tomo 1, Madrid, p. 21; «El Neolítico...», *op. cit.*, nota 1.

Chaves se abre en un acantilado calizo situado sobre el barranco del Solencio, en plena Sierra de Guara. Presenta su boca orientada hacia Levante y unas condiciones de habitabilidad inmejorables, con un amplísimo vestíbulo de alto techo, excelentemente iluminado gracias a las enormes dimensiones de la entrada: 60 metros de anchura por 12 metros de altura máxima. La luz solar penetra hasta más allá de los primeros 50 m. de recorrido, descendiendo luego el techo progresivamente y prolongándose la cueva hacia el interior hasta alcanzar una longitud total de 225 metros. El yacimiento arqueológico se emplaza en los 110 metros iniciales, no habiendo aparecido por el momento restos que hagan pensar en una continuación de la zona fértil por las galerías más profundas de la gruta.

Los trabajos de excavación, efectuados en agosto de 1975, se llevaron a cabo en el gran vestíbulo anterior y consistieron en la realización de cuatro sondeos estratigráficos. La presencia sobre el depósito de grandes bloques desprendidos de la bóveda dificultó notablemente el estudio y determinó la reducida superficie de las catas en cuestión.

La potencia del relleno de Chaves no es uniforme y alcanza un grosor máximo de 150 centímetros. Teniendo en cuenta variabilidades de espesor y composición cuya exposición resultaría excesivamente prolija, el esquema estratigráfico de la Cueva de Chaves puede sintetizarse de la siguiente manera:

Estrato superficial: Piedras sueltas y restos fecales de oveja. Cerámica escasa, con decoraciones plásticas propias de la Edad del Bronce.

Nivel I. Subdivisible, según el sondeo, en dos o tres estratos de poca potencia. Piedras sueltas abundantes y tierras polvorientas de tono marrón grisáceo. Materiales idénticos a los del estrato superficial, pero más abundantes y menos fragmentados. Bronce Medio.

Nivel II. Tierras de color marrón oscuro, bastante compactas, con abundantes restos de carbón y cenizas. Cerámicas impresas y cardiales asociadas a industria ósea y útiles en sílex, entre los que destacan algunos microlitos geométricos. Neolítico Antiguo. En esta capa se señalaron dos estratos (N II a y N II b) diferenciados por la compacidad relativa de las tierras y por una inferior presencia de piedras en el N II b. Descansa sobre un piso rocoso intraspasable constituido por grandes moles pétreas, fruto de un primer desprendimiento cenital.

Según este cuadro, puede decirse que se identificaron dos niveles de ocupación fundamentales, el superior perteneciente a un Bronce Medio poco avanzado y el inferior —el que aquí interesa— a un Neolítico de cerámicas impresas, con unos rasgos definitorios muy claros que lo relacionan íntimamente con las facies ya conocidas de antiguo en las regiones vecinas bañadas por el Mediterráneo, es decir, Sur de Francia, Cataluña y País Valen-

ciano. Sin duda, resulta sumamente interesante la existencia de un yacimiento de esta índole en un punto tan alejado de la costa como es el Prepirineo oscense.

Analizando el conjunto de materiales arqueológicos aparecidos en Chaves, puede concluirse que su aspecto cultural es típico y que acusa una fuerte evocación marítima:

- La cerámica decorada mediante impresiones en crudo es rica y presenta una buena variedad de motivos ornamentales, siendo entre ellos especialmente frecuentes los conseguidos a través de conchas de *Cardium*.

- Por el contrario, la industria ósea no es muy abundante y nos ofrece una tipología bastante reducida, ya que está representada casi exclusivamente por punzones y, en inferior escala, por alguna espátula.

- Esta pobreza alcanza también a la industria lítica, escasa y en general toscamente retocada. Solamente se salen de la tónica los ya citados microlitos geométricos y algún que otro raspador con un acabado más cuidadoso.

- Los objetos de adorno abarcan dos fragmentos de anillos de hueso, caninos de cánido perforados y un grupo de elementos que reafirman los contactos de Chaves con las regiones litorales: algunas cuentas de *Dentalia*, dos conchas de *Cardium* y tres colgantes hechos sobre conchas perforadas de caracoles marinos *Columbella*.

La considerable cantidad de huesos recogidos y su mayoritaria pertenencia a especies domesticadas (óvidos, cápridos, suidos y bóvidos), son factores que vienen a testimoniar una economía basada eminentemente en las tareas pastoriles, si bien los molinos —poco numerosos— y las hachas pulimentadas documentan asimismo unas prácticas agrícolas que debieron desarrollarse como una actividad de tipo complementario. El mismo carácter secundario tendría la caza, pues los restos óseos clasificados como propios de ejemplares salvajes son porcentualmente muy inferiores a los domésticos y parecen evidenciar una acción venatoria no especializada. En efecto, el cuadro de individuos silvestres, menor a nivel cuantitativo, es más vasto en referencia al número de las especies identificadas: conejo, liebre, zorro, lobo, ciervo, corzo, cabra montés, sarrio (rebeco), jabalí y oso de las cavernas.⁵

Como ya he expresado con anterioridad, dentro del N II de Chaves se señalaron dos subniveles: N II a y N II b. Para tal distinción se siguió un criterio geológico basado en algunas diferencias de compacidad y composición que no siempre resultaban demasiado patentes. No obstante, al proceder al estudio minucioso de los materiales arqueológicos, pudo observarse una ligera evolución de los mismos entre cada una de las capas. Así, mientras la

⁵ El estudio paleontológico de Chaves, actualmente en prensa, fue realizado por Pedro M. CASTAÑOS UGARTE y del mismo proceden los datos expuestos.

cerámica de estrato inferior o N II b nos muestra unos esquemas decorativos muy característicos, de buena factura y cuidadosa elaboración, en el superior o N II a hay ya ejemplares que dejan traslucir una cierta degeneración de las técnicas ornamentales por impresión, al tiempo que desaparece casi por completo la utilización de las conchas de *Cardium* para la consecución de los motivos. Hay asimismo otros elementos arqueológicos exhumados en el N II a, que vienen a apoyar esta diferenciación previamente supuesta: un asa tubular vertical y un asa de lengüeta, también vertical, doblemente perforada. Ambos objetos, a pesar de estar decorados con impresiones, se salen de la tipología atribuida habitualmente a las producciones alfareras del Neolítico antiguo y reflejan una relativa modernidad que no se hace perceptible en ninguna de las piezas pertenecientes al N II b.

El posterior análisis por el método del radiocarbono de cenizas y carbones recogidos en los dos subniveles, vino a confirmar que las anomalías detectadas entre los materiales de ambos estadios tenían una correspondencia plena en las cifras absolutas: el N II a dio dos fechas de 4170 y 4280 a. C., y el N II b ofreció una datación de 4510 a. C.; esta última indica una cronología plenamente homologable a la ya establecida para otros yacimientos costeros del mismo ámbito y corresponde al momento de máxima pujanza de las impresiones cardiales. Las dos primeras, en cambio, nos llevan a una fase más avanzada, a una época en la que ya ha tenido lugar una atomización de la unidad cultural asumida por la cerámica cardial y que los investigadores franceses han bautizado genéricamente con el nombre de Epicardial.⁶

Espluga de la Puyascada

Es otro importante yacimiento arqueológico que puede considerarse todavía inédito, pues la gran cantidad de materiales recuperables ha retrasado forzosamente su estudio y, en consecuencia, su publicación.⁷

La Puyascada se ubica en la llamada Sierra Ferrera, denominación con que se conoce a las formaciones calizas que configuran la vertiente meridional de Peña Montañesa, primera cota importante de las Sierras Interiores del Prepirineo del Sobrarbe. La población más próxima es la pequeña aldea

⁶ «Les civilisations néolithiques du Midi de la France», *Actes du Colloque de Narbonne*, Narbonne, 1970. MONTJARDIN, R. (1973), *Essai sur l'Épicardial*, Sète.

⁷ Sobre la Espluga de la Puyascada hay una breve nota en: BALDELLOU, V.: «La Prehistoria», *op. cit.*, nota 4, pp. 22 y 23.

También se estudia superficialmente en: BALDELLOU, V. y MORENO, G. (1980), «El hábitat campaniforme en el Alto Aragón», *III Col·loqui Internacional de Puigcerdà*, Puigcerdà. En este último trabajo se tratan más a fondo los materiales eneolíticos. BALDELLOU, V., «El Neolítico...», *op. cit.*, nota 1.

de San Juan de Toledo, de la que se encuentra a unas dos horas y media de penosa ascensión en dirección noreste.

Aunque menor que la de la Cueva de Chaves, la Espluga de la Puyascada presenta una entrada de amplias dimensiones (más de 15 metros de anchura) que ilumina perfectamente el vestíbulo de la cavidad, el cual representa prácticamente la totalidad del desarrollo de la cueva, en realidad un vasto abrigo. En dicho vestíbulo se aprecian restos de un desprendimiento de la bóveda, posterior a su ocupación como habitáculo, pero los bloques de roca dejan entre sí espacios lo suficientemente extensos como para trabajar cómodamente y sin angosturas.

Las labores de excavación, llevadas a cabo en julio de 1975, se dedicaron a abrir cuatro catas estratigráficas en distintos puntos de la sala y en la zona exterior frente a la boca. Solamente resultaron fértiles los tres sondeos efectuados bajo cubierto, siendo absolutamente negativos los resultados obtenidos en la cata realizada fuera de la Espluga (c. 2).

La estratigrafía ofrecida por la Puyascada es muy simple en dos de los sondeos inferiores (c. 1 y c. 4), pues se reduce a un único nivel de ocupación neolítico sobre el que se asienta un débil estrato superficial, compuesto casi exclusivamente por restos fecales de oveja. En la cata restante de las excavadas en el vestíbulo también se señaló este nivel, pero al mismo se superponía otro de considerable potencia con materiales pobres y poco expresivos, entre los que se recuperaron tres fragmentos cerámicos con decoración puntillada de tipo campaniforme que sirvieron para fijar cronológicamente la capa.

En el estrato neolítico, los objetos arqueológicos aparecidos resultaron ser ricos y abundantes, estando constituido el grupo más característico por las cerámicas decoradas mediante impresiones en crudo; éstas presentan una magnífica gama de diseños, muy bien elaborados y excelentemente acabados, obtenidos por impresión de útiles diversos, entre los que faltan en absoluto los realizados con *Cardium*. A pesar de ello, los motivos ornamentales de la Puyascada y la técnica empleada para su consecución son lo suficientemente típicos para que su atribución a un horizonte neolítico no admita lugar a dudas.

El contexto de la cerámica impresa estaba formado por numerosos fragmentos de alfarería lisa, utensilios en sílex —muy poco frecuentes y escasamente trabajados— y una industria ósea considerablemente amplia, a base de espátulas y una notable cantidad de punzones. Los objetos de adorno incluían colgantes de varios tipos y cuentas de collar discoidales hechas con piedra, hueso y concha.

Como en Chaves, el análisis de los restos paleontológicos pone en evidencia una conducta económica fundada básicamente en la ganadería, con preponderancia de los óvidos y cápridos sobre bóvidos y suidos. La presen-

cia de ejemplares salvajes es ínfima (5%) y revela una actividad cazadora reducida a una simple práctica secundaria de escasa dimensión; sólo se han señalado restos de ciervo y de corzo, lo que contrasta en gran manera con el gran espectro de especies silvestres identificado en la cueva de Chaves.⁸ La agricultura está testimoniada también por algunos molinos barquiformes.

El nivel neolítico de la Puyascada, compuesto por tierras de tono marrón oscuro y buena cantidad de piedras sueltas, contenía muchos carbones y extensas zonas cenicientas que fueron utilizadas para efectuar los posteriores análisis por el sistema del C14. Los resultados conseguidos fueron los siguientes: 3980 y 3630 a. C. La primera datación es absolutamente idéntica a la conseguida en el abrigo de Roucadour para un horizonte similar, caracterizado asimismo por las cerámicas con impresiones en crudo y por la ausencia total de decoraciones cardiales.⁹ Se trata de una fecha bastante tardía pero no constituye un caso aislado, ni siquiera raro, vistos los datos que se conocen para el arco meridional francés. El segundo resultado, 3630 a. C., es menos frecuente para una fase cultural con cerámicas impresas, pues corresponde a una época en que las producciones alfareras lisas propias del Neolítico medio occidental empiezan a hacer ya acto de presencia. En el apartado dedicado a cronología intentaré comentar más ampliamente estas cuestiones.

Cueva del Forcón

Está situada, al igual que la Espluga de la Puyascada, en los farallones calizos de Sierra Ferrera y a una distancia equivalente del pueblecito de San Juan de Toledo, aunque en dirección noroeste. Significa el reverso de la moneda en cuanto a las condiciones de habitabilidad que nos ofrecían Chaves y la Puyascada: abierta su boca en un alto acantilado prácticamente vertical y a casi 7 metros sobre el nivel del suelo, su acceso solamente es posible a través del tronco de una carrasca seca que se ha colocado apoyada a la pared rocosa y que llega prácticamente hasta la altura de la entrada. Ésta, angosta y baja de techo, conduce a un vestíbulo muy mal iluminado en el que no se puede permanecer de pie más que en algunos reducidos sectores.¹⁰

La cueva del Forcón presenta trazas de actividad geológica y es de suponer que en períodos de precipitaciones considerables, todavía efectúe funciones de drenaje. Este hecho conlleva que la mayor parte del piso de la caverna esté constituido por la roca viva, siendo muy escasos los puntos

⁸ La fauna de la Espluga de la Puyascada ha sido estudiada también por Pedro M. CASTAÑOS UGARTE, de cuyo trabajo se han tomado los datos referidos.

⁹ NIEDERLENDER, A.; LACAM, R., y ARNAL, J. (1966), *Le gisement néolithique de Roucadour*, París.

¹⁰ BALDELLOU, V., «El Neolítico...», *op. cit.*, nota 1. También hay una referencia en «La Prehistoria...», *op. cit.*, nota 4, pp. 15-16 y 22-25.

donde existe acumulación de tierras. Ahora bien, en una zona de escasas dimensiones dentro del vestíbulo de la cavidad, ubicada a la izquierda de la boca, existía un depósito no demasiado espeso, en el que se distinguía superficialmente la presencia de restos óseos humanos y fragmentos de cerámica. Fue en este lugar donde se procedió a excavar, realizándose los trabajos en julio de 1976.

El depósito en cuestión se hallaba completamente revuelto por causas que no voy ahora a detallar, lo que no permitió que se pudieran descubrir estratos arqueológicos de ninguna clase; la potencia del sedimento resultó muy irregular, no sobrepasando en absoluto los 30 cm. de grosor.

Nuestra labor consistió más en tamizar las tierras removidas previamente que en llevar a efecto una excavación propiamente dicha, pues, tal y como se pudo comprobar durante el desarrollo del estudio, no quedaba ningún sector intacto. A pesar de este inconveniente, los resultados obtenidos no pueden considerarse pobres, recuperándose materiales que tienen un indudable interés arqueológico.

Parece incuestionable que la Cueva del Forcón tuvo una finalidad exclusivamente funeraria y que nunca se utilizó como vivienda. Esta circunstancia resulta evidente no sólo por la cantidad de huesos humanos recogidos, sino también por las mismas condiciones físicas de la gruta: acceso muy difícil, boca estrecha, iluminación casi nula, vestíbulo en el que resulta casi imposible mantenerse erguido, etc. Ninguno de estos aspectos favorece en nada una ocupación de tipo habitacional y más si se tiene en cuenta que el Forcón debe verse ocupado parcialmente por una corriente de agua en determinados momentos.

A causa de las intensas remociones sufridas por el yacimiento, nos fue totalmente imposible delimitar los enterramientos y determinar la orientación de los cadáveres, su posición, los ajuares que correspondían a cada uno de ellos, ni tan siquiera el número de individuos inhumados; me consta que numerosos restos han desaparecido, pero no hay posibilidades de discernir su actual paradero ni su volumen cualitativo. Por las estrictas dimensiones de la zona, opino que la estación no cobijaría más de media docena de tumbas, pero, repito, el rito funerario seguido por las gentes que enterraron en el Forcón no hay forma humana de conocerlo.

El grueso de materiales arqueológicos de la Cueva del Forcón está determinado por la cerámica. Mayoritariamente lisa, la alfarería de esta cavidad presenta también un interesante conjunto de decoraciones impresas muy parecido al de la Puyascada, entre las que están asimismo ausentes las de tipo cardial. Especial mención merecen unos fragmentos correspondientes a dos vasos con una decoración incisa dispuesta en franjas horizontales, compuestas por triángulos rellenos a base de líneas oblicuas. Uno de los

ejemplares presenta junto al borde una banda de pastillas repujadas. Los paralelos más próximos de estas piezas los tenemos en Francia —*céramique à triangles hachurés*—¹¹ y en Cataluña, en la Cova de la Font del Molinot;¹² en ambos casos son cerámicas pertenecientes a un horizonte cultural tardío, propio del Neolítico Final o incluso el Eneolítico. Un hermoso cuchillo de sílex con retoque plano escamoso, aparecido también en el Forcón, podría relacionarse igualmente con la misma fase cronológica.

Acompañan a los objetos citados algunas piezas en sílex sobre hojas y cuchillos sin retocar, varias cuentas de collar discoidales, dos cuentas de *Dentalia* y tres punzones en hueso. Se recogieron asimismo algunos restos romanos —muy escasos— y una interesante pieza en bronce con dos protomos de jabalí y uno de caballo. Dicha pieza, hallada en una sala superior de la cavidad, se encontraba aislada y escondida expresamente en una grieta de la pared rocosa, por lo que no guarda relación alguna con los materiales exhumados en la excavación. Tampoco cabe pensar que existe ningún lazo de unión entre el sector de enterramiento y los *maccaroni* sobre arcilla descubierto en la galería más profunda de la caverna, cuya datación podría ser perfectamente atribuida al Paleolítico.¹³

Cueva de la Miranda

Situada sobre el actual pantano de El Grado, en los despeñaderos calizos del término de Palo y a unos diez kilómetros al suroeste de dicha población.

La cavidad presenta una boca reducida de 3 metros de anchura por 2 metros de alto, de forma triangular. Esta entrada da acceso a un vestíbulo no muy grande (unos 10 m²) del que se desciende, en un plano inclinado, a una segunda sala más amplia (25 metros de longitud por 4 metros de anchura máxima), la cual constituye la galería final de la caverna. Tanto el vestíbulo como la sala posterior carecen de relleno de tierras, estando formado el suelo exclusivamente por bloques y cascotes. Entre los mismos se recogen restos arqueológicos revueltos, algo más abundantes en la galería terminal que en el vestíbulo donde se abre la boca.¹⁴

¹¹ ARNAL, G. B. (1976), *La céramique néolithique dans le Haut Languedoc*, Lodeve, p. 57.

¹² BALDELLOU, V., y MESTRES J. (1976), «La cova de la Font del Molinot. Una nueva facies neolítica», *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vitoria, 1975, Zaragoza, pp. 249-252.

¹³ El estudio minucioso de los *maccaroni* del Forcón está ya concluido y será publicado en breve, al igual que el dedicado a la pieza de bronce.

¹⁴ BALDELLOU, V., «El Neolítico...», *op. cit.*, nota 1. Existe una breve nota sobre la Miranda en la obra ya citada «La Prehistoria...», *op. cit.*, nota 4, p. 22.

A pesar de la falta de depósito y, por tanto, de la imposibilidad de realizar en la Miranda excavaciones arqueológicas, el interés de los materiales encontrados hizo que se llevaran a cabo en la cueva dos campañas de estudio durante los meses veraniegos de los años 1975 y 1976. Dichas campañas consistieron en una recogida metódica, por zonas previamente delimitadas, de los objetos que se encontraban mezclados con las piedras sueltas que conformaban el piso del yacimiento. Las piezas recuperadas se presentaban completamente removidas y no resultó extraño que cerámicas de épocas distintas aparecieran juntas o que las más antiguas ocupasen un nivel de profundidad superior al de otras más recientes; del mismo modo, fragmentos de una misma vasija podían encontrarse considerablemente alejados entre sí o a distinta altura con respecto al suelo rocoso de base.

Los hallazgos fueron abundantes, estando constituido el lote más numeroso por la cerámica. Al lado de las producciones lisas, intrínsecamente poco expresivas, la Cueva de la Miranda nos ofrece dos grupos bien diferenciados respecto a la alfarería decorada: las cerámicas con ornamentaciones plásticas y las cerámicas con impresiones en crudo.

El primer conjunto, el más abundante, corresponde con seguridad a una Edad del Bronce no muy avanzada y, por lo tanto, no es éste el lugar más apropiado para entretenernos en él. Los fragmentos impresos son menos frecuentes, quizás por pertenecer a vasijas de tamaño inferior y de paredes mucho más finas. Su elaboración es muy cuidada y la cocción buena, mostrándonos unos motivos ornamentales muy característicos y de excelente acabado, íntimamente relacionables con los ya conocidos de la Espluga de la Puyascada y de la Cueva del Forcón. Al igual que en estos dos yacimientos, las decoraciones confeccionadas mediante conchas de *Cardium* están ausentes por completo.

La circunstancia de que los materiales de la Miranda estén totalmente mezclados impide que se pueda dotar a la alfarería neolítica de un contexto arqueológico seguro. Señalaré tan sólo que el porcentaje de elementos no cerámicos es ínfimo y que éstos no resultan demasiado significativos. La industria ósea es prácticamente nula y se reduce a un utensilio pulimentado que probablemente se empleó como mango. El utillaje en sílex está representado por unas pocas lascas informes y por cuatro únicos objetos trabajados, entre los que destaca una raedera fabricada sobre ónice. Se encontraron asimismo cuatro hachas pulimentadas, todas ellas elaboradas sobre roca metamórfica, esquistos posiblemente.

Los objetos de adorno fueron muy escasos, habiéndose recuperado solamente dos colgantes perforados, uno constituido por una concha de molusco marino y el segundo por una bola de calcita pulimentada. Repito que

no estamos en condiciones de relacionar ninguno de estos materiales con ninguno de los dos momentos de ocupación que parece haber sufrido la Cueva de la Miranda.

Abrigo del Huerto Raso

De todas las estaciones que se han atribuido al período neolítico, ésta es la única en la que no ha trabajado directamente el Museo de Huesca. Descubierta en julio de 1969, fue prospectada y excavada por un equipo del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza, dirigido por Ignacio BARANDIARÁN.¹⁵

El yacimiento en cuestión resultó sumamente parco en materiales y solamente se recuperaron ocho fragmentos de cerámica, algunas piezas de sílex y una placa sobre roca arenisca con unos trazos de tipo geométrico grabados en la superficie de una de las caras. De la alfarería recogida, tan sólo tres fragmentos presentan decoración a base de impresiones en crudo, pero son lo suficientemente característicos como para permitir una referencia cronológica correcta para el abrigo que nos ocupa. Uno de estos trozos, el más típico y de mejor calidad, ha sido en ocasiones erróneamente clasificado como campaniforme,¹⁶ pero su filiación neolítica no admite lugar a dudas. Dentro del conjunto industrial lítico, la mayor parte de los útiles son lascas sin retocar, a excepción de un trapecio de base cóncava que representa la única pieza digna de interés.

B) Algunas consideraciones

A continuación voy a intentar esbozar sucintamente algunas interpretaciones sobre ciertos aspectos concretos que los yacimientos altoaragoneses ponen sobre el tapete. Mi intención es simplemente comentar unos puntos determinados sin pretender con ello llegar a conclusiones sólidas, que el estado actual de las investigaciones no permite. Por el contrario, estas conclusiones estarán sujetas a la más estricta provisionalidad y siempre pendientes de que nuevos descubrimientos y estudios las confirmen o las desmientan definitivamente.

¹⁵ BARANDIARÁN, I. (1976), «Materiales arqueológicos del Covacho de Huerto Raso», *Zephyrus*, XXVI-XXVII, Salamanca, pp. 217-223.

¹⁶ MORENO, G. (1971-1972), «Cerámica campaniforme en la cuenca alta y media del Ebro y provincias adyacentes», *Caesaraugusta*, 35-36, Zaragoza, p. 34.

1. Los materiales arqueológicos

Si enfocamos desde un punto de vista meramente material el conjunto cultural que nos ofrecen las cuevas neolíticas altoaragonesas, saltan claramente a la vista los numerosos puntos de contacto entre su utillaje y el que nos muestran los yacimientos del Neolítico antiguo que se encuentran en las regiones mediterráneas más próximas, es decir, Francia meridional, Cataluña y el País Valenciano. Este hecho puede resultar hasta cierto punto sorprendente si tenemos en cuenta la considerable distancia que existe entre los enclaves arqueológicos oscenses y el litoral marítimo, pero los contactos parecen adivinarse no sólo por el aspecto general de los materiales, sino también por la presencia de elementos de origen marino que han aparecido en todas y cada una de las cuevas citadas.

Centrándonos en las producciones alfareras, podría decirse que la Cueva de Chaves configura un capítulo aparte por ser el único yacimiento que ha dado cerámicas ornamentales a base de impresiones cardiales. Los ejemplares de Chaves decorados con *Cardium* son muy típicos y prácticamente indistinguibles de los que proceden de cualquier estación costera de la misma época, por lo que hay que incluirlos plenamente en un marco cultural común.

Las cerámicas cardiales faltan por completo en la Espluga de la Puyascada, Cueva del Forcón, Cueva de la Miranda y Abrigo de Huerto Raso, pero las magníficas decoraciones impresas recogidas en estas cavidades nos presentan unos esquemas y motivos ornamentales íntimamente relacionables con los conseguidos por medio de conchas; por ello, su filiación me parece asimismo fuera de toda duda. Opino que esta diferenciación en cuanto a los utensilios empleados para diseñar las decoraciones responde fundamentalmente a cuestiones cronológicas que procuraré exponer más adelante.

En efecto, las formas de las vasijas son muy parecidas en todos los yacimientos altoaragoneses, no habiéndose recuperado ningún ejemplar que rompa la uniformidad. Pese a que el estado fragmentario de los hallazgos cerámicos no permite un conocimiento demasiado amplio de la morfología alfarera sí que puede considerarse que los elementos recogidos encajan perfectamente dentro de la tipología establecida para el Neolítico antiguo: cuencos hemisféricos, vasos globulares y ovoides —algunos con cuello— y las características «botellas» o vasijas globulares con cuello estrecho más o menos largo. Las aportaciones materiales de culturas más recientes se reducen, por el momento y como ya se ha visto, a algunos medios de prehensión y no afectan, al parecer, a las formas establecidas.

Si la ausencia de impresiones cardiales tiene —según mi idea— una significación cronológica, hay que señalar también que en el Altoaragón no se da la regresión técnica que se patentiza en otras regiones respecto a la calidad de las pastas, cocción o acabado de las producciones impresas más tardías. Hay fragmentos en la Puyascada, el Forcón y la Miranda cuya elaboración es tan excelente que llega a superar la de las decoraciones cardiales de Chaves. Lo mismo puede decirse de fragmentos no cardiales aparecidos en el nivel neolítico superior de esta última calidad; de otra parte, la exuberancia de algunos motivos y su cuidadosa factura se aproximan más a los esquemas ornamentales propios del País Valenciano o de la Andalucía oriental que a los pertenecientes a los grupos francés y catalán, más cercanos geográficamente.

Dejando por el momento la cerámica, puede observarse que el resto de objetos arqueológicos también dejan traslucir una indudable unidad a nivel de cultura material: la industria lítica suele ser tosca y pobre en la totalidad de los lugares altoaragoneses, hecho que, por otra parte, concuerda perfectamente con la tónica general manifestada en las regiones costeras vecinas. Las piezas son escasas, mal trabajadas y con un notable aire de tosquedad, salvo contadas excepciones. Solamente los elementos geométricos de Chaves y Huerto Raso se salen de la vulgaridad representada por la gran mayoría del conjunto lítico. El capítulo más numeroso lo componen las hojas en bruto o ligeramente retocadas, encontrándose el resto de piezas en una posición porcentual muy inferior. Los útiles geométricos están bien documentados en las zonas mediterráneas, especialmente en Francia (*armatures de flèches tranchantes*), mas sus dimensiones suelen ser superiores a las que presentan las piezas de Chaves y Huerto Raso. En Chaves hay también dos medias lunas, útil menos frecuente en el ámbito cultural de referencia, pero también presente en varios yacimientos.

La industria ósea tampoco es variada ni demasiado rica, aunque en la Espluga de la Puyascada resultó bastante abundante. Predominan de modo indiscutible los punzones —muy característicos— y si bien las espátulas y otros objetos no llegan a estar del todo ausentes, configuran una minoría de escaso peso específico. Esta pobreza en los objetos en hueso alcanza de la misma forma a los núcleos culturales del litoral, no siendo raras las cuevas francesas en que los materiales óseos están totalmente ausentes.

Menos uniformes resultan los objetos de adorno, pero su mayor índice de variabilidad es una constante también muy extendida en las áreas vecinas y se puede explicar fácilmente en razón a su función no utilitaria. Como circunstancia digna de tenerse en cuenta hay que destacar que, salvo el Abrigo de Huerto Raso —muy parco en todo tipo de hallazgos— el resto de yacimientos altoaragoneses han dado alguna pieza de procedencia marítima,

bien en estado original y con perforación —para utilizarse como colgante—, bien como materia prima sobre la que fabricar cuentas de collar discoidales. Se trata de un factor más que revela la evidente relación que las comunidades altoaragonesas de esta época debieron mantener con las tierras costeras durante el desarrollo de su cultura neolítica.

Resumiendo, soy de la opinión que los caracteres materiales de las cuevas oscenses ponen de manifiesto una serie de connotaciones que las hacen enteramente asimilables a los que nos ofrecen las estaciones arqueológicas conocidas desde hace tiempo en las zonas geográficas más próximas con salida al mar. Creo que es indiscutible su pertenencia a un mismo marco cultural, por lo que las cerámicas impresas del Altoaragón significarían una ramificación tierra adentro de los pujantes focos neolíticos enclavados en los parajes periféricos mediterráneos.

2. Cronología

A guisa de introducción, voy a repetir aquí las dataciones por radiocarbono obtenidas para la Cueva de Chaves y la Espluga de la Puyascada: 4510 a. C. para el N II b de Chaves, es decir, el nivel neolítico inferior con cerámicas decoradas a base de impresiones cardiales; 4280 y 4170 a. C. para el N II a de la misma estación, capa neolítica superior con ornamentaciones impresas entre las que están prácticamente ausentes los de tipo cardinal y 3980 y 3630 para el horizonte neolítico de la Puyascada, con una rica gama de cerámicas impresas y falta total de impresiones cardiales. Éstas son las únicas fechas absolutas conseguidas hasta el momento y, aunque no pueden resultar suficientes para establecer un cuadro cronológico completo del Neolítico del Altoaragón, sí que nos podrán ser útiles a nivel comparativo y como puntos de referencia a aplicar en las consideraciones que seguidamente voy a expresar.

Como ya se ha señalado más arriba, creo que la ausencia de impresiones cardiales en el Forcón, la Puyascada, la Miranda y Huerto Raso responde más bien a factores de tipo cronológico que a diferenciaciones de índole cultural. Estas últimas son poco probables a la vista de la unidad que parece desprenderse del análisis de los materiales arqueológicos y de su homogeneidad.

La cerámica cardinal del N II de la Cueva de Chaves constituye, hoy por hoy, el único exponente que de esta técnica ornamental se conoce en el Altoaragón. También hay que tener en cuenta que las impresiones de *Cardium* sólo aparecen abundantemente en el estrato inferior del nivel neolítico (N II b), siendo mucho más raras en la capa suprayacente o N II a, en la que pue-

de apreciarse ya la inserción de materiales algo más recientes, como serían la citada asa tubular o la lengüeta vertical biforada.

Elementos que se salen del estricto marco material propio del Neolítico antiguo se han podido identificar también en la Puyascada, el Forcón y la Miranda, circunstancia que viene a dotar a estas cuevas de un indudable aire de modernidad relativa. Dicha modernidad se confirma en la Puyascada a través de las dataciones por C14 antes citadas.

Así pues, resulta lógico suponer que, de los yacimientos por ahora conocidos tan sólo la cueva de Chaves pertenecería al Neolítico antiguo propiamente dicho y, en concreto, su N II b únicamente. La fecha de 4510 corresponde perfectamente a tal momento y nos lleva a la época de máximo esplendor de las decoraciones de tipo cardial en casi toda la cuenca del Mediterráneo occidental.

Posteriormente, el uso de las conchas como elemento decorativo irá perdiendo auge y las impresiones se realizarán preferentemente con otros objetos. Entramos en la fase que los investigadores franceses conocen como Epicardial o Cardial Final, muy bien documentada en numerosas estaciones del país vecino y caracterizada por la escasez general de las impresiones cardiales. Éste sería el estadio cultural identificado en el N II a, donde puede observarse ya que algunos elementos que delatan una época más tardía inciden en un contexto con decoraciones impresas, pero sin hacerlas desaparecer; es más, los citados elementos se verán a su vez ornados según la moda tradicional. Las dataciones de 4280 y 4170 a. C. son también coherentes y concuerdan plenamente con las conocidas en el Mediodía francés para las facies Epicardiales: 4350 para la Grotte de Camprafaud,¹⁷ 4250 para St. Pierre de la Fage,¹⁸ 4250 para la Grotte de l'Aigle,¹⁹ 4190 y 4350 para Les Baumes de Montclus,²⁰ 4230-4130 para la Baume Bourbon,²¹ etc. Un yacimiento recientemente excavado por MALUQUER DE MOTES en la provincia de Lérida, la Cova del Parco, dio una fecha de 4220 para un horizonte similar al de Chaves (Nivel IV), constituyéndose en el paralelo más próximo en cuanto a su situación geográfica.²²

¹⁷ RODRÍGUEZ, G. (1970), «La grotte de Camprafaud. Datations au C14», *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 67, pp. 210-211.

¹⁸ ARNAL, G. B. (1977), «La grotte IV de Saint Pierre de la Fage», *B. S. P. F.*, 74, pp. 185-189.

¹⁹ ROUDIL, J. L. y SOULIER, M. (1979), «La grotte de l'Aigle et le Néolithique Ancien du Languedoc Oriental», *Mémoires de la Société Languedocienne de Préhistoire*, I.

²⁰ ESCALÓN DE FONTÓN, M. (1971), «La stratigraphie du gisement de la Baume de Montclus», *Mélanges André Veragnac*, París, pp. 273-278.

²¹ COSTE, A., y GUTHERZ, X. (1976), «Découverte de la phase récente de la culture cardiale dans les garrigues de Nimes», *B. S. P. F.*, 73, pp. 246-250.

²² INSTITUTO ESPAÑOL DE PREHISTORIA (1978), *Catálogo de yacimientos arqueológicos con datación mediante carbono-14 de la Península Ibérica e Islas Baleares y Canarias*, Madrid.

Las dataciones del N II a de la Cueva de Chaves enlazan claramente con la de 3980 a. C. conseguida para el nivel neolítico de la Espluga de la Puyascada, la cual viene a demostrar que la cerámica impresa perdura en el Altoaragón en los inicios del IV milenio anterior a nuestra era. Dicha fecha también tiene entera correspondencia con otras pertenecientes a contextos arqueológicos parecidos; ya he citado anteriormente su identidad exacta con la del Abrigo de Roucadour, identidad que se repite con una de las dataciones que se han publicado para el Nivel IV de la Cueva de Zuheros (Córdoba);²³ asimismo, la ya mencionada Cueva del Parco dio una cronología de 3840 para la capa superior de cerámicas impresas (Nivel III). En Francia las dataciones paralelizables son todavía más numerosas: 3900 para el Abrigo de Font Juvenal de Conques,²⁴ 3710 para el Nivel VII de la Grotte de Chazelles,²⁵ 3570 para el yacimiento citado antes de St. Pierre de la Fage, 3560 para la Grotte Limonesque,²⁶ etc. Las últimas dataciones se aproximan de forma evidente a la segunda de las obtenidas en la Puyascada —3630 a. C.— y nos indican una pervivencia de las facies epicardiales durante toda la primera mitad del IV milenio. Sin embargo, dicha pervivencia no posee carácter generalizado, pues no faltan las estaciones arqueológicas que por estas fechas se ven ocupadas por una cultura material ya perfectamente encuadrable en el Neolítico medio de tipo occidental: mezcla de Epicardial y Chassey hacia el 3500 en Saint Mitre,²⁷ 3590 para el Chassey antiguo del abrigo ya apuntado de Font Juvenal o 3400 para un nivel de habitación de la cultura de los Sepulcros de Fosa en la Cova de la Font del Molinot (Barcelona).²⁸ La atomización cultural que se manifiesta en las últimas fases del Neolítico antiguo puro de tipo cardial da lugar a la aparición de numerosos núcleos locales con peculiaridades muy apreciables, los cuales conocerán una perduración variable. En algunos sectores del Mediodía francés la civilización chaseense no acaba de imponerse hasta una época tardía, 2800-2600 a. C. o incluso más tarde.²⁹

A causa de la ausencia de estratigrafía en la Cueva de la Miranda, no se realizaron análisis de datación por C14. Pese a ello, algunos elementos dejan

²³ MUÑOZ, A. M., y VICENT, A. M. (1974), «La cueva de Zuheros», *Trabajos de Prehistoria*, Madrid, pp. 282-283 y 293-294.

²⁴ GUILAINE, J., «L'abri de Font Juvenal à Conques», *Gallia-Préhistoire*, XV, 2, pp. 513-515.

²⁵ ROUDIL, J. L., y SOULIER, M., «La grotte...», *op. cit.*, nota 19, pp. 31-35.

²⁶ ARNAL, G. B., «La céramique...», *op. cit.*, nota 11, p. 29.

²⁷ CALVET, A. (1969), «Les abris sous Roche de Saint Mitre», *Maison de la culture de Manosque*.

²⁸ BALDELLOU, V.; GUILAINE, J.; MESTRES, J., y THOMMERET, Y. (1975), «Datations C14 de la grotte de la Font del Molinot», *Pyrenae*, XI, Barcelona, pp. 151-153.

²⁹ COURTIN, J. (1974), *Le Néolithique de la Provence*, París, p. 40.

traslucir también ciertos caracteres avanzados. Un hermoso fragmento de cuenco hemisférico con decoración impresa, provisto de un asa de lengüeta horizontal con dos perforaciones verticales, podría ser un ejemplo de ello; un medio de prehensión de esta índole rebasa la morfología atribuida a las producciones cerámicas del Cardial pleno y revela unos lazos de unión incuestionables con las posteriores fases epicardiales. La gran semejanza de los motivos impresos de esta cavidad y con los de la Espluga de la Puyascada ayuda asimismo a pensar que ambos yacimientos pertenecen a un estadio cronológico similar.

Tal y como he dicho en otro apartado, los materiales de la Cueva del Forcón son también relacionables con los de la Puyascada y la Miranda. Ahora bien, en el Forcón se recuperaron, en un contexto dominado por las cerámicas con ornamentaciones impresas, varios fragmentos correspondientes a dos vasos decorados mediante la técnica llamada por los investigadores franceses à *triangles hechurées*. Aunque se tenga que ir con muchas precauciones y no se pueda ser en absoluto categórico a la vista de las intensas remociones sufridas por el depósito arqueológico del Forcón, no hay que descartar la posibilidad de que las impresiones de tipo epicardial y los esquemas incisos de triángulos puedan encontrarse asociados en esta cavidad y pertenecer a un mismo momento. Los enterramientos del Forcón parecen constituir un conjunto cerrado en el que no se han podido apreciar otras injerencias de objetos más recientes, si exceptuamos los escasísimos restos romanos; pienso además que la utilización de este yacimiento como lugar funerario no debió ser muy dilatada en razón a las reducidas dimensiones de la zona fértil y a las pocas inhumaciones que podía ésta contener. Así pues, la contemporaneidad de ambos estilos decorativos no puede ser rechazada rotundamente bajo ningún punto de vista.

Resultó imposible efectuar análisis por el sistema del radiocarbono de las muestras orgánicas aparecidas en la Cueva del Forcón, ya que las mismas habían sido afectadas previamente y el riesgo de contaminaciones era excesivo. No obstante, la cuestionable asociación de elementos impresos con incisiones triangulares puede servirnos para establecer, como hipótesis de trabajo, que el uso de las técnicas decorativas por impresión en el Altoaragón conoció una prolongada vigencia. Hay que tener en cuenta que los *triangles hachurées* se consideran en Francia como una evolución tardía de las ornamentaciones incisas chauseuses y en algunos casos se encuentran relacionados con horizontes arqueológicos que conocen ya el uso del cobre. En la mencionada Cova de la Font del Molinot se hallaron en un contexto de enterramientos claramente eneolíticos.

En síntesis, podría decirse que únicamente el N II b de Chaves pertenece al Neolítico cardial puro (anterior al 4500 a. C.), correspondiente al N II a

de la misma cueva y los materiales neolíticos de la Puyascada, el Forcón y la Miranda a la etapa posterior Epicardial o Cardial final. Las dataciones por C14 de Chaves y Puyascada así parecen demostrarlo y son perfectamente homologables a las conocidas en las regiones costeras más cercanas; el análisis de las piezas arqueológicas abonan asimismo tal suposición. Para la Miranda y el Forcón no existen datos absolutos de radiocarbono, pero su contexto material es totalmente asimilable al recuperado en la Puyascada.

Así pues, queda atestiguado por las fechas de radiocarbono que en el Altoaragón las ornamentaciones impresas se desarrollan desde la primera mitad del V milenio hasta mediados del IV. Su pervivencia posterior no se puede documentar con seguridad, pero si aceptamos su relación con las incisiones de triángulos en el Forcón, cabe dentro de lo posible que la utilización de las impresiones durara hasta las fases finales del período Neolítico. Quizás la presencia de la plaqueta con grabados geométricos recogida en el Abrigo de Huerto Raso pudiera confirmar esta teoría, pues son frecuentes las manifestaciones artísticas de la misma clase en el Neolítico avanzado italiano.³⁰ En tal caso, las alfarerías con impresiones ocuparían la totalidad del Neolítico, manteniéndose a pesar de algunas aportaciones más tardías, las cuales aparecerían escasamente en el contexto tradicional, sin la suficiente potencia como para transformarlo de un modo efectivo.

3. *Economía y otros aspectos sociales*

No pienso detenerme excesivamente en este capítulo, debido a la insuficiencia de datos al respecto; como documento firme sólo podemos contar con los análisis de los restos óseos de la Cueva de Chaves y de la Espluga de la Puyascada, realizados por don José María CASTAÑOS UGARTE, lo que obvia todo intento de generalización sobre el tema.

A través de dichos estudios puede concluirse que el yacimiento neolítico más antiguo del Altoaragón practica una actividad económica ya fundamentalmente neolítica, con clara preponderancia de la ganadería sobre otros recursos alimentarios.

El porcentaje de animales domésticos representados es un 70%, mientras que los individuos salvajes configuran un 30%, con todo y haberse identificado un mayor número de especies en el último grupo. Tal cuadro pone de manifiesto una economía eminentemente pastoril, completada por unas

³⁰ CORNAGGIA CASTIGLIONI, O. (1965), «I ciotolli della stazione palatitticola della Lagozza di Besnate», *Bolletino di Paleontologia Italiana*, nuova serie, X, vol. 65, pp. 143-156.

prácticas venatorias secundarias y de tipo no especializado, es decir, con un evidente carácter accidental.

El conjunto doméstico más amplio está formado por los óvidos y caprinos, seguidos por los suidos y en proporción mucho menor, por los bóvidos.

Los restos faunísticos de la Puyascada revelan asimismo una forma de vida pecuaria, más enraizada si cabe que en la comunidad que ocupó Chaves. Las variedades domésticas dominan el esquema porcentual mucho más ampliamente (95%) y los animales cazados se reducen a dos únicas especies: ciervos y corzos. Sin embargo el hecho de que los huesos recuperados provengan de catas aisladas y no de un estudio integral de las estaciones, no permite establecer conclusiones categóricas al respecto.

La agricultura resulta mucho más difícil de documentar, pues los restos vegetales precisan de unas condiciones ambientales muy especiales para que se puedan conservar en los sedimentos de las cuevas. En el Altoaragón no han aparecido granos ni otros hallazgos que nos permitan asegurar la implantación de los cultivos agrícolas en el seno de las comunidades neolíticas que lo habitaron. Su existencia puede adivinarse a través de los molinos de piedra dura (granito, conglomerado, etc.), de las hachas pulimentadas que pudieron usarse como azadas o azuelas y de las piezas foliáceas en sílex con la característica pátina lustrada en uno de sus filos. Sin embargo, la poca abundancia de elementos de esta índole es patente e igual pueden revelar una agricultura de tipo complementario que una continuación durante el Neolítico de las actividades recolectoras ancestrales. Por el estado actual de la investigación prehistórica en la provincia de Huesca, parece que la agricultura no conoce una implantación digna de tenerse en cuenta hasta un momento avanzado dentro del Eneolítico, que es cuando empiezan a asentarse los primeros poblados temporales en la tierra baja oscense y a explotarse sus considerables posibilidades agrícolas.³¹ El entorno geográfico de las cuevas aquí descritas no favorece en absoluto las economías de cultivo, pero tampoco se puede descartar totalmente a la agricultura como fuente secundaria de alimentos, basándonos tan sólo en unas características ambientales más propicias para las prácticas pastoriles.

El alejamiento de las estaciones neolíticas altoaragonesas con respecto al litoral marítimo conlleva que la recolección de moluscos marinos sea lógicamente inexistente en las cavidades que aquí se estudian y lo mismo puede decirse con respecto a los terrestres, de los que únicamente se han detectado unos pocos ejemplares en la Cueva de la Puyascada. Faltan por completo los

³¹ BALDELLOU, V. (1980), «Consideraciones sobre el poblamiento prehistórico en el Alto Aragón», *Bajo Aragón, Prehistoria*, II, Zaragoza, pp. 73-83; (1980), «Consideraciones sobre el estado actual de la investigación prehistórica en el Alto Aragón», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza, p. 147.

moluscos fluviales y los restos que indiquen que se efectuasen labores de pesca en los ríos próximos a las cuevas.

El menguado volumen de los conocimientos actuales —consecuencia de una investigación recientemente iniciada— hace que otros muchos factores socioeconómicos no puedan ser dilucidados; el hecho de no haberse podido efectuar todavía la excavación y estudio integrales de ningún yacimiento y de que los datos manejables provengan de simples catas de superficie limitada, no permite precisar la posible organización de los lugares de habitación, es decir, si había zonas específicamente destinadas a un tipo concreto de actividad o si el grupo humano hacía un uso indiscriminado de los sectores de la cavidad utilizada como vivienda. Los cuatro sondeos llevados a cabo en la Cueva de Chaves representan un área ínfima frente a las enormes dimensiones del vestíbulo habitado y una estación más abarcable, como la Espluga de la Puyascada, sólo ha sido estudiada a través de tres reducidas catas, pues su difícil acceso obliga a permanecer en la cueva durante toda la campaña de excavación y ello no ayuda a que la estancia resulte demasiado prolongada. El mismo caso se da en el Abrigo del Huerto Raso, mientras que la Cueva de la Miranda, sin depósito de tierras y con materiales mezclados, tampoco sirve para la obtención de documentos válidos al respecto.

En tales circunstancias, resulta prácticamente imposible discernir si nos encontramos ante ocupaciones de tipo permanente o ante refugios temporales empleados durante las estaciones frías. Las condiciones de habitabilidad de Chaves, Puyascada y Miranda son realmente excelentes y favorables para una permanencia dilatada en las mismas, pero la potencia —no demasiado considerable— de los niveles neolíticos de las dos primeras parece indicar lo contrario. Habrá que esperar a próximas campañas y a una mayor insistencia en dichos yacimientos para esclarecer algunos de estos aspectos.

Con referencia al rito funerario de los neolíticos altoaragoneses, la situación actual es idéntica. La Cueva del Forcón no nos puede servir como fuente de información fidedigna a causa de su relleno enteramente removido. Solamente puede señalarse que la forma de enterramiento consistía en inhumaciones en cueva —seguramente individuales a tenor de los paralelos conocidos en el Mediodía francés—, con un ajuar compuesto por objetos de adorno y ofrendas de tipo alimentario, testimoniadas por los vasos cerámicos y algunos restos óseos de animales. La presencia de carbones y cenizas entre los materiales revueltos del Forcón puede constituir un vestigio de posibles piras rituales que no afectarían en nada a los cadáveres, pues ninguno de los huesos humanos conservados presentan trazas de cremación. La cueva sepulcral del Forcón ofrece, a pesar de su lamentable estado de conservación, indiscutibles lazos de unión con los escasos yacimientos de la misma clase conocidos en las regiones mediterráneas francesas con ajuares muy si-

milares y donde se ha podido comprobar que los cuerpos se colocaban de costado y en posición contraída o replegada.³²

4. Comentario final

Aunque las lagunas de conocimientos sean todavía excesivas en la documentación relativa al Neolítico altoaragonés, tampoco deja de ser cierto que el mero descubrimiento de su existencia constituye ya de por sí un dato sumamente interesante y provisto de indudable importancia. Hay que tener en consideración que los yacimientos citados en este trabajo eran completamente desconocidos hace cinco años y que por aquel entonces resultaba difícil suponer que, en una zona geográfica tan alejada del mar, pudieran aparecer facies neolíticas caracterizadas por cerámicas impresas perfectamente relacionables con las conocidas de antiguo en las regiones vecinas bañadas por el Mediterráneo.

En buena lógica, serán precisamente las mencionadas regiones costeras hacia las que tendremos que volver la vista a la hora de plantearnos el posible origen de la cultura neolítica altoaragonesa. Su evocación oriental queda fuera de toda duda, pues no existe nada parecido en dirección a Poniente, en el País Vasco o Navarra, donde la neolitización parece más tardía y su cultura material ofrece un aspecto completamente distinto. Ahora bien, si se pretende ser más exacto, si se quiere especificar el lugar concreto (noreste, este o sureste) de proveniencia de los estímulos exteriores que dieron lugar al establecimiento de las principales comunidades neolíticas en el Altoaragón, tendremos que reconocer que las informaciones disponibles son a todas luces insuficientes. La energía del relieve del Pirineo Central y la altitud de sus cotas lo hacen poco penetrable y lo convierten casi en una barrera natural, por lo que cabe pensar que un origen ultrapirenaico o nororiental para el neolítico oscense parece bastante problemático. Hacia el sureste el camino resulta más expedito y bien cabría pensar que la manifestación hacia el interior del grupo neolítico valenciano detectada en los yacimientos cardiales turolenses³³ podría prolongarse hasta el Altoaragón; no obstante, entre las estaciones neolíticas del Bajo Aragón y los yacimientos oscenses existe un enorme espacio en blanco, sin ningún eslabón intermedio que los enlace.

³² DUDAY, H., y GUILAINE, J. (1975), «Les restes funéraires en Languedoc et Roussillon du Néolithique au premier Âge du Fer», *Cahiers ligures de Préhistoire et Archéologie*, 24, pp. 140-151.

³³ BARANDIARÁN, I. (1979), «El Epipaleolítico geométrico en el Bajo Aragón», *XV Congreso Nacional de Arqueología*, Lugo, 1977, Zaragoza, pp. 125-131; (1976), «Botiqueria dels Moros (Teruel). Primera fechación absoluta del complejo geométrico del Epipaleolítico Mediterráneo español», *Zephyrus*, 26-27, Salamanca, pp. 183-186.

En sentido este las posibilidades de comunicación son asimismo buenas, ya sea por la tierra baja oscense, estrechamente unida al llano ilerdense, o bien a través de la Depresión Media prepirenaica, que constituye un pasillo transversal de cómodo tránsito entre el Altoaragón y la cuenca de Tremp. En la provincia de Lérida los yacimientos neolíticos con decoraciones impresas no son abundantes, pero existen.³⁴ Quizás sea en esta dirección donde haya que buscar la ruta seguida por los posibles colonizadores o la vía de aculturación que significaría la implantación de las formas de vida neolíticas en la región altoaragonesa. Verdad es que ninguna estación leridana ofrece la categoría y la riqueza material que en el Altoaragón presentan cuevas como Chaves, Miranda o Puyascada, pero esta circunstancia no deja de ser un dato negativo y, en principio, me muestro partidario de considerar a los yacimientos que nos ocupan como una penetración tierra adentro del grupo neolítico catalán. Posteriores investigaciones podrán reafirmar o rechazar tal suposición, pero hoy por hoy es la teoría que presenta la base más sólida, dentro de la general endeblez resultante de la ausencia de informaciones más precisas.

Si bien puede adivinarse hipotéticamente el camino seguido por el fenómeno neolítico hasta llegar al territorio oscense, la ignorancia es total respecto al carácter específico del proceso. ¿Cómo se neolitizó el Altoaragón? ¿Sus yacimientos son fruto de la llegada de nuevas gentes o de simples contactos culturales? Con estas preguntas no hago más que trasladar a una zona concreta la problemática general planteada en referencia al origen del Neolítico de la cuenca mediterránea occidental. Hasta hace poco tiempo las teorías difusionistas conocieron una aceptación casi unánime por parte de los investigadores del tema, que explicaban la expansión de las nuevas economías por medio de migraciones humanas. Sin embargo, los recientes estudios han venido a demostrar que algunos de los factores definidores del Neolítico se daban ya en horizontes anteriores y también que los sustratos mesolíticos no sufrían un cambio brusco ni desaparecían de una manera instantánea. Estos hechos, unidos a las dataciones por el método del carbono radioactivo que han dado cronologías del VI milenio en Italia, Francia, España y Córcega e incluso tres fechas del VII en Coppa Nevigata, Cap Ragnon y Verdelpino,³⁵ han venido a replantear la cuestión y en la actualidad las tesis aculturacionistas y poligenéticas se han visto notablemente reforzadas, hasta el punto de ser las más extendidas dentro del mundo especializado.

En el Altoaragón, repito, no hay datos al respecto, pues los restos arqueológicos atribuibles al Mesolítico son escasos y de cronología dudosa y

³⁴ MAYA, J. L. (1977), *Lérida Prehistórica*, Lérida, pp. 37-38.

³⁵ GUILAINE, J., y otros (1979), *L'abri de Jean Cros*, Toulouse, pp. 210-212.

no existe ninguna posibilidad de establecer unas pautas evolutivas entre los estadios preneolíticos y los yacimientos ya plenamente inmersos en las nuevas directrices culturales. Quizás la Cueva de Chaves, por su conjunto cultural típicamente marítimo y por constituir de momento un caso aislado en cuanto a la presencia de cerámicas cardiales, podría tomarse como testimonio de un asentamiento de gentes foráneas ya plenamente neolitizadas, pero una vez más nos tenemos que basar en informaciones negativas que pueden ser totalmente invalidadas al verse ampliado con futuros descubrimientos el menguado panorama que hoy se muestra ante nosotros.

II. EL FENÓMENO MEGALÍTICO

A través de las informaciones de que disponemos en la actualidad, la ignorancia es casi total cuando nos planteamos el problema del asentamiento en el Altoaragón del rito de enterramiento por inhumación en sepulcros megalíticos, de su origen, de su incidencia sobre los grupos humanos autóctonos e incluso del momento cronológico aproximado en que tuvo lugar. La imposibilidad de relacionar los monumentos dolménicos con lugares de habitación contemporáneos y la extremada pobreza de sus ajuares son factores fundamentales que dificultan en grado sumo la posible solución de estas cuestiones. Sabemos que se impone de manera generalizada en las zonas montañosas oscenses el nuevo rito funerario representado por los dólmenes, pero no estamos en condiciones de establecer su procedencia ni de asociarlo con yacimientos habitacionales conocidos, así como tampoco podemos dilucidar si su implantación tiene lugar durante las últimas fases del Neolítico —como en las regiones vecinas—, o ya durante el desarrollo del período Eneolítico. Una vez más, la escasez de datos viene a erigirse como protagonista máximo a la hora de intentar historiar una nueva etapa de la prehistoria oscense y, una vez más, se debe recurrir a la esperanza de que próximos hallazgos puedan ir respondiendo progresivamente a las preguntas que hoy todavía no han encontrado la contestación deseable.

A) Núcleos de Megalitismo en el Altoaragón

Se ha hecho referencia en numerosas ocasiones al vacío de conocimiento existente en el Altoaragón cuando se intentaba esbozar un esquema de distribución del fenómeno megalítico en la zona pirenaica. En efecto, el Pirineo central ofrecía un insignificante número de enterramientos dolménicos si lo comparábamos con la densidad de sepulcros localizados en los núcleos

atalán y vasco-navarro, que lo flanquean al este y oeste, respectivamente. Sin embargo, los últimos descubrimientos efectuados en el sector han ampliado considerablemente su volumen numérico y vienen a demostrar que la escasez de monumentos funerarios responde más a una falta de prospecciones arqueológicas metódicas que a una ausencia real de construcciones megalíticas. Pese a todo, el grupo aragonés no alcanza aún cuantitativamente el nivel de los focos vecinos y soy de la opinión que no llegará nunca al mismo; no estamos frente a un grupo importante, de esto no cabe duda, pero tampoco se trata de un territorio cuyo contenido en el plano megalítico resulte poco digno de tener en consideración.

La difusión de los monumentos megalíticos conocidos en la región altoaragonesa señala, hoy por hoy, la existencia de dos núcleos geográficos bien diferenciados: el más denso se centra en los valles pirenaicos, mientras que el segundo, de una entidad mucho menor, se encuentra situado en las serranías exteriores del prepirineo oscense. Seguidamente me voy a referir brevemente a la descripción de ambos, incluyendo en la relación los más recientes hallazgos realizados.

1. *Sepulcros prepirenaicos*

En este ámbito los megalitos se distribuyen en dos zonas concretas bastante alejadas entre sí: la Sierra de Guara y el Prepirineo ribagorzano, desconociéndose por el momento la presencia de dólmenes que enlacen ambas comarcas.

En la Sierra de Guara son conocidos desde antiguo tres sepulcros megalíticos que corresponden tipológicamente a la forma de cámara dolménica simple. *La Caseta de la Bruja o dolmen de Ibirque*,³⁶ citado algunas veces como dolmen de Lasaosa, ha perdido prácticamente el túmulo y ofrece una cámara de dimensiones considerables (2 x 1,50 m. y 1,70 de altura). El *dolmen del Palomar*, en cambio, posee un túmulo —exclusivamente de piedras— bien conservado, habiendo perdido la losa de cubierta. Está enclavado en el término municipal de Nocito, junto al camino que va de esta población a Santa Eulalia. En Rodellar, en pleno corazón de la Sierra, se conoce el gran sepulcro de *La Losa mora*,³⁷ con un túmulo de unos 12 metros de diámetro

³⁶ BELTRÁN, A. (1954), «Un nuevo dolmen en la Sierra de Guara», *Caesaraugusta*, 4, Zaragoza, pp. 131-132. ANDRÉS, T. (1978), *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la Cuenca Media del Ebro*, Zaragoza, p. 26.

³⁷ ALMAGRO, M. (1942), «La cultura megalítica en el Alto Aragón», *Ampurias*, IV, Barcelona, pp. 160-162. CASADO, P. (1973), «Notas para el estudio del dolmen de Rodellar», *Estudios*, II, Zaragoza, pp. 25-32.

en cuyo centro se ubica la cámara, orientada hacia el este. Se trata de un dolmen simple con cierre parcial de la entrada y ofrece las siguientes dimensiones: 2,2 x 1,6 / 1,85 m. y 1,6 m. de altura.

A estos megalitos hay que añadir un nuevo monumento localizado hace escasos meses, sito entre los términos de Santa Eulalia la Menor y Belsué, que constituye el único ejemplo conocido hasta el momento de enterramiento dolménico emplazado en la vertiente meridional de la Sierra de Guara.

El extremo oriental del megalitismo altoaragonés está representado por los dos monumentos de Cornudella,³⁸ situados en las cercanías del pueblo de Arén, en la comarca de Ribagorza. *Cornudella I* es un dolmen simple rectangular con una losa muy baja empujando la entrada. El túmulo se conserva muy deficientemente pero presenta algunos aspectos que hacen valorar la posibilidad de que nos encontremos ante un dudoso sepulcro de corredor. La boca de acceso se abre en sentido sureste. El segundo enterramiento, *Cornudella II*, tiene también una laja pequeña ante la entrada, pero no exactamente bajo el final de la cubierta, sino en el exterior del dolmen, a 1 metro delante de él. Los dos dólmenes están contruidos con piedras de pudinga local.

2. *Sepulcros pirenaicos*

Repito que constituyen el foco más importante cuantitativamente hablando, perteneciendo además al mismo casi todos los nuevos descubrimientos llevados a cabo. Una vez efectuados éstos, la totalidad de los valles pirenaicos registran la presencia de monumentos funerarios, pues el valle del Ésera, que hasta el momento configuraba un espacio en blanco, puede incluirse ya en el área de difusión del megalitismo altoaragonés gracias a la localización de una cámara dolménica inédita próxima a Estós.

En aras de una mayor claridad expositiva, trataré de los sepulcros conocidos en esta región siguiendo un criterio geográfico, es decir, agrupándolos según los ríos más importantes que hienden de norte a sur nuestra cordillera.

Iniciando el recorrido por el este, con el citado dolmen de Estós, de momento el sepulcro pirenaico más oriental, hay que saltar hasta el alto curso del Cinca para encontrar el segundo monumento megalítico conocido, en los alrededores de Tella. Se trata de la *Piedra de Vasar o Losa de la Campa*,³⁹ y es una cámara dolménica simple situada al noroeste de la citada población.

³⁸ ANDRÉS, T. (1975), «La estación megalítica de Cornudella (Arén, Huesca)», *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 4, Madrid, pp. 39-77.

³⁹ BELTRÁN, A. (1955), «El dolmen de Tella», *Caesaraugusta*, 6, Zaragoza, pp. 242-243. CASADO, P., «Notas para...», *op. cit.*, nota 37, p. 26.

En sus proximidades se cita asimismo el dolmen de Avellaneda, cuya existencia real no ha podido ser comprobada por el momento, por lo que cabe la posibilidad de que sea fruto de una confusión.

En la cuenca del Ara, afluente del Cinca, se puede descartar, en principio, la presencia de un megalito en Torla, al que se hace referencia erróneamente en algunas publicaciones. Río arriba, más al norte, se han señalado numerosos túmulos de pequeño tamaño en el Valle de Ordesa, en el camino que transcurre desde Cotatuero hasta el circo de Soaso.

Continuando hacia poniente, en el Valle de Tena, hay que señalar las dos cámaras simples emplazadas bajo la ermita de Santa Elena, muy próximas al río Gállego y en el término municipal de Biescas. Conocidas y estudiadas desde hace tiempo,⁴⁰ ambos monumentos fueron destruidos hace más de cuarenta años. Últimamente se ha podido reconstruir el mayor de ellos, *Santa Elena I*, siguiendo los planos y las fotografías que se disponían del mismo, lo que no ha sido posible hacer con el sepulcro menor, *Santa Elena II*, por no haberse encontrado las losas que lo formaban.

Más hacia el oeste, el curso montañoso del río Aragón no ofrecía hasta hace pocos años ningún ejemplar megalítico de atribución segura. No obstante, las prospecciones llevadas a término en la zona han dado como resultado la localización de tres monumentos nuevos, situados todos ellos en los alrededores del pueblo de Villanúa.

El descubierto en primer lugar, el dolmen de *Letranz*,⁴¹ emplazado al este-noreste de la población antes citada, se encontraba adosado a un muro de piedra seca levantado para delimitar un prado. Se trata, como el resto de los megalitos de Villanúa, de una cámara dolménica simple con el túmulo compuesto de piedras y tierras en mal estado de conservación.

El segundo dolmen hallado se denomina *Cueva de Tres Peñas*⁴² y se ubica al sur-suroeste del pueblo. Está constituido por dos únicas lajas verticales a ambos lados y una de cubierta. Muros de piedra seca de época incierta ayudan a sostener esta última losa. El túmulo ha desaparecido casi totalmente.

El dolmen que cierra el grupo del Valle del Aragón es el que presenta, junto con la citada Losa de la Mora, la cámara de mayores dimensiones de la provincia oscense, conocido como Caseta de las Guixas. Está rodeado por

⁴⁰ ALMAGRO, M., «La cultura megalítica...», *op. cit.*, nota 37, pp. 157-159.

⁴¹ GARCÉS, J. M., «El dolmen de Letranz. Un importante hallazgo arqueológico en nuestra provincia», *Heraldo de Aragón*, 20-XI-74. BALDELLOU, V. (1975), «Dos nuevos dólmenes en las cercanías de Villanúa», *Boletín de la Asociación Cultural Altoaragonesa*, Villanúa. BALDELLOU, V., y ANDRÉS, T., «Megalitismo altoaragonés: últimas novedades», *III Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà* (en prensa).

⁴² BALDELLOU, V., «Dos nuevos...», *op. cit.*, nota 41. BALDELLOU, V., y ANDRÉS, T., «Megalitismo...», *op. cit.*, nota 41.

un gran túmulo de 11,30 metros de diámetro siguiendo el eje norte-sur por 9,80 en el este-oeste, compuesto casi exclusivamente por piedras, algunas de gran tamaño. La boca de la caseta se abre al mediodía, orientación que siguen asimismo los otros dos sepulcros de Villanúa.

El Valle del río Aragón Subordán representa la última cuenca importante hacia poniente y la más rica, de momento, en cuanto a monumentos megalíticos se refiere.

Remontando el lecho fluvial y sobrepasada la población de Hecho, nos encontramos con el primer sepulcro dolménico en la *Selva de Oza*, concretamente en el interior del camping del mismo nombre. Completamente destruido, conserva únicamente dos losas —una todavía en pie y la otra caída— que no permiten formarse una idea de su morfología original.

Más hacia el norte, en el Valle de Guarrinza, se han localizado y estudiado una considerable cantidad de túmulos, círculos, cistas y enterramientos megalíticos, que convierten el sector en el punto con mayor densidad de hallazgos de todo el Pirineo altoaragonés.⁴³ Por otra parte, es en Guarrinza donde los monumentos funerarios nos ofrecen la tipología más variada de la región, si bien casi todos los sepulcros que se salen de la tónica general representada por las cámaras dolménicas simples, están hoy destruidos y no es posible comprobar si su atribución se efectuó correctamente.

Así, ALMAGRO se refiere a dos cistas, la *Casa de la Mina y Guarrinza 8-1*,⁴⁴ de las que quedan muy pocos restos; la primera ha desaparecido por completo y la segunda se encuentra arruinada. Según el plano de ALMAGRO, esta última estaba formada por seis losas, dos en cada lado largo, de arenisca y conglomerado. Por lo que se conserva en la actualidad, el monumento carecía de cromlech en torno al túmulo, pese a que ALMAGRO lo dibuja en su planta. También señala ALMAGRO la presencia de un sepulcro de corredor denominado *Camión de las Fitas*⁴⁵ o *Guarrinza 5-1*, de cámara rectangular y en la actualidad completamente desmantelado: sólo queda una losa en pie, dos inclinadas y dos abatidas. Su clasificación resulta algo dudosa, pues las lajas que se conservan no ofrecen mucha diferencia de altura y la anchura de la cámara es sensiblemente parecida a la del posible pasillo.

Ascendiendo desde Guarrinza hacia Aguas Tuertas —valle de cota superior ubicado al este del anterior— y a un nivel intermedio entre ambos lechos fluviales, localizamos otro sepulcro megalítico desconocido, *Guarrinza*

⁴³ ANDRÉS, T. (1975), «La estación megalítica de Guarrinza (Huesca). Nuevas investigaciones», *Miscelánea Arqueológica dedicada al profesor Beltrán*, Zaragoza, pp. 69-84.

⁴⁴ ALMAGRO, M. (1944), «La cultura megalítica en el Alto Aragón», *Ampurias*, VI, Barcelona, pp. 311-313.

⁴⁵ ALMAGRO, M., «La cultura...», *op. cit.*, nota 37, pp. 313-316; «La cultura...», *op. cit.*, nota 44, pp. 313 y ss.

13,⁴⁶ el cual posee el mayor túmulo de los que se conocen hasta ahora en el Altoaragón. De 15 metros de diámetro en el eje suroeste-noreste, por 16,60 metros en el eje noroeste-sureste, está formado casi exclusivamente por piedras. El monumento se encuentra hoy completamente caído al haber cedido las losas laterales y haberse vencido la de cubierta sobre ellas. Así pues, ignoramos la morfología exacta del enterramiento —aunque parece seguro que se trataba de una cámara simple— y nos ha sido imposible medir las lajas que se encuentran bajo la piedra superior.

También desconocido era el dolmen descubierto en la misma entrada del citado *Valle de Aguas Tuertas*,⁴⁷ levantado con losas de conglomerado y orientado siguiendo un eje sureste-noroeste, con el acceso abierto en esta última dirección.

Muy recientemente, las intensas prospecciones efectuadas en la parte superior de Aguas Tuertas han dado como resultado la localización de cuatro monumentos megalíticos nuevos, cuyo estudio todavía no se ha realizado, estando previsto trabajar en ellos en el verano de 1981.

Citaremos finalmente en la zona de Guarrinza, la existencia de un dolmen en el Torrente de las Foyas, conocido como *dolmen de las Foyas*,⁴⁸ hoy muy destruido, pero que conserva restos de un círculo peristáltico rodeando el túmulo.

Sin dejar la misma cuenca alta del Aragón Subordán, remontando el curso de su afluente el río Osia, se llega al Valle de Aragüés del Puerto, donde se encuentra otro megalito en estado de semidestrucción: el *dolmen de Lízara*.⁴⁹ Presenta un túmulo irregular de 6,20 metros en el eje este-oeste, por 4,56 en el norte-sur, compuesto por piedras y buena cantidad de tierra.

Pese a su aspecto actual, completamente vencido hacia el centro y con la cubierta caída hacia atrás, no cabe la menor duda de que se trata de una cámara dolménica simple, con la entrada orientada hacia el oeste.

B) Consideraciones generales

Tras ese rápido repaso dado a la distribución de los sepulcros megalíticos en el Altoaragón, voy a intentar esbozar unas características generales referidas a algunas facetas concretas del conjunto. Con ello no pretendo en

⁴⁶ BALDELLOU, V., y ANDRÉS, T., «Megalitismo...», *op. cit.*, nota 41.

⁴⁷ BALDELLOU, V., «La Prehistoria...», *op. cit.*, nota 4, pp. 17 y 28. BALDELLOU, V., y ANDRÉS, T., «Megalitismo...», *op. cit.*, nota 41.

⁴⁸ BELTRÁN, A. (1954), «Noticia sobre exploraciones dolménicas», *Caesaraugusta*, 4, Zaragoza, p. 129. ANDRÉS, T., «La estación...», *op. cit.*, nota 43, p. 75.

⁴⁹ ELÓSEGUI, J. M., y LEIZAOLA, F. (1974), «Nuevo dolmen en el Pirineo oscense», *Munibe*, XXVI, fasc. 1-2, pp. 99-102.

absoluto dotar al complejo megalítico oscense de una personalidad de la que carece como foco cultural autóctono; solamente me mueve la intención de trazar unas líneas sintéticas y unos rasgos comunes a partir de los datos que tenemos al alcance. Una vez más debo repetir que, por razón de la escasez de documentos y de la falta de información sobre algunos aspectos de los mismos, las bases para realizar esta labor carecerán de la solidez apetecible, por lo que las conclusiones que se derivan de esta exposición no podrán ser tomadas jamás como definitivas y estarán sujetas a cualquier revisión emanada de nuevos descubrimientos o estudios.

1. Aspectos constructivos y tipología⁵⁰

Según el estado actual de los conocimientos parece ser que en el Altoaragón no existen (o no se conocen) estructuras naturales aprovechadas como lugar de enterramiento. En la Cueva del Moro (Olvena),⁵¹ aparecieron restos de dos individuos en un corredor escondido y de difícil acceso, pero resulta evidente que el yacimiento es una cueva de habitación que sólo esporádicamente pudo utilizarse con un objetivo funerario. Asimismo, en la Cueva de Chaves⁵² se señaló la presencia de restos humanos incrustados en una capa estalagmítica pegada a la pared; no obstante, la función normal de la cavidad no era sepulcral, tratándose sin lugar a dudas de un asentamiento habitacional.

Así pues, todas las estructuras conocidas son artificiales y presentan una variación morfológica realmente muy limitada. Para el estudio de la tipología recurriremos a los grupos establecidos por Teresa ANDRÉS en una de sus obras ya citadas:⁵³

Tipo 1.— Cistas. No existe un criterio unificado para deslindar los límites que diferencian las cistas de las cámaras dolménicas simples de menor tamaño. Teresa ANDRÉS aplica un criterio exclusivamente métrico, considerando como cistas los sepulcros cuya superficie interior no rebase 1 metro y como dólmenes simples los monumentos que excedan a esta medida. Según esta premisa, los citados enterramientos de la Casa de la Mina y de Guarrinza 8-

⁵⁰ Para el estudio de estos factores y para una ampliación de los datos expuestos en este trabajo, resultan de imprescindible consulta las siguientes obras: ANDRÉS, T. (1977), «Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro: consideraciones críticas», *Príncipe de Viana*, 146-147, Pamplona, pp. 65-129; «Estudio tipológico-arquitectónico...», *op. cit.*, nota 36.

⁵¹ BERGES, M. y SOLANILLA, F. (1966), «La Cueva del Moro de Olvena, Huesca», *Ampurias*, XXVIII, Barcelona, pp. 175-191.

⁵² BALDELLOU, V., «Excavaciones en...», *op. cit.*, nota 4.

⁵³ ANDRÉS, T., «Estudio...», *op. cit.*, nota 36, pp. 21-38.

1 constituyen el único exponente de este tipo de monumento en la provincia de Huesca.

Tipo 2.— Cámaras rectangulares abiertas o de tres lados solamente. No se conoce ningún caso en la región altoaragonesa.

Tipo 3.— Dolmen simple de planta rectangular cerrado por todos los lados. Correspondería a esta descripción un solo ejemplar, Guarrinza 1-2,⁵⁴ que presenta una caja cerrada en sus cuatro lados, sin túmulo y excavada en el suelo. De configuración claramente megalítica, sus dimensiones interiores (1,80 x 1,15 m.) sobrepasan largamente las que señalamos como definitivas de cistas.

Tipo 4.— Dolmen simple rectangular con losa baja en un lateral de la entrada. De esta clase de megalito tenemos abundantes ejemplos, constituyendo sin lugar a dudas el tipo más extendido en el área geográfica que estamos estudiando: Lízara, Caseta de la Bruja o dolmen de Ibirque, dolmen de Letranz, Losa de la Mora, dolmen de Aguas Tuertas, Caseta de las Guixas, etc., tienen que encuadrarse en este marco.

Tipos 5 y 6.— Cámaras dolménicas simples con una losa más baja en uno de los lados cortos. En este ámbito hay que incluir los dos sepulcros megalíticos que forman el conjunto de Cornudella.

Tipo 11.— No se conocen en el Altoaragón monumentos dolménicos clasificables en el tipo 7 (dolmen poligonal simple) ni en los tipos 8, 9, 10 (referidos a los sepulcros de corredor) o del 12 al 17 (concernientes a las galerías cubiertas). Al tipo 11, sepulcro de corredor de cámara rectangular, corredor cubierto y formado por ortostatos más pequeños, puede pertenecer el ya citado Camón de las Fitas o Guarrinza 5-1, aunque, como ya he indicado, su atribución no es del todo segura.⁵⁵

Tal y como señalaba al iniciar este apartado, resulta claro que el panorama tipológico ofrecido por los monumentos megalíticos oscenses es notablemente reducido. Solamente dos posibles cistas y un dudoso sepulcro de corredor —todos arruinados— rompen con la monotonía del conjunto, ampliamente dominado por los dólmenes simples. Dentro de este grupo, el tipo 4 es el que más prolifera, caso parecido a lo que ocurre en la zona catalana. La tipología corresponde pues a formas simples y de escasas dimensiones,

⁵⁴ ALMAGRO, M., «La cultura...», *op. cit.*, nota 37, p. 164. BELTRÁN, A., «Noticia sobre...», *op. cit.*, nota 48, p. 129. ANDRÉS, T., «La estación megalítica...», *op. cit.*, nota 43, p. 74.

⁵⁵ Los recientes trabajos realizados por Miquel Cura y Josep Castells en algunos dólmenes catalanes excavados de antiguo, han puesto de manifiesto la existencia —en la mayoría de ellos— de un corredor formado por las verticales de pequeño tamaño que no había sido identificado en la excavación inicial. Puedo asegurar que en los dólmenes estudiados por el Museo de Huesca (Letranz, Tres Peñas y Caseta de las Guixas), este corredor no existe, pero no puedo hacer extensiva tal aseveración a los dólmenes excavados hace tiempo y que no han sido reestudiados.

muy propias y características de las zonas montañosas. En la tierra baja oscense no ha sido localizado ningún dolmen. Este carácter montaraz del megalitismo altoaragonés podría explicar la ausencia en su territorio de ejemplares grandes y más complejos, como serían los sepulcros de corredor propiamente dichos (de cámara circular o poligonal) o las galerías cubiertas. En un trabajo ya mencionado,⁵⁶ Teresa ANDRÉS establece una relación entre el tamaño de los megalitos y su altitud sobre el nivel del mar, evidenciándose de forma muy sintomática que los dólmenes mayores se emplazan en niveles inferiores a los 700 metros sobre el nivel del mar, mientras que los más pequeños se hacen absolutamente mayoritarios por encima de los 800 metros. En la zona oscense, todos los sepulcros señalados sobrepasan la cota de los 1.000 metros, oscilando entre los 1.040 de la estación de Cornudella y una altura superior a los 1.800 metros en las Foyas y Aguas Tuertas.

Los túmulos tampoco suelen ser demasiado grandes. Las medidas máximas las dio el dolmen de Guarrinza 13, seguido por la Losa de la Mora y por la Caseta de las Guixas, cuyas cifras se han señalado ya con anterioridad. Abundan especialmente los galgales o túmulos formados por simples amontonamientos de piedras, que por sí solos se bastan para afianzar la construcción, sin necesidad de círculo peristáltico u otro sistema de refuerzo. De este tipo son los dólmenes del Palomar, la Losa de la Mora, la Caseta de las Guixas, Guarrinza 13, etc. En ocasiones, los túmulos están contruidos por piedras y tierra, como en el caso del dolmen de Letranz o el dolmen de Lízara.

Los peristaltitos no son frecuentes, pero se ha comprobado su existencia en algunos monumentos, como Las Foyas, Guarrinza 5-5 y Guarrinza 11. En Cornudella I se utilizó un curioso método de refuerzo mediante la disposición de anillos de piedra concéntricos en torno a la cámara, que posteriormente fueron recubiertos por el túmulo.

Los enlosados también constituyen excepciones dentro de la tónica general; en Guarrinza 1-2 pudo advertirse que el suelo de la cámara estaba empedrado con cantos angulosos e irregulares, que tanto pueden responder a la afloración del terreno pedregoso natural, como formar parte de alguna infraestructura sobre la que se construyó este dolmen enterrado. A este ejemplo sólo podemos añadir el enlosado observado en la Caseta de las Guixas, formado por dos lajas horizontales sobre el suelo.

En cuanto a los materiales utilizados en el levantamiento de los sepulcros megalíticos altoaragoneses, hay que decir que son siempre los propios del terreno: caliza sobre todo, conglomerados o pudingas y, en alguna ocasión más bien extraña, arenisca. Se aprovecha la forma natural de las lajas, utilizándose sin ningún tipo de trabajo de labra.

⁵⁶ ANDRÉS, T., «Estudio tipológico...», *op. cit.*, nota 36, pp. 57-61.

La orientación de los monumentos es variable y no se ajusta, al parecer, a ninguna norma previamente fijada. Por ejemplo, mientras los dólmenes de Villanúa abren su boca en dirección sur, el de la Losa de la Mora se orienta hacia el este, la Caseta de la Bruja o dolmen de Ibirque y el dolmen de Lizarra tienen su acceso al oeste y el dolmen de Aguas Tuertas presenta su entrada al noroeste.

2. *Los ajuares funerarios*

Los resultados de las excavaciones en los monumentos dolménicos del Altoaragón tienen un denominador común muy evidente: su extrema pobreza. En los dólmenes recién descubiertos los frutos han sido negativos en todos los casos y en los pocos ajuares recuperados la escasez de materiales y la ausencia de elementos característicos configuran un panorama muy exiguo, del que pueden sacarse muy pocas consideraciones válidas. Por otra parte, los ajuares excavados por el profesor ALMAGRO se han perdido y no ha sido posible efectuar su revisión.

La cerámica es escasa, generalmente lisa, mal cocida y muy poco significativa. Resaltaremos un fragmento de vaso campaniforme decorado por impresión de cuerda, encontrado en el Camón de las Fitas y hoy desaparecido. En Cornudella I apareció una pequeña asa de cinta y dos posibles cordones aplicados. En Cornudella I el hallazgo más importante fue un fragmento con decoración impresa formando un zig-zag dentado.

El sílex es un poco más característico. En la Losa de la Mora aparecieron dos puntas de flecha con retoque plano envolvente, en Santa Elena 1 una punta en forma de hoja de laurel y en Santa Elena 2 otra punta del tipo D establecido por PERICOT. Con respecto a los cuchillos, señalaremos la presencia de dos fragmentos en Santa Elena 2 y uno entero, de sección trapezoidal, en el dolmen de las Foyas.

En la Losa de la Mora se hallaron, además de las puntas citadas, ocho hojas simples; otra del mismo tipo proviene del dolmen de Ibirque. Sin lugar a dudas, Cornudella I es el dolmen más rico, cuantitativamente, en útiles de sílex: varias laminillas retocadas, dos buriles, un microperforador, algunos denticulados, una hoja de hoz y un raspador sobre cristal de roca.

Cuando hay que referirse a las piezas metálicas, la pobreza del conjunto se hace todavía más patente: solamente conocemos un punzón de cobre de sección romboidal procedente de la Losa de la Mora, un fragmento aplanado del mismo metal y una cuenta bitroncocónica encontrados en Cornudella I.

Para terminar mencionaremos como únicos representantes de la industria ósea un punzón y una espátula exhumados en la Losa de la Campa y parte de un tubo descubierto en Ibirque.

3. Otros aspectos: cronología y orígenes

Si antes he insistido en la provisionalidad de las conclusiones que se puedan extraer de los pocos datos disponibles este carácter se ve incrementado todavía más cuando debemos dejar de referirnos a los aspectos concretos o físicos para ocuparnos de cuestiones abstractas. Por dicha razón, no voy a extenderme demasiado en elucubraciones teóricas.

El cuadro que nos presentan los materiales arqueológicos que conformaban los ajueres resulta a todas luces poco expresivo, pero queda claro que los elementos más típicos pertenecen al Eneolítico o Calcolítico. Ello no quiere decir, no obstante, que los sepulcros megalíticos del Altoaragón hayan sido levantados tardíamente durante esta época. Hay que tener en cuenta que, como se ha podido comprobar en varias ocasiones, al reutilizar un enterramiento en un momento posterior al de su construcción, se ha procedido a una limpieza total de la cámara y los elementos más antiguos se han hecho desaparecer. Así pues el que no poseamos materiales neolíticos atribuibles al grupo dolménico oscense no deja de ser un dato negativo y, por lo tanto, de utilización un poco arriesgada, más aún si tenemos presente la paupérrima cantidad de restos disponibles. Ciertamente es que carecemos de informaciones sólidas que nos permitan asegurar la utilización de los dólmenes altoaragoneses en los tiempos neolíticos, pero tampoco podemos contar con datos válidos que nos indiquen lo contrario. Puede ser que el Eneolítico o Calcolítico represente la fase más brillante, rica y mejor conocida —quizás gracias a un posible aumento de la demografía— pero esta circunstancia no conlleva que los megalitos oscenses no fuesen utilizados a partir de finales del Neolítico.

Lo que sí parece indudable es que no nos encontramos ante un foco originario de megalitismo, ni siquiera, como ya he dicho con anterioridad, ante un grupo importante. Los recientes estudios y excavaciones realizados en varios yacimientos prehistóricos oscenses, ponen en evidencia el papel de territorio-puente jugado por la región altoaragonesa durante algunas etapas de su historia más remota⁵⁷ y creemos que este papel se pone de manifiesto también al referirnos al fenómeno megalítico. Los contactos con los núcleos pirenaicos catalán y vasco-navarro son patentes y lo más probable es que el megalitismo altoaragonés no pudiera explicarse si no fuera a través de la existencia de los grupos mencionados. No obstante, también es posible que las influencias no se vieran reducidas a estas dos zonas, pues muchos rasgos comunes entre las áreas catalana y vascongada podrían tener un origen externo a ambas.

⁵⁷ BALDELLOU, V., «Consideraciones sobre el poblamiento...», *op. cit.*, nota 31; «Consideraciones sobre el estado actual...», *op. cit.*, nota 31.

Esta relativa unidad formada por los sepulcros megalíticos pirenaicos catalanes, aragoneses y vasco-navarros no creo que signifique una revalorización del archiconocido concepto de *cultura pirenaica*, elaborado en principio por BOSCH⁵⁸ y utilizado posteriormente por PERICOT⁵⁹ y ALMAGRO.⁶⁰ Soy de la opinión que la *cultura pirenaica* no tiene la personalidad suficiente, o que al menos carece de elementos característicos y definitorios, para ser considerada como tal. Pienso que dicha unidad responde más bien a unas características determinadas del medio fisiográfico, las cuales condicionarían notablemente las formas de actuación de las comunidades humanas que erigieron los dólmenes. Las posibilidades del entorno natural no debían ser demasiado favorables, y menos aún en el abrupto Pirineo central, con un paisaje mucho más vigoroso y difícil que el de los países colindantes. Esta circunstancia justificaría hasta cierto punto la densidad mucho menor de monumentos localizados en la montaña altoaragonesa, pues dudamos de que su poca entidad numérica responda únicamente a un bagaje inferior en cuanto a prospecciones arqueológicas.

Por otro lado, el carácter esencial de la misma cultura que estamos estudiando comporta una serie de limitaciones importantes. Nos estamos ocupando de unos aspectos encaminados a una mera finalidad sepulcral, y en una cultura hay otros muchos elementos que es preciso calibrar. Sin embargo, en este caso, dichos elementos se nos escapan al no poder relacionar los monumentos megalíticos con ningún emplazamiento habitacional, lo que constituye ya de entrada una cortapisa de considerable magnitud.

Considero impropio hacer más extensas estas conclusiones generales basándonos en la escasa información con que contamos en la actualidad; habrá que esperar a que las expediciones de búsqueda que periódicamente se organizan den los frutos apetecidos y nos pongan en condiciones de aportar nuevos datos clarificadores y de ampliar el menguado panorama que, hoy por hoy, se nos muestra totalmente insuficiente.

III. EL VASO CAMPANIFORME

En un momento avanzado dentro del desarrollo del período Eneolítico hace irrupción un nuevo elemento cultural que va a conocer una dilatada difusión geográfica y cuyo origen no se ha podido todavía determinar con se-

⁵⁸ BOSCH GIMPERA, P. (1923), «Notes de Prehistoria aragonesa», *Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia y Prehistoria*, I, Barcelona, pp. 15-68.

⁵⁹ PERICOT, L. (1950), *Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica*, Barcelona.

⁶⁰ ALMAGRO, M., «La cultura...», *op. cit.*, nota 37, pp. 155 y ss.

guridad: la cerámica de tipo campaniforme. Identificada y estudiada desde antiguo, la problemática representada por esta clase de alfarería está lejos de ser resuelta y, todavía hoy, se constituye como uno de los fósiles arqueológicos que más tinta han hecho correr y más discusiones han provocado entre los especialistas del tema.

A) Yacimientos con campaniforme en el Altoaragón

El conjunto de estaciones con hallazgos de cerámica campaniforme que el Altoaragón nos ofrece en la actualidad es realmente exiguo. Desde antiguo se conoce un posible fragmento con decoración cordada que cita ALMAGRO⁶¹ como procedente del Camón de las Fitas, pero el mismo ha desaparecido y por tal causa su atribución no deja de resultar dudosa. Caso de ser correcta la clasificación del fragmento, constituiría el único ejemplar campaniforme oscense recuperado en un yacimiento funerario.

Por otro lado, hay que descartar definitivamente el ya mencionado fragmento aparecido en el también citado Covacho del Huerto Raso,⁶² cuya pertenencia al Neolítico es indudable pese a haber sido considerado equivocadamente como campaniforme.⁶³

Si excluimos estos dos casos, los yacimientos altoaragoneses que han proporcionado vestigios campaniformes se reducen a dos, permaneciendo ambos inéditos en cuanto a sus estudios monográficos, si bien se refiere a ellos un próximo trabajo próximo a publicarse.⁶⁴

Espluga de la Puyascada

Como ya se ha expresado en el apartado correspondiente al Neolítico de la Cerámica Impresa, en una de las catas efectuadas en la Puyascada (c. 3) se distinguió un potente nivel superpuesto al estrato neolítico en el que, junto a restos cerámicos de factura grosera y difícil filiación, se recogieron tres trozos con decoración puntillada de tipo campaniforme. En el resto de las catas el horizonte neolítico resultó exclusivo.

⁶¹ ALMAGRO, M., «La cultura...», *op. cit.*, nota 44, p. 313.

⁶² BARANDIARÁN, I., «Materiales arqueológicos...», *op. cit.*, nota 15.

⁶³ MORENO, G., «Cerámica campaniforme...», *op. cit.*, nota 16, p. 34.

⁶⁴ BALDELLOU, V., y MORENO, G., «El hábitat campaniforme en el Alto Aragón», *Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà* (en prensa).

Dicho nivel post-neolítico (E Ib) presenta una cultura material sumamente pobre y poco expresiva. La cerámica, muy fragmentaria, carece de ornamentaciones en su inmensa mayoría, reduciéndose éstas, en escasas piezas, a simples unguilaciones o impresiones bastas efectuadas en el borde de los vasos o bien en zonas próximas al mismo. La industria ósea es de hecho inexistente, lo que contrasta enormemente con la considerable riqueza que nos muestra en el estadio neolítico, y algo parecido podría decirse de la industria lítica, con poquísimas foliáceas, casi siempre sin retocar. No se recuperó ningún objeto metálico.

En este contexto aparecieron las tres piezas en cuestión cuya descripción es la siguiente:

1. Fragmento de pasta negruzca, con la superficie grisácea; desgrasante patente a base de mica y piedrecillas calizas blancas. La decoración, bastante tosca, forma una franja horizontal compuesta por líneas oblicuas puntilladas, escasamente paralelas entre sí, que se delimitan en su parte inferior mediante una línea horizontal incisa.

2. Fragmento de pasta negruzca, con la superficie de tono pardo; desgrasante del mismo tipo de la pieza anterior, pero más visible. El motivo ornamental es idéntico al del fragmento 1, si bien su ejecución es más cuidada y las líneas oblicuas puntilladas resultan sensiblemente más paralelas entre sí, al tiempo que siguen una orientación inversa. Cabe la posibilidad de que ambos ejemplares pertenezcan al mismo vaso, aunque no hay ninguna seguridad al respecto.

3. Fragmento de pasta negra con la superficie pulida del mismo color; desgrasante aparentemente formado por laminillas de mica. El esquema decorativo está constituido por una franja horizontal de líneas verticales, conseguidas mediante impresión de un objeto dentado. Como en los casos precedentes, una línea delimita el diseño por abajo.

Realmente, las tres piezas que nos ocupan resultan más bien atípicas, pero opino que ofrecen los suficientes rasgos específicos como para poder ser incluidas dentro de las producciones alfareras del estilo campaniforme. Se podría pensar que estamos ante una cerámica de fabricación local que imita de una forma bastante burda ejemplares más característicos, pero ello no obvia su atribución a la fase cultural que estamos estudiando.

En la Espluga de la Puyascada se recogieron muestras de carbón vegetal para su datación por el sistema del Carbono 14, pero mientras las fechas pertenecientes al nivel neolítico resultan plenamente homologables —como ya se ha visto— no sucede lo mismo con la conseguida para el E Ib en que fueron hallados los tres fragmentos campaniformes, la cual nos parece excesivamente elevada: 2610 ± 80 a. C.

Poblado de El Portillo

Pertenece al término municipal de Piracés y constituye por ahora el único asentamiento al aire libre de época campaniforme que se conoce en la provincia de Huesca. El lugar ha sufrido intensamente los efectos de la erosión por agua y la superficie del poblado ha sido completamente lavada, de manera que los materiales arqueológicos y las escasas estructuras constructivas aparecen a flor de tierra.

Solamente en dos sectores muy concretos se ha conservado algo de depósito y en ellos se efectuaron dos catas estratigráficas con resultados bastante pobres. El primer sondeo (C. 1) resultó enteramente estéril y el segundo (C. 2) nos permitió estudiar un único nivel de ocupación –de unos 20 cm. de potencia media–, parco en materiales y descansando directamente sobre el suelo natural o la roca viva.

Los únicos elementos constructivos que pueden reconocerse son los hogares, sólidamente contruidos con piedra arenisca local y de planta más o menos circular. La ausencia de otras estructuras y la poca potencia del sedimento, nos hace suponer que El Portillo se trata más bien de un campamento temporal que de un poblado organizado propiamente dicho.

Los materiales arqueológicos, recogidos en su casi totalidad superficialmente, no son demasiado abundantes, pero sí expresivos:

Cerámica. Junto a numerosos fragmentos sin decoración y poco significativos –con algunos fondos planos– aparecieron escasas decoraciones plásticas a base de tetones, dos bordes con unguilaciones y dos trozos de fondo plano con impresiones de estera en la base exterior. La única pieza completa recogida se trata de un cuenco hemisférico sin ningún tipo de adorno, hallado en la cata 2.

Sin embargo, el conjunto más característico está configurado por las ornamentaciones incisas de tipo campaniforme. Hasta el momento se han recogido 25 fragmentos, con el caso curioso de que los motivos prácticamente no se repiten por lo que parecen pertenecer a vasijas distintas. El estado fragmentario de la mayoría de las piezas no permite adivinar la forma de los vasos y sólo se ha podido constatar la existencia de cuencos hemisféricos.

Los esquemas decorativos están formados generalmente por trazos incisos paralelos entre sí, componiendo casi siempre franjas horizontales, aunque tampoco están ausentes las que corren en sentido vertical o incluso oblicuo. En ocasiones, las incisiones se combinan con impresiones triangulares o puntiformes, siendo bastante frecuentes los bordes de cuencos que presentan su superficie interna con decoraciones impresas colocadas horizontalmente en la zona próxima al labio. Los motivos triangulares y los zig-zag están también presentes, pero son minoritarios. En dos fragmentos, un zig-zag

elaborado mediante impresiones triangulares profundas, recuerda en gran manera las técnicas de pseudoexcisión utilizadas en otros ejemplares campaniformes.

Si bien no pueden incluirse plenamente dentro del apartado de la ornamentación campaniforme por carecer de motivos geométricos y por ser su decoración exclusivamente impresa, citaremos como muy próximos a este ámbito cinco fragmentos —entre ellos cuatro de borde— ornados mediante bandas horizontales de impresiones puntiformes. Sus puntos de conexión son patentes, pues se trata de trozos de cuencos con el mismo tipo de pasta, igual calidad en el acabado y cocción e incluso tres de los bordes presentan decoración en su cara interna como las piezas campaniformes.

Finalmente, hemos de señalar la presencia de un fragmento de vasija lisa, con parte del borde y una suave carena en su pared, así como de varios trozos con perforaciones circulares, pertenecientes a una pieza de las conocidas con el nombre de «quesera» o «colador».

Las pastas de la cerámica de El Portillo son bastante uniformes tanto en los ejemplares decorados como en los lisos. Podrían perfectamente corresponder a arcillas locales, muy abundantes en el lugar. Las vasijas campaniformes presentan un acabado más cuidadoso, con un tratamiento de la superficie que proporciona una textura suave en ambas caras. Asimismo, la arcilla ha sido colada para suprimir en parte el desgrasante.

Piedra. En toda la superficie del poblado resultan relativamente abundantes las piedras de molino, todas ellas de procedencia extraña, pues la roca natural del sector es la arenisca. El granito es el material más utilizado para su consecución, pero también hay molinos de conglomerado y de otras piedras duras.

En cuanto al sílex, los hallazgos han sido escasos, mas los útiles recogidos son bien significativos. Destacaremos la parte inferior de un cuchillo con retoque marginal plano en el lado derecho y retoque marginal simple en el izquierdo, en sílex gris; dos hojas de hoz sobre sílex tabular con retoque marginal bifacial; una hoja grande con retoque marginal plano bifacial y una punta de flecha foliácea en sílex blanco translúcido con aletas incipientes y con retoque plano bifacial envolvente. La forma de dicha punta carece de paralelos en las regiones próximas e incluso en los Pirineos franceses, pareciendo más cercana a los tipos occidentales. En Cova de Moura (Portugal), existe una pieza idéntica.⁶⁵

Objetos de adorno. Son igualmente poco numerosos: concha de caracol marino —*Columbella*— perforada; medio colgante discoidal en piedra caliza y botón piramidal con perforación en V también en piedra caliza.

⁶⁵ DA VEIGA, O. (1966), *La cultura du vase campaniforme au Portugal*, Lisboa, p. 39 y lám. IV, n.º 37.

B) Algunas consideraciones

Evidentemente, la falta de documentos arqueológicos suficientes no permite elaborar unas conclusiones que ofrezcan las garantías mínimas deseables de verosimilitud. No obstante, voy a analizar ciertos aspectos concretos, con el fin de intentar interpretar los datos de investigación actuales, dentro de las limitaciones impuestas por la propia escasa entidad de los mismos.

1. Materiales arqueológicos

Parece claro que La Puyascada y el Portillo se nos muestran como dos tipos de yacimiento completamente distintos, a pesar de su pertenencia a la misma etapa cultural. La primera estación –un lugar de habitación en cueva ya ocupada anteriormente– creo que se trata de un caso poco característico dentro de la cultura del vaso campaniforme. Parece más bien que la escasez de fragmentos de esta índole pone de manifiesto un carácter posiblemente intrusivo en sus tres únicos ejemplares, los cuales se intercalarían en un contexto indígena sin representar una transformación con respecto a otras facetas culturales. Esta suposición viene reafirmada por el hecho de que faltan en absoluto otros objetos arqueológicos que acompañan normalmente a la cerámica campaniforme en otros lugares y que constituyen el contexto definitorio de lo que en ocasiones se ha denominado –con seguridad demasiado arriesgadamente– la Civilización del Vaso Campaniforme. En La Puyascada podría confirmarse la circunstancia, defendida en varias ocasiones por algunos especialistas, de que en muchos casos la cerámica campaniforme no refleja una cultura en el amplio sentido del término, sino una simple técnica decorativa o moda ornamental; es decir, «un fenómeno aislado, aislable y plurimorfo, por su inserción en distintos ámbitos culturales».⁶⁶

Sin embargo, como acabo de decir, el vaso campaniforme agrupa a su alrededor toda una serie de materiales con los que aparece asociado en un elevado porcentaje de yacimientos, por lo que éstos han pasado a considerarse también como elementos típicos de esta cultura, pese a que puedan aparecer igualmente aislados; me refiero a las puntas de aletas y pedúnculo, las piezas foliáceas, brazales de arquero, botones de perforación en V, primeros instrumentos metálicos y piezas de hoz y «queseras» o «coladores», objetos no estrictamente campaniformes, pero sí presentes en casi todos los yacimientos típicos. O sea, existe un entorno cultural campaniforme que permite calificar a una estación como característica de esta fase prehistórica.

⁶⁶ BARANDIARÁN, I., y MORENO, G. (1974), «Die Glockenbecher im Oberen und Mittleren Ebrobecken», *Glockenbechersymposion*, Oberried, pp. 319-417. ANDRÉS, T., «Estudio tipológico...», *op. cit.*, nota 36, p. 74.

Tal sería el caso de El Portillo de Piracés, con hallazgos poco numerosos, pero muy significativos: campaniforme inciso, punta de flecha con retoque bifacial, botón de perforación en V, piezas de hoz y fragmentos de «quesera».

La asociación de fondos planos en vasijas de tamaño mediano o grande con otros ejemplares más pequeños de perfiles y fondos redondeados es un aspecto todavía poco estudiado y que no ha podido aclararse satisfactoriamente. Yo no pienso que indique necesariamente una época avanzada dentro de la Edad del Bronce, ni tampoco que signifique la existencia de una perduración considerable en la utilización del yacimiento que posibilite la llegada de nuevos estilos cerámicos. El mismo fenómeno de coexistencia lo podemos encontrar en otras estaciones características como la Cueva de los Encantados (Belchite-Zaragoza),⁶⁷ o en la Cueva de la Mora de Somaén (Soria),⁶⁸ aunque la primera no resulta un ejemplo demasiado válido por presentar un depósito completamente removido. Asimismo, en la primera cavidad aparecieron formas lisas de perfil carenado. En los Pirineos franceses tenemos casos de asociación con fondos planos en Embusco II y Embusco III,⁶⁹ con preponderancia de las ornamentaciones incisas e impresas sobre las puntilladas.

Así pues, viendo sus materiales arqueológicos, El Portillo representaría un asentamiento campaniforme típico, lo que lo diferenciaría básicamente de la Espluga de La Puyascada, con un contenido de carácter marcadamente indígena.

2. *Forma de vida: hábitat y economía*

Contrariamente a lo que ocurre en las regiones colindantes, donde los restos campaniformes tienen un significado mayoritariamente funerario, en el Altoaragón se desconocen los ejemplares destinados a tal fin si excluimos el dudoso y ya citado fragmento con decoración cordada recogido en el Camón de las Fitas. Toda la cerámica campaniforme altoaragonesa procede de lugares de habitación, lo que no deja de constituir un caso bastante anómalo.

El número de hábitats pertenecientes al Eneolítico es bastante exiguo en la cuenca media del Ebro, y todavía lo es más cuando se trata de yacimientos al aire libre. En la provincia de Zaragoza se conoce el poblado de

⁶⁷ BARANDIARÁN, I. (1971), «Cueva de los Encantados (Belchite), Zaragoza», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XVI, Madrid, pp. 9-49.

⁶⁸ BARANDIARÁN, I. (1975), «Revisión estratigráfica de la Cueva de la Mora (Somaén, Soria)», *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 3, Madrid.

⁶⁹ GUILAINE, J. (1967), *La civilisation du vase campaniforme dans les Pyrénées Françaises*, Carcassone, pp. 94 y 159.

Moncín (Borja),⁷⁰ con un conjunto de materiales muy característicos, y en la tierra baja de Lérida el de La Pleta (Vila-Sana),⁷¹ con campaniforme inciso exclusivo. Son los paralelos más próximos, geográficamente hablando, a El Portillo.

La rareza de lugares de habitación al aire libre no es exclusiva de la cuenca del Ebro, sino que resulta una constante muy generalizada en todo el marco del vaso campaniforme. Se da además la circunstancia de que en nuestra zona geográfica y sus alrededores, casi no se puede hablar de poblados organizados en toda la acepción del concepto, sino de simples campamentos temporales. Ésta sea, quizás, la razón principal que justifique la escasez de datos; lógicamente, los asentamientos poco permanentes dejan escasos restos al carecer de muros o fundamentos de construcción, por lo que resultan difícilmente localizables. La preferencia por los habitáculos pasajeros la explica GUILAINE a través de un supuesto carácter dinámico de los hombres del vaso campaniforme,⁷² aceptando para ello la existencia de un pueblo seminómada que se desplaza continuamente con un equipo característico.

Esta cuestión tampoco está lo suficientemente esclarecida todavía y, desde luego, no es la información que nos proporciona el Altoaragón la más apropiada para hacerlo. Tal vez se podría aceptar la presencia de un pueblo y una cultura campaniforme al referirnos a El Portillo, pero es absolutamente imposible aplicar la misma idea al yacimiento de La Puyascada, donde sólo parece llegar la moda decorativa. Podría ser que la distinción establecida por Santos GONZÁLEZ entre fabricantes y tenedores de campaniformes, o entre yacimientos campaniformes y yacimientos con campaniformes, resulte la más adecuada a la realidad.⁷³

Esta diferenciación en cuanto a tipo de hábitat y de materiales arqueológicos que existe entre las dos estaciones altoaragonesas, se hace también patente en cuanto nos ocupamos de sus formas económicas de vida. En La Puyascada casi no han aparecido elementos que nos testimonien una práctica agrícola, pero sí se han recuperado numerosos restos óseos que ponen en evidencia una actividad básicamente pastoril. En El Portillo, por el contrario, la abundancia de molinos nos habla de una agricultura cerealista, que se complementaría con una ganadería secundaria, atestiguada también por algunos huesos recogidos y por los fragmentos de «quesera», siempre que esta clase de vasijas tuvieran ciertamente tal finalidad. Cabe la posibilidad de que estemos ante un ejemplo de los señalados por SIMPSON, de un grupo de

⁷⁰ BARANDIARÁN, I. (1972), «Cerámica campaniforme en el Valle Medio del Ebro», *Estudios*, I, Zaragoza, pp. 55-66.

⁷¹ MAYA, J. L., «Lérida Prehistórica», *op. cit.*, nota 34, p. 65.

⁷² GUILAINE, J., «La civilisation...», *op. cit.*, nota 69, p. 95.

⁷³ SANTOS GONZÁLEZ, V. (1971), *O Castro da Rotura e o vaso campaniforme*, Setúbal.

gentes no muy numeroso que, con una economía mixta, explota durante algunas temporadas un territorio —no necesariamente demasiado extenso— que le permite mantener su complejidad productora.⁷⁴

Según el estado actual de la investigación prehistórica en el Altoaragón, existe un hecho contrastado que tiene considerable peso específico a la hora de intentar explicar el desarrollo cultural de la región durante la Prehistoria. La provincia de Huesca ofrece un fuerte dualismo entre la montaña y la llamada «tierra baja» o «tierra llana». Ambos territorios encierran notables particularidades que, lejos de reducirse al plano geográfico (orografía, climatología, recursos naturales, etc.), inciden en aspectos de tipo económico, social, de hábitat, lingüístico, costumbrista e incluso humano. Este dimorfismo resulta muy claro todavía en la actualidad y, según se ha podido comprobar, hunde sus raíces en la Prehistoria, durante la cual, llano y montaña conocerán una evolución independiente y se alternarán en la supremacía cultural, según los caracteres específicos de la fase cultural de que se trate.⁷⁵

Los yacimientos pertenecientes al Paleolítico y al Neolítico, así como la totalidad de los sepulcros megalíticos, se ubican siempre en las comarcas montañosas, mientras que la tierra baja queda prácticamente en blanco en cuanto a la presencia de estaciones arqueológicas. Aunque esta circunstancia no puede ser utilizada de forma categórica por constituir un dato negativo, hay que señalar que los trabajos de prospección se han llevado a cabo con la misma intensidad y frecuencia en ambas zonas, siendo los resultados totalmente distintos. Es lógico pensar que tal dicotomía responde fundamentalmente a aspectos económicos, pues las zonas abruptas resultan más idóneas para las actividades de índole venatoria y pastoril y éstas constituyen las bases de sustento casi exclusivas durante los períodos referidos. La agricultura, probada en algunos yacimientos neolíticos, no poseía la entidad necesaria para convertirse en un factor económico básico.

Todo parece indicar que la tierra llana no conocerá un poblamiento digno de tenerse en cuenta hasta que empiecen a explotarse sus recursos agrícolas, es decir, hasta que el cultivo de cereales no pase a ser una práctica generalizada. Así, aunque en la tierra baja falten en absoluto los enterramientos dolménicos, ya durante el Eneolítico se empiezan a asentar en su territorio pequeñas comunidades humanas cuya principal fuente de alimentación está representada por la agricultura. En los yacimientos de Peña del Agua,

⁷⁴ SIMPSON, D. D. A. (1971), *Beakers houses and settlements in Britain. Economy and settlement in Neolithic and early Bronze Age Britain and Europe*, Leicester; (1976), *The Later Neolithic and Beaker settlement at Northon, Isle of Harris Settlement and Economy in the third and second millenia b. C.*, Oxford.

⁷⁵ BALDELLOU, V., «Consideraciones sobre el poblamiento...», *op. cit.*, nota 31; «Consideraciones sobre el estado actual...», *op. cit.*, nota 31.

el Villar y Gabarda,⁷⁶ han aparecido, junto a restos de molinos bastante abundantes, puntas de flecha de distintos tipos con el característico retoque plano envolvente. El Portillo de Piracés significa un ejemplo más de estas primeras explotaciones del agro oscense, con la peculiaridad puesta de manifiesto por las producciones alfareras con decoración campaniforme, hasta ahora exclusivas de esta estación.

Resulta a todas luces tentador relacionar la difusión del vaso campaniforme con el inicio de las primeras labores agrícolas en la llanada oscense, pero en realidad carecemos de bases sólidas para mantener tal aseveración; únicamente se puede decir que, por lo que hoy sabemos, los primitivos establecimientos de agricultores en el Altoaragón tienen lugar durante una etapa avanzada del Eneolítico y que existen solamente en la tierra baja.

Por lo que acabo de decir, el personalismo que ofrecen entre sí La Puyascada y El Portillo parece más fácilmente explicable, pues incide sobre aspectos socio-económicos, además de los de tipo material y de habitación. La Puyascada representa un grupo humano montaraz, eminentemente ganadero, que en determinado momento adopta o imita una moda ornamental, pero sigue ligado a sus formas de vida tradicionales y no sufre una transformación patente.

El Portillo, en cambio, se trata de un asentamiento nuevo, con una economía de cultivo que también representa una novedad por aquel entonces en las tierras altoaragonesas. Es el embrión que, más adelante, en la Plena Edad del Bronce, acarreará el máximo esplendor de la llanura oscense, con una gran proliferación de poblados organizados y una expansión inusitada de las prácticas agrícolas. La tierra alta, mientras tanto, continuará aferrada a su economía ancestral, perderá su protagonismo y jugará un papel un tanto marginal con respecto a las nuevas aportaciones culturales que vayan llegando al solar altoaragonés.

En resumen, las diferencias que en casi todos los niveles nos ofrecen los dos únicos yacimientos oscenses con campaniforme son el reflejo de un fenómeno más general y que sigue persistiendo en nuestros días, salvando las consiguientes distancias. Lo que resulta sumamente interesante es que cronológicamente ambos se encuadran en una época al parecer crucial en la historia del Altoaragón, es decir, en el momento en que la agricultura se establece por primera vez en el sector. ¿Puede tener algo que ver en ello el vaso campaniforme? Honradamente, no estoy en condiciones de contestar a esta cuestión, pues la visión que poseemos es excesivamente limitada, pero puede ser un camino a seguir o una posibilidad a tener en cuenta en las futuras investigaciones que se realicen en la zona. Sólo señalaré que un yaci-

⁷⁶ BALDELLOU, V., «La Prehistoria...», *op. cit.*, nota 4, pp. 14 y 31.

miento típico como El Portillo está íntimamente ligado a las prácticas agrícolas, lo que no ocurre en La Puyascada, de economía pastoril, en la que la cerámica campaniforme es minoritaria y hasta posiblemente intrusiva.

3. Cronología

La cuestión cronológica del vaso campaniforme es un fenómeno que también reúne en su entorno opiniones dispares, fruto de la escasez de buenas estratigrafías y de dataciones por el método del radiocarbono que permitan un amplio esquema comparativo. Normalmente se acepta la mayor antigüedad de los tipos puntillados internacionales frente a las ornamentaciones incisas,⁷⁷ pero esta aseveración, basada en la cronología relativa comprobada en secuencias estratigráficas, no tiene confirmación en las fechas obtenidas por el C14. En efecto, las dataciones más antiguas de la Península Ibérica corresponden precisamente a yacimientos con campaniforme inciso, tales como la Cueva de la Reina Mora de Somaén (Soria),⁷⁸ con una fecha de 2670 a. C., la Cueva de los Husos (Elvillar, Álava),⁷⁹ con 1970 a. C. o el Cerro de la Virgen de Orce (Granada),⁸⁰ con 1970 a. C. para los estratos con decoración incisa.

Sin embargo, en este último yacimiento se aprecian notables irregularidades entre la estratigrafía y la secuencia cronológica del radiocarbono, que fecha algunos niveles inferiores con posterioridad a otros superiores. Esta patente posibilidad de error en las dataciones por el C14 hace que, en principio, no se pueda tener muy en cuenta el resultado del análisis de La Puyascada de 2610 años a. C., guarismo que considero alto en demasía, aunque concuerde con el de Somaén y responda plenamente a la hipótesis cronológica de BOSCH.⁸¹ Con todo, tampoco puede excluirse rotundamente, sin que tengamos garantías suficientes para ello, pues por otro lado, la ausencia de materiales característicos en esta cavidad y lo poco significativo de su estra-

⁷⁷ Quizás sean GUILAINE y HARRISON los máximos defensores de esta teoría de entre los investigadores más recientes, siguiendo la idea aceptada por LEISNER, SAVORY, CASTILLO y PERICOT. El primero la expone en la obra ya citada en la nota 69 (pp. 113-119) y el segundo en: HARRISON, R. (1974), «El vaso campaniforme como horizonte delimitador en el Levante español», *Cuadernos de Arqueología y Prehistoria castellanense*, I, Castellón, pp. 63-70.

⁷⁸ ALMAGRO GORBEA, M. (1973), «C14, 1973. Nuevas fechas para la Historia y la Arqueología peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 30, Madrid, p. 31.

⁷⁹ APELLÁNIZ, J. M. (1968), «La datación por el C14 de las cuevas de Gobaederra y los Husos», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 2, Vitoria, p. 144, nota 8.

⁸⁰ ALMAGRO GORBEA, M. (1972), «C14, 1972. Nuevas fechas para la Prehistoria y Arqueología peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 29, Madrid, p. 231.

⁸¹ BOSCH GIMPERA, P. (1971), «Tipos y cronología del vaso campaniforme», *Archivo Español de Arqueología*, 44, Madrid, p. 16.

tigrafía obvian la posibilidad de establecer otras formas de datación que ofrezcan una solidez científica digna de tener en consideración. El campaniforme inciso de El Portillo debería pertenecer, según las teorías más extendidas, a un momento tardío dentro del Eneolítico. El estado actual del yacimiento, con todos los hogares al descubierto y sus cenizas esparcidas, no hacía fiables los posibles análisis por radiocarbono, por lo que no se procedió a realizarlos. Aunque la presencia de un fragmento carenado no tiene que indicar necesariamente un factor de modernidad —las asociaciones de vasos con carenas poco pronunciadas con cerámica campaniforme no son raras—, la cronología relativamente baja atribuida en general a las decoraciones incisas hace aceptar tal suposición mientras se carezca de otros elementos de juicio.

Podría, pues, existir cierto desfase cronológico entre el campaniforme de La Puyascada y los ejemplares incisos de El Portillo, pero hoy por hoy no estamos capacitados para pronunciarnos de una forma categórica al respecto. Esperemos, por enésima ocasión, que posteriores investigaciones y prospecciones aporten nuevos datos y permitan una mayor seguridad en las interpretaciones de la problemática planteada.

NEOLÍTICO Y ENEOLÍTICO EN LAS PROVINCIAS DE TERUEL Y ZARAGOZA

*Ignacio Barandiarán**
*Ana Cava**

I. ESTADO ACTUAL DE LOS CONOCIMIENTOS

Las síntesis posibles de Prehistoria aragonesa carecen de un efectivo suficiente de información, tanto a nivel de yacimientos excavados, como de repertorios industriales o de una prospección adecuada de todo su territorio. Por lo común, en las listas bibliográficas son más numerosos y extensos los ensayos de sintetización que las monografías particulares de los yacimientos, lo que expresa una actitud bastante frecuente en nuestros especialistas.

Las opiniones tradicionales de P. BOSCH GIMPERA sobre las fases y modos del poblamiento prehistórico peninsular han incidido muy directamente en la conformación de las ideas básicas sobre lo que debió acontecer en Aragón; han solido servir de entramado de fondo a las diversas síntesis y estados de la cuestión sobre la Prehistoria regional, aunque de forma más o menos velada se suele señalar la falta de vigencia de algunas de sus afirmaciones concretas y la necesidad de replantear de algún modo sus periodizaciones.

En las síntesis de BOSCH GIMPERA se insiste en varias ideas que, en lo referente a nuestro tema de ahora, se pueden expresar así:¹

* Universidad del País Vasco.

¹ Las opiniones fundamentales de BOSCH GIMPERA. P. (1932; 1945; 1923), se encuentran en su *Etnología de la Península Ibérica* (Barcelona), *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España* (México) y específicamente lo aragonés, en «Notes de Prehistòria aragonesa» (en *Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etimologia i Prehistòria*, tomo 1, Barcelona).

1. En el Epipaleolítico (Mesolítico) las poblaciones peninsulares se caracterizan por su escasa homogeneidad racial, por su dispersión en grupos y por la ocupación poco densa del territorio *con grandes zonas desiertas entre ellos*.

2. En el complejo Neolítico-Eneolítico se constituirán las etnias fundamentales peninsulares, fijándose sus caracteres diferenciadores a partir del crecimiento de los antiguos grupos epipaleolíticos y el comienzo de su arraigo al suelo por el desarrollo de las explotaciones agrícolas y la colonización de zonas hasta entonces desiertas.

3. Producida cierta estabilización y sedentarismo en los grupos humanos, en el Neolítico y Eneolítico, se habrán de estructurar los ocupantes del tramo central de la cuenca del Ebro en tres entidades antropológico-culturales distintas: *el pueblo de la cultura de las cuevas* (como más directo heredero de los modos de vida anteriores, como resultado de una amalgama de ellas) que produce, en su evolución, las formas cerámicas cardial y campaniforme; *el pueblo almeriense* (procedente, más o menos inmediatamente, del sur) a cuya contribución particular se debe el desarrollo de la primera metalurgia; y *los pueblos pirenaicos* (que descienden de *los antiguos grupos franco-cantábricos del paleolítico, más o menos modificados*).²

4. Concluida aquella etapa importante de conformación de las etnias, durante la plena Edad del Bronce se constata una fuerte tendencia a la estabilización de las poblaciones.

En su aplicación más inmediata a lo aragonés en el Neo-Eneolítico: la *Cultura de Almería* predominaría en el Bajo Aragón, con grupos ocupantes tanto de abrigos rocosos como ya de los primeros poblados, caracterizándose por sus cerámicas lisas y por el utillaje de flechas talladas de sílex; la *Cultura de la Cuevas* ofrecería evidencias algo más modernas de habitación en cuevas en lugares diversos de Huesca y de Zaragoza (con cerámicas decoradas con relieves e incisiones; en tiempo de BOSCH apenas se habían detectado en Aragón las otras formas de decoración específica de esta *cultura*, lo cardial y lo campaniforme); en tanto que la *Cultura Pirenaica* se expresaba en las sepulturas artificiales megalíticas (dólmenes) del Altoaragón oscense.

Reconociendo la intuición básica y aciertos concretos del pensamiento de BOSCH GIMPERA, los no muy numerosos datos aportados después de él sobre estas etapas de la Prehistoria de Aragón y el considerable progreso de su conocimiento en zonas vecinas parecen hacer necesaria una revisión a fondo de los conocimientos y su presentación en una síntesis moderna.³

² BOSCH GIMPERA, P. (1945), *El poblamiento antiguo...*, cit., pp. 51, 62, 68...

³ Se pueden citar como principales síntesis manejables, la monografía del Bajo Aragón por ALMAGRO, M.; BELTRÁN, A.; RIPOLL, E. (1956), *Prehistoria del Bajo Aragón*, Zaragoza, las

Después de la guerra civil, se ha intensificado especialmente el conocimiento del Neolítico y Eneolítico de las provincias de Teruel y Zaragoza a través de tres entidades: del Museo Arqueológico de Barcelona (en las décadas de los 40 y 50), con diversas aportaciones concretas en zonas de Teruel por M. ALMAGRO, E. RIPOLL y J. TOMÁS MAIGI; del Instituto de Estudios Turolenses y del Museo de Teruel (a partir de la de los 60) en la provincia por P. ATRIÁN, especialmente, y de la Universidad de Zaragoza, a través de —por un lado— las varias monografías importantes de E. VALLESPÍ en torno a la problemática de los talleres de sílex y, en la década de los 70, del trabajo más en equipo del Departamento de Historia Antigua, que desarrolló excavaciones sistemáticas (Botiqueria y Costalena por I. BARANDIARÁN) o encauzó varias monografías como Tesis o Tesinas (dentro del amplio contexto del Valle del Ebro: los enterramientos megalíticos por T. ANDRÉS, la cerámica campaniforme por G. MORENO, la tipología de la piedra tallada por A. CAVA, la metalurgia por C. PÉREZ ARRONDO).

En cualquier caso, y en una sincera valoración autocrítica de lo hecho hasta ahora en la Prehistoria de Aragón, hemos de subrayar el carácter excesivamente parcial de las investigaciones de campo, tanto como de las elaboraciones teóricas posteriores. Parcialidad en la dimensión temporal y espacial de la temática, pues ni se cubren de modo medianamente homogéneo todas las etapas fundamentales de la Prehistoria en todo el territorio interesado, ni se ha adoptado una política aceptable para señalar prioridades y líneas de actuación conjuntas. Concretando nuestra opinión afirmaremos que la Prehistoria aragonesa hasta ahora normalmente:

1. Ha supervalorado, en ausencia de estratigrafías, los hallazgos aislados o de recogida superficial como únicas evidencias utilizables: su tipología y su referencia al valor teórico que como fósiles directores pueden tener en otras áreas y contextos culturales más o menos próximos.

2. Se ha valido, en el mismo sentido, y con excesivo servilismo, de los modelos de evolución cultural establecidos en otros territorios (el inmediatamente transpirenaico, el catalán o el levantino, sobre todos) para encuadrar y explicar los procesos propios.

3. Ha tendido (menos frecuentemente) a generalizar a todo Aragón, y prescindiendo de razonables diferencias internas que en lo cultural debieron darse entre sus comarcas, apreciaciones particulares recogidas en parajes muy concretos de su varia geografía.

diversas aportaciones sucesivas de conjunto de A. BELTRÁN, A. (1951), «Las investigaciones arqueológicas en Aragón», *Caesaraugusta*, 1, Zaragoza; (1974), *Aragón y los principios de su historia. Síntesis de arqueología aragonesa*, Zaragoza, y *Aragón prehistórico*, cap. II, específicamente, «Del Neolítico al Eneolítico», pp. 26-31, de *Aragón en su historia*, dir. por CANELLAS, Á., Zaragoza, 1980. Los artículos de la *Gran Enciclopedia Aragonesa*, Zaragoza, 1980 (en curso de publicación) o *Aragón arqueológico: sus rutas*, Zaragoza, 1977, de MARTÍN BUENO, M.

Sin negar la validez relativa de ese tipo de inferencias y en ausencia de otras mejores bases de información, creemos que se precisa hoy, si queremos avanzar realmente en el conocimiento de la etapa que nos ocupa, hacer un esfuerzo conjunto en:

- Dejar provisionalmente en suspenso las síntesis hasta ahora establecidas.
- Reelaborar sistemáticamente los datos que se poseen utilizando exclusivamente las secuencias estratigráficas excavadas con seguridad y sólo las evidencias aisladas de muy segura referencia cronológico-cultural.
- Ampliar el exiguo repertorio actual de información mediante una política prioritaria de prospección y, sobre todo, de excavaciones metódicas, y de los pertinentes controles analíticos esclarecedores.

En los últimos quince años, se ha producido una profunda renovación en los estudios sobre el Neolítico y Eneolítico en el cuadrante nordeste de la Península, con monografías básicas de J. MALUQUER y A. M. MUÑOZ AMILIBIA para el área catalana, de J. FORTEA y B. MARTÍ para el Levante mediterráneo, y de J. GUILAINE para la inmediata vertiente septentrional del Pirineo, entre otros, que han aportado importantes precisiones y establecido síntesis detalladas de interpretación de su dinámica. La comprensible tendencia —que se está produciendo entre nosotros— a utilizar sin más matizaciones esos espléndidos *modelos culturales* vecinos, que sustituyen al tradicional magisterio de BOSCH GIMPERA, en la parte central de la depresión del Ebro y del sistema pirenaico, debe ser cuidadosamente controlada. Pues sigue siendo muy notable la penuria de la Prehistoria aragonesa en datos objetivos (estratigrafías, sobre todo) y muy extensos los *hiatos* espaciales entre las zonas medianamente prospectadas como para asegurar un control suficiente, no sólo de las rutas, sino hasta del ritmo de los procesos de difusión cultural interna y de sus relaciones con lo foráneo.

El mayor riesgo inherente al uso indiscriminado de esos modelos culturales —que aquejan por lo común todas las síntesis utilizables y del que nos resulta ahora difícil librarnos— está en la aceptación no crítica de categorías de interpretación y la utilización de apreciaciones tópicas. Entre las que más han dificultado la exacta comprensión del desarrollo temporal interno del complejo Neolítico-Edad del Bronce aragonés (y en línea común a lo que se ha solido afirmar en otras regiones) se deben acusar las repetidas atribuciones al Neolítico de evidencias que —aunque en su origen y excepcionalmente se hayan producido en el transcurso de esa etapa— normalmente se presentan a lo largo de toda la Edad del Bronce y hasta pasan a épocas posteriores: así, por ejemplo, sucedía con todo tipo de construcción megalítica funeraria, o con las hachas de piedra pulimentada, o con las cerámicas decora-

das con apliques plásticos (cordones) o con las láminas dentadas de sílex (hojas de hoz)...

Por otra parte, hemos de reconocer qué difícil resulta establecer con seguridad una periodización interna del Neolítico y Eneolítico en Aragón cuando las situaciones de pervivencia y de aculturación impiden formular nítidamente no sólo las etapas básicas de su desarrollo, sino incluso las situaciones de paso entre ellas: del Epipaleolítico avanzado al Neolítico inicial, del Neolítico final al Eneolítico, o del Eneolítico y/o Bronce antiguo al Bronce pleno.⁴

Conscientes de esas dificultades, intentaremos estructurar de modo objetivo nuestro tema, presentando primero los datos que se pueden aprovechar para la definición de las etapas Neolítico y Eneolítico, en su conjunto, y ofreciendo después sobre ellos nuestra opinión de valoración cronológico-cultural en una ordenación de su secuencia interna.

II. LOS DATOS UTILIZABLES

1. Restos óseos humanos

La antropología física de la época posee un repertorio muy exiguo de evidencias: provienen en parte del depósito en covachos sepulcrales y, en menor cantidad, de enterramientos artificiales (que sólo en el caso de emplazarse en medios calcáreos posibilitan la conservación de las sustancias óseas).

El estudio antropológico de esos restos, o no se ha llevado a cabo, o sólo ha sido a niveles bastante elementales.

En su mayoría se concentran en suelo turolense y en especial en el Bajo Aragón y zonas próximas; reseñaremos como los más interesantes con una relativa concreción *racial*:⁵

⁴ Así, por ejemplo, resultan plenamente justificadas las matizaciones de RIPOLL, E. en su aportación a la *Prehistoria del Bajo Aragón*, al estructurar la etapa que ahora nos ocupa en dos apartados, el «Meso-Neolítico» y el «Eneolítico», refiriéndose a aquél como a un «complejo», como «un Neolítico inicial que en parte se confunde con las últimas etapas de los cazadores mesolíticos...», «etapa de introducción de características muy poco concretas» (*op. cit.*, p. 99).

⁵ El único estudio monográfico de esos restos se debe a FUSTE, M., «Restos humanos procedentes de la sepultura eneolítica del Canyaret, en Calaceite, Teruel», *Caesaraugusta*, n.º 9-10, pp. 119-123, Zaragoza, 1957. A las demás evidencias se suelen referir, repetidamente y sin excesivo detalle (tomándolas de publicaciones del primer cuarto de siglo) las síntesis citadas en la nota n.º 3.

- *El Canyaret de Pallisetes* (Calaceite): sepultura colectiva en covacho en la que se encontraron 17 cráneos, tres de los cuales han sido estudiados por FUSTÉ, que los consideró como *muestra representativa de los elementos raciales más difundidos entre las colectividades prehistóricas neo-eneolíticas del Levante, Centro y Sur de España*: dos de ellos mediterráneos gráciles y uno mediterráneo robusto.
- *Olivar de Macipe* (Albalate del Arzobispo): restos perdidos que, en observación de BARDAVIU, corresponderían a individuos de gran tamaño y de ancha frente.
- Restos varios de tipo mediterráneo, no bien definidos y con datos dudosos en Valderrobres, Alhama de Aragón, *Cueva del Subidor* (Albalate del Arzobispo), Iglesiasuela del Cid y otros.

2. Fechaciones absolutas

La grave penuria en Aragón de excavaciones en profundidad de yacimientos intactos, repercute lógicamente en la escasez de muestras orgánicas fechadas por el radiocarbono.

Reuniendo las fechas hasta ahora publicadas señalamos tres estaciones oscenses:⁶

- El Neolítico, con cerámicas cardiales de la *Cueva de Chaves* (Bastarás) en los 4510 B. C.
- El Neolítico, con cerámicas impresas de la *Espluga de la Puyascada* (San Juan de Toledo) en 3980 B. C.
- El Eneolítico, con campaniforme puntillado en la misma *Espluga de la Puyascada* en 2610 B. C.

Fechas que se enmarcan dentro de las referidas al Epipaleolítico geométrico de *Botiqueria dels Moros* (Mazaleón, Teruel) en los 5600 B. C. (Ly-1158), y del Bronce Pleno post-campaniforme del yacimiento del *Castillo* (Frías de Albarracín, Teruel) en los 1520 B. C. (CSIC-115), y estando las neolíticas cardiales en adecuada correspondencia con lo conocido en yacimientos de la franja mediterránea, así en *Cova de l'Or* desde el 4770 (C-113-M3) a 4030 (C-11-M1) o de la vecina provincia de Lérida, en la *Cueva del Parco*, con fechas de 4220 B. C. y 3840 B. C. (CSIC-281 y CSIC-279).

Se afirmaría así un desarrollo del Neolítico-Eneolítico a lo largo de quizá tres milenios: 4750 ó 4500 a 1750 ó 1500 B. C.

⁶ Las fechas aragonesas que se citan las debemos a comunicación de UTRILLA, P., que las incluye en sus «Fechas de Carbono 14 para la Prehistoria del Valle del Ebro», *Cesaraugusta*, n.º 51-52, Zaragoza, 1980 (en prensa).

3. Yacimientos con depósito estratificado

El mapa de distribución de evidencias del Neolítico y Eneolítico en Teruel y Zaragoza sólo excepcionalmente se refiere a hallazgos en estratigrafía, en depósito primario: es decir, recogidos por excavación allí mismo donde fueron abandonados por sus usuarios, dentro de una matriz sedimentaria en que la fauna, la flora o las condiciones climáticas contemporáneas quedaron de algún modo representadas.

Los yacimientos estratificados que podemos considerar aquí se hallan en covacho o abrigo (Cocinilla del Obispo y Doña Clotilde, en Albarracín, excavados por M. ALMAGRO en 1940; Botiquería dels Moros, en Mazaleón, y Costalena, en Maella, excavados por I. BARANDIARÁN en 1974 y 1975) o son supuestos asentamientos al aire libre más o menos próximos al abrigo de rocas (Sol de la Piñera y Serdá en Fabara, excavados por E. VALLESPÍ en 1956 y 1957 y Cortado de Baselga, en Alcañiz, por P. UTRILLA en 1973).⁷

Salvo Botiquería y Costalena, donde se producen secuencias de estratos superpuestos en cierto espesor evidenciando una prolongada y reiterada presencia humana a lo largo de milenios, cada uno de los otros yacimientos citados ha sido ocupado en una sola ocasión.

En el abrigo de *Cocinilla del Obispo* (Albarracín, Teruel), existía un solo estrato arqueológico (de 20 centímetros de espesor), bajo uno superficial prácticamente estéril.

⁷ Cocinilla del Obispo y Doña Clotilde fueron publicados por ALMAGRO, M. (1944), en «Los problemas del Epipaleolítico y Mesolítico en España», *Ampurias*, vol. 6, pp. 1-38, Barcelona. El Serdá y Sol de la Piñera por VALLESPÍ, E. (1960), en «Excavaciones en los yacimientos líticos de «El Sol de la Piñera» y «El Serdá», en Fabara (Zaragoza). Memoria de la I campaña», *Caesaraugusta*, n.º 15-16, pp. 19-39, Zaragoza. Fueron revisados no hace mucho por FORTEA, J. (1973), en *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*, Salamanca, dedicándoles las pp. 393-397 a Cocinilla del Obispo y Doña Clotilde, y las pp. 399 a Serdá y Sol de la Piñera. El Cortado de Baselga es publicado por UTRILLA, P. (1975), en «Nuevo yacimiento del Bronce Antiguo en Alcañiz: el Cortado de Baselga», *Miscelánea Arqueológica*, pp. 85-96, Zaragoza. La memoria de Botiquería dels Moros se publicará con el título «El abrigo de la «Botiquería dels Moros», Mazaleón, Teruel. Excavaciones arqueológicas de 1974» por BARANDIARÁN, I. (1980), en los *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología castellanenses*, en prensa; se encuentra en preparación por BARANDIARÁN, I. y CAVA, A. (1976), la memoria de Costalena. Diversos avances sobre ambos yacimientos han visto la luz ya en (1976), «Botiquería dels Moros (Teruel). Primera fechación absoluta del complejo geométrico del Epipaleolítico mediterráneo español», *Zephyrus*, vol. XXVI-XXVII, pp. 183-186, Salamanca, y (1979), «El Epipaleolítico geométrico en el Bajo Aragón», XV Congreso Nacional de Arqueología, Actas, pp. 125-131, Zaragoza, por BARANDIARÁN, I.; y (1981), en «Epipaleolítico y Neolítico en el Abrigo de Costalena (Bajo Aragón)», *Zephyrus*, vol. XXXII-XXXIII (en prensa), por BARANDIARÁN, I. y CAVA, A.

La pobre industria lítica (sólo son seis las piezas retocadas) ofrece dos tipos geométricos, que deberían incluirse en un Neolítico algo antiguo (para FORTEA en una fase equivalente al horizonte de Cocina III) por la asociación trapecio-media luna, por la presencia del retoque abrupto (aún no en doble bisel) y por la existencia de denticulados.

En el abrigo de *Doña Clotilde* (Albarracín, Teruel), se detectó un solo nivel arqueológico sobre el fondo rocoso del covacho, con un utillaje de piedra tallada de menos de medio centenar de utensilios y con algún trocito de cerámica irreconstruible. Su adscripción cultural debe corregirse, según apunta J. FORTEA, hacia un Neolítico avanzado o final, como el ejemplarizado en el horizonte Cocina IV: por la aparición de segmentos y medias lunas con retoque en doble bisel, de dientes de hoz y por el relativamente alto porcentaje de muescas y denticulaciones (18,6%), además de por la presencia de algún fragmento cerámico muy rodado.

El yacimiento de *El Serdá*, interpretado como taller al aire libre, presentaba un área delimitable de entorno a los 20 metros cuadrados, de tierra de coloración negruzca, formando un único estrato arqueológico, de depósito homogéneo de espesor variable entre los 37 y los 92 centímetros, en el que se recogió poco más de medio centenar de piezas. Entre ellas se dan ejemplares atribuibles, en su origen, a diversas etapas dentro del complejo cultural de los cazadores y recolectores a los que se han atribuido bastantes de los talleres de sílex; en su conjunto parece que debe calificarse al Serdá como más próximo a los horizontes cerámicos de Cocina.

El próximo yacimiento de *Sol de la Piñera*, con muy escaso repertorio lítico, encajaría mejor dentro del Epipaleolítico geométrico (¿«Cocina II»?).

Baselga, al abrigo de bloques areniscos, debió ser un lugar de habitación quizá acondicionado con alguna pared de adobes, y se ocupó en un Eneolítico algo avanzado. En su industria lítica destacan las puntas de flecha de retoque cubriente (de pedúnculo y aletas) y las hojas de hoz fabricadas sobre sílex tabular; las cerámicas recogidas son toscas y carecen de decoración.

El abrigo de *Botiqueria dels Moros* presentaba una estratigrafía de entre 1 y 1,40 metros, totalizando ocho niveles distintos: en su formación se aprecia una lenta evolución *in situ* de grupos de cazadores y recolectores del Epipaleolítico de facies geométrica (niveles 1 a 5) que, probablemente a mediados del V milenio, conocen las primeras cerámicas con decoración cardial (niveles 6, 7 y 8).

Entonces, y a pesar de esa innovación de lo Neolítico, los modos de vida fundamentales del Epipaleolítico se mantienen a lo largo de toda la historia de los ocupantes de Botiqueria: tanto en cuanto a las fuentes de aprovisionamiento de alimentos (caza, recolección y pesca: en los niveles 6 a 8 se

cazaron conejo, ciervo y jabalí, y esporádicamente algo de corzo), como a los modos de ocupación del territorio (como seminomadeo) y a los mismos lugares de habitación (covachos acondicionados con elementales hogares de cantos rodados).

En el Neolítico antiguo de Botiqueria hay cerámica, pero no hachas pulimentadas ni elementos de hoz o molinos que sugieren actividades agrícolas o deforestadoras; tampoco se han hallado especies animales domésticas.

Las «puntas de flecha» de la época, realizadas en tipos geométricos procedentes del Epipaleolítico, ofrecen una notable diferencia tecnológica: el retoque abrupto, que es masivamente dominante en los niveles epipaleolíticos (con un 98,64% y un 80,95% en los niveles 2 y 4), es sustituido por completo por el en doble bisel (62,51% y 100% en los niveles 6 y 8) en los niveles neolíticos).

Otras apreciaciones importantes de tipología de la piedra tallada se han controlado en Botiqueria en total concordancia con lo apreciado en el abrigo de *Costalena*. Es éste el único lugar donde existe el Eneolítico estratificado sobre niveles anteriores (Neolítico y Epipaleolítico), permitiendo establecer así un buen *modelo* de lo que debió ser la evolución muy lenta y escasamente *revolucionaria* de los cazadores y recolectores de la zona que mantienen hasta entrado el Eneolítico aquellos modos de vida de antigua raíz, en estas tierras de relieve relativamente montañoso, cubiertas de bosque y matorral a orillas de los ríos del Bajo Aragón.

La potencia total del depósito arqueológico de Costalena oscila entre los dos y los dos metros y medio: al Epipaleolítico corresponden los niveles e, d y c3 (éste al Epipaleolítico de facies geométrica, aquellos a un Epipaleolítico genérico antiguo), al Neolítico cardial los c2 y c1 (de 40 y 50 centímetros de espesor medio respectivamente) y al Eneolítico los b y a (en un espesor conjunto de 50 centímetros).

Reiterando las apreciaciones generales a que aludimos en Botiqueria, en Costalena el Neolítico cardial (niveles c2 y c1) conserva las mismas bases instrumentales, en lo lítico, del Epipaleolítico precedente, conociendo algunas variaciones notables: casi absoluta desaparición del utillaje macrolítico, elevación de los porcentajes de laminitas y puntitas de dorso, aparición masiva de los elementos triangulares en buena parte ligados a la técnica del retoque en doble bisel. En tanto que en el Eneolítico desaparecen prácticamente tanto los tipos líticos de «sustrato» como los geométricos con la excepción de los llamados segmentos que, aparecidos en el Neolítico (en el nivel c2 suponen el 9% de los geométricos; en el c1, el 33,3%), perduran todavía en el Eneolítico, tomando fuerza porcentual las láminas (de dimensiones superiores a las recogidas en los niveles precedentes) con mínimos retoques (marginales, sobre todo). Las puntas de flecha con retoque cubriente («fo-

liáceas») caracterizan este momento. No conocemos en Costalena las hojas de hoz, ni las hachas de piedra pulimentada, ni los instrumentos metálicos que, en otros lugares, ya caracterizan esta etapa cronológica.

En resumen, en Botiquería y Costalena se significa un modo de vida propio de cazadores y recolectores que ocupan amplios abrigos rocosos, bien orientados (al este y sur) junto a orillas de ríos, dominando sus cauces, en altitudes moderadas (entre 300 y 350 m. s. n. m.) y en relativa proximidad a la franja costera mediterránea (de 60 a 65 kilómetros de distancia lineal). Esa ocupación que puede perdurar durante tres o cuatro milenios se desarrolla en un ámbito climático de paisaje mediterráneo, relativamente más húmedo que el actual, y con formaciones más cerradas de bosque (sobre todo, pino) y de monte medio: desde la transición boreal-Atlántico y a lo largo de todo el período Atlántico. Esas circunstancias climático-ambientales convierten el territorio en una adecuada reserva de caza que se basta para mantener, con sus recursos, a aquellos grupos humanos de tradición epipaleolítica apenas afectados por las innovaciones económicas y técnicas del Neolítico que ya se estaba extendiendo por zonas del litoral mediterráneo.

III. VALORACIÓN DE LOS DATOS

1. Sobre los lugares de habitación

El repertorio de hallazgos de restos referibles a habitación en el Neolítico y Eneolítico de Teruel y Zaragoza se presenta tanto en el interior de cuevas, como en abrigos iluminados por la luz solar, como plenamente al aire libre, en zonas más o menos amesetadas o dominando (en laderas) cauces y barrancadas.

Aceptada pues la ocupación de cuevas y abrigos apenas acondicionados con estructuras artificiales, se puede discutir sobre el carácter de «poblados» con disposición y trama urbanística de esas estaciones al aire libre e intentar precisar críticamente la valoración de los llamados «talleres de sílex».

a) La ocupación de cuevas y abrigos. Responde sin duda a la continuidad de una tradición de presencia humana (incluso en los mismos sitios, tal como asegura la acumulación estratigráfica, desde el Epipaleolítico geométrico, tanto en el abrigo de Costalena como en el de Botiquería) en cuevas y covachos. Junto a los dos casos citados se deben recordar los de los yacimientos estratificados neolíticos de Albarracín (Cocinilla del Obispo y Doña Clotilde), todos ellos representativos de la ocupación duradera y continua de abrigos amplios.

De otra parte, se han practicado prospecciones y recogidas de material arqueológico, relativamente revuelto, referible a ocupación humana en zo-

nas bastante al interior de algunas cuevas.⁸ Citaremos la cueva de la Ubriga (en el Vallecillo, Albarracín) en cuyo interior se recogieron fragmentos varios de cerámica, entre ellos varios reconstruibles (correspondientes a formas grandes —alguna decorada con cordón con incisiones en el cuello y con gruesos mamelones en la panza—, o a vasos lisos de perfil carenado o globulares...) que se habrán de atribuir a un amplio período que seguramente no anterior al Eneolítico se extiende hasta el Bronce pleno. En la cueva de las Baticambras (en Molinos), que se presenta como yacimiento de interesante prospección, aparte de una utilización sepulcral se ha apreciado una galería dedicada a habitación con recogida de numerosas evidencias cerámicas (muchas con decoración plástica) probablemente contemporáneas a las de Ubriga. Del mismo modo resultó aprovechable la recogida de salvamento en la cueva de Encantados (Belchite) con importante aportación de formas cerámicas (con apliques plásticos; otras lisas con carena de estilo «argárico»; además de algunos recipientes de la especie campaniforme), además de material lítico (por ejemplo, hojas de hoz) y metálico, cuyo repertorio cubre bien un período algo amplio de ocupación del lugar, desde el Eneolítico a un Bronce pleno de referencia al modelo cultural «Bronce Valenciano», ya postcampaniforme.

b) Los poblados al aire libre. Prospecciones y excavaciones de varia fortuna, sobre todo del primer cuarto del siglo, señalan una serie de «poblados», ocupando casi siempre zonas amesetadas o de ladera, cuyos orígenes, sin excesiva crítica, remontarían al genérico Neolítico o, cuando menos, a los inicios de las Edades del Metal: tal es el caso de varias estaciones de Albalate del Arzobispo (Cabezo Sellado de Val de Vallerías, Barranco de la Hoz), de Alcañiz (Cabezo del Cuervo, Masada del Ram...) u otros (Anadón, en Segura de Aragón)...

Realmente parece que deban dejarse, hoy por hoy, en suspenso tales atribuciones de los citados poblados bajoaragoneses,⁹ sin que el hallazgo de algunos elementos aislados en sus proximidades (así algún fragmento de campaniforme en la Masada del Ram, o una punta tallada de pedúnculo y aletas en Alcañiz el Viejo) sea suficiente como para llevar su origen antes del Bronce pleno, o medio, mientras no se demuestre fehacientemente me-

⁸ ATRIÁN, P. (1963), en el informe arqueológico incluido en el texto de J. SUBILS: «Operación turolensis. Memoria de una campaña arqueológica», *Teruel*, n.º 30, pp. 187-221, Teruel.

BARANDIARÁN, I. (1971), «Cueva de los Encantados (Belchite, Zaragoza)», de *Noticiario Arqueológico Hispánico*, vol. XVI, pp. 11-49, Madrid.

⁹ TOMÁS, J. (1949), «Anotaciones al "Cabezo de Cuervo" (Alcañiz)», *Teruel*, n.º 1, pp. 147-170, Teruel. Ha revisado la problemática del yacimiento, indicando que en lo más antiguo de su estratigrafía se ha de atribuir al Bronce Pleno; del mismo modo debe suceder en la Masada de Ram o en el Cabezo Sellado.

dian­te exca­va­ción bien con­tro­lada. De todos mo­dos es pro­ba­ble su­poner que fue­ra en el Eneolítico cuando se co­men­zó a pro­ducir en esta zona del Ba­jo Ara­gón el in­cio del pobla­mien­to al aire libre en es­truc­tu­ras arti­ficia­les.¹⁰ Y, en este sen­tido, ha­brá que va­lorar lo apre­cia­do en la prospección del Cortado de Baselga (Alcañiz) con ma­te­rial re­ve­la­dor de una pre­sen­cia en el Eneolítico (entre otros, con ho­jas de sílex, que se han de re­ferir a faenas de reco­lec­ción de ce­real), ya al aire libre —aun­que adosa­do a una zona con gran­des blo­ques ro­cosos— y do­ta­do de al­gunos adobes con los que se acon­di­ci­o­na­rían mu­ros o ta­bi­ques.

Otros ca­sos más de pobla­dos al aire libre —entre otras ci­tas adu­ci­bles— ha­brían de ser re­vi­sa­dos: así el de los res­tos del b­ran­co de la Bartolina (Calatayud) atri­bui­do al Eneolítico/Bronce pleno (con buenas ho­jas de sílex y hachas pulimen­ta­das) o el se­ña­la­do en el lugar de Majaladares (Borja).¹¹

c) Los «talleres de sílex». La literatura ar­queológica regional viene uti­li­zan­do este tér­mino, de acuer­do entre todos, aun­que sea in­du­da­ble­mente am­bi­guo en cuanto a su con­tenido. Por lo normal se denomi­nan «talleres de sílex» (o a veces más sim­ple­mente «yacimien­tos al aire libre», o «yacimien­tos de su­per­ficie») lo que son casi siem­pre hallazgos en depó­si­to se­cun­da­rio y/o en yacimien­tos «abi­ertos», es decir ca­ren­tes de cual­quier clara delimitación (ni en pro­fun­di­dad, ni en ex­ten­sión) o sea es­tra­ti­fi­ca­dos. De ellos por lo co­mún no se ha de­ci­di­do con se­gu­ri­dad si se pro­du­je­ron en un solo mo­men­to o eta­pa cul­tural o si bien son el re­sul­ta­do de la re­co­gi­da con­jun­ta de evi­den­cias que, de he­cho, se de­po­si­ta­ron a lo lar­go del tie­mpo como fru­to de una con­ti­nuada pre­sen­cia re­i­te­ra­da en aque­llos pa­ra­jes. La abun­dan­cia de uten­silios de pie­dra ta­lla­da y, sobre todo, el pre­do­minio de los res­tos de ta­ller (nú­du­los, nú­cleos, todo tipo de lascas) han he­cho pen­sar que su con­cen­tra­ción se de­bía pre­ci­sa­mente al de­sar­rol­lo allí mis­mo de ac­ti­vi­da­des de can­tera y de ta­ller en esa tec­no­logía lí­ti­ca. No ha solido ser ex­cep­ci­o­nal entre los in­ves­ti­ga­dores de prin­ci­pios de si­glo llegar a cla­si­fi­car como ta­l­le­res de ex­plo­ta­ción pre­his­tó­rica lo que no eran si­no a­flo­ra­mien­tos na­tu­ra­les del sílex: par­ti­do y des­men­u­za­do por sim­ples fe­nó­me­nos at­mo­sfé­ricos o fí­si­cos.¹²

¹⁰ Así piens­a BELTRÁN, A. (1980), *Aragón pre­his­tó­rico*, cit., p. 27, que «en el Ba­jo Ara­gón se­ría el Eneolítico el mo­men­to de tras­la­do de la ha­bi­ta­ción de los abri­gos ro­cosos a chozas en el llano con de­di­ca­ción a ac­ti­vi­da­des agrí­colas y a los ani­ma­les do­més­ti­cos».

¹¹ Para Bartolina, BARANDIARÁN, I. y BLASCO, C. (1968), en «Nuevos ma­te­ria­les de Pre­his­to­ria ara­go­nesa», *Caesaraugusta*, n.º 31-32, pp. 251-256, Zarago­za. Para Majaladares, la cita de BELTRÁN, A. (1980), «Aragón pre­his­tó­rico», cit., p. 27.

¹² Tal su­ce­dió con el lugar de Los Pedreñales, en Castel­se­rás, de­scu­bi­erto en 1920 por BARDAVIU, V., quien lo atri­bu­yó al Paleolítico y que, re­vi­sa­do lue­go por VALLESPI, E., no dio la menor se­gu­ri­dad de re­fe­ren­cia a yaci­mien­to al­gu­no de ori­gen pre­his­tó­rico, ha­biendo sólo ser­vi­do en épocas his­tó­ricas y hasta la ac­tualidad para la fa­bri­ca­ción de pie­dras de trillo.

En el denominador común de «talleres de sílex» se han solido incluir modos distintos de situación de las evidencias, cuyo valor como «yacimien- to» resulta muy diferente de unos casos a otros: hallazgos aislados (y hasta objetos únicos), colecciones superficiales trasladadas de su lugar de depósito originario (por deslizamiento o transporte: al pie de laderas o de abrigos cuyo depósito primitivo no se identificó), estaciones-cantera y estaciones-taller, fondos de habitaciones aisladas, o hasta poblados. Por el momento no es muy fácil discernir los yacimientos de habitación (o «poblados») de los yacimientos de taller, pues casi nunca se han detectado los fondos de cabañas o chozas y en muy pocos casos se han apreciado las zonas de concentración y de disposición de las evidencias que indicarían otras tantas estructuras de habitación en poblados de varias casas. En este orden de cosas, creemos de especial interés ir controlando en cada uno de esos «yacimientos al aire libre» diversos factores que puedan clarificar su definición funcional y cronológica: presencia de elementos pulimentados, de metalurgia, de hojas de hoz, de molinos..., tipología del instrumental lítico tallado, existencia de manchas de cenizas, relación posible con otros fenómenos culturales vecinos (arte «levantino», sepulcros megalíticos...), situación del lugar en el paisaje circundante...

Trabajos sucesivos enriquecedores de S. VILASECA, de E. VALLESPÍ y —recientemente— de M. A. BEGUIRISTAIN están delimitando con bastante seguridad algunas de estas cuestiones, señalando amplias redes de poblamiento al aire libre en toda la extensión de la Cuenca del Ebro, agrupables en cuatro zonas genéricas: el Prepirineo y somontano pirenaico, la cubeta de Miranda y Vitoria, el centro de la depresión del Ebro (Bajo Aragón...) y el Sistema Ibérico y su Somontano (Torrelosnegros, depresión del Jiloca...). Normalmente esas estaciones se sitúan en paisajes de altitudes medias y relativamente montuosas (con la excepcionalidad de los de Camero Nuevo en Logroño, de 1.400 a 1.770 metros de altitud, o de las montañas de Soria).¹³

Ciéndonos a la provincia de Teruel concretamente: al Neolítico pertenecerían los talleres en estratigrafía del Serdá y Sol de la Piñera; a un momento Eneolítico, las industrias de Torrelosnegros y la mayor parte de los conjuntos con puntas de flecha de pedúnculo y aletas; al Eneolítico y Bronce, los conjuntos macrolíticos (Santa Magdalena de Valderrobres, la Coscollosa de Alcañiz, La Trapa de Maella, Fuente Cobertorada y Plana del Viento...); y a la evolución del poblamiento eneolítico a través del Bronce pleno el momento más fuerte de expansión de ese hábitat al aire libre que enlaza-

¹³ Según VALLESPÍ, E. (1968), en «Talleres de sílex al aire libre en el País Vasco meridional», *Estudios de Arqueología Alavesa*, n.º 3, pp. 7-27, Vitoria.

ría con las primeras formas del urbanismo regional, ofreciéndose la mayoría de los hallazgos de hachas pulimentadas.¹⁴

En una visión sintética, pues no podemos descender aquí al detalle particular de todas las estaciones hasta hoy publicadas, que pueden verse cómodamente en la bibliografía al respecto,¹⁵ los «talleres» turolenses y zaragozanos se pueden reunir en varios grupos: el de las Cinco Villas (sobre todo en términos de Luesia, Lobera, Undués Pintano...), el del Bajo Aragón (en Fabara, Maella, Samper de Calanda, Alcorisa...) y el del término de Torrelosnegros e inmediaciones, existiendo otras localizaciones «sueltas» en Alacón, Bezas, Longares... Esa organización en grupos parece depender de la intensidad de las prospecciones realizadas en cada zona y no tanto de la real distribución y dispersión del poblamiento prehistórico en cada una de ellas: como ejemplo de esto, es evidente que los talleres de las Cinco Villas son en su mayoría fruto de las intensas prospecciones del doctor LABAYEN (médico que fue de Luesia), como los del Bajo Aragón han sido detectados principalmente por el trabajo continuado de L. PÉREZ TEMPRADO y E. VALLESPÍ.

En la clasificación tipológica de esos «talleres»¹⁶ se han separado tres conjuntos genéricos: los de industrias sobre láminas (que es el caso más fre-

¹⁴ VALLESPÍ, E. (1959), «Bases arqueológicas para el estudio de los talleres de sílex del Bajo Aragón. Hacia una seriación de las industrias líticas postpaleolíticas bajoaragonesas», *Caesaraugusta*, n.º 13-14, pp. 7-20, Zaragoza, *passim*.

¹⁵ Los talleres de las Cinco Villas en: MALUQUER DE MOTES, J. (1957), «Los talleres de sílex al aire libre, del norte de Aragón», *Excavaciones en Navarra (1953-1956)*, vol. V, pp. 63-86, Pamplona; BARANDIARÁN, I. y MARTÍN BUENO, M. (1972), «Novedades sobre las Edades de los metales en Aragón», *Caesaraugusta*, n.º 35-36, pp. 53-70, Zaragoza; ENRÍQUEZ, J. J.; FERNÁNDEZ ERASO, J.; GONZÁLEZ, C., y LABEAGA, J. C. (1977), «Datos para la carta arqueológica de la Valdonsella (Zaragoza)», *Caesaraugusta*, n.º 41-42, pp. 203-246, Zaragoza; CASADO, P. y BURILLO, F. (1977), «Nuevos hallazgos de la Edad del Bronce en las Cinco Villas (Zaragoza)», *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Actas, pp. 279-300, Zaragoza; CASADO, P. (1979), «Materiales de la Edad del Bronce en el curso del río Riguel (Zaragoza)», *XV Congreso Nacional de Arqueología*, Actas, pp. 521-530, Zaragoza; BOSCH GIMPERA, P. (1923), «Notes de Prehistòria aragonesa», *cit.*, sobre los hallazgos de Undués Pintano. Para los talleres del Bajo Aragón, diversas aportaciones de VALLESPÍ, E. (1953), «Nuevos materiales para el estudio de la arqueología bajoaragonesa. El abrigo de "La Noguera" (Fabara)», *Caesaraugusta*, n.º 2, pp. 227-237, Zaragoza; (1957), «Yacimientos líticos en el río Matarraña», *IV Congreso Nacional de Arqueología*, Actas, pp. 65-70, Zaragoza; (1957), «Nota al Balcón de Rabinat (Fabara)», *Caesaraugusta*, n.º 7-8, pp. 155-157, Zaragoza; (1959), «Bases arqueológicas para el estudio de los talleres de sílex...», *cit.*; y (1960), «Excavaciones en los yacimientos líticos de "El Sol de la Piñera" y...», *cit.*; y de ÁLVAREZ, A., y ENRÍQUEZ, J. J. (1979), «Nuevo taller de sílex en «Estancos» (Alcorisa)», en *Bajo Aragón. Prehistoria*, n.º 1, pp. 1-8, Zaragoza; «Cuatro talleres de sílex en Alcorisa (Bajo Aragón)», *Teruel* (en prensa). Otras estaciones son referidas útilmente en la aportación de RIPOLL, E. (1956) a la *Prehistoria del Bajo Aragón*, *cit.*; y en (1975), «Materiales de la Edad del Bronce e Ibéricos aparecidos en Longares (Zaragoza)», *Miscelánea Arqueológica*, pp. 103-114, Zaragoza, de BURILLO, F.

¹⁶ En las fundamentales obras de conjunto de VILASECA, S. (1953), *Las industrias del sílex tarraconenses*, Madrid; y de VALLESPÍ, E. (1959), «Bases arqueológicas para el estudio de los talleres de sílex del Bajo Aragón...», *cit.* Y, con un tratamiento específico del conjunto macrolíti-

cuenta), los de geométricos y los macrolíticos (según VILASECA, «de facies o de tradición campañense»). En su opinión inicial, E. VALLESPÍ distinguía tres etapas fundamentales de este tipo de yacimientos: algunos pocos remontables al Epipaleolítico final, algunos del Neolítico propio, y la mayoría del Eneolítico y Bronce; recalando en publicaciones más modernas, y cada vez con más insistencia, que casi masivamente deben pertenecer a un «Bronce indígena de asentamiento Eneolítico» que cubriría desde los 2500 a los 500 años B. C., desde el Neolítico final o Eneolítico hasta el paso del Hierro I al II,¹⁷ precisándose que a los pobladores de esos asentamientos se deberá en la depresión del Ebro la real neolitización del territorio.¹⁸

Insistiendo en la dificultad de establecer un solo modelo tipológico para todos los llamados talleres, señalaremos que suele ser normal encontrarse en el repertorio lítico tallado de la mayoría de ellos, en relativa abundancia:

- Utensilios de sustrato (de remota tradición paleolítica): raspadores, perforadores, truncaduras...
- Láminas de dimensiones relativamente grandes, no retocadas o con retoques continuos (simples o semiabruptos).
- Foliáceos (puntas de flecha rómbicas, foliformes, o de pedúnculo y aletas).
- Elementos de hoz (sobre soporte laminar o de lasca, o en fragmentos de sílex tabular; con filo denticulado o no).

De acuerdo con la calificación de la mayoría de esas estaciones al aire libre en el Eneolítico y Bronce pleno, resultan excepcionales aquellas otras evidencias líticas talladas atribuibles con relativa seguridad (así algunos geométricos, microburiles...) a etapas inmediatamente anteriores.

En contados casos la presencia de algún otro más seguro «fósil director» (así una punta de cobre de tipo Palmella en el lugar de Sancho Calvo-Plana de Guinda, o fragmentos de campaniforme inciso en el Barranco de El Busal, ambos en la zona de las Cinco Villas) aclararía su calificación cronológica dentro del Eneolítico-Bronce pleno.

También en esta etapa se darían la mayor parte de las hachas de piedra pulimentada.

co, VALLESPÍ, E. (1961), en «Síntesis del estado actual del conocimiento de las industrias macrolíticas postpaleolíticas del cuadrante nordeste de España», *VI Congreso Nacional de Arqueología*, Actas, pp. 54-70, Zaragoza.

¹⁷ VALLESPÍ, E. (1974), «Yacimientos de superficie de la Edad del Bronce en Navarra», *Prospecciones arqueológicas en Navarra*, tomo I, pp 23-73, Pamplona.

¹⁸ «En la depresión del Ebro la neolitización de sus territorios se debió sin duda alguna a este poblamiento de asentamiento masivo Eneolítico. La desaparición de los talleres de sílex como tipo de hábitat se debió realizar de manera no sincrónica en estos extensos territorios, en los tiempos de la pervivencia cultural de la facies del Bronce indígena en la Edad del Hierro», VALLESPÍ, E. y MOYA, J. G. (1973), en «Talleres de sílex en la Rioja Alta, términos de Sajazarra y Fonzeleche», *Miscelánea de Arqueología Riojana*, pp. 53-64, Logroño.

2. Sobre los yacimientos de enterramiento

Las estructuras megalíticas de enterramiento de Aragón se conocen por ahora exclusivamente en la provincia de Huesca, como formando parte de un amplio fenómeno cultural relacionable con todo el territorio pirenaico.

Ninguno de los yacimientos de depósito funerario descritos en Teruel y Zaragoza ha llegado intacto hasta nosotros: o porque fueron expoliados o removidos por buscadores de tesoros, o porque no se han excavado exhaustivamente o, si lo fueron, en épocas algo antiguas con métodos y apreciaciones de dudosa credibilidad.

No se conocen hoy yacimientos funerarios atribuibles con seguridad al Neolítico: se remontan algunos al Eneolítico y pueden ser hasta del Bronce pleno. Normalmente se puede establecer su «tipología» básica en tres categorías de depósitos funerarios: en zonas profundas de cuevas, en abrigos de poco fondo o al arrimo de grandes bloques, y en fosas artificiales cavadas en el suelo, al aire libre.¹⁹

a) Depósito en el interior de cuevas. Se han señalado los casos de la Cueva Honda (de Calcena; con depósito secundario, en el fondo de una estrecha fisura de su interior, de dos individuos), de la cueva de las Graderas (en Molinos, con un par de inhumaciones —en una, el cadáver «en horizontal»; en otra, con los huesos revueltos— y algún ajuar), de la cueva de las Baticambras (en Molinos, con dos inhumados en posición fetal, sobre un suelo probablemente apisonado, con ajuares), y de la Cueva Negra (en Albalate del Arzobispo, con hallazgo de dos o tres inhumados en un recodo de la cueva, contra la pared, en posición fetal sobre el costado derecho, con ajuar cerámico).

b) Depósito en abrigos o al arrimo de bloques. Covacho de Hipólito (en Alacón, ya saqueado, con tres inhumaciones y ajuar variado), abrigo junto al acceso al poblado de San Antonio (Calaceite), abrigos del Subidor, la Caraza y la Tarranclera (Albalate del Arzobispo, publicados muy inconcretamente por su excavador, V. BARDAVIU, en 1914).

c) Depósito en estructuras artificiales. En el Puntal de las Almendreras (Mezquita de Loscos) se halló un inhumado probablemente bajo túmulo y dentro y al abrigo de un hueco natural en el suelo rocoso, con interesante ajuar de collar de cuentas de concha recortada (*Cardium*) y de *Dentalium*;

¹⁹ Las síntesis fundamentales sobre el tema se verán en las completas monografías de ANDRÉS, T. (1977), «Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la cuenca media del Ebro: consideraciones críticas», *Príncipe de Viana*, n.º 146-147, pp. 65-125, Pamplona; y (1978), *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la cuenca media del Ebro*, Zaragoza. La única novedad posterior —el control de hallazgos hechos por aficionados, sin estratigrafía— en la cueva Negra de Albalate del Arzobispo se da en DOMÍNGUEZ, A. (1978), «Un nuevo hallazgo arqueológico en el Bajo Aragón», *Teruel*, n.º 60, pp. 29-32, Teruel.

en la Venta del Griso (Valderrobres) se cita un sepulcro de inhumación colectiva, en fosa, bajo roca; en el Canyaret de Pallisetes (Calaceite) hubo otra sepultura artificial de inhumación colectiva sobre un supuesto enlosado inferior; y en el Olivar de Macipe (Albalate del Arzobispo) una pequeña fosa de inhumación doble, excavada en parte en la roca de conglomerado, de forma rectangular-ovalada (cuya atribución cultural a la época que nos ocupa es, desde luego, dudosa).

3. Sobre elementos particulares de la cultura material

a) *La piedra tallada*. Los únicos conjuntos de efectivos estadísticamente válidos provienen de la excavación de Botiquería y Costalena; ilustran muy bien las características de los ajuares líticos tallados de lugares de habitación en el Epipaleolítico y Neolítico, pero no son suficientes para la definición de los del Eneolítico.

Todo el restante repertorio de utensilios tallados procede de conjuntos abiertos (hallazgos sueltos, la mayoría), sometidos a diversos factores de selección y, por ello, no significativos como muestra adecuada.

Atendiendo a los escasos conocimientos que poseemos se puede afirmar:

- La pervivencia de útiles de tradición anterior (raspadores, raederas, perforadores, truncaduras...) y la tendencia, a partir del Eneolítico, a una reducción en la variedad de los tipos instrumentales y a una alta sofisticación formal y tecnológica de los pervivientes, como efecto de la especialización de las funciones a que están destinados y de la fuerte competencia de un nuevo instrumental metálico.
- A nivel de las «armaduras» de flecha:
Continuación del geometrismo epipaleolítico con algunas modificaciones, tanto de orden formal (clara disminución de trapecios, abundancia relativa de triángulos, y aparición y desarrollo de los segmentos de círculo) como tecnológico (sustitución progresiva del retoque abrupto por el de doble bisel), sin que se puedan controlar diferencias tipométricas. En cuanto a la técnica de fabricación de los geométricos, los controles estadísticos hechos hasta ahora, tanto en Costalena como en Botiquería, mostrarían un notable abandono de la utilización en el Neolítico de la técnica del microburil. La transcripción de un cuadro estadístico de los principales tipos de geométricos en el yacimiento de Costalena puede resumir, y a la vez ampliar, estas observaciones:²⁰

²⁰ BARANDIARÁN, I., y CAVA, A. (1980), «Epipaleolítico y Neolítico en el abrigo de Costalena...», *cit.*

	nivel d	nivel c3	nivel c2	nivel c1	niveles b+a
Trapezios	2 66,66	80 78,43	14 25,45	1 16,66	1 25,00
Triángulos	1 33,33	11 10,78	30 54,55	3 49,99	2 50,00
Triángulos Cocina	0 —	11 10,78	6 10,90	0 —	0 —
Segmentos	0 —	0 —	5 9,09	2 33,33	1 25,00
Total	3	102	55	6	4

Las puntas de retoque plano (tanto foliforme como de pedúnculo y alas) no aparecen sino a partir del Eneolítico, perdurando en etapas posteriores (Bronce pleno...); irían siendo sustituidas por sus correspondientes tipos metálicos.²¹

- No se puede afirmar que en Aragón se utilizaran elementos de hoz (en lámina o en lasca, denticulados o no) antes del Eneolítico; los abundantes ejemplares del tipo hasta ahora siempre se encuentran en contextos propios de esta época o posteriores.
- Queda por resolver, por ahora, el problema de los utensilios llamados macrolíticos pues, a menudo, no se ha solido perfilar el alcance completo de este término: si se trata de caracteres exclusivamente tipométricos, o además encierra otras referencias al soporte (¿lasca?), a la técnica o a la tipología.

En los dos yacimientos del Bajo Aragón con mayores efectivos líticos (Botiquería y Costalena) hemos distinguido con nitidez el elemento macrolítico del resto del instrumental tallado, fundamentalmente laminar. Lo macrolítico, que hemos denominado «campiñoide», se presenta en piezas de tamaño mediano o grande, sobre lasca gruesa, con toско retoque sobreelevado, escaleriforme y más o menos denticulado, uni o bifacial; los «útiles» resultantes no son de fácil clasificación tipológica. Su posición estratigráfica se produce fundamentalmente en los momentos iniciales de la ocupación epipaleolítica de ambos yacimientos (nivel 2 de Botiquería y de Costalena).

b) *Las hachas pulimentadas*. Las hachas de piedra pulimentada, por su aspecto y hasta por sus connotaciones etnológicas (tradiciones populares), suelen ser objeto de especial atractivo para sus descubridores. Por su carácter coleccionable, normalmente suponen uno de los efectivos arqueológicos más numerosos a la vez que menos dotados de información concreta en cuanto a las circunstancias de su hallazgo.

²¹ Las puntas de flecha con retoque invasor cubriente no parecen presentarse en el importante territorio próximo del Levante mediterráneo antes del Neolítico final (datándose las más viejas, a lo máximo, en la primera mitad del tercer milenio): MARTÍ, B. *et alii* (1980), en *Cova de l'Or (Beniarres-Alicante)*, vol. II, pp. 296-298, Valencia.

Establecer, por ello, un catálogo más o menos completo de sus representaciones en Aragón es realmente imposible.²² De otra parte apenas existen en la Prehistoria peninsular estudios concretos sobre estos instrumentos: su tipología y evolución.²³

En zonas próximas a la Cuenca del Ebro las hachas pulimentadas parecen asociarse a poblaciones practicantes de la agricultura y del pastoreo, empleándolas supuestamente en la deforestación y/o (en el caso de las llamadas azuelas) en la agricultura. Así por ejemplo sucede con los numerosos ejemplares recogidos en los ajuares de los llamados sepulcros de fosa catalanes, datables de etapas ya bastante avanzadas del Neolítico.

En las provincias de Teruel y Zaragoza no tenemos argumentos estratigráficos suficientes para remontarlas al Neolítico; en la casi totalidad provienen de hallazgos aislados o, a lo más, se encuentran en el contexto de los talleres al aire libre (asociadas a puntas talladas de pedúnculo y aletas, y a hojas de hoz), referibles cuanto más al Eneolítico.²⁴

En su tipología interna, en otros lugares, se suelen definir como más antiguas aquellas de tamaños grandes y sección circular, en tanto que las más modernas (asociadas ya a utensilios metálicos) serían las menores, de sección rectangular o aplanada y de formas más o menos triangulares. Teoría que, hoy por hoy, no se puede aceptar ni negar en lo tocante a los ejemplares aragoneses.

c) *La cerámica*. Sólo en el yacimiento de Costalena (Maella) hay una secuencia estratigráfica que permita establecer los principios de la evolución cerámica en el Neolítico y Eneolítico; ahí sobre un nivel del Epipaleolítico geométrico se desarrollan los formados en el Neolítico (c2 y c1) y en el Eneolítico (b y a).

²² Las colecciones públicas de los Museos Provinciales respectivos ofrecen numerosos ejemplares, muchas veces sin indicación de procedencia; del mismo modo, es frecuente la cita de hachas pulimentadas en las monografías dedicadas a nuestra Prehistoria: en Samper de Calanda, Armillas, Masada de Ram en Alcañiz, Mas de las Matas, abrigo Hipólito y partida de Borón en Alacón, Cortes de Aragón, Olivar de Macipe en Albalate del Arzobispo, Ombries, San Antonio y Vilallonc en Calaceite, Bartolina e Illescas en Calatayud, Aliaga, Pozondón, Sádaba... En la colección Labayen, de Luesia, se conservan ejemplares de la zona (Sos, Larrién y Sanbriz...); en el Museo de Javier (Navarra) las hay del mismo territorio de las Cinco Villas (Ruesta, Campo Real de Sos), igual que en la colección del Seminario de Arqueología de la Universidad de Navarra, (de Gordués, de Lobera) y en el Museo de Navarra de Pamplona (Lobera, Luesia...).

²³ Como excepción se debe citar el excelente estudio de GONZÁLEZ, C. (1979), «Útiles pulimentados prehistóricos en Navarra», *Trabajos de Arqueología Navarra*, vol. 1, Pamplona.

²⁴ En el depósito sepulcral del covacho de Hipólito se asociaba un hacha de basalto relativamente gruesa con puntas talladas de pedúnculo y aletas de atribución clara al Eneolítico. No se conoce con precisión la posición estratigráfica de un hachita de piedra pulimentada hallada en Cocinilla del Obispo, en superficie; acaso fue aportada en época posterior a la del depósito del nivel esencial del yacimiento.

La cerámica aparece en Costalena en el nivel c2 (ya desde sus zonas inferiores) y se extiende en los niveles que se superponen. Los fragmentos recogidos no permiten normalmente reconstituir las formas completas. Desde el punto de vista de técnicas decorativas se pueden distinguir las variedades: lisas; con decoración plástica; con decoración incisa; con impresiones de *Cardium*; con impresiones por ruedecilla o peine; con impresiones por punta roma; con impresiones por punta roma combinadas con incisiones; con impresiones por ruedecilla o peine combinadas con incisiones finas. En general, todos los fragmentos son de pastas bien cocidas, con desgrasantes visibles aunque no grandes; en algún caso se aprecian en sus masas granos de mica. Bien mezcladas sus pastas, por lo común han sido alisadas en superficie, llegando en varios casos al puro espatulado.

En una apreciación global de las variedades cerámicas, los niveles c2 y c1 se caracterizan por ofrecerlas impresas (por *Cardium* o por otros sistemas), y los b y a por carecer de ellas. Dentro de esta categoría de cerámicas impresas no hemos podido comprobar la sucesión que se ha apreciado en otros lugares de darse las cardiales en un primer momento y después las impresas con peine o con ruedecilla; en Costalena una y otra modalidad se encuentran indistintamente en ambos niveles. Quizá se deba señalar una mayor complejidad y «riqueza» en la composición de las cerámicas impresas e incisas del nivel c1 que en las del nivel c2.

Las vasijas con decoración plástica del nivel c2 poseen molduras lisas, o bien ornadas con impresiones de uñas o de pequeños cortes transversos. En el nivel c1 apenas se dan los apliques plásticos. Cuando reaparecen en el Eneolítico (nivel b) son como cordones lisos longitudinales, o formando motivos radiales.²⁵

Por tanto, de esa única estratigrafía no se puede deducir para la problemática concreta de las cerámicas neolíticas de Teruel y Zaragoza que haya un horizonte de cerámicas lisas anterior al de las impresas, ni que dentro del grupo genérico de las impresas sean anteriores las decoradas mediante la impresión de conchas del *Cardium* a aquéllas impresas por otros sistemas (peine, ruedecilla).

En síntesis, la única cerámica propia con seguridad de nuestro Neolítico es la impresa (cardial o no), hasta hoy sólo reconocida en Costalena y Botiquería; su presencia (de servirnos, en lógica, de fechaciones obtenidas en vecinos yacimientos de Huesca y de Lérida) ocuparía la segunda mitad del V milenio y acaso pasara algo al IV (esto es, *circa* 4500 a 3900/3800 B. C.)

²⁵ BARANDIARÁN, I., y CAVA, A. (1980), «Epipaleolítico y Neolítico en el abrigo de Costalena...», *cit.*

Las llamadas cerámicas con decoración plástica ofrecen una amplia gama de variedades, tanto técnicas como de temas decorativos y en la forma de los soportes. Como afirmación tópica se ha situado su origen en el Neolítico; de hecho, perduran esos modos de decoración hasta avanzada la protohistoria.

El repertorio de cerámica lisa en las provincias de Teruel y Zaragoza se compone casi exclusivamente de fragmentos menores que no posibilitan la reconstrucción de las formas completas.

La tentación de emplear catálogos de formas elaboradas en otros territorios vecinos más afortunados que el nuestro, puede llevar a atribuciones aventuradas, tanto más cuando se deben utilizar no los recipientes completos, sino algunos de sus fragmentos (conformación del fondo, galbos, asas...).

De la especie del vaso campaniforme se han identificado alrededor de una decena de localizaciones en que (casi siempre en pequeños fragmentos de formas no reconstruibles) se hallan representados los dos principales modos decorativos: la incisión y el puntillado. Los recipientes incisos parecen pertenecer en su mayoría a formas de cuencos y quizá a alguna cazuela, mientras que los escasos de técnica puntillada (por peine o ruedecilla) habrán de corresponder a perfiles de vasos de cuerpo alto y suave silueta.

Los hallazgos de campaniforme inciso proceden de los lugares de Cueva Honda (Calcena), Corral de Valero y Barranco de Busal III (Luesia), Loma del Castillo (Longares), Cabezo del Cuervo (Alcañiz), Prado de la Mora (Alba) y, como conjunto más numeroso, cueva de los Encantados (Belchite); del puntillado se recogió un fragmento en la cueva de Moncín (Borja), dándose la noticia de un vaso acampanado del estilo IIIa de BOSCH GIMPERA (esto es, puntillado en bandas, de estilo marítimo) en Masada del Ram (Alcañiz), hoy en paradero desconocido.²⁶

En nuestra hipótesis de trabajo²⁷ pensábamos que el campaniforme inciso sería en su origen el más antiguo (como derivado inmediatamente del tipo

²⁶ Se aborda con detención la problemática del campaniforme de la depresión del Ebro en BARANDIARÁN, I. (1972), «Cerámica campaniforme en el Valle Medio del Ebro», *Estudios*, tomo I, pp. 55-66, Zaragoza; MORENO, G. (1972), «Cerámica campaniforme en la Cuenca Alta y Media del Ebro y provincias adyacentes», *Caesaraugusta*, n.º 35-36, pp. 29-51, Zaragoza; BARANDIARÁN, I., y MORENO, G. (1976), «Die Glockenbecher im Oberen und Mittleren Ebrocken», *Glockenbecher Symposium*. Oberried, 1974, pp. 391-417, Bassum, incluyéndose toda la bibliografía sobre el tema hasta esa fecha. En varias publicaciones posteriores se completa el repertorio con nuevas identificaciones: BURILLO, F. (1975), «Materiales de la Edad del Bronce e Ibéricos aparecidos en Longares...», *cit.*; CASADO, P. (1975), «Yacimientos desde la Edad del Bronce a Época Romana, en el curso medio del río Riguel (Zaragoza)», *Miscelánea Arqueológica*, pp. 131-149, Zaragoza; CASADO, P., y BURILLO, F. (1977), «Nuevos hallazgos de la Edad del Bronce en las Cinco Villas...», *cit.*; CASADO, P. (1979), «Materiales de la Edad del Bronce en el curso del río Riguel...», *cit.*

²⁷ BARANDIARÁN, I., y MORENO, G. (1976), «Die Glockenbecher im Oberen und Mittleren...», *cit.*, pp. 416-417.

Ciempozuelos y de otros de la Meseta) perdurando en la depresión del Ebro hasta fechas relativamente tardías, y que el puntillado llegaría a la zona posteriormente al inciso, incorporándose a su vez más tardíamente (en todo un complejo proceso de aculturación) la técnica de aplique de cuerdas para delimitar su decoración en bandas. Durante algún período de tiempo, no muy amplio, habrían coexistido, en los ajuares funerarios, los campaniformes incisos y puntillados no cordados, para ser luego sustituidos por los puntillados con bandas delimitadas por el aplique de cuerdas, o por los cordados sólo.

En su dinámica genérica concluíamos entonces que el campaniforme del tramo central de la depresión del Ebro sería posterior en su introducción al del ritual funerario megalítico, fechándose probablemente entre los 2000 y los 1700 B. C. (con una perduración hasta los 1400 en la zona propiamente pirenaica). Las fechaciones por radiocarbono más próximas geográficamente señalan en el campaniforme inciso datas de los 2780 ± 130 y 2670 ± 130 en la cueva soriana de la Reina Mora (Somaén) y de los 1970 ± 100 y 1710 ± 100 en las alavesas de Los Husos I y Gobaederra; en tanto que el puntillado dio en la cueva oscense de la Espluga de la Puyascada los 2610 (todas B. C.).

Lo remoto de las fechas de Somaén y la Puyascada se presta a discusión, sobre la validez de ellas mismas (las tres han sido elaboradas por el mismo laboratorio, del CSIC, de Madrid) o sobre la de los esquemas hoy en vigencia sobre el campaniforme.

En un par de ocasiones (estación al aire libre de Almohaja y Cueva Negra de Albalate del Arzobispo)²⁸ se ha aludido a vasos campaniformes lisos; carentes los dos de un contexto de campaniformes reales (es decir, decorados), lo único que los revalidaría como tales (no sirviendo para definirlos su forma acampanada solamente), no podemos retenerlos en este repertorio.

d) *La Metalurgia*. Ha sido recopilada en su casi totalidad por C. PÉREZ ARRONDO.²⁹ Los tipos fundamentales son: puntas de flecha con pedúnculo y aletas (en Corral Quemado y Sibrana de Luesía, Encantados de Belchite, Gelsa, Zuera, Villanueva de Gállego, Undués Pintano, El Regular y Barranco de la Valdoria en Albalate del Arzobispo, El Cañizar de Alcañiz, Manzanaera); puntas de cobre del tipo Palmella (en Sancho Calvo-Plana de Guinda de Luesía, y Alambras); hachas planas (en Alloza, Laiglesia, Iglesias del Cid, Maella, los nueve ejemplares de Ejea de los Caballeros); puñales con remaches, ya de tipo argárico y posteriores inmediatamente a la época que

²⁸ ORTEGO, T. (1955), «Aportaciones al estudio del vaso campaniforme», *Zephyrus*, vol. VI, pp. 179-182, Salamanca. DOMÍNGUEZ, A. (1978), «Un nuevo hallazgo arqueológico...», *cit.*

²⁹ PÉREZ ARRONDO, C. (1974), *Instrumentos metálicos del Bronce I y II en el valle medio del Ebro*. (Bases para una tipología del metal), Memoria de Licenciatura, mecanografiada, inédita, Zaragoza. A ese buen catálogo han de incorporarse novedades mínimas posteriores, CASADO, P. (1979), «Materiales de la Edad del Bronce en el curso del río Ríquel...», *cit.*

nos interesa (en Encantados de Belchite y en Alloza), y punzones biapuntados de sección cuadrada o rectangular (en Encantados de Belchite, en San Antonio de Calaceite, en el Subidor de Albalate del Arzobispo). Además se han recogido en la zona del Cabezo del Cuervo (Alcañiz) varios moldes de fundición (dos de punzones, uno de hacha plana, uno de puñal de lengüeta) de dudosa atribución al Eneolítico.

En la bibliografía normalmente no se consignan demasiadas precisiones sobre su composición material (cobre o bronce) ni sobre su técnica de elaboración (martillado o fundido); sólo se han sometido a análisis metalográficos los ejemplares de Ejea de los Caballeros (nueve hachas), Manzanera, Maella, Laiglesia y Alambros.³⁰

Por su tipología se habrán de referir preferentemente al Eneolítico los ejemplares citados de puntas de Palmella, de hachas planas y quizá alguno de los punzones biapuntados de sección cuadrangular, pero carecemos de contextos arqueológicos y de otros detalles propios para asegurarlo. El resto de piezas pueden ser más modernas.

e) *Otros elementos.* Se remonta al Epipaleolítico del Bajo Aragón el empleo de moluscos marinos como colgantes de adorno personal, mediante perforación; en Botiqueria y Costalena perduran en el Neolítico.

Posteriormente, a partir del Eneolítico, se aprecia una ampliación en la variedad de los soportes, tanto como en las formas de los colgantes. Citaremos así entre los moluscos marinos, aparte de la *Columbella rustica* (del Epipaleolítico y Neolítico de Botiqueria y Costalena), el *Cardium* (recortado para formar cuentas alargadas en el enterramiento del Puntal de las Almendreras de Mezquita de Loscos; o entero y perforado en el Canyaret de Pallisetes de Calaceite), el *Dentalium* (en el Puntal de las Almendreras) o el *Pectunculus* (recortado en cuentas discoides en el Canyaret de Pallisetes).

IV. CONCLUSIONES

Se está elucubrando últimamente mucho sobre la génesis y expansión de la llamada revolución neolítica interpretada como convergencia de dos profundos fenómenos culturales recurrentes: la sedentarización de los gru-

³⁰ Cuyos resultados se recopilan en el repertorio de JUNGHANS, S.; SANGMEISTER, E., y SCHRÖEDER, M. (1968), «Kupfer und Bronze in der frühen Metallzeit Europas. Die Materialgruppen beim Stand von 12000 Analysen», en *S. A. M.*, tomo 2.1., Berlín.

pos y la aparición de los primeros poblados en chozas, y la invención y desarrollo de sistemas de economía de producción y subsistencia.³¹

En realidad, el conjunto de novedades acumuladas durante la neolitización de la Península Ibérica, y en particular la de la depresión del Ebro, está constituido por aportes sueltos, en cierto sentido independientes, que sólo en circunstancias excepcionales —y más que nada por simplificación didáctica— suelen aparecer o, al menos, los aceptamos como relativamente sinónimos. De hecho debían valorarse algunos factores decisivos en estos problemas de difusión cultural que, hoy por hoy, no podemos controlar en la Prehistoria aragonesa: el origen concreto de esos «inventos», sus vías de expansión, las condiciones y ritmo de su arraigo.

Por concretar más, el repertorio de innovaciones puede constituirse con «factores separados a modo de tantas *variables*, cuyas interdependencias no son, al menos en su origen, evidentes *a priori*»;³² el abandono de las cuevas y la primera constitución de aglomeraciones edificadas de habitación, el grado de sedentarismo de aquellas primeras poblaciones urbanas, el poblado como realidad arquitectónica, los modos de producción de subsistencia, la evolución tecnológica y las nuevas técnicas, y la evolución ideológica manifestada en arte y en ritos funerarios. En esos seis factores, en suma, se reflejarían las seis innovaciones fundamentales de esa *nueva sociedad*: «agruparse, asentarse, protegerse y abrigarse, alimentarse, renovar su utillaje y adquirir ciertas creencias específicas», en opinión de J. CAUVIN.

De acuerdo con las escasas fechaciones por C14 disponibles, el período estudiado cubre casi tres milenios de la Prehistoria aragonesa: de los 4750 ó 4500 a los 1750 ó 1500 años B. C. En este largo lapso de tiempo, la población y los modos de vida del Neolítico (tan escasamente conocidos) se muestran en inmediata continuidad de los propios del Epipaleolítico precedente; la innovación mejor detectable, desde una perspectiva arqueológica, en el Neolítico de Teruel y Zaragoza es la aparición de la cerámica.

Sólo al final de esos tres milenios de nuestra Prehistoria se empieza a producir, con el Eneolítico (en torno a los 2500 ó 2000 años B. C.) una apreciable situación de cambio: en lo tecnológico, en la dispersión del hábitat y presunto aumento demográfico, y en los modos de subsistencia y de explotación del territorio. Como un *continuum*, y sin posibilidad real de delimitación, este proceso culminará, en el Bronce pleno y final, en la constitución de los primeros núcleos urbanos estables y con el arraigo masivo de sistemas de producción agrícola y ganadera.

³¹ Puede verse, a este respecto, el ilustrativo y crítico capítulo I, sobre el proceso de sedentarización, CAUVIN, J. (1978), «Les premiers villages de Syrie-Palestine du IX^{ème} millénaire avant JC.», *Collection de la Maison de l'Orient Méditerranéen Ancien*, n.º 4, pp. 1-7, Lyon.

³² CAUVIN, J. (1978), «Les premiers villages de Syrie-Palestine...», *cit.*, p. 3.

No se ha controlado suficientemente entre nosotros si hay o no un horizonte cultural precerámico dentro del Neolítico, ni siquiera si dentro de nuestro Neolítico clásico, lo cardial es precedido inmediatamente por alguna etapa de sencillas cerámicas lisas. Es probable suponer al Neolítico cardial del Bajo Aragón una relación de dependencia con respecto del no lejano litoral mediterráneo. Suele ser ésta la explicación más habitual que se da a la técnica de decoración cardial cuando aparece en estaciones relativamente interiores con respecto a la franja del Mediterráneo occidental, lo que se refuerza en Costalena y Botiquería por la presencia de colgantes fabricados sobre conchas de moluscos de esa misma procedencia.

Ya en el Neolítico avanzado se señalan en otras áreas peninsulares la relativa abundancia de hachas pulimentadas y la aparición de las más antiguas sepulturas megalíticas de inhumación colectiva, y en los inicios de la Edad del Bronce (Eneolítico) de la cerámica campaniforme y, casi al mismo tiempo, de la metalurgia del cobre batido. Creemos que en Aragón, que no es territorio genérico de ninguna de esas innovaciones, su aparición pudo producirse con un cierto retraso. Del mismo modo, normalmente el hábitat al aire libre en agrupaciones de «casas» acondicionadas con obras de uso colectivo (murallas o defensas, silos, balsas...), es decir los poblados en sentido estricto, no se debió extender en el centro del Valle del Ebro sino con el Bronce pleno, aunque en otras zonas (Levante, Sudeste, Sur, mitad sur de Portugal) de la Península existan ya ejemplares bien determinados desde el Bronce antiguo o Eneolítico.

Como hipótesis razonable sobre el establecimiento de nuestras primeras poblaciones epipaleolíticas, y de su perduración en sus inmediatos herederos del Neolítico, se puede pensar en una relación de dependencia de nuestro único foco determinado, el Bajo Aragón, con respecto al vecino litoral mediterráneo.

En la literatura arqueológica sobre la Cuenca del Ebro se insiste, no sin razón, en la dualidad del poblamiento en las zonas de montaña y en las tierras bajas ribereñas; en unas y otras el paisaje ofrecería diversas posibilidades de ocupación y explotación. Realmente, la variedad de paisajes de Aragón es lo suficientemente amplia como para invalidar un planteamiento tan simplista. En Zaragoza y Teruel sí que parece que en el Neolítico y Eneolítico se ocupan preferentemente las tierras que llamaríamos de somontano, donde existen abundantes cuevas y abrigos naturales, relieves de bosque bajo cubiertos de manchas de arbolado y de apretado matorral y acogedoras vegas de ríos no excesivamente caudalosos. Estos caracteres son, por ejemplo, bien significados en las dos zonas de máxima concentración de hallazgos identificados (Las Cinco Villas y el Bajo Aragón); es aquí donde se pudieron producir los primeros intentos de agricultura y de pastoreo incipiente.

En estos dos aspectos esenciales de las transformaciones de origen neolítico —la agricultura y la domesticación de animales— carecemos totalmente de información sobre sus orígenes en Teruel y Zaragoza.

En el País Vasco acaba de estudiarse la aparición de la domesticación animal.³³ Dejando aparte la presencia del perro (que se detecta en casos excepcionales ya en el Epipaleolítico final), el Neolítico vasco (ciertamente poco «característico») ofrece evidencias seguras de domesticación (en el nivel IC1 de Arenaza, fechado en los 3015±195 B. C.; en el nivel I de Marizulo, del Neolítico o más reciente; en el nivel IV de Los Husos I, de fecha anterior —pues corresponde al nivel que se le superpone— a 2780±110 B. C.). Los hallazgos se han producido en cuevas de habitación situadas tanto en la vertiente oceánica como en la del Ebro, consistiendo en evidencias seguras del ganado ovicaprino (con porcentajes sobre el total de los restos correspondientes a cada yacimiento del 46,4 en Arenaza, del 12,4 en Marizulo, y del 36,8 en Los Husos), del vacuno (14,6 en Arenaza y 15,5 en Los Husos) y del de cerda (18,1 en Arenaza y 6,2 en Los Husos); por peso de la carne aprovechable el más expresivo es el resto de vacuno seguido del de oveja/cabra.

En cuanto a los orígenes de la agricultura tampoco poseemos en Aragón documentación positiva anterior al Eneolítico, y sólo es especialmente significativa desde el Bronce pleno, cuando se empiezan a hallar con relativa abundancia elementos aislados referibles a ese tipo de actividad (hojas de hoz y molinos relacionados con explotación de cereales). Una explotación agrícola medianamente intensa requiere, en cualquier caso, de unos métodos de trabajo relativamente complejos (todo el proceso de limpieza y desbrozado, de escarda, de abonado, de riego, de labra, de siembra..., terraplado y acondicionamiento de los suelos; tanto como a nivel de conservación de lo cosechado, en trillo, molienda, almacenado...) y el soporte de una organización socio-económica de suficiente envergadura que no creemos se puede reconocer con seguridad en la Cuenca Media del Ebro sino con el denso asentamiento en su suelo de los grupos humanos en poblados estables de la Primera Edad del Hierro.

De todos modos, ésta no será sino la culminación de todo un proceso de evolución cultural que pudo durar cerca de un milenio, cuando los sucesores inmediatos de las gentes del Neolítico comienzan a vivir fuera de las cuevas y abrigos naturales, edificando elementales estructuras de chozas o cabañas, con cuya construcción habrá que relacionar la abundancia de hachas (de piedra pulimentada y, enseguida, metálicas) que sirvieron para el corte y la-

³³ ALTUNA, J. (1980), «Historia de la domesticación animal en el País Vasco desde sus orígenes hasta la romanización», *Munibe*, n.º 32, fasc. 1-2, San Sebastián.

bra de la madera. Esas construcciones se constituirán en sus centros de residencia preferente, durante períodos más o menos prolongados, alternándose con estancias fuera, por trashumancia estacional, relacionada con los comienzos del pastoreo y con los de una incipiente agricultura.

1 de diciembre de 1980

SÍNTESIS DE LA EDAD DEL BRONCE EN LAS PROVINCIAS DE ZARAGOZA Y TERUEL

*Almudena Domínguez Arranz**

1. CUESTIONES PRELIMINARES

Hablar de la Edad del Bronce en Aragón es poner nuevamente sobre el tapete una serie de cuestiones problemáticas ya expuestas en las primeras síntesis hechas sobre prehistoria aragonesa, de las que es pionera la de BOSCH (1923) y que con algunas variaciones o *addenda* sigue siendo utilizada (BELTRÁN, 1955, 1974, 1978 y 1980; ALMAGRO-BELTRÁN-RIPOLL, 1956).

Uno de los problemas planteados es el de situar claramente el comienzo de la Edad del Bronce en ambas provincias. Esta primera fase, que desde el Congreso de Almería (MALUQUER, 1949), viene denominándose Eneolítico y que algunos prefieren llamar Calcolítico para evitar confusiones con la etapa anterior, comienza a verse bien representada en algunas zonas, pero aún continúa habiendo muchas lagunas. La ausencia de metal que le caracteriza (sólo algunos punzones de cobre) hizo que muchos yacimientos o hallazgos aislados se interpretaran como neolíticos en los primeros informes, calificación que, tras una revisión de los materiales en los casos posibles, ha sido necesario modificar; sin embargo, quedan aún muchas dudas en casos de materiales poco típicos. En principio no hay dificultad en considerar esta fase cronológicamente inserta entre el año 2500 y el 1500 a. C., momento en el que, sin alejarse mucho de la tradición anterior, aparecen algunas variedades cerámicas y sobre todo se introduce la metalurgia.

* Colegio Universitario de Huesca.

El estudio del Bronce Pleno y sobre todo de la última fase del Bronce, es otra de las cuestiones problemáticas. Si examinamos la carta de distribución de hallazgos en ambas provincias veremos que en su mayor parte se trata de hallazgos aislados y muy dispersos, con escasa conexión entre sí y que incluso algunos no son más que noticias imprecisas de hace muchos años. Solamente en la zona del Bajo Aragón se ha investigado lo suficiente como para poder dar una idea de la evolución cultural en esta etapa de la protohistoria y, aun así, nos encontramos con la dificultad de separar las fases más primitivas de las más modernas, debido a la escasa transformación que manifiestan los materiales líticos y cerámicos a lo largo de la Edad del Bronce; casos representativos al respecto son el Castellillo de Alloza y el Cabezo del Cuevo en Alcañiz. Esta perduración de elementos culturales llega incluso hasta la I Edad del Hierro; así, tenemos un conjunto de poblados asentados sobre cabezos estratégicos que quizás no se deberían incluir aquí, ya que se desarrollan en plena época hallstática, aunque es indudable que sus orígenes están en la etapa final del Bronce, que es cuando estos cabezos se pueblan sistemáticamente. Son los poblados de Torrente en Chiprana, el Cabezo de Monleón en Caspe, Roquizal del Rullo en Fabara, el Villalonc en Calaceite y las Canales en las Parras de Castellote.

Así, en estas provincias nos enfrentamos con el problema de señalar la cesura entre Edad del Bronce y I Edad del Hierro, problema general en todo Aragón y en otras regiones de la Península Ibérica. Cronológicamente se sitúa este final alrededor del año 1000 a. C. (BELTRÁN, 1974, 22).

Es incuestionable que mientras no se realicen más investigaciones y más extensivas, no se clarificarán estas cuestiones. Las investigaciones arqueológicas en Zaragoza y Teruel han sido muy desiguales y mientras se ha dedicado una gran atención a unas zonas, otras han permanecido y aún permanecen en el olvido. Así, en la carta de distribución de los yacimientos de la Edad del Bronce, se observa que la mayor concentración se localiza en la comarca del Bajo Aragón, que abarca el área de Caspe en la provincia de Zaragoza y el área de Alcañiz de la de Teruel;¹ lo siguen las Cinco Villas, las Serranías Montalbinas, el área de Calatayud y recientemente podemos incorporar el área del Moncayo, con nuevos hallazgos derivados de las prospecciones que se están llevando a cabo en esta zona desde hace unos años. El resto son hallazgos aislados en medio de grandes áreas «desiertas» en sentido arqueológico. Algunos incluso no son más que referencias bibliográficas que se han venido repitiendo invariablemente en sucesivas publicacio-

¹ Seguimos la división comarcal propuesta por ROYO-VILLANOVA (1978, 267-286), que agrupa los municipios en función de una serie de coincidencias de tipo socioeconómico. Provincia de Zaragoza: las Cinco Villas, Área de Zaragoza, Área de Caspe, los Llanos de Belchite, el Campo de Cariñena, el Jalón Medio, el Moncayo, el Área de Calatayud y el Área de Daroca. Provincia de Teruel: el Jiloca Medio, el Área de Teruel, las Serranías de Albarracín, las sierras Sudorientales, las Serranías Montalbinas y el Bajo Aragón.

nes, sin posibilidad de poder comprobarlos. En el último decenio se han ido incorporando yacimientos bien estudiados, como son el del Castillo en Frías de Albarracín (ATRIÁN, 1975) y el de la Cueva de los Encantados en Belchite (BARANDIARÁN, 1972), ambos en zonas escasamente investigadas; y comienzan a dar sus frutos las prospecciones llevadas a cabo por los valles del Huecha, la Huerva, el Jalón, Jiloca Medio y el Mijares (AGUILERA, 1978; BURILLO-PICAZO, 1980; PICAZO, 1980, 182).

A continuación vamos a pasar a estudiar los tipos de yacimientos del Eneolítico y Bronce pleno-final en las dos provincias. Para mayor claridad los hemos distribuido en tres grupos: conjuntos abiertos, conjuntos cerrados y noticias de hallazgos y restos aislados. Consideramos como conjuntos abiertos los «talleres líticos», los cuales presentan la problemática de su valoración cronológica por su característica de ser en su mayoría yacimientos de superficie. Los materiales manifiestan unos caracteres tipológicos comunes: industrias de hojas y lascas de sílex típicas y atípicas, núcleos, lascas naturales, otras de proporciones microlíticas, a veces cantos rodados con señales de uso, fragmentos cerámicos y, en el caso de existir estrato arqueológico, señales de cenizas, huesos de animales, etc. Se localizan en las laderas de los cerros o bien bajo abrigos rocosos y están muy relacionados con otros talleres del Priorato estudiados por VILASECA (1936). En su mayoría pertenecen al Eneolítico.

Los conjuntos cerrados son fundamentalmente hábitats en lugares concretos y delimitados —en general sobre cerros estratégicos o bajo abrigos rocosos— y enterramientos en fosas o covachos de los que tenemos un mejor conocimiento en la provincia de Teruel. En ambos casos los materiales son los típicos de esta fase cultural, líticos de tradición neolítica con la incorporación de elementos almerienses y cerámicos a los que se incorporan los metálicos en el Bronce II. Finalmente hemos agrupado todas aquellas noticias sobre hallazgos o restos aislados que se localizan por ambos ámbitos provinciales.

2. ENEOLÍTICO. TIPOS DE YACIMIENTOS

2.1. La provincia de Zaragoza

2.1.1. Conjuntos abiertos: talleres líticos

Destaca el conjunto de Fabara. Estos talleres han sido ampliamente estudiados por E. VALLESPÍ, el cual considera que deben corresponder a una fase neo-eneolítica con perduración durante la Edad del Bronce. Comprende: El Balcón del Rabinat, El Sol de la Piñera, El Serdá, La Noguera, La Planeta y los Cinglos de la Muntfalla, situados en ambas márgenes del río

Matarraña y al aire libre, salvo el abrigo de La Noguera; en El Serdá, El Sol de la Piñera y La Noguera se descubrió estrato arqueológico. De las mismas características es el taller al aire libre de La Trapa en Maella (VALLESPÍ, 1952, 1957a, 1957b, 1959 y 1960).

Al norte de la provincia, en las Cinco Villas y dentro del término de Uncastillo, hay un taller localizado en el barranco de El Busal, en la margen derecha del río Riguel (CASADO, 1975, 132-133; CASADO-BURILLO, 1975) y otro al oeste de la provincia, en la partida de Majaladares, término de Borja (AGUILERA, 1978).

2.1.2. *Conjuntos cerrados: poblados y enterramientos*

Son escasos los asentamientos claros en este período, prácticamente todos los que conocemos están situados al oeste de la provincia, en el valle del Jalón. Un hábitat al aire libre es el de la Loma del Castillo o Loma Blanca, como es más conocido en el lugar, a poco más de un kilómetro de Longares; son visibles algunos restos de edificaciones en la parte noreste del montículo, donde se hallaron los restos líticos y cerámicos que se conocen (BURILLO, 1975).

La Bartolina, en un barranco próximo a Calatayud y sobre un montículo que se levanta en la parte oriental de la sierra de Almantas, dominando el Jalón, ha sido lugar de habitación y enterramiento; en él se localizaron restos de muros casi irreconocibles y casi en el mismo cauce del barranco se recogieron los materiales y restos humanos que se conocen (LÓPEZ SAMPE-DRO, 1968, 144-145; BARANDIARÁN-MARTÍN, 1971-1972, 55; BARANDIARÁN-BLASCO, 1971-1972, 255-256).

En el término de Illescas, al realizar unos desmontes de tierras en la cumbre de un altozano, aparecieron restos que pueden corresponder a un lugar de habitación de un Eneolítico avanzado² (MARTÍN, 1963; BARANDIARÁN-MARTÍN, 1971-1972, 64-66). La misma asignación cronológica merecen los hallazgos realizados en las proximidades de la Cueva Honda de Calcena, que se abre en los acantilados calizos que hay junto al río Isuela (VALLESPÍ, 1957-1958; MORENO, 1971-1972, 34). En esta misma cueva se recogió también un pequeño fragmento de la bóveda craneana y la mandíbula inferior de un individuo; éstos y otros huesos humanos hallados en La Bartolina son los únicos restos que pueden estar relacionados con enterramien-

² En el mismo lugar donde hace unos años fue visto por el doctor Manuel HOYOS un esqueleto en posición fetal, destrozado por los trabajos que se llevaban a cabo en el lugar, nos informa la profesora GALINDO que han salido recientemente unas cerámicas de la Edad del Bronce con decoración realizada a base de largas dedadas; también de las proximidades es un conjunto de materiales líticos (hojitas trabajadas y entre ellas un trapecio) que puede datarse del Eneolítico, en la finca Casavarga en Anchís.

tos hallados en esta provincia. Al final del período comenzó a desarrollarse el hábitat de la Cueva de los Encantados, en Belchite (BARANDIARÁN, 1972, 56-58).

2.1.3. Noticias de hallazgos y restos aislados

Salvo la noticia del hallazgo de un fragmento de campaniforme en Belchite (BARANDIARÁN, 1972, 56) los demás hallazgos se realizaron por la zona occidental; se trata de la cerámica campaniforme recogida en la cueva del Gato, en el valle del Ribota, y en Moncín, Borja, junto a otras lisas y decoradas con cordones y lascas de sílex (BARANDIARÁN-MARTÍN, 1971-1972, 56; MORENO, 1971-1972, 35).

En la sierra de Almantes hay un área extensa de restos arqueológicos, cuyo núcleo principal lo constituyen los montes denominados los Castillos, donde afloran muros derruidos y depósitos de cenizas (LÓPEZ SAMPEDRO, 1968, 145; VALLESPÍ-GONZÁLEZ NAVARRETE, 1960, 213).

Con ciertas reservas incluimos aquí las noticias de hallazgos aislados de hachas pulimentadas, en Cariñena (FERRER, 1957, 43), un hacha votiva en el Cabezo de la Cruz, en La Muela (BURILLO-FANLO, 1979; BURILLO, 1980, 167), una de la colección SAMITIER que posiblemente fue recogida por el término de Calatayud, otra de Sádaba y un conjunto de quince procedentes de diversos lugares de la provincia (BOSCH, 1923, 25-26).

2.2. La provincia de Teruel

2.2.1. Conjuntos abiertos: talleres líticos

Pertencen a la facies cultural eneolítica de los talleres de sílex del Bajo Aragón los materiales recogidos en el Montecico de Calanda, el Cortado de Baselga, en Alcañiz, y el conjunto de Torre los Negros. En Segura de los Baños (VALLESPÍ, 1958; 1959, 12; UTRILLA, 1975, 87). En el Mijares son de reciente descubrimiento los de Formiche Bajo, La Puebla de Valverde y Mora de Rubielos (BURILLO, 1980, 171).

2.2.2. Conjuntos cerrados: poblados y enterramientos

Contamos con un buen número de ejemplos repartidos por el Bajo Aragón y Serranías Montalbina, jalonando las principales vías fluviales. En el valle del Matarraña se encuentra el grupo de abrigos descubiertos por PÉREZ TEMPRADO alrededor de Mazaleón: La Horteta, Els Secans, La Botiquería,

Sol de Huerta y Era de Rayos; y el poblado al aire libre de Leonica, dentro del mismo término. Ya cerca del nacimiento del río se sitúan una serie de poblados sobre cerros elevados entre los términos de Fondespalda, Montroig y Els Figuerals (BOSCH, 1923, 32). En el valle del Guadalope un conjunto en torno a Alcañiz; comenzamos por Alcañiz el Viejo, a tres kilómetros al sur del pueblo actual, en una colina que se eleva sobre la orilla izquierda del río; sobre su superficie amesetada superior se descubrieron restos de edificaciones y materiales de esta época (BARDAVIU, 1926; BARDAVIU-THOUVENOT, 1930; BARANDIARÁN-BLASCO, 1968, 251-252). Próximo a esta estación se encuentra el Cortado de Baselga, otro poblado de escasa entidad que dio materiales eneolíticos en un nivel arqueológico y, en los terrenos de acceso, un taller de sílex que ya hemos citado (UTRILLA, 1975). En la otra vertiente del río está el poblado de Masada de Ram, del que no se conoce más que un lote de materiales de la colección BARDAVIU —entre ellos un vaso campaniforme— y el Cabezo del Cuervo, lugar que comenzó a habitarse al final de este período y que manifiesta su apogeo en el siguiente (BOSCH, 1923, 32; PARÍS-BARDAVIU, 1925; TOMÁS, 1949; MORENO, 1971-1972, 35).

En el valle del río Martín y en la vertiente izquierda está el Castellillo, en el término de Alloza, otro poblado que cronológicamente se sitúa parejo al Cabezo del Cuervo (ATRIÁN, 1966). En el término de Alacón está la cueva de Eudoviges, donde se descubrió un nivel superficial de materiales del Bronce inicial asentado sobre un depósito musteriense; todo indica que pudo ser un lugar de habitación (BARANDIARÁN-BLASCO, 1968, 252-255; BARANDIARÁN-MARTÍN, 1971-1972, 55) y, más hacia el sur, el poblado de Segura de Aragón, otro de los explorados por BARDAVIU, en el cerro denominado la Rocha de Anadón (BOSCH, 1923, 31-32; GALIAY, 1945, 74-75).

Enterramientos se localizan, en Calaceite, los de San Antonio y el Canyaret. Poco se sabe del primero de ellos: el material, al parecer, fue a parar al museo de Tarragona, pero se desconocen las circunstancias y el lugar exacto del hallazgo (BOSCH lo describe como un abrigo formado por el desprendimiento de una roca en época posterior al enterramiento). En el Canyaret se descubrió un abrigo con un enterramiento colectivo; sobre las tumbas se habían dispuesto unas losetas de piedra planas (BOSCH, 1915-1920; 1923, 33-34; BARRAS DE ARAGÓN, 1933; FUSTE, 1957; CABRÉ, 1920). También colectivo es el enterramiento de Valderrobres (BOSCH, 1923, 34).

En torno a Albalate del Arzobispo se encuentran los enterramientos en el interior de covachos de La Caraza, El Subidor, La Tarranclera, Cueva Negra, el Olivar de Macipe, Senda de Algecira y, ya en Alacón, la Cueva Hipólito. Todos ellos muestran claros paralelismos con los de Calaceite y Valderrobres y con otros, también en abrigos, del Levante (APARICIO, 1976, 225-227). Según RIPOLL, pertenecen a una época inicial de la introducción de la

cultura de Almería en el Bajo Aragón (BOSCH, 1923, 34-36; GALIAY, 1945, 73-74; RIPOLL, 1951; BELTRÁN, 1955, 18; ALMAGRO-BELTRÁN-RIPOLL, 1956, 35-37 y 101, nota 4; DOMÍNGUEZ, 1978).

2.2.3. *Noticias de hallazgos y restos aislados*

Las noticias de materiales eneolíticos recogidos por BARDAVIU en Urrea de Gaén, deben tener relación con un montículo que se encuentra frente al pueblo, donde quizás pudo existir un poblado de esta época (GALIAY, 1945, 74). Hallazgos por diversos lugares del término de Samper de Calanda: se conoce una punta de flecha tipo almeriense procedente de «Las Talayas», cerro donde afloran restos cerámicos diversos y donde pudo existir un poblado anterior, de la Edad del Bronce (BLASCO-MORENO, 1973).

Tenemos otras noticias de hallazgos realizados por el barranco de la Hoz, la Val de Urrea, el Santuario de Arcos y el Cabezo de Cantalobos, en Albalate del Arzobispo (BARDAVIU, 1918, lám. IV-4; BOSCH, 1929, 36-37; ALMAGRO-BELTRÁN-RIPOLL, 1956, 28 y 105).

Hallazgos diversos de hachas pulimentadas: en la partida de El Borón, Alacón (VALLESPÍ-ORENSANZ, 1957), en Galve, en el valle del Alfambra (ATRIÁN, 1961, 144) y en el parque Aguado de la ciudad de Teruel (FERNÁNDEZ, 1955); y noticias de BOSCH en: Cortes de Aragón, Aliaga, Griegos, Armillas, Albarracín, Bronchales, Pozohondón, Calaceite, el Villallonc y San Antonio de Calaceite (BOSCH, 1923, 25).

En el oeste de la provincia, se localizaron en Almohaja varios fragmentos de cerámicas y entre ellos uno de campaniforme (ORTEGO, 1952, 291; MORENO, 1971-1972, 35).

3. BRONCE PLENO Y FINAL. TIPOS DE YACIMIENTOS

3.1. La provincia de Zaragoza

3.1.1. *Conjuntos abiertos: talleres líticos*

Se pueden considerar incluidos dentro de este grupo los materiales hallados entre los términos de Luesia y Lobera, recogidos en la colección LABAYÉN-GALVÁN (MALUQUER, 1955; BARANDIARÁN-MARTÍN, 1971-1972, 57-62).

3.1.2. *Conjuntos cerrados: poblados y enterramientos*

La cueva de los Encantados de Belchite es un yacimiento rico en material, a pesar de los saqueos a que fue sometido antes de su excavación; sus tipos cerámicos y metálicos manifiestan un claro paralelismo con otras estaciones argáricas del sur y de Levante (BARANDIARÁN, 1972, 56-58). En el Calvario, abrigo que se localiza a la izquierda de la carretera que va de Borja a El Buste, se recogieron materiales líticos y cerámicos en un nivel de cenizas (MORENO, 1972). Otros yacimientos en superficie están siendo investigados por La Muela de Borja, zona propicia al hábitat por sus características naturales, como es la existencia de abundantes covachos abiertos en los escarpes del monte y de una laguna natural con agua todo el año (AGUILERA, 1978, 10).

Del Bronce Medio-Final se datan los poblados de San Pablo, en Villanueva, Cabezo Altomira, en Alfamén, y Peña Foradada, en Aguilón, todos ellos en el Valle de la Huerva y el último con restos constructivos visibles (BURILLO, 1980, 55-57, 168 y 170).

En la transición Bronce-Hierro hemos situado un grupo de poblados del Bajo Aragón; todos ellos ocupan un emplazamiento análogo, sobre cerros poco elevados. Cerca del Ebro, entre los valles del Martín y Guadalope, está el Cabezo Torrente de Chiprana, fue descubierto en 1920 y en la actualidad está sin excavar. Sobre el Guadalope, en la partida de El Vado de Caspe, se encuentra el Cabezo de Monleón, que conserva restos de edificaciones y murallas por uno de sus lados; ya en el Matarraña, el Roquizal del Rullo de Fabara, sin restos aparentes de fortificación pero sí de habitaciones. Todos ellos presentan materiales cerámicos del Bronce, junto con otros plenamente hallstáticos y abundantes materiales metálicos (BÉLTRÁN, 1956, 128, 132 y 134).

De esta época sólo se conocen los huesos humanos hallados en la cueva de los Encantados, que no parece deban interpretarse como de enterramiento, debido a su escaso número y al haber sido recogidos en una zona de abundantes cenizas (BARANDIARÁN, 1972, 58).

3.1.3. *Noticias de hallazgos y restos aislados*

En general son objetos metálicos: puntas de flecha y hachas. Se conocen las puntas de Undués Pintano, Layana, Sádaba, La Plana de Guinda y Las Eras de Lechón; un depósito de hachas planas en Valchica, en Ejea de los Caballeros. También de las Cinco Villas es el hallazgo de una estela en Valpalmas, en la partida de la Tiñica, y la espada pistiliforme de Alhama de Aragón, ambos hallazgos datados del Bronce Final. Tenemos noticias de que fueron halladas puntas de flecha en Zuera, Villanueva de Gállego, Gel-

sa (prácticamente son los únicos hallazgos conocidos situados al norte del Ebro, entre las Cinco Villas y el área de Caspe) y montes de Fabara, y un hacha con apéndices laterales en Maella (BOSCH, 1923, 38, 46 y 48; BARANDIARÁN-MARTÍN, 1971-1972, 60; GALIAY, 1945, 82-83, 94 y 96; CASADO, 1979, 524; FATÁS, 1975, 165; BELTRÁN, 1976, 101; HARRISON, 1974; BURILLO, 1980, 100). Hallazgos imprecisos del Bronce II-III en Maluenda (MARTÍN, 1968).

3.2. La provincia de Teruel

3.2.1. Hallazgos abiertos: talleres de sílex

No hay talleres documentados en este período, posiblemente porque este tipo de hábitat había sido ya reemplazado en esta provincia por el hábitat en poblados instalados sobre cabezos, conforme a un plan urbanístico primitivo (VALLESPÍ, 1959, 12 y ss.).

3.2.2. Hallazgos cerrados: poblados y enterramientos

Con ciertas dudas se atribuye al Bronce pleno los poblados de El Castillo, en Nogueras, El Castillo de Santa Catalina, en Villahermosa, La Peña El Castillo, en Cucalón, y Pozo del Moro, en Santed (BURILLO, 1979, 1980, 167-168). El cerro de El Castillo de Frías de Albarracín es un yacimiento muy rico en material arqueológico; éste, y la datación obtenida sobre cereal hallado en él (1520 a. C.), indica que debe situarse en el período de transición del Eneolítico al Bronce II (ATRIÁN, 1974). En el término de Villastar, a unos ocho kilómetros de Teruel, se descubrió un yacimiento de plena edad del Bronce en La Escondilla; es interesante el fragmento de crisol encontrado entre los materiales (ATRIÁN, 1961, 152). En el mismo valle del Turia, aguas arriba, en Tramacastiel, en el lugar denominado Prado de las Boqueras y al este del Mas de la Cabrera, se localizaron restos de viviendas; más hacia el oeste, en los Cinglos de la Contienda, restos de otra cabaña con materiales del Bronce pleno (ORTEGO, 1953).

En el Bajo Aragón se sitúan una serie de poblados. En primer lugar están los del Cabezo del Cuervo y El Castellido, cuyo poblamiento ya se había iniciado al final del período anterior y que ahora manifiestan su apogeo; en ambos se descubrieron restos de viviendas y materiales que manifiestan la incorporación de la metalurgia del Bronce II. También es en este momento el apogeo del Cabezo Sellado, del que sólo se conoce un conjunto de materiales recogidos a principio de siglo, entre ellos un interesante fragmento de vasija con asa de apéndice de botón (BOSCH, 1923, 31-32; PARÍS-BARDAVIU,

1925; TOMÁS, 1949; MORENO, 1971-1972, 35; VALLESPÍ, 1961, 251-252, nota 1). Otro grupo es el de El Villallonc, el cabezo de las Canales y El Cascarujo, cronológicamente situados entre el final de este período y el comienzo de la Edad del Hierro (ALMAGRO-BELTRÁN-RIPOLL, 1956, 112, 134, 138, 149, 150; BRUHL, 1932). En este mismo momento se sitúa generalmente el Castillo de Lechago (BURILLO, 1980, 125-127 y 167).

3.2.3. *Noticias de hallazgos y restos aislados*

La Punta de la Planilla, entre el río Segura y el Aguas Vivas, en Segura de los Baños, es una estación que ha dado una amplia gama de cerámicas de la etapa que nos ocupa (VALLESPÍ, 1954, 18-19; 1961, 251, nota 1).

Idénticas características que las de Zaragoza presentan las puntas de flecha de bronce halladas en las estaciones de Albalate del Arzobispo, el Regular de la Pinarosa y El Barranco de la Valdoria, en El Cañizar de Alcañiz y las Alambras de Manzanera (BOSCH, 1923, 47-48; BARANDIARÁN-MARTÍN, 1971-1972, 60, 62).

En Las Naves, a seis kilómetros al noreste de Alloza, apareció al arar la tierra una hoja de puñal, un hacha plana y un botón cuyas características no se especifican, conjunto que podría pertenecer al ajuar de una tumba (FERNÁNDEZ-BELTRÁN, 1951).

Finalmente están las noticias de hachas de bronce de La Iglesia y La Iglesuela, en Iglesuela del Cid, y un depósito en Ejulve (BOSCH, 1923, 45-46; GALIAY, 1945, 96; BARDAVIU, 1922).

4. VALORACIÓN Y SIGNIFICADO CULTURAL

Vamos a realizar una valoración de conjunto de las dos provincias con ánimo de no ser reiterativo, puesto que ambas participan de los mismos rasgos culturales que caracterizan a esta etapa de la protohistoria. A pesar de existir aún abundantes lagunas respecto al conocimiento de muchas de las características culturales y de extensas zonas geográficas sin investigar, con los datos que actualmente poseemos se puede llegar a hacer un esbozo del cambio cultural que se opera en el seno de las poblaciones neolíticas que se encontraban aquí asentadas a la llegada de las influencias almerienses, y, posteriormente, de la metalurgia del bronce.

Definir formas de tipos de hábitat a partir del material de que disponemos es arriesgado, puesto que corremos el peligro de hablar de concentración demográfica en el Bajo Aragón y de dispersión en el resto; lo que es a todas luces incorrecto puesto que tal apreciación está en función de la mayor

o menor intensidad con que se han llevado a cabo las investigaciones. De momento, y de la valoración de los distintos tipos de yacimientos, se puede deducir para la población del Bronce dos tipos de hábitat: en covachos o abrigos rocosos y al aire libre; el primer caso es una evidente herencia del neolítico, pero está también en relación directa con las características del terreno; ejemplos los tenemos en el oeste de la provincia de Zaragoza y en el noroeste de la de Teruel, coincidiendo orográficamente con el somontano ibérico. Al aire libre se sitúan los llamados convencionalmente «talleres de sílex» o «talleres líticos», a lo largo de las laderas de las montañas, y los poblados sobre cerros o cabezos en cotas de altitud sobre los 1.000 metros, en general próximos a los valles fluviales. Los primeros tuvieron un máximo desarrollo en el Eneolítico, destacando los conjuntos de Fabara y de Torre los Negros; el hábitat sobre estos cerros estratégicos de fácil defensa comenzó a tener cierta entidad a finales de este período y sobre todo a partir del Bronce pleno. Es en este momento cuando comenzó a desarrollarse un tipo de urbanismo primitivo, que adquiere su máximo apogeo al final de la Edad del Bronce y época hallstática. A este urbanismo incipiente atribuye E. VALLESPÍ la desaparición de los «talleres líticos» como forma de hábitat, quizás estacional, que se observa en esta segunda fase de la Edad del Bronce, permaneciendo en algunos lugares como forma residual (VALLESPÍ, 1959, 13; 1961, 248).

La existencia de restos de murallas en algunos de estos cabezos indica que no era suficiente su situación estratégica y poco accesible. De la estructura urbana conocemos muy poco, no son muchos los restos de edificación conservados y en su mayoría pertenecen a poblados ya tardíos. Cimentaciones de piedra se han localizado en el Castelillo de Alloza, la Loma del Castillo, el Cabezo del Cuervo, el Roquizal del Rullo y el Cabezo de Monleón. De ellas se deduce que, en los poblados más primitivos, las casas se disponían simplemente yuxtapuestas, evolucionando luego a un sistema de casas separadas mediante calles. Las habitaciones eran cuadradas o rectangulares, con paredes hechas de tapial a base de piedras pequeñas y barro, siendo la cubierta de ramaje y el suelo de tierra apisonada o pavimentado a base de lajas de piedra regulares (El Castillo de Frías de Albarracín, Mas de la Cabrera).

La base económica de la población debía ser de tipo agrícola-pastoril. La población, asentada en las montañas o en zonas con posibilidades de buenos pastos en el somontano ibérico y navarro pirenaico, desempeñó una actividad fundamentalmente cazadora y pastoril. Nos ilustra esta actividad el yacimiento de El Castillo, que ha dado abundantes huesos de cérvidos, cápridos, bóvidos y jabalíes o el grupo de covachos abiertos en las cercanías de Albalate del Arzobispo y Alacón, con enterramientos que indican unos hábitos de vida poco sedentarios, con ajuares pobres frente al que nos ofrece un enterramiento de la zona baja, el Canyaret de Pallisetes, más propio

de gentes con una orientación económica fundamentalmente agrícola. Es éste el tipo de economía que, junto con la pastoril, debió desarrollarse en el resto, buscando las tierras fértiles que se extienden a lo largo de los valles fluviales, donde a partir de finales del Eneolítico comienzan a ubicarse los poblados. De este tipo de economía son testigos los útiles especializados (hojas de hoz, azadas, molinos, cerámica), que se generalizan en el Bronce II, y el hallazgo de cereal carbonizado.

Sabemos muy poco de las características antropológicas de esta población. Son escasos los restos de enterramientos y mal estudiados (ARANZA-DI, 1915-1920; FUSTE, 1958), casi todos han sido datados en el Eneolítico, pues sus ajuaros no permiten muchas más apreciaciones.

Los materiales son líticos, cerámicos, metálicos y óseos.

a) Materiales líticos. En los conjuntos eneolíticos se observa una mayor utilización de la piedra como materia prima básica: el sílex nuclear o tabular que aflora en las formaciones del paisaje de la mayoría de los yacimientos. También se utilizaron los cantos rodados de cuarcita y otras piedras duras más tenaces. A la hora de analizar las características de las piezas, se hace patente la falta de estudios con descripciones detalladas utilizando la tipología y nomenclatura al uso y son escasas las publicaciones de yacimientos en las que se hace un estudio minucioso de las piezas. Faltan también estudios de las pátinas de alteración de las piezas de sílex, tan útiles para establecer cronologías relativas. Las técnicas de trabajo son un reflejo de la tradición Neolítica: se utilizan indistintamente las lascas y láminas de sílex sin retocar, por su forma natural, con ligeros retoques tendentes a transformar los bordes de las piezas (raspadores, buriles, raederas, puntas-perforadores) o con el típico retoque plano extendido por la superficie de la pieza de forma bifacial (puntas foliáceas). Algunas láminas o lascas que muestran unos retoques amplios o muescas en uno de sus frentes se han identificado con «hojas de hoz» (El Busal, Moncín, Majaladares, Encantados, Torre los Negros, El Cortado de Baselga, Fabara). Es patente en algunas piezas la tendencia al microlitismo y la geometrización. De entre todo este amplio conjunto lítico destacan las puntas foliáceas del tipo almeriense, romboidales y triangulares, con pedúnculo y aletas laterales.

La piedras más tenaces (basaltos, dioritas, fibrolitas, ofitas, pórfidos, granitos) fueron transformadas mediante la técnica del pulimento en hachas, muy extendidas geográficamente en forma de hallazgos aislados principalmente, característica que dificulta su cronología. De piedra también son los típicos molinos barquiformes y las llamadas afiladeras, algún vasito, objetos de adorno realizados sobre piedras recortadas y perforadas, brazales de arquero, etc.

b) Cerámica. Faltan buenas descripciones de las cerámicas en cuanto a definir tipo de pasta, desengrasantes empleados, grosor, color, tipo de coc-

ción, etc.; salvando algunas excepciones, las descripciones por lo general se reducen a definir caracteres externos como es la presencia o no de decoración y sólo en casos afortunados se hace referencia a sus caracteres internos. La cerámica típica eneolítica es la que encontramos aquí, trabajada a mano, de aspecto tosco, paredes gruesas y utilización de gruesos desengrasantes en la pasta; hay otra de aspecto más fino, de mejor textura y cochura, pulimentada o con un espatulado de buena calidad, sin llegar al bruñido, entre la que se encuentra la campaniforme. Las formas varían; las más frecuentes son las cazuelas de panza baja y cuello de embudo, las formas ovoides, casquetes semiesféricos, vasos coladores y perfiles carenados de tipo «preargárico». Algunas presentan asas siendo las más habituales las de pezón, de tipo orejeta y de tipo puente. Se dan variantes lisas y decoradas; entre las técnicas decorativas se distingue la incisión, la impresión de dedos o de puntas de determinados objetos, el puntillado hecho con peine o ruedecilla y los apliques plásticos. Estas decoraciones se reducen a un simple adorno en el borde, a base de pequeñas ondulaciones o improntas de dedos, o bien se extiende por el cuerpo de la vasija; así, en Illescas y en el Cabezo del Cuervo, la decoración del borde se combina con apliques de cordones o protuberancias en la cintura o unión del cuello con la panza y en esta misma. Es frecuente la decoración plástica a base de pezones o muñoncitos pegados en la panza y de cordones adheridos en línea continua adornados con impresiones de dedos, unguilaciones o pellizcos. En los vasos campaniformes se emplea la incisión simple formando bandas, retículas o dibujos geométricos, a veces combinada con la impresión y la técnica puntillada hecha con peine o con ruedecilla.

Esta cerámica evoluciona muy poco durante el Bronce pleno y el cambio se manifiesta en una mejor factura, más variedad de formas y mayor complicación en la decoración. A las formas globulares y ovoides tradicionales hay que añadir tipos nuevos: botellas, escudillas, vasos con cazoleta, vasos gemelos, copas, etc.; los tamaños varían desde pequeños cuencos o cazuelas de perfiles carenados hasta grandes vasijas o tinajas. El Castillo es un yacimiento que nos ilustra ampliamente acerca de la diversidad de formas cerámicas en plena Edad del Bronce. Son variados los tipos de asas: simples pezoncitos perforados que se implantan en la carena de las vasijas, orejitas que salen del borde, asas tipo puente colocadas vertical u horizontalmente, asas de apéndice de botón introducidas al final de la época o el tipo de asa de cinta con receptáculo opuesto en un vaso de El Castillo. Las técnicas decorativas son las mismas, los cordones se entrecruzan formando motivos trenzados o dibujos geométricos sobre el cuerpo de las vasijas, a veces son largas dedadas que se extienden de forma longitudinal o haciendo dibujos.

c) Metal. En el Eneolítico son escasos los objetos de metal, se reducen a punzones de cobre hallados en ajuares de enterramientos. Posteriormente

aparecen los objetos de bronce: puntas de flecha con pedúnculo y aletas, hachas planas, puñales, espadas y otros objetos, como agujas o adornos. Por lo general se han localizado aisladamente y pocos son los que proceden de conjuntos cerrados. En diversos yacimientos se han recogido moldes de fundición de éstos y otros objetos y un fragmento de crisol. De gran interés por su carácter exclusivo es el puñal de bronce con espiga central de Las Naves y la espada pistiliforme con vaina de Alhama de Aragón, ambos del Bronce final y con paralelos dentro y fuera de la península.

d) Hueso. Los objetos trabajados sobre este material son escasos; una punta con pedúnculo y aletas, punzones a partir de las cañas de los huesos o utilizando las defensas de los animales, cuentas de collar, amuletos, etcétera.

En resumen, podemos decir que el territorio que ocupan las actuales provincias de Zaragoza y Teruel presenta a lo largo de toda la Edad del Bronce una cierta uniformidad cultural que se ve reflejada fundamentalmente en los tipos cerámicos. El Eneolítico o Bronce I supone una continuidad con respecto al período precedente: no se aprecian grandes cambios en el tipo de hábitat y economía y, materialmente, se manifiesta en la perduración de los útiles y técnicas de trabajo de la piedra. En un momento determinado, posiblemente un Eneolítico avanzado, se introducen ciertas innovaciones por influencia de la cultura de Almería, que hace su presencia en el Valle del Ebro; innovaciones que se manifiestan básicamente en la incipiente utilización de los cabezos para establecer sus poblados y de las cuevas sepulcrales para sus enterramientos y en algunos cambios en el instrumental. La comarca del Bajo Aragón ejerció en este momento un importante papel de captación y transmisión de estas influencias culturales venidas de Levante y Cataluña hacia el Valle del Ebro (MARTÍNEZ SANTA OLALLA, 1930; BOSCH, 1969).

Los grupos eneolíticos adoptan unos tipos cerámicos que pervivirán sin cambios aparentes a lo largo de toda la Edad del Bronce e incluso hasta la Edad del Hierro; ello dará la impresión de antigüedad en épocas posteriores a la que nos ocupa y, a su vez, dificultará la diferenciación de las fases culturales de la Edad del Bronce; sólo el cambio de la primera a la segunda fase se muestra claro por la llegada de la metalurgia del bronce, que trae consigo un cambio estructural socioeconómico.

El problema es conocer si la metalurgia verificó aquí un auténtico cambio. Nos encontramos objetos de bronce de morfología típicamente argárica, pero son hallazgos muy aislados que pudieron provenir más de un contacto comercial con el sudeste que de una auténtica actividad metalúrgica. Sin embargo, la aparición de moldes de piedra (arenisca en los casos en que se especifica) hace pensar en que el proceso de fusión y utilización de dichos moldes para fabricar los objetos se desarrollará en el lugar donde se encon-

traron. Estas piezas, así como un crisol de los que se utilizan para fundir metal, se han encontrado en yacimientos cuyo apogeo urbanístico se realizó entre el Bronce II y III y sobre todo en el Hallstatt, lo que hace suponer un tardío desarrollo de la metalurgia local.

La aparición de la metalurgia trajo una evolución evidente de la estructura social y económica: aparecen nuevas clases especializadas en las tareas de la búsqueda y transformación de las materias primas; se continúa utilizando el pulimento y la talla de piedra, pero de forma regresiva y sin variar las formas tradicionales; la metalurgia, en definitiva, permite unas mejoras en el utillaje agrícola que se traducen en un mejor rendimiento y aumento demográfico. El alcance que tuvo aquí no lo podemos evaluar debido a que, salvo en el Bajo Aragón, no se han realizado investigaciones arqueológicas suficientes que nos permitan esclarecer la secuencia cultural de la Edad del Bronce y los comienzos de la metalurgia. Faltan dataciones absolutas que permitan hacer estimaciones cronológicas; a falta de ellas, se ha utilizado el método estratigráfico y tipológico basado en las cerámicas, lo que constituye un riesgo por las deficiencias que existen en el estudio de estos materiales y por la perduración que manifiestan según hemos señalado.

5. BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA ARAGÓN, I. (1978), «Un nuevo yacimiento de la Edad del Bronce en el Valle del Ebro», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, I, pp. 5-15, Borja.
- ANDRÉS RUPÉREZ, T. (1977), «Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro. Consideraciones críticas», *Príncipe de Viana*, n.º 146-147, Pamplona.
- ALMAGRO, M.; BELTRÁN, A., y RIPOLL, E. (1956), *Prehistoria del Bajo Aragón*, Zaragoza.
- APARICIO, J. (1976), *Estudio Económico y Social de la Edad del Bronce Valenciano*, Valencia.
- ARANZADI, T. de (1915-1920), *Estudi mètric del crani femení i d'altres restes humans del sepulcre de Calaceit*, en BOSCH GIMPERA.
- ATRIÁN, P. (1961), «I Reunión de Arqueólogos del Distrito Universitario de Zaragoza. Teruel», *Caesaraugusta*, 17-18, pp. 141-155, Zaragoza.
- (1966), «Excavación de El Castellido (Alloza)», *Teruel*, 36, pp. 198-203, Teruel.
- (1974), «Un yacimiento de la Edad del Bronce en Frías de Albarracín (Teruel)», *Teruel*, n.º 52, pp. 7-32, Teruel, julio-diciembre.
- (1975), «Un interesante fragmento cerámico de la Edad del Bronce», *Miscelánea Arqueológica dedicada al profesor Antonio Beltrán*, pp. 97-102, Zaragoza.
- BARANDIARÁN, I. (1971), «Cueva de los Encantados (Belchite, Zaragoza)», *Noticiario Arqueológico Hispano*, XVI, pp. 11-49, Madrid.
- (1972), «Cerámica campaniforme en el Valle Medio del Ebro», *Estudios*, I, pp. 55-66, Zaragoza.
- (1975), «El abrigo de Eudoviges (Alacón, Teruel). Noticia preliminar», *Miscelánea Arqueológica dedicada al profesor Antonio Beltrán*, pp. 29-47, Zaragoza.
- BARANDIARÁN, I., y BLASCO, C. (1968), «Nuevos materiales de prehistoria aragonesa», *Caesaraugusta*, 31-32, pp. 251-257, Zaragoza.
- BARANDIARÁN, I., y MARTÍN, M. (1971-1972), «Novedades sobre las edades de los Metales en Aragón», *Caesaraugusta*, 35-36, pp. 53-69, Zaragoza.

- BARDAVIU, V. (1914), *Historia de la antiquísima villa de Albalate del Arzobispo*, Zaragoza.
- (1918), *Estaciones prehistóricas y poblados desiertos, recientemente descubiertos y estudiados en varias localidades de la provincia de Teruel*, Zaragoza.
- (1922), «Un depósito de hachas de bronce», *Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, Madrid.
- (1926), *Los poblados ibéricos de Alcañiz en la cuenca del Guadalope y en la del Regallo o Valmuel*, Zaragoza.
- BARDAVIU, V., y THOUVENOT, R. (1930), *Feuilles dans la région d'Alcañiz (province de Teruel), I Alcañiz el Viejo, II El Palao, y III Cabezo del Moro*, Bordeaux, Paris.
- BARRAS DE ARAGÓN, F. de las (1933), «Yacimiento eneolítico del Canyaret, Calaceite (Teruel)», *Memorias de la Sociedad de Estudios de Antropología, Etimología y Prehistoria*, XII, pp. 115-119, Madrid.
- BELTRÁN, M. (1976), *Museo de Zaragoza. Secciones de Arqueología y Bellas Artes*, Madrid.
- BELTRÁN, A. (1955), «La Edad de los Metales en Aragón. Algunos problemas de las culturas del Bronce final y de los albores de la Edad del Hierro», Zaragoza.
- (1974), *Aragón y los principios de su historia. Síntesis de Arqueología Aragonesa*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- (1978), *De arqueología aragonesa*, I, Zaragoza.
- (1980), «Arqueología aragonesa», *Estado actual de los estudios sobre Aragón*, I, pp. 119-144, Zaragoza.
- BLASCO, C., y MORENO, G. (1973), «Materiales líticos procedentes de Samper de Calanda (Teruel)», *Estudios*, II, 45-48, Zaragoza.
- BOSCH, P. (1915-1920), «El sepulcre del "Canyaret" a Calaceit», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, pp. 457 y ss., Barcelona.
- (1923), «Notes de prehistòria aragonesa», *Bulletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etimologia i Prehistòria*, I, 15-67, Barcelona.
- (1969), «La cultura de Almería», *Pyrenae*, 5, p. 47, Barcelona.
- BRUHL, A. (1932), *Excavaciones en el Cabezo del Cascarujo, término de Alcañiz (Teruel)*, Madrid.
- BURILLO, F. (1975), «Materiales de la Edad del Bronce e ibéricos aparecidos en Longares (Zaragoza)», *Miscelánea arqueológica dedicada al profesor Antonio Beltrán*, pp. 103-114, Zaragoza.
- (1979), «El yacimiento arqueológico de "Peña el Castillo" en Cucalón (Teruel)», *Boletín informativo de la Diputación Provincial de Teruel*, 53, pp. 50-57, Teruel.
- (1980), *El Valle Medio del Ebro en la época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio*, Zaragoza.
- BURILLO, F., y FANLO, J. (1979), «El yacimiento del Cabezo de la Cruz en La Muela (Zaragoza)», *Caesaraugusta*, 47-48, Zaragoza.
- BURILLO, F., y PICAZO, J. (1980), «Resultado de las investigaciones arqueológicas realizadas en el curso del río Mijares durante el año 1979 por el seminario de Arqueología y Etnología Turolense», *Estado actual de los estudios sobre Aragón*, I, pp. 169-171, Zaragoza.
- CABRÉ, J. (1920), «Un osario humano del Eneolítico en Calaceite (Teruel)», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XX, pp. 90-99, Madrid.
- CASADO, P. (1975), «Yacimientos de la Edad del Bronce a época romana, en el curso medio del río Riguel (Zaragoza)», *Miscelánea Arqueológica dedicada al profesor Antonio Beltrán*, pp. 131-150, Zaragoza.
- (1979), «Materiales de la Edad del Bronce en el curso medio del Riguel (Zaragoza)», *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología* (Lugo, 1977), pp. 521-530, Zaragoza.
- CASADO, P., y MURILLO, F. (1975), «Nuevos hallazgos de la Edad del Bronce en las Cinco Villas (Zaragoza)», *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología* (Vitoria), pp. 279-300, Zaragoza.
- FATÁS, G. (1975), «Una estela de guerrero con escudo escotado en V aparecida en las Cinco Villas de Aragón», *Pyrenae*, 11, pp. 165-169, Barcelona.
- FERNÁNDEZ, D. (1955), «Un hacha de piedra pulimentada de Teruel», *Teruel*, 14, pp. 207-208, Teruel.

- FERNÁNDEZ, A., y BELTRÁN, A. (1951), «Prospecciones en Alloza», *Caesaraugusta*, 1, pp. 139-140, Zaragoza.
- FERRER, H. (1957), *El campo de Cariñena. Estudio geográfico*, Zaragoza.
- FUSTE, M. (1957), «Restos humanos procedentes de la sepultura eneolítica del Canyaret, en Calaceite (Teruel)», *Caesaraugusta*, 9-10, p. 119-122, Zaragoza.
- GALIAY, J. (1945), *Prehistoria de Aragón*, Zaragoza.
- GALINDO, P. (1980), «Estado actual de la investigación arqueológica en la cuenca del valle medio del Jalón», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, pp. 185-188, Zaragoza.
- HARRISON, R. (1975), «Nota acerca de algunas espadas del Bronce Final en la Península Ibérica», *Ampurias*, 36-37, pp. 225 y ss., Barcelona.
- HEDO, D. (1960), «Prospecciones en la comarca de Lechago», *Teruel*, 24, pp. 275-276, Teruel.
- LÓPEZ SAMPEDRO, G. (1968), «Para la carta arqueológica de Calatayud», *Caesaraugusta*, 31-32, pp. 143-158, Zaragoza.
- MALUQUER, J. (1949), «Concepto y periodización de la Edad del Bronce peninsular», *Ampurias*, XI, pp. 191 y ss., Barcelona.
- (1955), «Los talleres de sílex, al aire libre, del norte de Aragón», *Príncipe de Viana*, LVIII, pp. 9-32, Pamplona.
- MARTÍN, M. (1973), «Estudio histórico-arqueológico de Bilbilis (Conclusiones de la tesis doctoral)», *Estudios*, II, p. 111, Zaragoza.
- MARTÍNEZ SANTA OLALLA, J. (1930), «Nuevos límites de expansión de la cultura de Almería», *Universidad*, 1, pp. 1.069-1.087, Zaragoza.
- MATA, J. de (1947), «La Edad del Bronce», en *Historia de España*, dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, I, p. 208, Madrid.
- MORENO, G. (1972), «Un abrigo de la Edad del Bronce en Borja (Zaragoza)», *Estudios*, I, pp. 75-84, Zaragoza.
- (1971-72), «Cerámica campaniforme en la cuenca alta y media del Ebro y provincias adyacentes», *Caesaraugusta*, 35-36, pp. 29-52, Zaragoza.
- ORTEGO, T. (1952), «Celtas en tierras de Soria y Teruel», *Actas del II Congreso Nacional de Arqueología*, p. 285, Zaragoza.
- (1953), «Una cabaña prehistórica en el “Mas de la Cabrera” (Teruel)», *Caesaraugusta*, 3, pp. 51-56, Zaragoza.
- PARÍS, P., y BARDAVIU, V. (1925), «Excavaciones en el Cabezo del Cuervo, término de Alcañiz (Teruel)», *Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, n.º 66, Madrid.
- (1926), *Feuilles dans la région d'Alcañiz (Province de Teruel), II. Le «Cabezo del Cuervo»*, Bordeaux.
- PÉREZ, L. (1929), «Excavaciones en “El Roquizal del Rullo”, término de Fabara, provincia de Zaragoza», *Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, n.º 101, Madrid.
- (1959), «Bases arqueológicas para el estudio de los talleres de sílex del Bajo Aragón», *Caesaraugusta*, 13-14, pp. 7-20, Zaragoza.
- (1960), «Excavaciones en los yacimientos líticos de “El Sol de la Piñera” y “El Serdá” en Fabara (Zaragoza), Memoria de la I Campaña», *Caesaraugusta*, 15-16, pp. 19-40, Zaragoza.
- (1961), «Sobre la problemática del Bronce Final y el asentamiento hallstático en el Bajo Aragón: el substrato indígena recipiario de los inmigrantes», *Teruel*, 25, pp. 247-259, Teruel.
- VALLESPÍ, E., y GONZÁLEZ NAVARRETE, J. (1960), «Punta de flecha de sílex, procedente de Ateca, en el Museo Arqueológico de Zaragoza», *Caesaraugusta*, 15-16, p. 213, Zaragoza.
- VALLESPÍ, E., y ORENSANZ, F. (1957), «Dos hachas inéditas de Alacón (Teruel)», *Caesaraugusta*, 9-10, pp. 151-152, Zaragoza.
- VILANOVA, E. (1872), «Lo prehistórico en España», *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, I, Madrid.
- VILASECA, S. (1936), *La industria del sílex a Catalunya. Les estacions tallers del Priorat i extensions*, Reus.

- ZAPATER, B. (1873), «Hachas de piedra procedentes de Teruel», *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*, II, p. 55, Madrid.
- PICAZO, J. (1980), «Evolución del hábitat en “El Arguilay” (Báguena, Teruel)», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, I, pp. 179-184, Zaragoza.
- RIPOLL, E. (1951), «La cueva Hipólito en Alacón», *Teruel*, 6, pp. 27-34, Teruel.
- (1952), «Hachas pulimentadas de “El Mortero” (Alacón)», *Teruel*, 19, pp. 244-247, Teruel.
- (1955), «Noticias de poblados del noreste de la provincia de Teruel», *Teruel*, 13, pp. 117-137, Teruel.
- ROYO-VILLANOVA, C. (1978), *Aragón, espacio económico y división comarcal*, Zaragoza.
- TOMÁS, J. (1949), «Anotaciones al “Cabezo del Cuervo” (Alcañiz)», *Teruel*, 1, pp. 147-170, Teruel.
- UTRILLA, P. (1975), «Nuevo yacimiento del Bronce Antiguo en Alcañiz: el Cortado de Baselga», *Miscelánea Arqueológica dedicada al profesor Antonio Beltrán*, pp. 85-96, Zaragoza.
- VALLESPI, E. (1952), «Nuevos materiales para el estudio de la arqueología bajoaragonesa. El abrigo de “La Noguera”, Fabara», *Caesaraugusta*, 2, pp. 127-137, Zaragoza.
- (1954), «Prospecciones por el río Martín», *Proa. Revista de los estudiantes de Zaragoza*, pp. 18-19, Zaragoza.
- (1957a), «Nota al “Balcón del Rabinat” (Fabara)», *Caesaraugusta*, 7-8, pp. 155-157, Zaragoza.
- (1957b), «Yacimientos líticos en el río Matarraña», *Actas del IV Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 65-70, Zaragoza.
- (1957-58), «Descubrimiento de una cueva en Calcena (Zaragoza)», *Ampurias*, XIX-XX, pp. 252-259, Barcelona.
- (1958), «Sobre los conjuntos líticos de Torre los Negros, del Museo Provincial de Teruel», *Teruel*, 20, pp. 121-143, Teruel.

LA EDAD DEL BRONCE Y LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO EN HUESCA

*José Luis Maya González**

I. LA INVESTIGACIÓN

Para establecer un estado de la cuestión en torno a la Edad del Bronce en Huesca es preciso partir de un somero análisis de la situación anterior condicionado por la presentación de otras comunicaciones al respecto y por la limitación material del espacio.

Todo parece indicar que partimos de un momento, el Eneolítico, caracterizado por su gran dinamismo y expansión que indudablemente debe estar propiciado por un crecimiento demográfico cuyo exponente se hará más claro en las etapas siguientes.

Por una parte, siguiendo la pista del vaso campaniforme en la provincia, las escasas piezas que podemos traer a colación son suficientemente significativas para aclararnos el panorama del poblamiento. Su aparición en variante cordada en megalitos como Camón de las Fitas (Guarrinza),¹ nos habla de la persistencia de la tradición del enterramiento en sepulcros artificiales colectivos, que está perfectamente constatada en otras comarcas próximas del Valle del Ebro. También los tres fragmentos puntillados de la Cueva de la Puyascada,² en contexto poco definitorio, nos llevan nuevamente a este horizonte Eneolítico, así como la aparición de piezas al aire libre —aunque de filiación no segura— en el Huerto Raso de Lecina³ y en un campamento definido por sus estructuras de hogares en El Portillo de Pira-

* Universidad Autónoma de Barcelona.

¹ ALMAGRO, M. (1944), «La cultura megalítica en el Alto Aragón», en *Ampurias*, VI, p. 316, fig. 3.

² BALDELLOU, V. (1976), *Alto Aragón. Su historia, cultura y arte*, 1, p. 33, Madrid.

³ MORENO, G. (1971-72), «Cerámica campaniforme en la cuenca alta y media del Ebro y provincias adyacentes», en *Caesaraugusta*, 35-36, p. 34, fig. 3.

cés,⁴ ya en plena llanura oscense, parece indicar que este momento marca el inicio del auge agrícola⁵ y de la colonización del llano, con paralelos próximos en el probable campamento de La Pleta, en Ibars de Urgel.⁶

El vaso campaniforme marca la última gran etapa de vida en la zona alta de Huesca, abriendo camino en la Edad del Bronce a un dualismo montaña-llano, equivalente en lo que hoy conocemos a la dicotomía cuevas-poblados, que se salda con un balance favorable a estos últimos. Ello no quiere decir la desaparición de la cueva como unidad de habitación, sino simplemente que así como la prospección de poblados en llano ha dado su fruto en los últimos años, algo similar podría esperarse en las zonas montañosas si se emprendiese una investigación exhaustiva de las oquedades pirenaicas y prepirenaicas.

A partir de estos momentos resulta muy problemático definir una Edad del Bronce contrapuesta al período anterior y, para intentar bosquejarlas, consideramos necesario hacer un brevísimo extracto de las principales teorías que han tratado de incluir en esquemas cronológico-culturales esta porción geográfica aragonesa.

Para ello quizás debemos partir de BOSCH GIMPERA, que en su artículo *Notes de Prehistòria Aragonesa*⁷ dedicó buena parte de la publicación de 1923 a comentar un conjunto de poblados, que en la comarca del Alcanadre fueron puestos al descubierto o dados a conocer por investigadores aragoneses, como GÚDEL, DEL ARCO o BARDAVIU,⁸ en los años inmediatamente anteriores. En un primer esquema definió tres períodos básicos:

- a) *Poblados del Neolítico-Eneolítico*: En esencia los de San Blas, San Pedro el Viejo y Carnelario, en Cajal; El Juncal, en Ontiñena; Mon-

⁴ BALDELLOU, V. (1980), «Consideraciones sobre el estado actual de la investigación prehistórica en el Alto Aragón», en *II Jornadas sobre el estado actual de los Estudios sobre Aragón* (Huesca, 19-21 de diciembre de 1979), p. 151, Zaragoza.

⁵ BALDELLOU, V., «Consideraciones...», *citado*, p. 151.

⁶ DÍEZ CORONEL, L. (1964-65), «Notas de Arqueología de Cataluña y Baleares, III», en *Ampurias*, XXVI-XXVII, p. 321. MAYA, J. L. (1978), «Lérida Prehistórica», en *Cultura Ilerdense*, pp. 65-66, Lérida.

⁷ BOSCH GIMPERA, P. (1923), «Notes de Prehistòria aragonesa», en *Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria*, I, pp. 15-68 y en especial pp. 51-57.

⁸ A GÚDEL se le conoce fundamentalmente por las publicaciones de sus contemporáneos como: ARCO, R. del (1920), «Nuevos poblados neolíticos de Sena (Huesca)», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXVII, pp. 1-17 de la separata; (1942), *Catálogo Monumental de España: Huesca*, Madrid; (1926), «La Arqueología y el subsuelo de Aragón», en publicaciones de la Academia de Ciencias Exactas, Físico-Químicas y Naturales de Zaragoza, p. 112, Zaragoza. BARDAVIU, V. (1918), «Informe de don Vicente Bardaviu acerca de los hallazgos prehistóricos de Sena», en *Boletín del Museo Provincial de Bellas Artes de Zaragoza*, II, 3, pp. 31-34; «Memoria leída ante la Real Academia, por el doctor don Vicente Bardaviu y Ponz, acerca de las excavaciones practicadas en la villa de Sena», en *Boletín del Museo Provincial de Bellas Artes de Zaragoza*, V, pp. 3-15; (1921-22), «Excavaciones en Sena», en *Informes y Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, n.º 47.

te Alto, en Sena, y Bascués, en Casbas. Se añadiría a este momento la cueva del Moro de Olvena.

- b) *Primer Período de la Segunda Edad del Hierro*: Las Valletas y Presiñena.
- c) *Segundo Período de la Segunda Edad del Hierro (Ibérico)*: Poblados fechables en torno al siglo III a. C., como el Puntal de Ontiñena, El Escobizal y La Codera.

Al formular esta división se echa en falta la existencia de una primera Edad del Hierro, que ya levantó las suspicacias del profesor BOSCH, dando lugar a unos retoques en 1929,⁹ que permitían la diferenciación de cuatro fases, más o menos tácitas:

- a) *Neolítico-Eneolítico*: Con los yacimientos ya citados.
- b) *Primera Edad del Hierro*: El yacimiento de Las Valletas del que se sospechaba con anterioridad una mayor antigüedad.
- c) *Segunda Edad del Hierro (Primer período)*: La necrópolis de Presiñena.
- c) *Segunda Edad del Hierro (Segundo período)*: Los yacimientos ibéricos ya citados, más el problemático vaso de Estiche.

La fase b, de Las Valletas, sería un equivalente al primer período del Bajo Aragón, considerando este asentamiento oscense más antiguo incluso que Les Escodines, lo que representaba una cronología bastante elevada, ya que Escodines Baixes llegó a fecharse en el siglo VIII a. C.¹⁰

Hasta unos quince años después no se introducen variaciones substanciales, viniendo éstas tanto por la incorporación de un buen número de yacimientos¹¹ que, aunque inéditos, ya eran conocidos en su mayor parte antes de la guerra, como por las investigaciones de PANYELLA y TOMÁS MAIGI,¹² quienes, basándose en la revisión de antiguos poblados, modifican el esquema de BOSCH GIMPERA.

GALIAY, que ya en 1936 hubo considerado neolítico un importante conjunto de poblados y cuevas,¹³ completó después el cuadro en su *Prehistoria de Aragón*¹⁴ del siguiente modo:

⁹ BOSCH GIMPERA, P. (1929), «La cultura ibérica del Bajo Aragón», en *IV Congrès Internacional d'Arqueologia* (Barcelona), pp. 13-14.

¹⁰ BOSCH GIMPERA, P., «Notes de...», *citado*, p. 64.

¹¹ GALIAY SARAÑANA, J. (1945), «Prehistoria de Aragón», pp. 76-80, 84-85, 95-96, 102-104 y 131-134, Zaragoza.

¹² PANYELLA, A., y TOMÁS MAIGI, J. (1945-46), «Prospecciones Arqueológicas en Sena (Huesca)», en *Ampurias*, VII-VIII, p. 113.

¹³ GALIAY SARAÑANA, J. (1936), «Cartillas de Arte Aragonés y Arqueología», I *Prehistoria*, pp. 29-35, Zaragoza.

¹⁴ GALIAY SARAÑANA, J., «Prehistoria de...», *citado*, páginas mencionadas en la nota 11.

- a) *Neolítico*: Poblados de San Pedro, Carnelario, San Blas, Sierra Morena, Pueblo Nuevo (en San Pedro el Viejo), El Juncal, Ballobar (en especial el Barranco de Valdragás), la Cueva del Moro de Olivena, los hallazgos de hachas pulimentadas de Benabarre, Junzano y Albero Alto y la conocida referencia del enterramiento de la Cartuja de Las Fuentes (Lanaja).
- b) *Primera Edad de los Metales (Edad del Bronce)*: Hallazgos metálicos de Las Valletas (punta foliácea, hacha plana rota y punta de flecha de aletas y pedúnculo), punta de empuñadura tubular de Olivena y yacimientos de Las Valletas, Presiñena y Cresta de la Sierra.
- c) *Segunda Edad de los Metales (Edad del Hierro)*: Caracterizada fundamentalmente por poblados ibéricos como Las Atalayas, Monte Alto, El Puntal de Ontiñena, Pilaret, Alcolea e indirectamente El Escobizal. Otros, de cronología más antigua o indeterminada, serían Las Valletas, Cresta de la Sierra, Pueblo Viejo, Presiñena y Valdragas. También a esta etapa pertenecería el vaso de Estiche.

Respecto al esquema de PANYELLA y MAIGI, que utilizan como base de clasificación la de BOSCH, lo estructuran de la siguiente manera:

- a) *Eneolítico-Bronce*: Poblados de Carnelario, San Pedro, San Blas y El Juncal, con dudas.
- b) *Transición a la primera Edad del Hierro*: La Paridera Baja, yacimiento con serios problemas de clasificación precisa.
- c) *Primera Edad del Hierro*: Las Valletas.
- d) *Romano*: El poblado del Escobizal y necrópolis del Estillador, caracterizados por la carencia de cerámica pintada ibérica.

Las variaciones que introducen PANYELLA y MAIGI conciernen a los siguientes puntos:

Por una parte la toma de conciencia de la mayor modernidad de los poblados del primer grupo y las dudas manifiestas sobre El Juncal. En segundo lugar, la aparición de un período transicional hacia la Edad del Hierro, utilizado para incluir un poblado, La Paridera Baja, de escasos materiales y poca documentación.

Por último, la constatación de la existencia de ciertos yacimientos romanos que incluyen algunos de los que BOSCH GIMPERA llamó ibéricos.

Resalta, por tanto, la supresión de una etapa equivalente a los yacimientos de cultura ibérica (los yacimientos del siglo III a. C. de BOSCH). Ello, que extraña de inmediato, puede justificarse si tenemos en cuenta que el esquema de los autores pretende serlo de las estaciones por ellos prospectadas, no de la totalidad de la zona, y también, que de los poblados ibéricos de BOSCH GIMPERA no vieron El Puntal de Ontiñena, con claros materiales

de esta fase y sí en cambio El Escobizal, que a simple vista no proporciona más que escasos fragmentos inclasificables y muy dudosos.¹⁵

Hasta 1952 no encontramos más datos de interés. La *Historia de España* dirigida por MENÉNDEZ PIDAL, en el capítulo escrito por M. ALMAGRO,¹⁶ únicamente alude a Las Valletas y al discutido vaso de Estiche como elementos representativos de Huesca, recalcando, en contrapartida, que Las Valletas corresponde a uno de los más antiguos establecimientos del Valle del Ebro.

BELTRÁN se ha centrado en aspectos generales de estos períodos en Aragón¹⁷ y en concreto en las etapas más modernas,¹⁸ pero en una de sus más recientes publicaciones sobre Huesca resume la evolución de los poblados del Alcanadre partiendo de un momento Eneolítico, una fuerte densidad de población en Plena Edad del Bronce, penetraciones indoeuropeas de la primera Edad del Hierro sobre el 900/800 a. C. y período ilergete a partir del 500 a. C.¹⁹

También habría que mencionar como esquema general del período metalúrgico en el Ebro a MALUQUER,²⁰ quien resume tres grandes etapas al referirse a la indoeuropeización:

- a) *Finales del Bronce Medio*: Anterior a los campos de urnas con explotaciones mineras como la de Riner.
- b) *Campos de urnas*: Iniciados en torno al año 1000 a. C. con mezclas cerámicas de acanalados, apéndices de botón, excisiones y decoración plástica.
- c) Iberización, a tener en cuenta desde *avanzado el siglo VI a. C.*

Finalmente, la síntesis prehistórica de BALDELLOU es un esfuerzo por ampliar el horizonte geográfico sobre el que se trabaja, y partiendo de una clasificación tradicional (Eneolítico, Plena Edad del Bronce, Edad del Hie-

¹⁵ Nuestra prospección sobre el terreno confirma la importancia de El Puntal de Ontiñena en los períodos hallstático-ibérico y la pobreza de El Escobizal hasta el punto de que lo convierte en dudoso a la simple inspección ocular.

¹⁶ ALMAGRO, M. (1952), «La España de las invasiones célticas», en *Historia de España*, dirigida por R. MENÉNDEZ PIDAL, tomo I, volumen II, pp. 190-191.

¹⁷ BELTRÁN, A. (1955), *La Edad de los Metales en Aragón. Algunos problemas de las culturas del Bronce Final y de los albores del Hierro*. Discurso de ingreso a la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis, Zaragoza.

¹⁸ BELTRÁN, A. (1960), «La indoeuropeización del Valle del Ebro», en *I Simposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, pp. 103-104, Pamplona; (1977), «Problemática general de la iberización en el Valle del Ebro», en Simposio Internacional *Los orígenes del mundo ibérico*, en prensa, Barcelona-Ampurias.

¹⁹ BELTRÁN, A. (1978), *Revisión de la arqueología de la zona de Villanueva de Sigena*, p. 22, Lérida.

²⁰ MALUQUER DE MOTES, J. (1971), «Late Bronze and Early Iron in the Valley of the Ebro», *The European Community in Later Prehistory. Studies in honour of C. F. Hawkes*, pp. 111-112, London.

rró) recopila un número de yacimientos más variado, entre cuevas, poblados de La Litera y estaciones prospectadas de Los Monegros, cuyos materiales provienen de colecciones particulares.²¹

Llegados a este punto es preciso plantear ciertos aspectos que nos permiten avanzar en un intento de periodización más pormenorizado.

Por una parte, es evidente que, salvo escasos ejemplos como los de GALIAY y BALDELLOU, las culturas metalúrgicas de Huesca han sido definidas siempre en base a un limitadísimo número de yacimientos de la ribera del Alcanadre, pues aunque en la zona del Bajo Cinca²² se han estudiado o incluso excavado otros, corresponden a establecimientos de las últimas fases, admitiéndose más o menos explícitamente para ellos la clasificación que VILASECA estableció para los campos de urnas.

Por otro lado, podemos añadir materiales de prospección de veintiséis localizaciones nuevas correspondientes a la Edad del Bronce-I Edad del Hierro, además de otros procedentes de dieciséis poblados ya conocidos y los publicados de los restantes yacimientos provinciales en los últimos años. Claro está que, al tratarse de materiales fruto de prospecciones superficiales, su valor es limitado y ello es preciso tenerlo muy presente a la hora de teorizar, pero también es cierto que en la mayor parte de los casos contamos con un número considerable de piezas recogidas, entre las cuales suelen encontrarse algunas bastante definitorias. Además, no se puede olvidar que es preciso analizar no sólo estos restos cerámicos o líticos, sino también las estaciones mismas y su ambiente, por lo que la revisión directa de cuarenta y tres de ellos nos ha ayudado en este trabajo, al igual que la de otros quince poblados ibéricos más, que nos servirán para observar las persistencias o alteraciones de hábitats concretos.

También es cada vez más notorio que la definición de Edad del Bronce en la Península ha sufrido una fragmentación en áreas, resultantes de la valoración de diversos factores decisivos, como el reconocimiento del carácter no generalizador de las culturas meridionales, la importancia de las configuraciones topográficas concretas, las influencias ultrapirenaicas, mediterráneas, atlánticas, etc., o incluso la capacidad de elaboración propia a partir de tales influencias.

²¹ BALDELLOU, V.: «El Alto Aragón...», *citado*.

²² PITA, R. (1955), «Localizaciones en el Bajo Cinca», en *Argensola*, VI, 24, pp. 341-348; (1958), «Localizaciones arqueológicas en el Bajo Cinca», en *Argensola*, 35, pp. 215-216; (1966), «El yacimiento prehistórico de "El Puntal" en Fraga», en *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología*, Valladolid, 1965, pp. 191-205, Zaragoza. DíEZ CORONEL, L. (1968), «Urbanismo y materiales del poblado del Bronce de Masada de Ratón», en *Caesaraugusta*, 31-32, pp. 101-123. DíEZ CORONEL, L., y PITA, R., «Memoria sobre la excavación del yacimiento de Masada de Ratón, en Fraga», en *Noticario Arqueológico Hispánico*. QUERRE, J.; PITA, R., y SARNY, H. (1971), «Rapport sur le campagne de fouilles (Juillet 1967) village ibérique de "Pilaret de Santa Quiteria"», en *Ilerda*, XXXII, pp. 167-177.

En este sentido, creemos que Huesca debería formar parte de un teórico Bronce del nordeste, definido por la posesión de ciertos factores comunes a Cataluña y parte de Aragón, como por ejemplo ser las únicas culturas peninsulares que reciben la influencia poladiense, poseer un trasfondo común muy homogéneo y, posteriormente, una identidad de materiales notable durante el período «hallstático» o ser recipiendarias de un fenómeno de enterramiento tan concreto como los campos de túmulos del núcleo Cinca-Segre, que hoy sabemos extendido por buena parte de la provincia. Esta identificación cultural es más clara si contamos con el trasiego continuo de ideas y objetos entre ambas vertientes pirenaicas y es especialmente visible si comparamos el caso de Huesca con la provincia de Lérida, ya que los condicionantes geográficos son muy semejantes y las culturas protohistóricas resultantes son básicamente idénticas.

II. EL MARCO GEOGRÁFICO

Llegados a este punto nos vemos obligados a hacer ciertas precisiones sobre el terreno en que nos movemos. La estructuración de la provincia como fruto de una geología que alinea de norte a sur desde las fajas montañosas pirenaicas y los conjuntos meso-cenozoicos del Prepirineo hasta las depresiones interiores oligocénicas y miocénicas que desembocan en el Ebro, es la base del dualismo montaña-llano al que ya hemos hecho referencia. Ello implica que los dos primeros conjuntos orográficos del norte ven aparecer como fenómeno propio la habitación en cueva y como lugar de enterramiento, fruto del aprovechamiento de etapas previas, los megalitos o incluso algunas cavidades muy poco conocidas. El llano, sin embargo, adquiere al parecer una densidad de población infinitamente mayor y su unidad de ocupación, el poblado, reúne núcleos demográficos más nutridos y por tanto con unas formas de producción de alimentos más rentables.

Es indudable que esta dicotomía de ocupación no representa un caso único en el nordeste peninsular, aunque al oeste de la provincia, hacia Zaragoza, no exista una configuración análoga por causas que pueden atribuirse a un corte improbable en la línea de sierras que van desde Alcubierre a Zuera o, con mayor probabilidad, a un vacío de la investigación. No ocurre igual en Lérida, cuyo sistema de poblamiento es en todo semejante al oscense, con poblados que escasamente rebasan el área del Solsonés y cuevas a partir del Prepirineo hasta la Cerdaña, con una clara zona de enlace con las cavidades altoaragonesas en el curso del Noguera Ribagorzana.

Otro aspecto geográfico que interesa aquí es el de las comunicaciones y en ellas quizás el punto más importante es la red fluvial basada en el eje Segre-Cinca, que es un auténtico camino natural de enlace no sólo con el occidente catalán sino también con las comarcas meridionales francesas. Así, la Cerdaña es uno de los pasos más accesibles y utilizados durante la Protohistoria²³ de este sector del Valle del Ebro y existen datos positivos de penetraciones por Andorra y el Valle de Arán, utilizándose aquí el enlace entre el Garona y el Noguera Pallaresa.

El flujo este-oeste desde Cataluña a Aragón, teniendo en cuenta como núcleo el cono de confluencia de ambos ríos hacia el Ebro, es claramente demostrable y, desde luego, el Cinca desarrolla un papel fundamental para el conocimiento de los poblados de la Edad del Bronce. Pero además, al igual que ocurre en Lérida, es imprescindible valorar los afluentes, en esencia el Alcanadre y otros menores como el Isuela, el Sosa, etc. Éstos articulan unos núcleos de población a veces más numerosos incluso que los del propio Cinca. No obstante, hay que tener en cuenta caminos no meramente fluviales, como por ejemplo el enlace entre la comarca ilerdense del Segriá y La Litera y en este sentido también hay que valorar las penetraciones en el sector inferior de Los Monegros entre el Alcanadre y el Ebro, zona que, bajo una óptica desenfocada probablemente por el carácter semidesértico actual, se ha considerado estéril para la Protohistoria,²⁴ pero que por nuestras prospecciones resulta relativamente bastante poblada. Únicamente escapa a esta regla, por el momento, el sector al sur de la línea de Candanos, Peñalba, Bujaraloz, que resulta prácticamente despoblado.²⁵

Para finalizar, queda planteado el problema del uso de los pasos pirenaicos aragoneses. En este sentido no es fácil definirse a causa de varios factores y las opiniones no son concordantes. Mientras las comunicaciones orientales son un hecho, los pasos centrales cuentan con la desventaja de un relieve escabroso y de cotas muy altas, difícilmente superables al menos durante buena parte del año. Es un hecho la utilización por los megalíticos de estas zonas altas, quizás buscando un ecosistema válido para la vida pastoril,²⁶ y BELTRÁN ha seguido el paso de Somport con su vía romana, pro-

²³ Ver por ejemplo: ROVIRA, J. (1976), «El Neolítico a la Cerdanya i Alta Vall del Segre», en *I Col·loqui Internacional de Puigcerdà*, 1974, *Cypsela*, 1, pp. 39-48; (1976), «Eneolític i Edat del Bronze a la Cerdanya i Alta Vall del Segre», en *I Col·loqui Internacional de Puigcerdà*, 1974, *Cypsela*, 1, pp. 61-68. PRADO, J. (1976), «Consideracions sobre els enterraments de l'Edat del Bronze a la Cerdanya», en *I Col·loqui Internacional de Puigcerdà*, 1974, *Cypsela*, 1, pp. 91-97.

²⁴ MALUQUER DE MOTES: «Late Bronze...», *citado*, p. 115.

²⁵ La única excepción al sur de esta línea coincidente con la carretera Nacional II, es el Tozal de los Regallos, a escasos metros de la calzada. La falta de establecimientos en este sector creemos que está en función del cambio de terreno, poco adecuado para poblados en montículo, que en un hipotético vacío de investigación.

²⁶ ALMAGRO, M. (1942), «La cultura megalítica en el Alto Aragón», en *Ampurias*, IV, pp. 155-169; (1944), «La cultura...», *citado*, *Ampurias*, VI, pp. 311-316.

bando la realidad de su utilización al menos en los márgenes cronológicos del período aquí estudiado.²⁷ A pesar de ello no existe la menor orientación para aclarar su uso durante las edades del Bronce y Hierro y si añadimos que esta zona norte de la provincia no ha contado hasta fecha reciente con prospecciones minuciosas, no podemos hacer afirmaciones sólidas, siendo nuestra opinión un poco ecléctica, es decir, un uso relativo sin alcanzar la importancia de las vías fluviales del este.

III. INTENTO DE SISTEMATIZACIÓN

Cuando mencionamos la posibilidad de un Bronce del nordeste en el que se incluiría la provincia de Huesca, teníamos en cuenta analogías presentes desde la época megalítica que se hacen más visibles a partir de la auténtica Edad del Bronce. Para el período comprendido entre el Bronce Antiguo y Medio, la aparición de fenómenos como las cerámicas de tradición campaniforme, los vasos con apéndice de botón (exponentes de una influencia poladiense), las tazas carenadas con detalles ocasionales como los pezones biforos, los útiles en hueso como las puntas de flecha con aletas y pedúnculo, el instrumental metálico como las hachas de rebordes, etc., creemos que, unidos a factores de poblamientos análogos, son suficientes para definir la identidad entre los componentes de esta porción geográfica. Para el período de «campos de urnas», algunas visiones de conjunto, como la reciente de ALMAGRO GORBEA,²⁸ resaltan la similitud ya manifestada. Evidentemente, existen matizaciones locales, pero no mayores entre Huesca y Cataluña que las existentes entre las mismas provincias catalanas.

Si admitimos esta hipótesis parece posible aplicar esquemas como el que GUILAINE utiliza para el Languedoc Occidental²⁹ tal y como ya hemos hecho en el interior de Cataluña.³⁰ No cabe duda de que ello comporta una carga de inseguridad, en especial para ciertos períodos como el Bronce Antiguo, pues el gran problema de la arqueología altoaragonesa es la falta de excavaciones científicas y de estratigrafías, pero ante la posibilidad de aplicar otras clasificaciones más simples y menos de acuerdo con la realidad de los materiales, vamos a correr ese riesgo a nivel puramente empírico, que deberá verificarse cuando existan datos más sólidos.

²⁷ BELTRÁN, A. (1955), «El puerto del Palo y la vía romana que lo atraviesa», en *Caesaraugusta*, 6, pp. 127-140.

²⁸ ALMAGRO GORBEA, M. (1977), «El Pic dels Corbs, de Sagunto y los campos de urnas del noreste de la Península Ibérica», en *Saguntum*, 12, pp. 89-141.

²⁹ GUILAINE, J. (1972), «L'Âge du Bronze en Languedoc Occidental, Roussillon, Ariège», en *Mémoires de la Société Préhistorique Française*, 9.

³⁰ MAYA, J. L., «Lérida...», *citado*, pp. 100-102.

A) Bronce Antiguo (1800-1500)

Esta primera teórica etapa, que está demostrada estratigráficamente en otras regiones, debe contar con elementos residuales como vasos campaniformes,³¹ botones prismáticos con perforación en V, leznas romboidales de sección cuadrada y hachas planas, frente a innovaciones como las cerámicas de cordones aplicados impresos, combinados incluso con pseudoexcisiones de tradición campaniforme, cerámicas incisas de igual origen, puntas de flecha en hueso y piezas metálicas, a veces en auténtico bronce, como hachas planas o de ligeros rebordes. Si consideramos que estos elementos aislados tienen en su mayoría precedentes eneolíticos o que perduran en el Bronce Medio, por definición ya resulta casi imposible clasificar piezas sueltas, sin contexto, es decir, que al no existir ni una sola estratigrafía publicada de yacimientos protohistóricos oscenses es prácticamente imposible fijar con seguridad una sola estación que no ofrezca dudas.

Sin embargo, es muy posible que algunas de las conocidas tuviesen niveles pertenecientes a este período. Por ejemplo, respecto a las cuevas, la de Olvena³² ofrece un osario fruto del enterramiento colectivo, con parte de ajuares compuestos, al menos, por cuentas de pectúnculo y sílex. Tal cueva cuenta igualmente con un botón con perforación en V y con cerámicas de decoración plástica o formas carenadas que son ya plenamente de la Edad del Bronce.³³ Claro que al ser los materiales fruto de recogidas diversas y sin cartografía de hallazgos, no hay datos de contemporaneidad entre todas las piezas, siendo probable un nivel funerario del Eneolítico o del Bronce Antiguo y otro posterior de habitación del Bronce Medio.³⁴ En principio, los datos de enterramiento tanto podrían corresponder al Eneolítico como al Bronce Antiguo, sin que creamos que existan elementos seguros para inclinar la balanza en uno u otro sentido.

En megalitos, siempre de difícil encasillamiento por las remociones, hay reutilizaciones durante la Edad del Bronce y quizá el ejemplo que más nos interesa para este momento son los dólmenes de Cornudella y en concreto el denominado Cornudella I, en el que una cuenta metálica bitroncocónica,

³¹ En concreto en esta área, campaniformes incisos atribuibles a la fase IV que establece GUILAINE para los campaniformes pirenaicos (GUILAINE, J. (1967), «La civilisation du vas campaniforme dans les Pyrénées françaises», Carcasonne, p. 116). No obstante la existencia de cronologías claramente Eneolíticas, superiores al 2000 a. C., en Ribos de Bila o en Font-Juvénal, impide precisar qué piezas corresponden a uno u otro período. GUILAINE, J. (1974), «Les campaniformes Pyrénéo-Languedociens. Premiers résultats au C. 14», en *Zephyrus*, XXV, p. 118.

³² BERGES, M., y SOLANILLA, F. (1966), «La cueva del Moro en Olvena, Huesca», en *Ampurias*, XXVIII, pp. 175-191.

³³ BERGES, M., y SOLANILLA, F., «La cueva...», *citado*, fig. 2, n.º 6, y fig. 5 y 6.

³⁴ BERGES, M., y SOLANILLA, F., «La cueva...», *citado*, p. 191.

con paralelos franceses,³⁵ cubre el período Eneolítico-Bronce Antiguo. En este caso un análisis espectrográfico para poder determinar su composición pudiera ser decisivo, pero además ayuda el estudio del material lítico que se considera propio de la primera Edad del Bronce,³⁶ en especial piezas como dientes de hoz y láminas retocadas. Una contemporaneidad con el Argar en líneas generales, admitida por T. ANDRÉS,³⁷ podría referirse tanto a su momento inicial concordante con la cuenta como a un Bronce Medio, del que no tenemos pruebas.

Para no insistir más en torno a las posibilidades del Bronce Antiguo hemos de aludir a un poblado considerado inicialmente como Neo-Eneolítico³⁸ y más modernamente como del Eneolítico-Bronce.³⁹ Nos referimos al Carnelario, poblado muy complejo por aportar materiales en tres montículos inmediatos. El Carnelario cuenta con algunas piezas de cronología antigua, fundamentalmente una punta de flecha con aletas y pedúnculo en hueso del tipo I-b de SÉRONIE-VIVIEN,⁴⁰ con paralelos en las minas de Riner,⁴¹ en la Cova Fonda de Salomó⁴² y en el dolmen de Sakulo, en Isaba (Navarra),⁴³ asociado a puntas de Palmela, por citar sólo algunos ejemplares peninsulares próximos. Su cronología se centra en finales del Bronce Antiguo y principios del Bronce Medio.

Otro elemento del Carnelario infravalorado en las publicaciones es un fragmento de vaso decorado con guirnaldas rematadas por trazos incisos, cuyos paralelos son abundantes en Cataluña. Por ejemplo, en yacimientos tarraconenses como la galería cubierta de Montmany (Querol)⁴⁴ o las cuevas del Daniel en Capafonts,⁴⁵ del Gaiá, en Pontils,⁴⁶ C-H en Arbolí,⁴⁷ Josefina,

³⁵ ANDRÉS, M. T. (1975), «La estación megalítica de Cornudella (Arén, Huesca)», en *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 4, fig. 8, n.º 6. GUILAINE, J., «L'Âge du...», *citado*, p. 63.

³⁶ CAVA ALMUZARA, A. C. (1975), «Estación megalítica de Cornudella (Arén, Huesca), Estudio del material lítico», en *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 4, p. 83.

³⁷ ANDRÉS, M. T., «La estación...», *citado*, p. 61.

³⁸ BOSCH GIMPERA, P., «Notes...», *citado*, p. 28.

³⁹ PANYELLA, A., y TOMÁS, J., «Prospecciones...», *citado*, p. 113.

⁴⁰ SERONIE-VIVIEN, M. R. (1968), «Les pointes de flèche en os. Essai typologique et chronologique», en *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, LXV, p. 557, fig. 4, n.º 13.

⁴¹ SERRA I VILARÓ, J. (1915-1920), «Mina i fundició d'aram del primer període del l'edat del Bronze de Riner», en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, fig. 206.

⁴² SERRA I RAFOLS, J. de C. (1921), «La col·lecció prehistòrica Lluís Marian Vidals», en *Publicacions del Seminari de Prehistòria de la Universitat de Barcelona*, lám. V, n.º 9 y 10.

⁴³ GUILAINE, «L'Âge du...», *citado*, p. 65.

⁴⁴ VILASECA, S. (1973), *Reus y su entorno en la Prehistoria*, II, Reus, lám. 66, centro, Reus.

⁴⁵ VILASECA, S., «Reus...», *citado*, lám. 120.

⁴⁶ VILASECA, S., «Reus...», *citado*, lám. 112, superior izquierda.

⁴⁷ VILASECA, S., «Reus...», *citado*, fig. 144, n.º 6.

en Escornalbou⁴⁸ y Fonda en Salamó⁴⁹ contamos ejemplos idénticos o muy parecidos. El mismo fenómeno está presente en la cueva de Aigues Vives en Brics (Lérida),⁵⁰ correspondiendo todas las piezas a un tipo fechable, según VILASECA, en la transición del Bronce I o Eneolítico al Bronce II.⁵¹

En todo caso, no es éste el único representante en Huesca de tal prototipo cerámico, puesto que GALIAY cita unas piezas procedentes del Carnelario de las mismas características,⁵² que con toda probabilidad deben responder al modelo más tarde fotografiado por DEL ARCO,⁵³ procedente de un poblado de Cajal. Otros dos, de igual procedencia poco determinada, son de nuevo variantes de los anteriores. En concreto el n.º 555⁵⁴ posee un festón de semicírculos incisos bordeados por ambos exteriores por otros puntillados, formando temas similares a los de Porta Lloret en Tarragona⁵⁵ y a los de la cueva de Torre del Mal Paso en Valencia.⁵⁶ El designado con el n.º 565,⁵⁷ con franjas horizontales apoyadas en otras perpendiculares, cuenta con análogas en la Espluga Negra de Castelltort, Lérida,⁵⁸ y en la Cova dels Lladres de Vacarisses, Barcelona.⁵⁹ A su vez estas piezas se asemejan a otras de yacimientos meridionales franceses como el de la Grotte de la Treille, Mailhac (Aude),⁶⁰ para las que se propugna idéntico origen que lleva a clasificarlas con bastante seguridad en el Bronce Antiguo. Además de todo esto, cabe incluso la posibilidad de la existencia de auténtico campaniforme en el mis-

⁴⁸ VILASECA, S., «Reus...», *citado*, fig. 145, n.º 3.

⁴⁹ SERRA I RAFOLS, J. de C., «La col·lecció...», *citado*, lám. VII, n.º 25.

⁵⁰ SERRA I VILARÓ, J. (1923), *El vas campaniforme a Catalunya i les coves sepulcrales eneolítiques*, Musaeum Archaeologicum Diocesanum, Solsona, fig. 66, n.º 4.

⁵¹ VILASECA, S. (1963), «Dos nuevas cuevas del Bronce Medio y Final del macizo de Prades», en *Ampurias*, XXV, p. 117 y nota 3. Al utilizar VILASECA la terminología del Congreso de Almería e identificar Bronce I con Eneolítico, el Bronce II o Bronce Medio implica el momento posterior al campaniforme, es decir el Bronce Antiguo de la terminología de GUILAINE, lo que concuerda con el hallazgo de piezas en la misma línea cultural, como el de la Grotte de la Treille (Mailhac, Aude) a la que se fecha en esta etapa inicial de la auténtica Edad del Bronce. GUILAINE, «L'Âge...», *citado*, p. 187 y fig. 18, n.º 1-4.

⁵² GALIAY, «Prehistoria de...», *citado*, p. 77.

⁵³ ARCO, R. del (1945), «Nota sobre la decoración de la cerámica prehistórica conservada en el Museo», en *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, VI, lám. XXVII, n.º 5.

⁵⁴ ARCO, R. del, «Nota sobre...», *citado*, lám. XXVIII, n.º 2.

⁵⁵ VILASECA, S., «Reus y...», *citado*, lám. 105.

⁵⁶ JORDÁ, F. (1958), «Los enterramientos de la Cueva de la Torre del Mas paso», en *Archivo de Prehistoria Levantina*, VII, lám. II, n.º 5.

⁵⁷ ARCO, R. del, «Nota sobre...», *citado*, lám. XXVIII, n.º 12.

⁵⁸ SERRA I VILARÓ, J.: «El vas...», *citado*, fig. 98.

⁵⁹ PLA, J., y JUNYENT, E. (1970), «Noticia sobre el hallazgo de un vaso en la "Cova dels Lladres" (Vacarisses, Barcelona)», en *Pyrenae*, 6, p. 46, fig. 3.

⁶⁰ GUILAINE, «L'Âge...», *citado*, p. 76, fig. 18, n.º 1-6.

mo Carnelario a juzgar por un pequeño fragmento impreso que conocemos y que podría ser un exponente más de esta cronología antigua.⁶¹

A nivel interpretativo, la existencia en estos momentos de poblados al aire libre en zonas elevadas, debería verse como fruto de la ocupación del llano por campamentos campaniformes como el de Piracés, cuyos habitantes han iniciado su aprovechamiento agrícola.⁶²

⁶¹ Se trata de un pequeño fragmento con parte de una banda con punciones triangulares delimitadas por una línea incisa, del que no nos atrevemos a teorizar por tratarse de una pieza poco clara. En todo caso es un elemento inusual en los poblados de las edades del Bronce y Hierro en el Cinca-Segre y, dada la antigüedad de El Carnelario, creemos que directa o indirectamente debe vincularse a una tradición campaniforme.

⁶² Añadimos a continuación una lista de yacimientos del período anterior a la penetración de los campos de urnas, es decir y en teoría, desde el Bronce Antiguo al Bronce Reciente. El número que les acompaña entre paréntesis coincide con el del mapa de distribución:

1.º *Tozal Redondo de La Codera* (15): En el límite entre Chalamera y Alcolea de Cinca, lo prospectamos por primera vez el 17-III-1979. Se mencionan algunas cerámicas procedentes de él en: DOMÍNGUEZ ARRANZ, A. (1975), «Nuevos hallazgos arqueológicos en Chalamera (Huesca)», en *Miscelánea Arqueológica* que al profesor BELTRÁN dedican sus alumnos, p. 189, Zaragoza.

2.º *Sosa I* (56): Estudiado en: BARRIL, M. (1979), *Materiales cerámicos en la cuenca del río Sosa (Huesca): una aportación al Bronce Medio-Final del valle del Segre-Cinca*, Madrid (Memoria de Licenciatura inédita).

3.º *La Ganza* (57): MAYA, J. L., «Yacimientos de las edades del Bronce y Hierro en la provincia de Lérida y zonas limítrofes», en *Homenaje a don Salvador Roca Lletjós*, Lérida (en prensa).

4.º *Tozal de Macarullo* (47): Yacimiento inédito. Lo prospectamos el 31 del III de 1979.

5.º *Los Tozaletes de las Almaciras, Estiche* (48): Poblado inédito, prospectado el 31-III-1979.

6.º *Los Tres Tozaletes Hermanos* (20): Poblado inédito reconocido el 14-V-1978.

7.º *Tozal de la Mora* (25): Identificado en época antigua, ha aportado materiales recientemente. Lo prospectamos el 29-X-1977. ARCO, R. del (1920), «Nuevos poblados de Sena (Huesca)», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXVII, p. 12.

8.º *Tozal de la Huega* (30): Inédito, lo prospectamos el 5-V-1979.

9.º *Tozal de Cantalobos* (29): Inédito, lo prospectamos el 5-V-1979.

10.º *Carnelario* (36): Localizado por Mn. GÜDEL, ha sido citado en distintas publicaciones. Según hemos comprobado aparte de los dos montículos que lo componen pocos metros más al sur en otro tozal existe cerámica carenada del Bronce. Lo denominamos Carnelario Sur y está inédito. Localizado el 3-XI-1977.

11.º *San Pedro el Viejo* (41): Se trata de otra de las antiguas localizaciones de GÜDEL, citada en numerosas publicaciones.

12.º *Paridera Baja* (28): Poblado localizado por PANYELLA y TOMÁS MAIGI con pocos materiales significativos por lo que su clasificación exacta en este apartado no es del todo segura.

13.º *Regal de Pidola* (52): Poblado del Bronce Final, con apéndice de botón, por lo que su fecha inicial podría ser, quizá, anterior. Lo conocemos por datos y fotografías de don VICENTE BALDELLOU.

14.º *Montearagón* (67): Poblado que conocemos únicamente por referencias de don VICENTE BALDELLOU.

15.º *Camino de Algayón* (68): Yacimiento de Binéfar con materiales del Bronce Final avanzado. La aparición de un apéndice de botón podría indicar un momento más antiguo que debe esperar a ser confirmado. Materiales en el Museo de Huesca.

B) Bronce Medio (1500-1250)

Respecto al Bronce Medio, su definición ha de hacerse en base a elementos materiales suficientemente significativos como para evitar confusiones con etapas anteriores. Por ello, difícilmente las cerámicas con decoración plástica pueden servirnos como elemento delimitador, si no es en casos completamente excepcionales, lo que nos priva de un alto porcentaje del total de cerámicas que suelen aparecer en yacimientos de esta época. Nos referimos en particular a las que llevan pezones cercanos al labio, en filas o cubriendo toda la superficie; las de cordones aplicados, lisos, impresos o simulados al hendir bordes y carenas con un punzón, y las que aplican masas de arcilla sobre la superficie externa, dando como resultado exteriores irregulares.

Otras cerámicas son más significativas, como las de influencias poladienses y apenínicas, con sus diversos apéndices de botón, pues tienen su inicio en este momento y nos sirven, por tanto, de guía para yacimientos del Bronce Medio o de inicios del Bronce Final, puesto que su continuidad rebasa los límites de nuestro período.

La distribución cartográfica de la cerámica con apéndice de botón es sumamente reveladora de su origen ultramontano y de una expansión muy restringida por el nordeste peninsular. De hecho, salvo en Huesca, donde existe un interesante número de ejemplares, Aragón cuenta con limitado repertorio del que, con toda seguridad, sólo conocemos los cercanos del Cabezo de Monleón⁶³ y, con dudas, el citado por BOSCH GIMPERA en el Cabezo Sellado⁶⁴ y una pieza que únicamente se deduce de una deficiente

16.º *Tossal Redó de Zaidín* (8): Poblado inédito en el que recogimos materiales cerámicos de la Edad del Bronce, sin que podamos precisar cronología concreta. Estaba bastante expoliado por excavaciones clandestinas.

17.º *Campo de Tiro de Sariñena* (46): En la orilla izquierda del Alcanadre. Está muy deformado por la repoblación forestal y permanece inédito. La mayoría de su material es medieval, pero contiene también cerámica de decoración plástica de la Edad del Bronce y molinos barquiformes. De cronología problemática en la Edad del Bronce, lo reconocimos el 20-V-1979.

18.º *Tozal de la Ermita de Santiago*: En realidad utilizamos este nombre por ser la referencia próxima más importante y no conocerle nombre concreto. Está en la orilla izquierda del Alcanadre y cercano a Sariñena, siendo deformado por varias graveras y un basurero y la repoblación forestal. Escasos materiales a mano, un disco tallado y numerosa cerámica medieval y moderna. De cronología problemática igualmente, lo reconocimos el 20-V-1979.

19.º *Virgen Vieja de Pallaruelo* (42): Posible fondo de cabaña de la Edad del Bronce en el que localizamos escasos materiales.

20.º *Plana de la Balsa del Vedao* (36): Probables fondos de cabaña en llano cuyos materiales se conservan en el Museo Arqueológico de Barcelona. Lo reconocimos el 20-V-1979.

21.º *Sosa III*: Poblado con escasos materiales de difícil clasificación.

⁶³ BELTRÁN, A. (1978), *De arqueología aragonesa*, Zaragoza, pp. 69 y 78.

⁶⁴ BOSCH GIMPERA, «Notes...», citado, p. 31.

fotografía del Cabezo del Cuervo.⁶⁵ La dispersión de la cerámica poladiense acusa en Huesca una marcada procedencia oriental desde el Bajo Segre, introduciéndose a lo largo del eje hidrográfico Cinca-Alcanadre y de afluentes menores, como el Sosa, hasta el poblado de La Ganza.⁶⁶

En la actualidad conocemos apéndices de botón en el yacimiento excavado de Masada de Ratón (Fraga);⁶⁷ en un pobladito situado a un kilómetro al norte de Fraga en la carretera de Zaidín, posiblemente identificable con el denominado por PITA «Azafranales»;⁶⁸ en el Tozal Redondo de La Codera, donde tres ejemplares corresponden a los tipos más sencillos;⁶⁹ en el

⁶⁵ BARDAVIU, V., y PARÍS, P. (1925), «Excavaciones en el Cabezo del Cuervo de Alcañiz (Teruel)», en *Informes y Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, n.º 66; (1926), *Fouilles dans la région d'Alcañiz (Province de Teruel)*, Bordeaux-Paris, fig. 8, inferior centro. Además de éstas se citan otras que no incluimos en la catalogación por tratarse de piezas erróneas o sin referencia. Así, por ejemplo, la del Cabezo de los Canales (Parras de Castellote, Teruel) no es un asa de apéndice de botón, sino con impresiones en el borde. Ver: RIPOLL, E. (1955), «Noticias de poblados del noreste de la provincia de Teruel», en *Teruel*, 13, p. 130, fig. 3. De otros poblados citados por EIROA como los Castellazos en Huesca y el Tozal de la Mora en Teruel no tenemos noticias de hallazgos. EIROA, J. J. (1980), «Las migraciones célticas en Aragón», en *Alcorces*, 13, Zaragoza, lám. 1.

⁶⁶ Redactado este trabajo nos llega la memoria de licenciatura de M. BARRIL, citada en la nota 62, sobre algunos de los yacimientos del río Sosa, por lo que adaptamos su terminología de Sosa I, II y III para los correspondientes yacimientos, incluyendo los dos últimos, que no conocíamos, con los números 70 y 71, respectivamente.

⁶⁷ Aparecieron en torno a 25 ejemplares según los excavadores. DIEZ-CORONEL, L. y PITA, R. (1968), «Urbanismo y materiales del poblado del Bronce de Masada de Ratón, en Fraga», en *Caesaraugusta*, 31-32, p. 113. VILASECA cita la asociación de cerámica del tipo cerdano de GUILAINE con apéndice de botón en Vincamet, a 8 Km. de la confluencia Segre-Cinca. Vincamet es el nombre de una partida a la orilla izquierda del Cinca en Fraga, en la que existen diversos poblados antiguos y en especial prehistóricos, como Masada de Ratón, Punta Farisa y Barranco de Cedasés. Dado que VILASECA conocía perfectamente la Masada de Ratón, no creemos que se refiera a él, sino a uno de los otros dos y muy posiblemente a Punta Farisa, poblado de esta época, puesto que Cedasés está además en llano y es difícilmente localizable. VILASECA, S. (1976), «A propòsit de l'anomenat Bronze Cerdà», en *Cypsela*, 1, *I Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà* (1974), p. 98. PITA, R., «Localizaciones...», *citado*, pp. 343-344.

⁶⁸ PITA, R., «El yacimiento...», *citado*, p. 193.

⁶⁹ La Codera es el nombre de una partida límite entre Chalamera y Alcolea de Cinca que cuenta con varios yacimientos prehistóricos. Cerca se encuentra el ibérico Castillo de Chalamera y en su término está el Tozal Redondo y un poblado de la I Edad del Hierro con su correspondiente necrópolis tumular que hemos denominado simplemente La Codera por referencia al anterior.

Se citan poblados en La Codera en diferentes publicaciones sin atribución o localización clara, probablemente por falta de prospección personal sobre el terreno. Así: BOSCH GIMPERA, «Notes...», *citado*, p. 57, alude a La Codera (Alcolea de Cinca) como poblado ibérico incluido en su grupo del siglo III a. C. aunque sin mencionar ningún material. GALIAY, «Cartillas...», *citado*, p. 35, menciona dos hachas pulimentadas existentes en el Museo de Zaragoza halladas en La Codera. ¿Quizás alude al Tozal Redondo? Probablemente alude también a este yacimiento cuando habla de un despoblado ibérico, no investigado, en término de Alcolea, con objetos poco interesantes. Véase: GALIAY, «Prehistoria de...», *citado*, p. 133. Finalmente en 1975 se fotografían unos fragmentos de cerámica con decoración plástica del Tozal Redondo

Tozal de la Mora, de Villanueva de Sigena;⁷⁰ en el de San Blas, donde al menos existen cuatro ejemplares;⁷¹ probablemente también en el cerro de Las Valletas;⁷² en San Pedro el Viejo de Cajal⁷³ y en el Tozal de la Ermita de San Miguel, en Castejón de Monegros.⁷⁴ A todos estos del Cinca-Alcanadre hay que añadir los ya mencionados de La Ganza,⁷⁵ el de Sosa I,⁷⁶ El Regal de Pidola⁷⁷ y Camino de Algayón,⁷⁸ además de la posibilidad de una penetración en el corazón de Los Monegros, con el asa rota encontrada en Cabezo la Vieja de Candanos.⁷⁹

en: DOMÍNGUEZ ARRANZ: «Nuevos hallazgos...», *citado*, lám. II, inferior. Este poblado del Tozal Redondo de La Codera es el que conocemos como del Bronce Medio-Reciente, habiendo localizado en él apéndices de botón entre otros materiales, como un *pondus* de cerámica, restos de un molde de fundición, etc.

⁷⁰ Parte de una taza de apéndice de botón cilíndrico y perfil carenado. Está restaurado su perfil completo de modo deficiente, por no conocerse su base. La posee don Julio ARRIBAS SALABERRI en su casa de Villanueva de Sigena, donde la vimos el 29 de octubre de 1977 con motivo del ingreso de don Antonio BELTRÁN en el Instituto de Estudios Sigenenses «Miguel Servet». La prospección sobre el terreno proporciona abundantes restos medievales pertenecientes a una construcción que se alzaba en la cima y materiales de la Edad del Bronce correspondientes a un núcleo de viviendas. Suponemos que BELTRÁN se refiere a este yacimiento cuando cita apéndices recientemente descubiertos en Villanueva de Sigena. Ver: BELTRÁN, «De Prehistoria...», *citado*, p. 69.

⁷¹ En el Museo Arqueológico de Barcelona se conservan dos ejemplares y según BELTRÁN otros repartidos entre los museos de Huesca y Zaragoza. BELTRÁN, «De Prehistoria...», *citado*, pp. 69 y 31. Aprovechamos la ocasión para agradecer al director del Museo Arqueológico de Barcelona, doctor don Eduardo RIPOLL, la posibilidad de estudio de todos los materiales de protohistoria oscense depositados en dicha institución.

⁷² La existencia de apéndice de botón suele silenciarse en las publicaciones sobre la zona, pero parece deducirse del artículo: ARCO, R. del, «Nuevos poblados...», *citado*, donde en la figura de la página 7, en los números 78 y 82 se incluyen dos apéndices. Uno de ellos cilíndrico sobre taza carenada y otro cilindro-cónico. Ambos proceden de Las Valletas.

⁷³ Un apéndice recogido en prospección personal.

⁷⁴ Uno recogido superficialmente por Mercedes LAX.

⁷⁵ MAYA, J. L., «Lérida...», *citado*, p. 79; «Yacimientos de las Edades del Bronce y Hierro en la provincia de Lérida y zonas limítrofes», en *Miscelánea homenaje a don Salvador Roca Lletjós*, Lérida (en prensa).

⁷⁶ Debíamos las noticias de este yacimiento a don Vicente BALDELLOU, a quien expresamos nuestro agradecimiento por los datos de Sosa, además de otros de las estaciones de Regal de Pidola, Oliols, Camino de Algayón, El Castellazo, Montearagón y Bolea. Igualmente por permitirnos la revisión de todos los materiales disponibles en el Museo de Huesca y proporcionarnos fotografías de los moldes de fundición del Regal de Pidola.

⁷⁷ Al Regal de Pidola ya aludimos por referencia oral de V. BALDELLOU en: MAYA, J. L., «Lérida...», *citado*, p. 79. Entonces en base a estas cerámicas le atribuimos una cronología entre el Bronce Medio-Bronce Final I, que, tras el reconocimiento de los moldes, debe alargarse hasta el Bronce Final II-III, como detallamos más adelante.

⁷⁸ Yacimiento prospectado por M. SANTISTEBAN de Binéfar, quien proporcionó al Museo de Huesca parte del labio de un asa con apéndice de botón, un fragmento carenado y una urna tardía.

⁷⁹ Pieza recogida superficialmente, corresponde a una tacita carenada con el apéndice roto en su base.

Un aspecto que puede resultar curioso de esta distribución es su ámbito limitado, que margina la mitad norte de la provincia. Sobre ello tendríamos que aclarar que, salvando la posibilidad de un vacío de investigación, en nuestra opinión se debe a la intensidad de las penetraciones por la confluencia Segre-Cinca y a la pérdida de fuerza de este fenómeno hacia el norte, favorecida además por no ser corrientes tampoco tales cerámicas en los departamentos franceses al oeste del Ariège y en concreto en el de Hautes Pyrénées.

Respecto a su tipología, casi todos los casos conocidos responden a los modelos más sencillos de apéndices rectos, cilíndricos o terminados en cono, faltando las variantes más complejas como las asciformes o las bifidas, si exceptuamos un ejemplar de Masada de Ratón con *...dos apéndices más o menos en forma de punta y que parecen inspirarse en dos cuernos o lengüetas*.⁸⁰ También es preciso resaltar que si bien los modelos son extranjeros, en Aragón se llegan a sintetizar formas de aplicación propias que indican una concepción más personal y no una mera reiteración de prototipos importados. El ejemplo lo proporciona Huesca con el interesante método de multiplicación de asas con apéndice de botón y su combinación con series de cordones impresos en una tinaja de provisiones de Sosa I y también Zaragoza con el uso de dos apéndices paralelos en la misma asa del Cabezo de Monleón, Caspe.⁸¹

En cuanto a la cronología, el problema es arduo, pues mientras en Francia la cerámica de apéndice de botón está bien delimitada a nivel estratigráfico, en España no solemos tenerla aislada en conjuntos cerrados. Además, los poquísimos poblados catalanes excavados que la poseen, La Fonollera (Gerona)⁸² y Genó (Lérida),⁸³ nos muestran un hecho que se iba perfilando en el país vecino: su pervivencia en contextos de los primeros campos de urnas, es decir, en el denominado Bronce Final II.

Aparte de estos datos y en base a consideraciones teóricas de otra índole, en un momento de tendencia generalizada a las cronologías bajas se ha rebajado su fechación incluso hasta el siglo VIII a. C.⁸⁴ considerándola como una introducción propia de los campos de urnas.⁸⁵

⁸⁰ DÍEZ-CORONEL y PITA, «Memoria...», *citado*, p. 221.

⁸¹ BELTRÁN, «De Arqueología...», *citado*, p. 79.

⁸² PONS, E. (1977), *La Fonollera (Torroella de Montgrí, Girona). Un poblado al aire libre del Bronce Final*, Gerona.

⁸³ Nuestras excavaciones en el poblado de Genó, llevadas a cabo durante varios años y todavía en prosecución, por lo que permanecen inéditas, demuestran no sólo a nivel estratigráfico sino en piezas concretas, la asociación en una misma vasija de los apéndices de botón y acanalados propios de los campos de urnas antiguos.

⁸⁴ Véase por ejemplo: BELTRÁN, «La indoeuropeización...», *citado*, p. 110.

⁸⁵ MALUQUER DE MOTÉS, «Late...», *citado*, p. 111.

Los yacimientos oscenses poco pueden aclarar por no haber excavaciones estratigráficas que demuestren la contemporaneidad o prioridad del apéndice de botón respecto a las cerámicas de campos de urnas. En muchos de ellos, como por ejemplo Azafranales, San Blas, San Miguel y Cabezo la Vieja,⁸⁶ la existencia de perfiles o decoraciones «hallstätticas» es evidente, pero en otros todo parece indicar lo contrario.

Si Masada de Ratón posee un buen conjunto de apéndices y una proporción ínfima de cerámicas acanaladas respecto al total,⁸⁷ poblados como el Tozal Redondo,⁸⁸ La Ganza,⁸⁹ San Pedro el Viejo⁹⁰ y Sosa I,⁹¹ a pesar de contar con buenos lotes de materiales, no dan ninguna muestra de relación con los campos de urnas. Tampoco la conocemos en el Tozal de la Mora, pero la escasez de materiales nos impide utilizarlo como yacimiento probatorio al respecto.

Siguiendo con el análisis de las cerámicas principales de este período no queda más remedio que referirse al conjunto que tradicionalmente fue denominado de influencia argárica y que hoy puede considerarse representativo del Bronce Medio en buena parte de Europa. Nos referimos básicamente a las tazas carenadas, con fondo redondeado y parte superior escocada y a otras variantes similares, a veces asociadas al apéndice de botón o incluso con pezones en la arista que pueden llevar una o dos perforaciones. Su abundancia suele ser considerable, pudiendo estimarse como las anteriores uno de los prototipos más característicos del período.

También nos referiremos a otras cerámicas como los vasos polípodos, todavía desconocidos en Aragón pero que por su distribución pirenaica no pueden ser ajenos a estas tierras y en especial a la existencia de cerámicas de boquique, propugnadas en las publicaciones de DEL ARCO, hasta tal punto que se llega a citar una,⁹² que vista con conceptos actuales no es tal, si por

⁸⁶ Nos basamos para esta afirmación en el material recogido en superficie, a excepción del caso de San Blas, del que se conserva un perfil hallstättico en el Museo Arqueológico de Barcelona.

⁸⁷ DIEZ CORONEL y PITA, «Memoria...», *citado*, p. 218.

⁸⁸ Poseemos más de un centenar de fragmentos recogidos en superficie y seleccionados, por lo que el número de piezas revisadas es considerablemente mayor.

⁸⁹ MAYA, J. L., «Yacimientos...», *citado*.

⁹⁰ De San Pedro el Viejo no conocemos ningún material atribuible al período de los Campos de Urnas, ni entre las piezas de nuestras diversas prospecciones ni entre los fondos de los museos. Únicamente podrían contradecir estos datos algunos fragmentos, en concreto los números 99 y 100 de la publicación de ARCO, R. del, «Nuevos...», *citado*, aunque lo diminuto de las piezas nos impide especificar el tipo de decoración.

⁹¹ Remitimos a: BARRIL, «Materiales...», *citado*.

⁹² ARCO, «Nota...», *citado*, p. 82, lám. XXVIII-2, n.º 555.

boquique entendemos la técnica definida por MALUQUER,⁹³ sino un caso ya estudiado al hablar de las cerámicas derivadas del vaso campaniforme.

A pesar de este error existe la técnica de boquique aplicada a poblados del Alcanadre, aunque en una proporción mínima dentro del conjunto de sus cerámicas. Nos referimos en concreto a un fragmento gris que en una franja horizontal tiene una serie de cinco líneas en espina de pescado con el característico rehundido intermitente. Se conserva en el Museo Arqueológico de Barcelona y está rotulada (Cajal, Sena).⁹⁴

Tras los últimos estudios de ALMAGRO GORBEA,⁹⁵ hoy parece que la técnica de boquique puede admitirse como una derivación del campaniforme a partir de los siglos XIV-XIII a. C., con un foco fundamental en la Meseta Norte⁹⁶ desde la que existirían derivaciones al Valle del Ebro, hacia el País Vasco y hacia yacimientos aragoneses del Valle del Jalón, como Alhama y Calatayud.⁹⁷ Pero en menor grado cabe la posibilidad de un enlace con infiltraciones levantinas como las del Castellet de Borriol (Castellón), donde aparece con cerámicas antiguas de los campos de urnas. A simple vista, sin datos sobre las estaciones concretas, no podríamos precisar si se trata de un hallazgo moderno contemporáneo de los campos de urnas (Pueblo Viejo, San Blas), en cuyo caso podría deberse a influencias levantinas, o si se trata de un caso más antiguo (San Pedro el Viejo, Cernelario), con lo que le correspondería una cronología equivalente al Bronce Medio, siendo un típico elemento de influencia meseteña.

Respecto a la metalurgia, lo más representativo son las hachas de rebordes, de las que existe un interesante ejemplo de talón estrecho procedente de Las Paúles.⁹⁸ También diversos tipos de puntas de flecha en bronce, planas, con pedúnculo desarrollado y aletas, similares a la localizada en el Monte Alto de Sena⁹⁹ o en el poblado de Las Valletas.¹⁰⁰

Podemos deducir tres tipos de ocupación: megalitos, cuevas y poblados. De los primeros parece que ciertos datos confirman al menos su utilización

⁹³ MALUQUER DE MOTES, J. (1956), «La técnica de incrustación de Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro», en *Zephyrus*, VII, pp. 179 y 188.

⁹⁴ Suponemos que a ella se refieren PANYELLA y TOMÁS MAIGI cuando mencionan un fragmento decorado con «...una banda incisa en ángulo». Véase: PANYELLA y TOMÁS MAIGI, «Prospecciones...», *citado*, p. 113.

⁹⁵ ALMAGRO GORBEA, M. (1977), «El Bronce Final y el período orientalizante en Extremadura», en *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XIX. En especial pp. 110-119.

⁹⁶ ALMAGRO GORBEA, M., «El Bronce...», *citado*, p. 110.

⁹⁷ ALMAGRO GORBEA, M., «El Bronce...», *citado*, p. 112.

⁹⁸ BELTRÁN, «De Prehistoria...», *citado*, p. 52 y figura de la p. 51.

⁹⁹ BARANDIARÁN, I., y MARTÍN BUENO, M. A. (1971-72), «Novedades sobre las edades de los metales en Aragón», en *Caesaraugusta*, 35-36, p. 60.

¹⁰⁰ BOSCH GIMPERA, «Notes...», *citado*, figura 13-d.

por parte de las gentes de la Edad del Bronce. El caso de la Cornudella ya ha sido discutido y a él podría añadirse uno de los enterramientos de Santa Elena (Biescas), que, a decir de ALMAGRO,¹⁰¹ proporcionó un fragmento de un cuenco en forma «argárica», que sirve para clasificarlo en la Edad del Bronce. A su vez, el sepulcro de corredor de Guarrinza (Valle de Hecho) proporcionó cerámicas con unguilaciones y cordones lisos o impresos de fechación también tardía.¹⁰²

Las cuevas han sido con toda seguridad ocupadas con relativa frecuencia durante el Bronce Medio. La de Olvena debe pasar en este momento por una etapa de habitabilidad de bastante importancia, como demuestran sus tazas carenadas, trozos de tinajas de provisiones con cordones lisos y digitados o con superficies recubiertas de pezones y cuencos con temas impresos paralelos a los de Les Llenes (Eriñá, Lérida).¹⁰³ Todo ello, incluyendo dientes de hoz en sílex, propugna no ya enterramientos, sino un hábitat relativamente estable.

La hipotética cavidad del Pantano de Santa Ana aporta un lote de materiales que, si homogéneamente pueden adjudicarse a la Edad del Bronce, podrían corresponder a diferentes fases, pues mientras un borde es característico de las cerámicas de campos de urnas, hay materiales más antiguos como cerámicas carenadas y un molde para fundir hachas planas.¹⁰⁴

En resumen, estas dos grutas son un mínimo exponente de otras muchas que como las citadas por BALDELLOU de Chaves, La Miranda, Juseu, Campodarve, Escuaín, Tella, etc., ya han empezado a dar manifestaciones de estos momentos de mediados de la Edad del Bronce.¹⁰⁵

De todos, el poblamiento sobre el que podemos aportar mayor número de datos fruto de más de cinco años de prospecciones sobre el terreno, es el que concierne a poblados al aire libre, cuyo número es suficiente como para darnos un panorama relativamente amplio de la ocupación de la mitad sur de la provincia.

Son poblados establecidos en su inmensa mayoría en los numerosos «tozales» o montículos residuales, formados por estratos arcilloso-areniscos y atacados constantemente por la erosión que producen derrumbes y cortes de arroyamientos, en los que aparece abundante material. Su característica

¹⁰¹ ALMAGRO, M. (1935), «Exploración de los primeros sepulcros megalíticos aragoneses», en *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, XIII, p. 275.

¹⁰² ALMAGRO, M. (1944), «La cultura...», *citado*, fig. 3.

¹⁰³ BERGES y SOLANILLA, «La cueva...», *citado*, fig. 5, n.º 1, 4, 5 y 7; fig. 6, n.º 2, 3, 6 y 7.

¹⁰⁴ Nos referimos a un conjunto de materiales que conocemos gracias a don LUIS DíEZ-CORONEL, encontrados en los trabajos del embalse de Santa Ana, en Ribagorza, en el límite entre Lérida y Huesca. Actualmente los tenemos en estudio.

¹⁰⁵ BALDELLOU, «Alto Aragón...», *citado*, p. 35.

básica es su perfecta situación estratégica en zonas despejadas, con amplia visibilidad o en lugares claves de paso, pero además hay que resaltar la selección de dimensiones de acuerdo con la comunidad que ha de vivir en ellos.

En unos casos se prefiere utilizar el último de una serie de montículos alineados, en especial si éste destaca sobre una llanura circundante, como en los Tres Tozaletes Hermanos. También predominan las mayores elevaciones sobre una meseta uniforme, como en los de la orilla izquierda del Alcanadre (San Blas, Carnelario) y estas situaciones se combinan en casos excepcionales con el lugar de la confluencia de dos ríos, creándose poblados tan estratégicos para el control de una comarca como el Tozal Redondo de La Codera.

Existiendo varias posibilidades en una misma área parece que las dimensiones juegan el papel decisivo. Por ello se ocupa San Pedro el Viejo de Cajal (también denominado Pueblo Nuevo), pequeño montículo al pie de un gran espolón alargado, de difícil control total, a pesar de sus excelentes características, si no lo utiliza una comunidad relativamente densa. Otro tanto podríamos decir en la margen derecha del Alcanadre de los tozales de La Huega o Cantalobos, situados en torno al más alargado de Jubierre, que se ocupa en cambio en época hallstättica. Casos especiales son el aprovechamiento en el montículo de crestones rocosos que sirven de muro sobre el que se apoyan hogares o viviendas, como ocurre con los paredones calizos de La Ganza.¹⁰⁶

Si el poblado en elevación es la norma general, no se puede descartar en absoluto la existencia de campamentos temporales en llano, similares al que en Lérida representa La Peixera (Vilanova de la Barca). En apoyo de esta hipótesis, comprobada en el período hallstättico, podríamos aducir dos ejemplos, uno el de La Plana de la Balsa del Vedao,¹⁰⁷ cuyos materiales hemos podido revisar en los almacenes del Museo Arqueológico de Barcelona. La aparición de molinos, la existencia de cerámica (aunque muy exigua) correspondiente a grandes tinajas de provisiones y la situación en el terreno podrían propugnar fondos de cabaña de un momento indetermina-

¹⁰⁶ MAYA, «Yacimientos...», *citado*.

¹⁰⁷ PANYELLA y TOMÁS MAIGI, «Prospecciones...», *citado*, pp. 111-112. En el Museo Arqueológico de Barcelona se conservan fragmentos y una base de tinaja de provisiones con decoración plástica que en nada desentonan con otras también hechas a mano y características de la Edad del Bronce. Por ello, no compartimos la opinión de los autores antes citados de que se trate de perduraciones cerámicas populares, pues aunque éstas son abundantes en la región, no existe entre ambas ninguna semejanza formal. Por el contrario, la situación del yacimiento en una zona aterrizada, plana, no elegida por condicionamientos defensivos, y la aparición de molinos asociados a tinajas de provisiones parecen indicar fondos de cabañas, probablemente en materia perecedera. Un fragmento, al parecer de cuarcita negra, está roto, pero no intencionadamente.

do del Bronce. El otro caso corresponde a unas escasas cerámicas y un característico percutor sobre canto rodado y con peculiares desgastes formando bisel, provenientes todos de un lugar llano en Pallaruelo de Monegros, cercano a un montículo en el que no existen restos prehistóricos visibles.¹⁰⁸

Mucho menos podemos decir sobre la organización interna de los poblados. En varios casos hay restos de construcción no sólo en la colina, sino también a su pie o incluso sólo se observan importantes construcciones en la zona llana, como El Tozal de la Huega.

Como materiales de construcción aparecen indefectiblemente líneas de piedras, que acusan casas de tipo rectangular, e improntas de ramas con revestimientos de barro, que pueden pertenecer a cubriciones o revoques de paredes. En el único caso en el que un muro conserva al exterior más de un metro de alzado, como consecuencia de las rebuscas clandestinas, el Tozal Redondo de La Codera, todo él está hecho en mampostería, lo que parece indicar un modelo de construcción similar al de Genó, en el Bajo Segre.

Otro tipo de estaciones atribuidas a la Edad del Bronce por BELTRÁN son las que poseen pinturas esquemáticas en covachos y abrigos como los de Lecina. Si bien existen en la zona abundantes muestras de habitabilidad desde época neolítica y el Eneolítico,¹⁰⁹ el citado autor los considera, tanto por razones estilísticas, como por la aparición de cerámicas y sílex, como de un momento indeterminado de la Edad del Bronce.¹¹⁰ Creemos que tal atribución parece muy probable y que concordaría con los hallazgos similares del Tallat de les Aparets, en Alós de Balaguer, con yacimientos a pie de estación que proporcionan cerámicas correspondientes a un Bronce Medio-Final.¹¹¹

El contraste entre las primeras etapas Neo-Eneolíticas con ocupación de megalitos y cuevas y sólo con escasos poblados, y el Bronce avanzado, con un predominio fundamental de los lados del sur, debe corresponder a unas condiciones favorables, no únicamente a nivel de ejes de comunicación, sino también económicas. Si T. ANDRÉS deja ver la posibilidad de una diferenciación de modos de vida ganaderos por encima de la cota de 700

¹⁰⁸ Es un lugar a escasa distancia de Pallaruelo de Monegros, a la izquierda de la carretera que va a Lanaja, en la partida conocida como Virgen Vieja.

¹⁰⁹ BARANDIARÁN, I. (1976), «Materiales arqueológicos del Covacho del Huerto Raso (Lecina, Huesca)», en *Zephyrus*, XXVI-XXVII, pp. 217-223. MORENO, «Cerámica...», *citado*, p. 34, nota 6, fig. 3.

¹¹⁰ BELTRÁN, A. (1971-72), «Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)», en *Caesaraugusta*, 35-36, p. 99.

¹¹¹ DíEZ-CORONEL, L. (1978), «Las pinturas esquemáticas de Baldomar y Alós de Balaguer (Lérida)», en *Ilerda*, XXXIX, pp. 28-29, láms. XI-XIII.

metros para los constructores megalíticos,¹¹² creemos que a pesar de existir una agricultura limitada en las zonas montañosas, demostrada por la aparición de útiles agrícolas en cuevas¹¹³ y megalitos,¹¹⁴ el área básica de aprovechamiento agrario es el llano, que ya había comenzado a ser utilizado tímidamente en la transición Eneolítico-Edad del Bronce.

La prueba la proporciona la aparición de abundantes molinos barquiformes en prácticamente todos los poblados, además de otros instrumentos agrarios como los dientes de hoz de San Pedro el Viejo,¹¹⁵ Carnelario,¹¹⁶ Tozal de la Mora¹¹⁷ y Tozal Redondo de La Codera.¹¹⁸ De todos modos, es muy posible que el auge agrícola esté vinculado a nuevas técnicas agrarias, puesto que si queda demostrada la influencia de la cerámica de La Polada en estas regiones, no hay que olvidar que esta cultura norditálica proporciona los primeros datos conocidos en Europa sobre arados de madera, como el de Ledro.¹¹⁹ Es por eso por lo que no creemos improbable la difusión de este útil coincidiendo con el florecimiento de los poblados.

En todo caso, no pueden olvidarse otras formas de obtención de alimentos, que indudablemente se simultanearon con la agricultura, en esencia la tradicional cría de ganado lanar y la caza, tanto menor como de animales de mayor envergadura, en especial ciervos, presentes en yacimientos próximos (Genó) y en representaciones artísticas. La caza representó posiblemente un papel todavía notable en estas comunidades no excesivamente numerosas.

Respecto a la minería y metalurgia, contamos con diversos moldes de fundición en Carnelario,¹²⁰ Tozal Redondo de La Codera,¹²¹ La Hueva¹²² y Pantano de Santa Ana,¹²³ que demuestran la fundición a un nivel limitado y

¹¹² ANDRÉS RUPÉREZ, T. (1978), *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la Cuenca Media del Ebro*, Zaragoza, pp. 65-66.

¹¹³ BERGES y SOLANILLA, «La Cueva...», *citado*, figura 4, n.º 1.

¹¹⁴ ANDRÉS, «La estación...», *citado*, p. 59. CAVA, «La estación...», *citado*, p. 83.

¹¹⁵ ARCO, «Nuevos...», *citado*, p. 14, las denomina sierras. BARDAVIU, «Excavaciones...», *citado*, p. 7 («láminas dentadas de sílex»).

¹¹⁶ En el Museo Arqueológico de Barcelona hay un diente de hoz en sílex negro con una meticulosa denticulación.

¹¹⁷ Localizado en prospección personal.

¹¹⁸ Localizado en prospección personal.

¹¹⁹ PERONI, R. (1971), «L'età del Bronzo nella Penisola Italiana, I L'Antica Età del Bronzo», en *Accademia Toscana di Scienze e Lettere*, «La Colombaria. Studi», XIX, p. 96.

¹²⁰ PANYELLA y TOMÁS MAIGI, «Prospecciones...», *citado*, p. 109. RAURET, A. M. (1976), «La metalurgia del Bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro», en *Publicaciones Eventuales del Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona*, n.º 25, p. 124.

¹²¹ Fragmentos de un molde encontrado entre los restos de un saqueo clandestino.

¹²² Fragmentos de molde para fundir piezas apuntadas, probablemente agujas. Localizado en prospección personal.

¹²³ Valva para fundir hachas planas.

hasta cierto punto familiar, con refundiciones a partir de objetos ya elaborados.¹²⁴ El problema de las fuentes de aprovisionamiento está sin resolver, pero en cuanto al cobre podría ser de más fácil resolución si se piensa en la posibilidad de pequeños filones en la línea de los cercanos explotados en Lérida y Navarra.

Por último, tampoco podemos resolver nada respecto al tipo de rituales funerarios empleados en estos momentos. Hicimos ya referencia a la aparición de objetos de esta cronología en megalitos, que podrían utilizarse como pistas de posibles pervivencias de un enterramiento tradicional, pero los poblados no suelen coincidir con el área megalítica. Para T. ANDRÉS, la Edad del Bronce ve la perduración de las inhumaciones colectivas en abrigos y cuevas,¹²⁵ pero lamentablemente no conocemos ninguna que los pruebe por ahora y la única referencia a ritos funerarios de este momento sería la siempre recurrida cista de Mig-Aran (Lérida), con enterramiento individual en fosa recubierta de losas y ajuar en el interior.¹²⁶ Será preciso esperar nuevos hallazgos para definirse en este aspecto.

C) El Bronce Final I (1250-1100) o Bronce Reciente

La etapa del Bronce Final se inicia con un período prolongación del anterior con el que mantiene una gran identidad en base a numerosas herencias culturales. En realidad nos atreveríamos a propugnar el auténtico corte entre el Bronce Medio-Final en lo que GUILAINE denomina Bronce Reciente o Bronce Final I, que se fecharía en el 1100 en su etapa terminal, si no fuese porque crear otra nueva clasificación quizás enturbiase, por ahora, más el problema que lo clarificase.

Para analizar sucintamente cuál sería el estado de la situación en este momento transicional, nos podrían ayudar ciertos yacimientos que parecen levemente contaminados por las influencias de los campos de urnas, es decir por los primeros elementos del Bronce Final II.

El principal es, sin lugar a dudas, Masada de Ratón (Fraga), que si bien cronológicamente debe situarse en esta última fase, cuenta con un ambiente

¹²⁴ Creemos que ésta es la posibilidad más aceptable dadas las condiciones de escasez de materia prima y más en concreto en estos sectores del valle. La refundición de chatarra evitaría tener que conseguir los elementos a alear con el cobre en explotaciones alejadas y permitiría explotaciones más sencillas, puesto que el cobre exige mayores temperaturas para la fusión que el estaño y por tanto que los bronceos. Véase al respecto: FUSTIER, P. (1960), «Préparation et circulation du bronze dans la Gaule préromaine», en *Gallia Préhistoire*, III, pp. 129-131.

¹²⁵ ANDRÉS, «Estudio...», *citado*, p. 75.

¹²⁶ DÍEZ-CORONEL, L. (1974), «Una sepultura del Bronce en Viella (Lérida)», en *Miscelánea Arqueológica*, XXV Aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología en Ampurias (1947-1971), I, pp. 302-309.

correspondiente al período anterior, además de que, como dicen los excavadores, «entre miles de fragmentos de cerámica sólo se han hallado 5 ó 6 con acanalados».¹²⁷ Incluso tales cerámicas acanaladas corresponden a piezas muy antiguas de campos de urnas, con perfiles en S quebrada y decoraciones en la base.

El repertorio fundamental de Masada no difiere en absoluto del de cualquier poblado del Bronce Medio: tazas carenadas, a veces con asa plana o con pezones bíforos, tinajas de provisiones, apéndices de botón, bordes de vasijas incisos, etc., en cuanto a cerámicas. Hachas de rebordes, puntas de flecha de aletas y pedúnculo y puñales de espiga con remaches en cuanto a los útiles metálicos.

Buena parte de los yacimientos que poseen apéndice de botón o incluso acanalados antiguos deben corresponder a este momento y quizás el caso más característico sea San Blas (Villanueva de Sigena) donde en un montículo de base rocosa se estableció un pobladito con gran visibilidad, que por sus materiales (apéndices de botón, dientes de hoz, tazas carenadas, cerámica con decoración plástica) habríamos fijado en un Bronce Medio si no fuese porque entre las piezas conservadas en el Museo Arqueológico de Barcelona hay parte de una tinajita con doble cordón en el cuello y perfil hallstático de borde biselado.

D) El Bronce Final II y el inicio de los campos de urnas

La auténtica transformación cultural se producirá en torno al 1100 a. C., según la cronología de GUILAINE, con la aparición de las penetraciones indoeuropeas manifiestas en los campos de urnas. Éstas tienen un precedente en el trasiego, puesto de relieve con anterioridad, entre ambas vertientes pirenaicas, es decir, que es un fenómeno más de los muchos que, como la influencia poladiense, eran un exponente de los contactos entre regiones que no encuentran en buena parte de la cadena montañosa un obstáculo insalvable. Si partimos de este presupuesto tampoco hay que olvidar lo que ya era claro en épocas previas, la mutua influencia entre recién llegados y substrato indígena y el resultado de unas elaboraciones originales con mezclas de ambas procedencias.

El problema de los campos de urnas se inicia ya con una incógnita cronológica discutible, puesto que si en las últimas décadas existía una tendencia a las fechas iniciales muy bajas, la publicación de síntesis concernientes al sur de Francia¹²⁸ han marcado la subida cronológica hasta superar el límite

¹²⁷ DíEZ-CORONEL y PITA, «Memoria...», p. 218.

¹²⁸ GUILAINE, «L'Âge du...», *citado*. ROUDIL (1972), «L'Âge du Bronze en Languedoc Oriental», en *Mémoires de la Société Préhistorique Française*, 10.

del primer milenio fijándose en los trabajos más modernos el tope en el 1100 a. C.¹²⁹

Es evidente que con piezas en su mayoría incompletas no se puede precisar excesivamente, pero no cabe duda de la adjudicación antigua de algunos yacimientos. En nuestro estudio de El Puntal de Fraga¹³⁰ creemos haber demostrado la gran antigüedad del campo de urnas, tanto en aquellas vasijas de incineración que parecen deberse a una tradición del Bronce Medio-Reciente, como en un ejemplar bicónico, con paralelos en Janet (Tarragona) y, por tanto, clasificable en el período I de Vilaseca o Bronce Final II.

Igual podría decirse de las escasas pero representativas piezas con acanalados de Masada de Ratón, cuyos paralelos son los que aducimos en nuestra primera etapa de la clasificación de los campos de urnas de Lérida.¹³¹ Azafranales y Cabezo la Vieja cuentan con algún perfil en S quebrada y posibles apéndices de botón que podrían caer dentro de nuestro período y La Carrabardera (Valfarta) proporciona, entre otros, buena parte de un perfil con marcadísima carena. Igual ocurre en el Tozal de Alcanares (Fraga) y en Jubierre (Castejón de Monegros), de claras formas bicónicas.

Advertimos una cierta evolución en algunos perfiles de poblados como Las Valletas, El Chermanillo y Cabezo la Vieja. En esencia, se trata de una suavización de las carenas en los perfiles bicónicos, cuya importancia no podemos precisar hasta el punto que nos sirva para diferenciar una segunda etapa, pudiendo tratarse simplemente de un momento avanzado del Bronce Final II.

Al llegar a este punto, hay que salir al paso de un error proveniente de la bibliografía antigua¹³² según el cual en Las Valletas faltan las decoraciones acanaladas. Es indudable, tanto por bibliografía como por la prospección sobre el terreno que existen y, aunque en ciertos casos la finura de su trazo sea tal que haga pensar en incisiones, se encuentran los clásicos acanalados hechos con punzón romo.

E) Bronce Final III (900-750/700)

Tras un momento de fuerte influencia de los campos de urnas ultrapiereñaicos del Bronce Final II, se produce un fenómeno análogo al de la transición Bronce Medio/Reciente. Nos referimos en concreto a la elaboración de formas cerámicas más particulares con escasas o nulas correspondencias en

¹²⁹ ALMAGRO GORBEA, M., «El Pic...», *citado*, pp. 89-141.

¹³⁰ MAYA, «Yacimientos...», *citado*.

¹³¹ MAYA, «Lérida...», *citado*, p. 100.

¹³² ALMAGRO, «La España...», *citado*, p. 190.

el sur de Francia, fenómeno visible en toda la orilla norte del Bajo Ebro, es decir en Tarragona, Lérida y Huesca.

En la Cataluña meridional las formas de Janet y Marcó (Período I de Vilaseca) se suavizan en el modelo Llardecans, preludio del tipo Molà que va a corresponder ya a la primera Edad del Hierro. En Huesca el proceso está menos claro, pero probablemente se repitió de igual modo al menos en el Bajo Cinca. De todos modos, la evolución visible en Las Valletas, El Chermanillo o Cabezo la Vieja, según la cual las carenas se van suavizando, cristaliza en formas menos angulosas. El ejemplo más característico sería El Tozal de los Regallos, donde de formas más o menos carenadas se pasa a otras más suavizadas o incluso a perfiles de cuerpo globular.¹³³ Por estas fechas se desarrollaría también Cabezo la Vieja, que debió recibir influencias de la otra orilla del Ebro a juzgar por alguna introducción de cerámica con excisiones combinadas con acanalados.

Desde el punto de vista metalúrgico, parece existir un auge en estos momentos, visible en los numerosos moldes de fundición representantes de variadas tipologías. Así, en Monte Gil (Selgua) se trata de una valva de fundición de puntas de lanza de empuñadura tubular corto, con característicos paralelos franceses.¹³⁴ En Regal de Pidola uno corresponde a empuñaduras de espadas de mango macizo, de cronología cercana al hallazgo de la Ría de Huelva¹³⁵ y otro pertenece a hachas de cubo fechables a partir de este período y con perduraciones en la primera Edad del Hierro. También el de Sosa I, preparado para fabricar hachas de alerones,¹³⁶ puede situarse en estas fechas.

F) Primera Edad del Hierro (750/700-500/450)

Dibujados de esta forma los períodos precedentes, se nos desvanece el concepto clásico de primera Edad del Hierro como sinónimo de período de los «Campos de Urnas». En su lugar admitimos una etapa transicional, heredera y epílogo de dichos campos de urnas, con una cultura esencialmente del Bronce Final en la que se infiltra el nuevo metal a partir de objetos que inicialmente han de ser de elaboración externa al área y que, con posterioridad, serán objeto de fabricación propia.

¹³³ QUERRE, J. (1977), «Fouilles archéologiques à Candanos (Huesca). Le «Tossal de los Regallos», en *Ilerda*, XXXVIII, pp. 7-14, lám. 1.

¹³⁴ GUILAINE, «L'Âge du...», *citado*, p. 288, lám. 111.

¹³⁵ ALMAGRO, M. (1974), «Depósito de bronce de la ría de Huelva», en *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*, Madrid, pp. 215-220 y lám. 212.

¹³⁶ BARRIL, «Materiales...», *citado*.

En teoría, la etapa de Molà, iniciada a mediados del siglo VIII a. C., ve la aparición de piezas de hierro, como los cuchillos de robloles tipo Grand Bassin I,¹³⁷ que se conocen en el yacimiento epónimo y en La Toseta de Guiamets, ambos en Tarragona, y en los yacimientos ilderdenses de La Pedrera y Pedrós.

En Huesca no conocemos aún casos semejantes, pero sí vemos introducirse los primeros materiales férreos en piezas de adorno. Ejemplos, por tanto, de esta primera Edad del Hierro serían los yacimientos de La Codera y Bolea, con fíbulas de resorte bilateral y pie acodado en botón,¹³⁸ en las que las espiras se realizan en hierro por contraposición al bronce en que se ha fundido el resto de la pieza. Estos modelos, en Cataluña, se fechan entre mediados del siglo VI a. C. y el V, cronología que inicialmente encaja en nuestros contextos anteriores a la iberización.¹³⁹

La Codera, poblado amurallado de calle central, con necrópolis de túmulos cuadrados y rectangulares y cerámicas de tipo hallstático, podría situarse entre ambos siglos y Bolea, en curso de excavaciones actualmente, incluye entre sus materiales una placa de cinturón de tres garfios como las asociadas a cerámica griega en la tercera fase del Languedoc,¹⁴⁰ fechadas a partir del VI a. C.

Otra muestra del mismo ambiente anterior a la iberización sería la necrópolis de El Castellazo, en Robres, con túmulos circulares, cistas rodeando la urna y cerámicas conteniendo ajuares como fíbulas de resorte bilateral, brazaletes en bronce e incluso una anilla de hierro.

A estos ejemplos, en los que la cerámica correspondiente nos es prácticamente desconocida por falta de publicaciones, pueden añadirse otras vasijas sueltas de fecha tardía. Incluimos aquí, como transición entre las fases del Bronce Final III y la primera Edad del Hierro el vaso de Estiche, por su paralelismo tipológico con Molà, y una urna del Camino de Algayón (Biné-

¹³⁷ MAYA, J. L., «Análisis de la situación anterior al establecimiento de la cultura ilergeta», en Simposio *Los orígenes del mundo ibérico*, Barcelona-Ampurias (2-7 de mayo de 1977). En prensa.

¹³⁸ Datos proporcionados por don Vicente BALDELLOU, a quien debemos la amabilidad de mostrarnos las piezas de estos yacimientos.

¹³⁹ NAVARRO, R. (1970), «Las fíbulas en Cataluña», en *Publicaciones eventuales del Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona*, 16, p. 66 y en general pp. 56-67.

¹⁴⁰ PERONI, R.; FUGAZZOLA, M. A.; ANZIDE, A. P.; BERGONZI, G.; BERNARDI, O.; MINNUCCI, L.; SANSONETTI, D., y SCARABELLO, L. (1976), «Sulla cronologia dei "Campi di Urne" della Linguadoc», en *Rivista di Scienze Preistoriche*, XXXI, 1, pp. 280-281. CUADRADO, E. (1961), «Broches de cinturón de placa romboidal en la Edad del Hierro peninsular», en *Zephyrus*, XII, p. 219. Se dan en Grand Bassin II y en el Corno Lauzo (Minervois, Aude) con cerámicas griegas de mediados del VI a. C. En Can Canyis (Tarragona) las cronologías alcanzan igualmente el VI y la primera mitad del V a. C. Véase: VILASECA, S.; SOLÉ, J. M., y MAÑE, R. (1963), «La necrópolis de Can Canyis (Banyeres, Prov. de Tarragona)», en *Trabajos de Prehistoria*, VIII, p. 84.

far), de pie anular diferenciado, cuerpo en S redondeada y borde muy desarrollado, equivalente a cerámicas de Guisona,¹⁴¹ La Guingueta, en Solsona¹⁴² o la Cueva del Garrofet (Tarragona).¹⁴³

De otros yacimientos cabe esperar etapas similares, insinuándose especialmente esta posibilidad en los poblados como Mataliebres (Sariñena) y El Puntal de Ontiñena, por poseer cerámicas de campos de urnas y posteriores materiales ibéricos. Igual suponemos de la necrópolis de El Juncal, tanto por corresponder al cementerio del anteriormente citado Puntal, como por las formas tardías de algunos de sus enterramientos.

Características generales del período de los campos de urnas

Si hemos descrito en especial la evolución de las cerámicas de campos de urnas, queda por aludir a otros restos de cultura material que les acompañan y que son igualmente importantes. Así, está asegurada la persistencia de la cerámica poladiense durante el Bronce Final II, combinándose con acanalados;¹⁴⁴ igual ocurre con las tazas carenadas, al menos durante el inicio del Bronce Final, mientras que las cerámicas con cordones adoptan con frecuencia biseles y perfiles hallstáticos (Monte Gil, San Blas), a pesar de que sus formas tradicionales se conservan con frecuencia en las de mayor tamaño.

La existencia de algunas cerámicas consideradas como excisas en el nordeste peninsular nos pone ante la problemática de un tipo de técnica que no fue habitual en esta zona.

En resumen, el planteamiento actual en torno a las cerámicas excisas se centra en admitirles, como se ha venido haciendo tradicionalmente, un origen europeo y una introducción vinculada a los campos de túmulos o urnas, o bien un origen peninsular partiendo de una tradición campaniforme, en concreto de los grupos incisos como Ciempozuelos, que practican combinada la pseudoexcisión a punta de espátula.¹⁴⁵

No es éste el sitio para tomar postura al respecto, pero deben hacerse unas aclaraciones en torno a las oscenses. En primer lugar, no creemos que

¹⁴¹ COLOMINAS, J. (1941), «El poblado ibérico de Guissona», en *Ampurias*, III, pp. 35-38.

¹⁴² SERRA VILARÓ, J. (1925-26), «Excavaciones en Solsona», en *Informes y Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 83, lám. II, n.º 2. ALMAGRO, «La España...», citado, fig. 145, centro.

¹⁴³ VILASECA, «Reus y...», citado, II, lám. 136-2, p. 268 y nota 43.

¹⁴⁴ Según demuestran nuestras excavaciones en el poblado de Genó (Lérida).

¹⁴⁵ Para la primera hipótesis véase por ejemplo: ALMAGRO GORBEA, M., «El Bronce Final...», citado, en especial pp. 110-114. La segunda hipótesis y un planteamiento de la cuestión se encuentra en: MOLINA, F., y ARTEAGA, O. (1976), «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica», en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1, pp. 175-214.

se deban englobar en un mismo grupo las excisiones y las impresiones a punta de espátula o pseudoexcisiones, puesto que si bien los resultados pueden ser análogos, desde el punto de vista técnico son dos procesos distintos que pueden coincidir o no en un mismo ambiente cultural.¹⁴⁶

Si admitimos la excisión en un sentido estricto, no contamos en Huesca más que con una pieza ya aludida que encontramos en el Tozal de Cabezo la Vieja y que combina acanalados propios de los campos de urnas, con un festón de triángulos excisos.

Si, por el contrario, se alude también a las decoraciones impresas a punta de espátula hay que mencionar piezas como el vaso de Estiche y el fragmento de Cornudella.¹⁴⁷

Concretándonos a la excisa de Cabezo la Vieja, pensamos que puede tratarse de una infiltración a partir del núcleo del Bajo Aragón y que su cronología podría situarse en el Bronce Final III, representando un caso completamente excepcional.

El vaso de Estiche ha sido tan discutido que poco puede decirse, por lo que nos limitaremos a reafirmarnos en la clasificación, y a recalcar su técnica pseudoexcisa y su forma con cuello cilíndrico, cuerpo globular y pie diferenciado, que, como ya vio BOSCH GIMPERA,¹⁴⁸ corresponde a campos de urnas (Bronce Final III-1.^a Edad del Hierro) y en concreto a piezas tipo Molà. Sobre el fragmento de Cornudella, igualmente fuera de contexto, no podemos precisar más, como ocurre con la supuesta urna con círculos excisos de Las Valletas,¹⁴⁹ que únicamente conocemos por deficientes fotografías.¹⁵⁰

En cuanto a la metalurgia, ya hemos aludido a los nuevos tipos introducidos en el Bronce Final y completaremos el cuadro con los hallazgos de moldes de fundición de Masada de Ratón,¹⁵¹ El Puntal de Fraga,¹⁵² Monte Gil¹⁵³ y Las Valletas.¹⁵⁴ El aprovechamiento de las piezas amortizadas debía

¹⁴⁶ En este sentido la aparición de la pseudoexcisión en contextos tan diversos como el vaso campaniforme, el poblado del Bronce Final de La Fonollera (Gerona), Numancia (Soria), El Castellet de Bañolas (Tarragona) o ciertos castros del noroeste peninsular, por poner sólo algunos ejemplos, creemos que son suficientemente elocuentes de la amplitud cronológica de tal técnica.

¹⁴⁷ El vaso de Estiche ha sido utilizado por casi todos los prehistoriadores que han estudiado la zona o han tratado el tema de las excisiones. Puede verse bibliografía en: MOLINA y ARTEAGA, «Problemática y...», *citado*, nota 63. El fragmento de Cornudella II fue publicado en, ANDRÉS, «La estación...», *citado*, fig. 8, n.º 10.

¹⁴⁸ BOSCH GIMPERA, «Notes de...», *citado*, p. 57. Indica el autor la forma francamente ballstática de la pieza, a pesar de lo cual lo fecha más modernamente por su supuesta factura a torno, que a simple vista no está clara.

¹⁴⁹ MOLINA y ARTEAGA, «Problemática y...», *citado*, p. 194.

¹⁵⁰ ALMAGRO, «La España...», *citado*, p. 148, centro.

¹⁵¹ DíEZ-CORONEL y PITA, «Memoria...», *citado*, figuras 19 y 20.

¹⁵² PITA, «El yacimiento...», *citado*, p. 148.

¹⁵³ Valva localizada por Mn. Francisco MARTÍ SOLSONA, de Almenar (Lérida).

¹⁵⁴ BOSCH GIMPERA, «Notes...», *citado*, p. 52.

ser importante y el haber hallado en el último yacimiento, dentro de una urna, un hacha plana, rota y de tipología más antigua¹⁵⁵ podría ser un buen ejemplo de cómo se guardaba la chatarra para las refundiciones.

La talla del sílex sigue teniendo importancia, en especial hojas retocadas, dientes de hoz (Las Valletas, San Blas, San Miguel, El Puntal de Fraga y Masada de Ratón) y puntas de flecha.

Respecto a los poblados, su situación sigue las mismas líneas anteriores, aunque con frecuencia los establecimientos son nuevos, por ejemplo, en el Cinca, Tossal de Alcanares, Masada de Ratón, Punta Farisa, Azafranales, La Codera y Monte Gil; en el Alcanadre, El Puntal de Ontiñena, San Blas, Pueblo Viejo, Las Valletas, El Estillador, Jubierre, San Miguel y Mataliebres; en el sur de los Monegros, Cabezo la Vieja, Tozal de los Regallos, Chermanillo, Cresta de la Sierra, La Carrabardera y Las Negras.¹⁵⁶

¹⁵⁵ BOSCH GIMPERA, «Notes...», *citado*, p. 45, fig. 11-c. BOSCH GIMPERA atribuye su hallazgo en Las Valletas a una recogida de piezas anteriores con un valor religioso similar al de las «piedras de rayo». Sin embargo, por el hecho de ser una reliquia de tiempos más antiguos y por estar rota y guardada, creemos que puede tener relación con su valor intrínseco como metal y como posible pieza a refundir. Corresponde al tipo 10-B de Monteagudo, con paralelos en Andalucía y Sur de Portugal. MONTEAGUDO, L. (1977), «Die Beile auf der Iberischen Halbinsel», en *Prähistorische Bronzefunde*, IX, 6, München.

¹⁵⁶ Los poblados con materiales propios de los Campos de Urnas que conocemos son los siguientes:

1.º *Masada de Ratón*: Poblado con escasos fragmentos tipo Vilaseca I o Bronce Final II.

2.º *Punta Farisa*: El poblado hallstático está en un montículo aplanado unido en un extremo a un montículo en el que se encuentra un establecimiento ibérico que localizamos el 3-III-1979.

3.º *Azafranales*: Suponemos que esta denominación debe corresponder al poblado que sobre la orilla izquierda del Cinca, a un kilómetro al norte de Fraga, reconocimos el 10-II-1980.

4.º *La Noria*: A tres kilómetros al norte de Fraga, en la carretera de Zaidín, sobre la vertiente izquierda del Cinca. Lo prospectamos el 17-II-1979.

5.º *Tossal de los Alcanares*: Poblado situado en las últimas estrabaciones montañosas que desembocan en la orilla derecha del Cinca, en término de Fraga. Lo prospectamos el 16-XII-1979.

6.º *El Puntal de Fraga*: Poblado con abundantes materiales en necrópolis y poblado.

7.º *La Codera*: Interesante complejo de poblado amurallado y necrópolis tumular.

8.º *Olriols*: Poblado ibérico con materiales que parecen indicar un nivel hallstático. Lo reconocimos en el invierno de 1971, así como numerosos materiales guardados en Binéfar. Ha sido excavado con posterioridad por V. BALDELLOU.

9.º *Regal de Pidola*: Poblado cercano a Binéfar del que se conocen materiales cerámicos y dos moldes de fundición.

10.º *Sosa II*: Poblado tardío dentro del Bronce Final en la orilla izquierda del río epónimo.

11.º *Monte Gil*: Yacimiento cercano a la estación de Selgua con establecimiento medieval y hallstático. El hallazgo de campaniense parece indicar una posible ocupación ibérica. M. F. MARTÍ localizó en él una valva de fundición y una urna con cordones. Lo prospectamos el 2-VI-1979.

12.º *El Puntal de Ontiñena*: Poblado de localización antigua, citado por BOSCH GIMPERA, que proporciona materiales de campos de urnas e ibéricos. Prospectado el 17-XII-1977.

En resumen, las mismas zonas, diferentes poblados y un hecho importante, la penetración en los terrenos más áridos del interior de Los Monegros. Esta penetración sigue fundamentalmente dos líneas principales de comunicación: la que une el llano de la actual Candasnos con el Alcanadre en Ontiñena, a través de La Portellada (Cabezo la Vieja, Chermanillo) y el enlace más occidental de La Carrabardera (Valfarta) hacia el ángulo Alcanadre-Isuela. Con ello queda una zona central virgen, el antiguo pinar del Sisañar, con un terreno poco apropiado por su tipografía y por la dificultad de comunicaciones dado el brusco desnivel al sur del Alcanadre. Quizá por ello sólo contamos, en toda la extensión, con el poblado de Cresta de la Sierra.

Sobre la situación de estos hábitats se siguen idénticas normas de respetar los condicionamientos estratégicos del terreno y de no ocupar más que aquellos que puedan ser fácilmente controlados. Incluso alguno, como Las

13.º *San Blas*: Otra de las localizaciones de GÚDEL con abundancia de materiales del Bronce Medio-Reciente y parte de una tinajita con cordones en el cuello del Bronce Final avanzado.

14.º *Pueblo Viejo*: También se debe su conocimiento a GÚDEL. Predominan en él los materiales medievales, pero existen los de campos de urnas e incluso hemos recogido un disco de piedra rallada.

15.º *El Estillador*: Conservamos este nombre para un pobladito en espolón que sobremonita la necrópolis romana que proporcionó el enterramiento en *tegulae* citado por BARDAVIU. Es inédito y lo reconocimos el 11-III-1979.

16.º *Mataliebres*: En la partida de la Almunia Baja, Sariñena, está un poblado con abundantes materiales ibéricos y substrato hallstático. Inédito, fue reconocido el 6-V-1979.

17.º *Bolea*: Poblado ibérico con materiales en parte más antiguos, en curso de excavación por el equipo del Museo de Huesca.

18.º *Cabeza la Vieja*: Poblado prácticamente inédito, aunque sabemos de las prospecciones de R. PITA en busca de abundantísimos útiles en sílex.

19.º *Tozal de los Regallos*: Excavado por QUERRE y más tarde por BALDELLOU. Ha sido publicado recientemente. Está frente a Cabeza la Vieja.

20.º *El Chermanillo*: Poblado en llano en el cual abunda el material hallstático. Pertenece al término de Candasnos.

21.º *Cresta de la Sierra*: En esta partida del Monte Alto de Sena, cerca del denominado Mas de la tía Tonina. Creemos que debe corresponder al poblado citado en las publicaciones antiguas. El material es muy pobre, pero incluye acanalados.

22.º *Las Valletas*: Se trata del yacimiento más conocido de la prehistoria oscense.

23.º *Jubierre*: Poblado en término de Castejón de Monegros con abundante material hallstático en montículo y base. Prospectado el 13-V-1979.

24.º *San Miguel*: Lo denominamos así por encontrarse cercano a la ermita de San Miguel (Castejón de Monegros). Inédito y localizado el 5-V-1979.

25.º *Las Negras*: Poblado de Sariñena con material hallstático y un *pondus* cerámico. Inédito y localizado en el verano de 1979.

26.º *Barranco de la Carrabardera*: En término de Sena en su límite con Valfarta. Es el último de tres montículos y posee restos de habitación y cerámica tipo Vilaseca I. Localizado el 11-XII-1977.

27.º *El Castellazo*: Poblado cercano a Robres con niveles hallstáticos e ibéricos además de una necrópolis tumular próxima, excavada por el equipo del Museo de Huesca.

28.º *Camino de Algayón*: Yacimiento de Binéfar con materiales de Campos de Urnas, algunos muy tardíos. Desconocemos su situación exacta y sus características.

Valletas, que destaca por sus extraordinarias dimensiones,¹⁵⁷ parece contar con un muro de cierre en la zona de más fácil acceso. Esto nos pone ante un nuevo factor que surge en este período: la modificación del terreno mediante elevación de murallas.

Si hasta ahora es la altura o incluso los muros traseros de las viviendas los que sirven de defensa, este método va a proseguir en poblados como Punta Farisa, pero se va a ver complementado en otros con peculiares murallas. El caso más característico será La Codera, en el cual la muralla separa poblado de necrópolis, teniendo un ejemplo cercano en el Bajo Segre, en el poblado de Más de la Cabra. Otros como Mataliebres también poseen igual defensa, pero dado que existen allí mismo etapas ibéricas, no sabemos la fecha exacta de su erección.

Por lo demás, sigue la tradición de ocupar el último de varios montículos en la Carrabardera o en el Tozal de Cabezo la Vieja. Continúan los poblados enteramente aislados como Cresta de la Sierra, San Blas, Las Negras. Otros representan la parte saliente o espolón de zonas amesetadas, cuyo istmo resulta sumamente peligroso para la defensa y por tanto debía contar al menos con una empalizada, como El Puntal de Ontiñena y El Estillador. Una variante de estos últimos sería Las Valletas, que precisaría de alguna defensa que modificase la zona más accesible.

Respecto a las viviendas, prosigue la planta rectangular con longitudes de cuatro o cinco metros de media, que pueden alcanzar cerca de diez en algunas casas de Las Valletas. Los muros, en los pocos casos visibles, como en La Codera, son de piedra trabada con barro, sin que conozcamos si en algún caso se utilizó adobe o tapial.

La planta del poblado puede ser de calle central con casas a ambos lados (Punta Farisa, La Codera), característica en poblados del Bajo Segre como Genó, pero también, en los de pequeñas dimensiones, se da una sola fila de casas apoyadas, o mejor encajadas, en la roca que protege parcialmente contra el viento, mientras que el otro lado del montículo queda como pasadizo de acceso (Tozal de los Regallos). Sigue siendo frecuente la existencia de viviendas sobre la elevación y la base de la colina (Tozal de los Regallos, Puntal de Fraga, La Codera).

Como en períodos anteriores, hay excepcionales poblados en llanos, cuya interpretación como campamentos más o menos estacionales nos parece probable. En estos momentos, El Chermanillo, al pie de la Sierra de Sigena, es el ejemplo más característico de un tipo de hábitat que sólo se conserva en situaciones excepcionales.

¹⁵⁷ BELTRÁN, «Revisión...», *citado*, p. 20.

La habitación en cueva perdura en su zona tradicional y, mientras entre los materiales del pantano de Santa Ana hay un borde biselado e inciso en su parte superior, claramente hallstático, en una cueva sobre la misma presa aparecieron recientemente una aguja y dos fragmentos de brazaletes de bronce, que nos hablan del mismo período. No muy lejos de allí, en el término de Las Pilas, en Castillonroy¹⁵⁸ otra cavidad proporcionó al menos buena parte de una vasija de cordones impresos con asa y borde hallstático y tampoco se puede olvidar que, procedente de la Cueva del Moro de Olvena, se conservaba en la colección Lluís MARIAN VIDAL una pieza análoga.¹⁵⁹

Para terminar este artículo queda por aludir al cambio de ritual funerario caracterizado ahora por la incineración, patente desde el Bronce Final II, y por el enterramiento de huesos, cenizas y restos de ajuar en urnas o similares. Es aquí donde Huesca vuelve a demostrar su plena identificación con las corrientes del Valle del Segre, donde, desde Balaguer y Almenara hasta la desembocadura del Cinca-Segre en el Ebro con la necrópolis de Castellet (Mequinzena, Zaragoza), encontramos idéntico fenómeno. Se trata del levantamiento de campos de túmulos en cuyo interior reposan los restos en urnas o simples hoyos, pero como de este tema nos hemos ocupado en otro sitio, excusamos la reiteración refiriéndonos únicamente a algunos aspectos concretos o nuevos.¹⁶⁰

Los campos de túmulos oscenses siguen en esencia el eje Cinca-Alcandreda y han estado presentados tradicionalmente por las necrópolis de Las Valletas y Presiñena. Hoy conocemos algunos más que pueden servirnos de enlace; por una parte el del Castellazo (Robres), el más occidental de los conocidos y al parecer el más tardío, puesto que cronológicamente debe corresponder ya a la Edad del Hierro, a juzgar por la existencia de una fibula de resorte bilateral y pie acodado en botón que nos pone en las cercanías del mundo ibérico; por otra, en Ontiñena, El Juncal, que hemos localizado en las proximidades de El Puntal. Sobre este yacimiento viene pesando el estigma de una clasificación neolítica¹⁶¹ a partir de unos escasos fragmentos

¹⁵⁸ Yacimiento inédito cuya situación y hallazgo cerámico conocemos gracias a la amabilidad de Mn. F. MARTÍ SOLSONA. No sabemos si proviene de la misma cavidad un cuchillo de sílex, retocado, que se conserva en el Museo Arqueológico del I. E. I. LARA, F. (1974), «Lérida, Museo Arqueológico I. E. I.», en *Cultura Ilerdense*, Lérida, fig. 12.

¹⁵⁹ SERRA RAFOLS, «La col·lecció...», *citado*, lám. I, n.º 26.

¹⁶⁰ MAYA, J. L.; DIEZ-CORONEL, L., y PUJOL, A. (1975), «La necrópolis tumular de incineración de Pedrós, Serós (Lérida)», en *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Huelva, 1973, pp. 611-622, Zaragoza. MAYA, J. L. (1978), «Las necrópolis tumulares ilerdensas», en *II Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà. Els pobles pre-romans del Pirineu, Puigcerdà*, 3-6 juny 1976, pp. 83-96; «Análisis...», *citado*; «Yacimientos»..., *citado*.

¹⁶¹ BOSCH lo incluyó en su grupo Neo-Eneolítico. BOSCH GIMPERA, «Notes...», *citado*, p. 30. GALIAY lo introduce dentro de los yacimientos neolíticos: GALIAY, «Prehistoria...», *citado*, p.

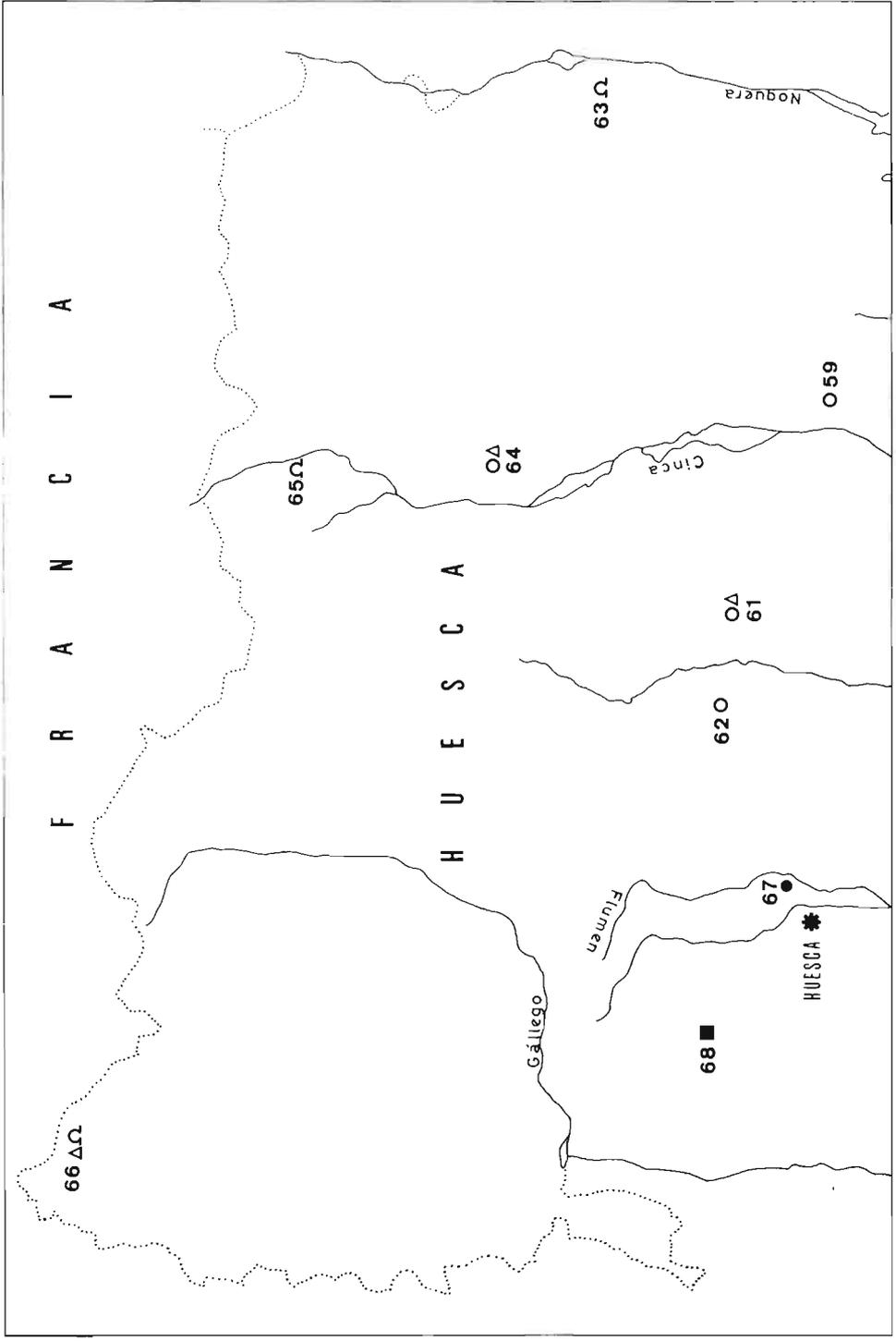
cerámicos que pasaron al Museo de Barcelona, donde los hemos podido estudiar, resultando ser cerámicas con decoración plástica de la Edad del Bronce. Hoy podemos decir que El Juncal es una necrópolis tumular situada en un montículo a unos 500 metros al sudeste de El Puntal, al que debió servir de lugar de enterramiento. El yacimiento fue expoliado por vecinos de Ontiñena, quienes extrajeron diversas urnas de él y a simple vista se observan al menos cuatro túmulos circulares de los que dos cuentan con un diámetro cercano a los tres metros y uno, rectangular, es también de grandes dimensiones.

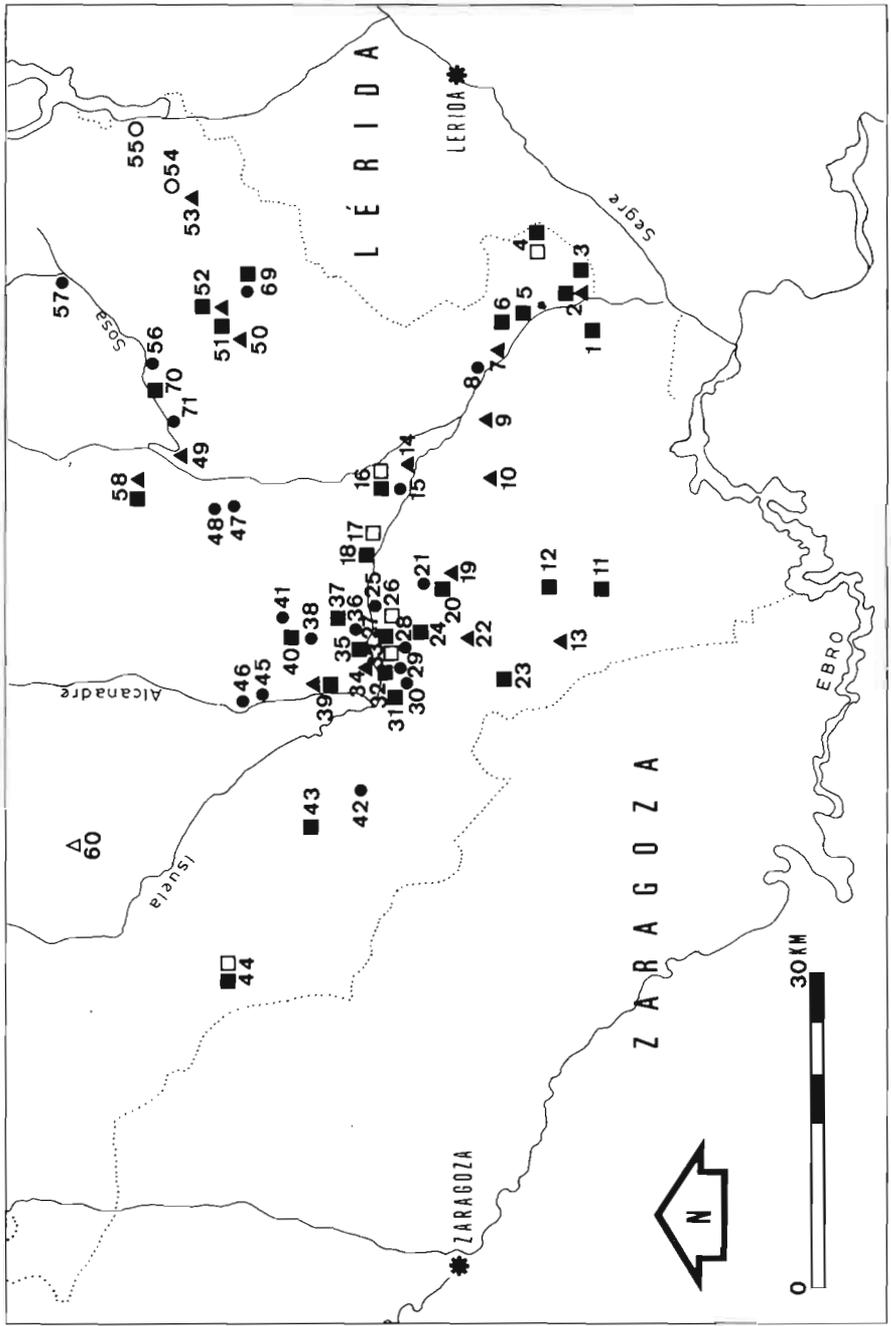
Finalmente, en junio de 1980 visitamos con V. BALDELLOU el poblado de La Codera, extramuros del cual existe una importantísima necrópolis tumular con tumbas rectangulares y cuadradas, alineadas unas con otras como en algunos casos de Pedrós.¹⁶²

El problema de El Puntal de Fraga y su posible interpretación lo hemos abordado en otros lugares, con lo que no es preciso insistir sobre el tema, puesto que la diferenciación entre túmulos y urnas de incineración no es tajante, al corresponder a la misma época, contar con identidad de materiales y existir variantes intermedias con alguna piedra complementaria.

79. Por esas fechas PANYELLA y TOMÁS MAIGI lo introducen en su primer período que alcanza la Edad del Bronce. PANYELLA y TOMÁS MAIGI, «Prospecciones...», *citado*, p. 113. En publicaciones modernas se afirma la no existencia de fundamento para considerarlo neolítico, considerándolo calcolítico: ANDRÉS, T. (1977), «El poblamiento del Neo-Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro en relación con los yacimientos funerarios», en *Estudios*, III, p. 39.

¹⁶² MAYA, «Las necrópolis...», *citado*, fig. 4 y 5.





Claves del mapa

Poblados del Bronce Antiguo-Reciente (●)

Tossal Redó (Zaidín) (8).
 Los Tres Tozaletes Hermanos (21).
 Tozal de la Mora (25).
 La Paridera Baja (28).
 Tozal de Cantalobos (29).
 Tozal de la Huega (30).
 Plana de la Blasa del Vedao (36).
 El Carnelario (38).
 San Pedro el Viejo (41).
 Virgen Vieja (42).
 Ermita de Santiago (45).
 Campo de Tiro (46).
 Tozal de Macarullo (47).
 Tozaletes de las Almaciras (48).
 Sosa I (56).
 La Ganza (57).
 Montearagón (67).
 Camino de Algayón (69).
 Sosa III (71).
 El círculo negro pero de menor tamaño indica los casos dudosos (•).

Megalitos (Ω)

Dolmen de Camón de las Fitas (66).
 Dolmen de Biescas (65).
 Cornudella (63).

Yacimientos con campaniforme (Δ)

Dolmen de Camón de las Fitas (66).
 Huerto Raso (61).
 Cueva de la Puyascada (64).
 Piracés (60).

Cuevas (○)

Castillonroy (54).
 Santa Ana (55).
 Cueva del Moro (59).
 Cueva de Chaves (62).

Poblados de campos de urnas (■)

Tossal de los Alcanares (1).
 Punta Farisa (2).
 Masada de Ratón (3).
 El Puntal de Fraga (4).
 Azafranales (5).
 La Noria (6).

Tozal de los Regallos (11).
 Tozal de Cabeza la Vieja (12).
 La Codera (16).
 El Puntal de Ontiñena (18).
 El Chermanillo (20).
 La Carrabandera (23).
 Cresta de la Sierra (24).
 Las Valletas (27).
 San Miguel (31).
 Jubierre (32).
 El Estillador (35).
 San Blas (37).
 Mataliebres (39).
 Pueblo Viejo (40).
 Las Negras (43).
 El Castellazo (44).
 Oliols (51).
 Regal de Pidola (52).
 Monte Gil (58).
 Bolea (68).
 Camino de Algayón (69).
 Sosa II (70).

Necrópolis de urnas y túmulos (□)

El Juncal (17).
 Las Valletas (26).
 Presiñena (33).
 La Codera (16).
 El Puntal de Fraga (4).
 El Castellazo (44).

Poblados ibéricos (▲)

Pilaret de Santa Quiteria (7).
 Barranco de Valdragas (9).
 Punta Farisa (2).
 Tozaletes de Balano (10).
 Paridera de Magí (13).
 El Castillo de Chalamera (14).
 El Chermanillo ibérico (19).
 Las Atalayas (22).
 El Escobizal (34).
 Mataliebres (39).
 Cerro de la Alegría (49).
 Vispesa (50).
 Oliols (51).
 Los Castellazos de Albelda (53).
 Monte Gil (58).

CONSIDERACIONES ACERCA DEL ESTADO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS SOBRE LA EDAD DEL HIERRO EN LAS PROVINCIAS DE TERUEL Y ZARAGOZA

*Jorge Juan Eiroa**

Aunque ha aumentado el número de los especialistas que se dedican al estudio de esta importante etapa de la prehistoria aragonesa, siguen planteados los mismos problemas básicos, en términos generales, que hace algunos años. La simple división de esta etapa en Primera Edad del Hierro (o época hallstática) y Segunda Edad del Hierro (o época ibérica), que hasta ahora hemos mantenido, por razones puramente metodológicas, no parece hoy responder a unas premisas ni uniformes ni absolutamente aceptables. Aspectos parciales, mutuas influencias, pervivencias o zonas retardatarias, nos obligan a suponer una mayor complejidad en la evolución de este amplio espacio de tiempo que ocupa desde los inicios del primer milenio a. C. hasta la época de la romanización, en la que el proceso histórico ofrece una aceleración importante que, en estos territorios, se traduce en importantes transformaciones que cambian sustancialmente ritmo y signo culturales.

I. LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

Esta época plantea una serie de problemas a la investigación tan complejos, que no es posible el estudio global de la etapa sin intentar previamente delimitar la importancia de fenómenos parciales de sumo interés. A

* Universidad de Zaragoza.

modo de planteamiento de la cuestión, con miras a una ulterior discusión, podemos ofrecer una panorámica general de estos problemas.

1. El sustrato cultural de la Edad del Bronce

Parece evidente que no es posible aislar la base étnica y cultural de las poblaciones de la Edad del Bronce, en el momento que hacen acto de presencia los inmigrantes de la Europa templada que traen las novedades culturales ya conocidas que definen los comienzos de la Edad del Hierro en Zaragoza y Teruel. Estas poblaciones, evidenciadas arqueológicamente en ambas provincias (Majaladares, Corral de Valero, Cueva de los Encantados, Castillo de Frías...), representan, sin duda, una importante base étnica que no puede ser ignorada, dándole a las migraciones hallstáticas un valor totalitario que no tienen.

Sin embargo, es clara la dificultad que ofrece el intentar una separación entre lo que podemos denominar Bronce Final y la llamada Primera Edad del Hierro, sobre todo cuando son tan escasos los yacimientos pertenecientes claramente a la Edad del Bronce que no se vean posteriormente afectados, de una u otra forma, por los elementos ultrapirenaicos en sus movimientos de penetración. Incluso se plantean problemas de coexistencia entre núcleos claramente hallstáticos del valle y zonas de montaña en la que siguen viviendo, con sus hábitats en cuevas, geográficamente cercanos, grupos que siguen desarrollando formas de vida propias del Bronce pleno, como ocurre en el Valle del Huecha.

No debe olvidarse tampoco que estas poblaciones de la Edad del Bronce no debieron permanecer aisladas de algunos fenómenos culturales peninsulares y extrapeninsulares, tales como los movimientos internos de los prospectores de metales desde los focos del sudeste o de la Meseta, la acción de los traficantes de objetos metálicos desde los centros de producción del noroeste peninsular o del suroeste francés, o la penetración de materiales de procedencia más remota, como las conocidas vasijas con asas de apéndice de botón que, habiendo sido interpretadas no hace mucho como las primeras aportaciones de los indoeuropeos, ofrecen hoy la posibilidad de ser investigadas como elementos de penetración anterior, fruto de un sustrato común en un territorio que va desde el norte de la península itálica (donde se las fecha por el C 14 desde el 1709 a. de C.), toda la costa mediterránea francesa y, ya penetrando en territorios hispánicos, por Cataluña y las provincias aragonesas.

Otro tanto podemos decir del ritual funerario. La pervivencia del ritual funerario de la Edad del Bronce, en el momento posterior a las penetraciones indoeuropeas, parece también clara, como lo evidencian los originales

conjuntos de sepulcros tumulares de incineración, donde vemos mezclarse el rito de la incineración del otro lado del Pirineo y la tradición tumular del Bronce local, dando como resultado, sobre todo en zonas como el Bajo Aragón, a lo que algunos autores han denominado el «hallstatt tumular bajoaragonés», que sigue sin estar suficientemente estudiado.

Ni qué decir tiene que sigue estando en pie el problema de las cerámicas incisas y lisas de esta etapa, de las que sabemos poco, si exceptuamos los estudios de los conjuntos de los portadores del vaso campaniforme, para los que no sólo debemos suponer una larga pervivencia, sino que, además, aún está por conocer la influencia que pudieron haber tenido en la aparición de otras técnicas de elaboración ceramista.

Nada, o casi nada, sabemos de los contactos de estas poblaciones de la Edad del Bronce con otras áreas cercanas, como la Meseta o las tierras litorales del Levante. Algunos paralelismos pueden empezar a establecerse, con base en aspectos muy parciales y, desde luego, insuficientes, como son los motivos decorativos de las cerámicas de Cabezo Redondo de Villena, el Castillo de Frías de Teruel y la Cueva del Asno de Soria. La escasez de la técnica de «punto y raya», que en la Meseta suele aparecer (no siempre) asociada a la excisa, es otro punto más de reflexión para este momento.

2. El medio ambiente

Es éste un aspecto del estudio arqueológico que cada vez resulta más necesario para complementar nuestros conocimientos. Y, por desgracia, nada o casi nada conocemos en las provincias de Zaragoza y Teruel durante la Primera Edad del Hierro, referente al entorno ambiental. La idea de suponer un ambiente ecológico similar al actual, a partir del Subatlántico, parece absolutamente errónea. Ni el entorno florar ni la biomasa debieron ser iguales a los que hoy conocemos. Y ello debió de influir (como sigue influyendo hoy) sobre las poblaciones que ocuparon estos territorios.

La ausencia total de diagramas polínicos y el escaso valor que habitualmente se les da en las excavaciones de este momento cultural a los restos óseos de fauna, así como el escaso número de estudios de suelos, son el mayor inconveniente con el que contamos para el mejor conocimiento del medio ambiente.

Habitualmente presuponemos una serie de actividades agrícolas y ganaderas asociadas a los inmigrantes indoeuropeos que penetran en las provincias de Teruel y Zaragoza. Pero esta idea está basada solamente en unos pocos resultados arqueológicos extraídos de escasos yacimientos, en la mayor parte situados en territorios alejados de las zonas básicas de estudio. Tanto en Zaragoza como en Teruel faltan estudios de flora, fauna y suelos para la

época hallstática. Y no debe olvidarse que el aspecto ecológico es, en muchos casos, decisivo para la interpretación de los fenómenos culturales. Baste recordar cómo en otras zonas europeas el cambio climático (es decir, el cambio ambiental) tuvo valor definitorio para la interpretación de fenómenos migratorios o de ocupación de determinados territorios. Por ejemplo, en Polonia sabemos hoy que a finales de la Edad del Bronce tuvieron su apogeo los terrenos de pastos. Pero a finales del Subboreal tuvo lugar una intensa deforestación que motivó la desaparición del carpe, lima y avellano, lo cual se ha puesto de manifiesto en los yacimientos con carbón vegetal y en el creciente aumento en los yacimientos de existencias de cereales. Y este hecho se observa tanto en las tierras altas como en las bajas. Resulta de gran interés la evidencia del aumento de las precipitaciones en la fase Subatlántica en determinados territorios, como lo demuestran los árboles arrancados de raíz por las crecidas fluviales y la abundancia de conos aluviales. Esto refleja un clima que, para la Europa central, se iba haciendo cada vez más frío, con un período especialmente crudo (de intenso frío) que debió de tener lugar hacia el 850 a. de C. y que se prolongó durante más de cien años, lo cual tuvo, como sabemos, importantes repercusiones en los desplazamientos humanos a otras zonas más propicias.

Pues bien, estos datos se han extraído sobre todo en yacimientos del tipo del de Berlín Lichterfelde, por medio de estudios de suelos, análisis de pólenes y de restos de fauna. Allí, el abedul aumentó su frecuencia a lo largo de la vida del llamado Pozo n.º 2 hasta concentrar en las zonas superiores en una proporción de más del 70% de todo el polen. Sin embargo, la aparición de hierbas de pasto fue bastante irregular. El pozo dio pólenes abundantes de pino, abedul y tilo y, en menor proporción, de sauce, cereales, helechos y flores silvestres.

Todos estos datos son «fechables» en términos arqueológicos, como se ha demostrado en los yacimientos de Europa central. Hace más de 40 años, LAIS demostró cómo los perfiles de la parte superior del Rin contenían una fase de «tempero rojo», atribuida al aumento de la sequedad y fechada en el Eneolítico y, en algunos casos, el final de la Edad del Bronce. También ZEUNER, en un trabajo ya clásico y basado en estos mismos supuestos, atribuía la formación de tierras rojas y podsoles en determinadas áreas a un período de aumento de lluvias que era sucedido de otro seco, provisionalmente atribuido a las fases Subboreal-Subatlántica. Más recientemente, según informa Geoffrey DIMBLEBY y refiere HOLE, se ha continuado trabajando con esta serie de evidencias en sedimentos, sobre todo en áreas de calizas, relieves kársticos y en zonas en las que es posible rastrear una secuencia de moluscos. Una serie de perfiles, como el de Pennickental, cerca de Jena, aportan

la evidencia de una interrupción en la sedimentación subacuática con una sustitución temporal debido a las condiciones de la tierra más seca; parte de este corte está fechado arqueológicamente como inmediatamente anterior al Hallstatt A 2 (hacia el siglo XI a. de C.), aunque se sugiere en otras zonas una fecha algo más tardía.

En los territorios que ocupan las provincias de Teruel y Zaragoza no existe ningún estudio de este tipo, referente a una clara secuencia arqueológica. Solamente en otras áreas y para épocas paleolíticas, sobre todo, se han realizado algunos pocos análisis de suelos y, más recientemente, se ha publicado un diagrama polínico sobre niveles arqueológicos de transición entre el Bronce Final y los comienzos del Hierro, en un yacimiento de la Meseta (la Cueva del Asno, Soria) que, por tratarse de un estudio aislado, centrado en esa área cultural, poco o casi ningún valor referencial tiene por el momento.

Compréndase, pues, la importancia que tiene el que, en los futuros trabajos de campo, se deba intentar extraer este tipo de datos para esta etapa tan interesante de las penetraciones hallstáticas. Los movimientos migratorios «célticos» tienen una importantísima base ecológica que los explica en buena medida. La desaparición de las condiciones climáticas óptimas en Centroeuropa parece haber actuado como resorte, en cierto modo, para estos grandes desplazamientos de las poblaciones de los campos de urnas. El poder conocer cómo actuaron esos cambios en nuestros territorios podría explicar el por qué de la elección de determinadas áreas que, evidentemente, se nos ofrecen hoy como receptoras de importantes contingentes humanos, como ocurre en el Bajo Aragón, que se nos presenta en época hallstática como una zona de ocupación selectiva. Y eso debe tener, sin duda, una razón que debemos buscar y justificar (no sólo intuir) en las mejores condiciones de la tierra y del clima para el tipo de actividades de los recién llegados.

Lo mismo podemos decir en cuanto a los restos de fauna. Las excavaciones no deben despreciar los restos óseos hallados en los yacimientos. La determinación de especie, sexo, edad estimada, peso..., y el número de los restos estadísticamente valorados, pueden ofrecer una panorámica social y económica que hoy, a grandes rasgos, conocemos por pequeñas referencias, pero desconocemos en detalle. Hasta ahora hemos valorado excesivamente las motivaciones religiosas, militares y sociales al interpretar los asentamientos de la Edad del Hierro en nuestros territorios. Las motivaciones económicas, que no han sido tratadas en profundidad, se basan en la posesión y explotación de un territorio. Conocer las condiciones de esos territorios, desde el punto de vista ecológico, es ahora fundamental para nuestro trabajo.

3. Aspectos étnicos

Hasta ahora hemos venido interpretando el comienzo de la época hallstática, desde el punto de vista étnico, como una penetración humana llegada del otro lado del Pirineo, que cae (suponemos que pacíficamente) sobre unos territorios en los que persisten poblaciones autóctonas de la Edad del Bronce Final, modificando sus condiciones de vida sensiblemente.

Los recién llegados, para los que se suponen unos orígenes muy discutidos (recuérdense las conocidas tesis de KOSSINNA, PEAKE, CHILDE, GOODENOUGH, BOSCH, GIMBUTAS, NEUSTUPNY...), cruzan los Pirineos en un momento poco definido por los investigadores. Unos sitúan esta penetración —para la que no consideramos adecuado el término «invasión»— hacia el siglo X a. de C. (PALOL, MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, ALMAGRO GORBEA), otros hacia el año 900 (como BOSCH GIMPERA), el siglo VIII (MALUQUER) o el IX (BELTRÁN, GIL FARRÉS), existiendo en la actualidad una tendencia, sobre todo entre los investigadores más jóvenes, a suponer una penetración más temprana, que incluso puede alcanzar al siglo XII a. de C.

El problema aparece rodeado de grandes dificultades de interpretación. Desconocemos todas las rutas seguidas en sus migraciones y aunque supongamos determinados pasos por la cordillera, no tenemos suficientes bases de apoyo para afirmar cuál fue seguida inicialmente, cuál después, cuál fue la más importante o la de mayor tráfico humano. Desde luego son pocos los autores que hablan hoy de «oleadas», en el sentido masivo y momentáneo, y cada vez se va generalizando más la idea de que no se trató solamente de una penetración de norte a sur, sino que debió existir un continuo ir y venir de uno a otro lado, con mezcla de mutuas influencias.

Hasta el momento hemos valorado excesivamente las aportaciones hallstáticas a la Península y se han despreciado bastante las posibles aportaciones peninsulares en sentido contrario, quizás porque las investigaciones se han basado en determinados materiales arqueológicos, como la cerámica, olvidando otros elementos, como los instrumentos metálicos de bronce, comercializados desde los centros peninsulares desde mucho antes de los movimientos célticos.

Pero incluso esos supuestos comienzan a ponerse en tela de juicio. La cerámica excisa, por ejemplo, es analizada por algunos autores como un elemento para el que hay que suponer centros de producción local y centros receptores de los prototipos foráneos. Incluso alguien ha apuntado ya la idea de que este tipo de cerámica pudiera tener una tradición local desde, por lo menos, el horizonte cronológico de las gentes portadoras del vaso campaniforme, en el que ya se puede apreciar la técnica de la excisión.

La metalurgia del Bronce local, tan rica en algunas zonas peninsulares, debió tener su obligada comercialización. El estudio tipológico, con ser sumamente importante, no aclara todos los aspectos del fenómeno comercial metalúrgico, sobre todo si se tiene en cuenta la generalización, al final de la Edad del Bronce, de determinados prototipos «standar» que tienen una amplia difusión. De aquí que sean necesarios hoy los análisis metálicos completos, de los que se puedan extraer datos cualitativos y cuantitativos (porcentajes de las aleaciones, trazas, impurezas, presencia de otros elementos significativos aparte del cobre y el estaño, etc.), de forma que sea posible el establecimiento de paralelismos basados en detalles tecnológicos, que complementen los resultados obtenidos por medio del estudio tipológico.

Por otra parte, es frecuente que los investigadores extraigan conclusiones de tipo demográfico con base en el estudio de aspectos urbanísticos. El tema es atractivo, pero puede inducirnos a considerables errores de apreciación. En las provincias de Teruel y Zaragoza, solamente un yacimiento (el poblado del Cabezo de Monleón) ha sido completamente excavado para esta etapa. Podríamos añadir San Antonio de Calaceite y el Castillejo de la Romana, pero éstos entran ya plenamente en la época ibérica y su urbanismo responde ya a otras premisas, como el de Azaila. Por eso es urgente la publicación de las plantas de los poblados hallstáticos y, desde luego, su excavación total, ya que las excavaciones parciales sólo aclaran aspectos muy incompletos.

Muy poco podemos extraer, desde el punto de vista del estudio de la población, del conocimiento de las instituciones de origen «céltico» en época romana. Las gentilidades aportan escasos datos y las centuriaciones son prácticamente desconocidas en nuestros territorios. Además, no puede olvidarse que este tipo de instituciones llegan a la época romana tras una larga etapa de consolidación, en la que pudieron sufrir modificaciones sustanciales, de forma que las conclusiones extraídas tendrán siempre un valor referencial relativo y deberán ser tratadas con suma cautela. Lo mismo podemos decir de aspectos filológicos tan interesantes como la toponimia, de la que poseemos datos relativamente abundantes, pero muy dudosos en la mayoría de los casos. Aún no se ha realizado en nuestro país un solo estudio léxico-estadístico, que tal vez podría aportar algún dato de interés en este campo (salvo el loable intento de BOSCH GIMPERA, que abarca un campo muy amplio del «problema indoeuropeo», en el que colaboró MORRIS SWADESH).

Los problemas étnicos son, pues, considerables. Muy poco nos ayuda, en el campo de la antropología física, el generalizado rito de la incineración de los cadáveres, que elimina los restos mortuorios de los inmigrantes, privándonos así de unos datos que serían muy valiosos.

4. Los elementos arqueológicos

Los materiales arqueológicos de esta época son muy numerosos, por fortuna, pero han sufrido un desigual tratamiento. De algunos yacimientos apenas conocemos el lugar en el que se encuentran sus materiales; de otros sólo conocemos aspectos parciales y sus materiales se encuentran repartidos entre diversos museos; otros materiales han sido repetidamente publicados y, por fin, algunos yacimientos han sido correctamente excavados y publicados. La riqueza material de la Primera Edad del Hierro en nuestras provincias es extraordinaria y los fondos de los museos provinciales son buena prueba de ello (no sólo los de Zaragoza y Teruel, sino también el Arqueológico Nacional o el de Barcelona, por poner sólo dos ejemplos fuera de Aragón).

Los diversos materiales plantean problemas arqueológicos de suma importancia, que podemos esquematizar así:

a) *La cerámica*. El mayor interés se centra en las cerámicas excisas, acanaladas y pintadas, de supuesto origen indoeuropeo.

Ya hemos insinuado la problemática actual de las cerámicas excisas. A las tesis localistas se vienen a unir ahora datos de sumo interés, como es la fecha de C-14 del yacimiento soriano de Caracena, en el que en un nivel fechado en el siglo XIV a. de C. aparecen fragmentos de excisa asociada a la conocida cerámica de Boquique. Las fechas de los yacimientos vascos con este elemento cerámico son también elevadas. Hasta hace pocos años se consideraba la línea del Tajo como límite de la «celtización» peninsular y, por añadidura, de la cerámica excisa. Hoy el supuesto límite ha quedado desbordado. La cerámica excisa aparece también en Villena, Sagunto, Los Saladares (Orihuela), Purullena, Monachil y Mezquitilla (Granada). Un reciente hallazgo de un importante poblado «céltico» en Extremadura ofrece la posibilidad de pensar que estos hallazgos no sólo se debieron a contactos esporádicos de las gentes hallstáticas con los centros desarrollados del sur peninsular. Y todo ello nos obliga a replantearnos el problema de este elemento arqueológico.

André COFFYN ha estudiado recientemente las vinculaciones de los grupos franceses y españoles con cerámica excisa y de su trabajo se desprende que hay dos grupos en Francia que interesan especialmente a la hora de explicar las posibles procedencias de los vasos hallados en territorios aragoneses: el grupo de Saint Vérédeme, en el sudeste francés, que influye en los hallazgos de Cataluña y el bajo Ebro, y el grupo de Les Ouffaits, en el suroeste francés, que explica, según COFFYN, los hallazgos del alto Ebro. En tierras de Teruel y Zaragoza, el grupo más homogéneo lo encontramos en el Bajo Aragón (zonas de Caspe y Alcañiz). Este grupo parece ser el más antiguo y todos los investigadores lo han emparentado, hasta ahora, con los gru-

pos de los territorios centrales del Rin, del Hallstatt A y B (del 1200 al 750 a. C., según REINECKE —Hallstatt A 1 y A 2 de MULLER-KARPE y Período Urnfield I-III de GIMBUTAS—).

Pero, al mismo tiempo, es evidente la falta de unidad cultural de los ambientes en los que aparece la cerámica excisa. Y esto plantea un complejo problema de interpretación.

La cerámica pintada, más escasa en nuestros yacimientos, ofrece una problemática similar. De ella decía BOSCH GIMPERA en 1944, refiriéndose a la de San Cristóbal de Mazaleón, que *parece tener relación con la cerámica pintada hallstática alemana* de Niedermockstadt (Alto Hesse) y de Kobers-tadt (Langen), que se suelen fechar en el Hallstatt C, paralelismo que suscribió BELTRÁN en 1955, alejándose después de esta idea (1960) tras apreciar *bastantes diferencias*. Los hallazgos zaragozanos y turolenses son ya clásicos (Cabezo de Monleón, Palermo, Mazaleón, La Almohaja de Bezas), decorados con color violeta oscuro sobre el fondo natural del barro (zona de Caspe) y de colores amarillo, rojizo y negro (en Mazaleón y La Almohaja). Recientes hallazgos en la zona del Huecha, Caspe y cuenca del Huerva, hacen pensar que la distribución de esta cerámica es, en tierras aragonesas, más amplia de lo que se había pensado.

La cerámica acanalada sigue presentando las mismas lagunas de estudio que hace algunos años. Su aparición es frecuente, tanto en yacimientos turolenses como zaragozanos, sin que por ahora estemos en disposición de establecer una evolución cronológica fiable, aparte de los indicios que nos puedan ofrecer las vasijas completas en las que sea posible apreciar ciertas evoluciones en las formas. Las del Bajo Aragón se podrían paralelizar con las acanaladas catalanas del tipo de las del Coll del Moro (Gandesa), que son iguales que las de Serós, al sur de la provincia de Lérida, ya cerca de Mequinzenza.

Ninguna novedad en cuanto al estudio de los *Kernoi*, que siguen ofreciendo las mismas perspectivas de brillantes paralelismos, apuntados ya por BELTRÁN.

Las cerámicas con decoraciones plásticas ofrecen también un campo de estudio muy interesante. Recientemente (julio 1980) ha encontrado A. ÁLVAREZ en la necrópolis de Fila de La Muela (Alcorisa) una vasija, dentro de un círculo tumular, que tiene decoración plástica de manos con cuatro dedos, que ofrece un simbolismo paralelo a ciertos recipientes rituales hallados en el área tartésica, estudiados por E. CUADRADO, que atribuye su introducción a los comerciantes del mundo semita y que ofrece un panorama de amplias posibilidades de trabajo.

b) *La metalurgia*. Pese a la denominación de Primera Edad del Hierro que le damos a esta época, el hierro es un elemento casi desconocido hasta, por lo menos, el siglo VII a. C., fecha hacia la que se puede apreciar una

paulatina generalización de los elementos metálicos de hierro, que siguen un proceso paralelo al del impacto colonizador costero levantino (sobre todo griego) y, por añadidura, al proceso formativo de la ulterior cultura ibérica. Por lo tanto, esta etapa hallstática en las provincias de Teruel y Zaragoza no conoce el uso del hierro sino tardíamente. El metal predominante (la aleación) es el bronce, casi exclusivamente. Por eso, hablar de metalurgia de la época hallstática es hablar de la metalurgia del bronce.

Los hallazgos metálicos en los yacimientos no son abundantes. En la mayor parte de los casos se trata de materiales procedentes del tráfico comercial o, en todo caso, refundidos *in situ*, como lo evidencian los pocos moldes de fundición que conocemos y que suponen la existencia de una actividad artesanal local, insuficiente para una producción susceptible de ser comercializada y, en todo caso, centrada en zonas muy concretas, como el Bajo Aragón o el Bajo Cinca, que son las de más frecuencia de hallazgos metálicos y de moldes de fundición de este período.

Si atendemos a los datos que nos ofrecen los moldes de fundición (para fundir utensilios de bronce) hay un predominio de moldes para hacer elementos de trabajo y armas. Pero si atendemos a los hallazgos metálicos, la evidencia es que lo que predominan son los utensilios de adorno personal.

Toda la zona supuestamente receptora de las penetraciones hallstáticas, tanto en Cataluña como en Aragón, es deficitaria en minerales de cobre y estaño, si la comparamos con los focos metalúrgicos del sur o del noroeste peninsulares, tan ricos en materias primas, como evidencian las cartas de distribución de yacimientos mineros, tanto en Andalucía como en Galicia. Con base en esta evidencia, algunos autores han apuntado la idea de que los territorios inicialmente *hallstáticos* de la península son, en este sentido, más europeos que hispánicos desde la Edad del Bronce, puesto que dependen más de la metalurgia foránea que de los recursos propios, de tal manera que la penetración hallstática supone, en cierto modo, un proceso de unificación cultural (aunque suponemos que no étnica) de las diversas poblaciones que se encontraban en distintos momentos de evolución cultural en las zonas receptoras.

La ausencia de materias primas para la metalurgia convierte a estos territorios turolenses y zaragozanos en una zona de actividad comercial que se basa en el tráfico de productos metálicos ya elaborados. Este tráfico pudo tener, esencialmente, cuatro núcleos de procedencia: uno, el noroeste peninsular, en el que el rico foco gallego del llamado Bronce Atlántico mantuvo un intenso tráfico de metales (seguramente más terrestre que marítimo), como lo evidencian los clásicos *escondrijos* que se encuentran no sólo en el noroeste, sino, además, jalonados más al interior (Huertas de Arriba, Coruña del Conde, Covalada, el Moncayo), lo cual puede suponer una línea de contacto

con el Continente, a cuyas influencias, más o menos fuertes, no escaparían los territorios aragoneses; otro, al sur andaluz, a través de zonas intermedias, como la Meseta (con la que ya conocemos algunos paralelismos); otro, el Levante, a través de las tierras costeras, con zonas de penetración posibles, como el Maestrazgo, planteándose aquí el problemático asunto de la anterior influencia argárica en tierras de Teruel y Zaragoza, insuficientemente estudiado; y, por último, el sur francés, a través del cual pudieron llegar las influencias del notable foco bretón y, desde más lejos, las de Centroeuropa.

Todo esto no supone descartar la posibilidad de la existencia de un foco metalúrgico propio, en algunas zonas de alta concentración de población, como el Bajo Aragón (zonas de Caspe y Alcañiz), que practicaría un tipo de metalurgia artesanal centralizada en determinadas familias (como evidencian las concentraciones de moldes de fundición en determinadas casas, como ocurre en el Roquizal del Rullo) que se dedicaría a la imitación de prototipos y a la reutilización del metal, pudiendo contar en algún caso con recursos propios.

Las matizaciones que puedan hacerse en el futuro cuando se estudien los distintos tipos metálicos, deberán basarse en el análisis completo de los instrumentos, como ya hemos apuntado, de tal forma que pueda determinarse no sólo la tipología, sino además la posible procedencia. Dado que es muy fuerte la uniformidad tipológica de ciertos elementos (como ocurre, por ejemplo, con las hachas o las espadas) del final de la Edad del Bronce, sólo la tipificación tecnológica podrá registrar *tipos* de aleaciones, de trazas o de impurezas propias de determinadas zonas productoras, como ya se está demostrando en otras áreas europeas.

c) *Poblados y necrópolis*. Poseemos abundantes datos, tanto en Teruel como en Zaragoza, de poblados de época hallstática. La mayor parte de estos poblados tienen, además, una segunda fase de ocupación por gentes ya iberizadas. Determinar el momento en el que este fenómeno se produce parece de esencial importancia, aunque las dificultades que se presentan son, evidentemente, muchas.

Para la seriación cronológica de los poblados, sobre todo los del Bajo Aragón, se siguen utilizando las apreciaciones de BOSCH y las posteriores de ALMAGRO y BELTRÁN.

Martín ALMAGRO propuso en 1952 una evolución cronológica para los poblados que comprendía dos fases hallstáticas y una ibérica. La primera fase correspondía al Hallstatt C europeo (700-600 a. C.) y se apreciaba en los poblados de Cabezo Torrente y del Roquizal del Rullo. La segunda fase, del Hallstatt C europeo (600-500 a. C.), se basaba en los poblados de Escondines Altas y Bajas, San Cristóbal de Mazaleón y en la capa interior de Azaila. Y la tercera fase, ya con cerámicas a torno y pintadas (ibérica ple-

na), en los poblados de Tossal Redó, El Vilallonc y la capa inferior de San Antonio de Calaceite.

A. BELTRÁN, en un trabajo clásico, aumentó las etapas hallstáticas en tres y terminaba con una fase ibérica. La fase I se representa, según BELTRÁN, en el Cabezo de Monleón, Roquizal del Rullo, El Cascarujo, Las Tajadas de Bezas y Cabezo Torrente de Chiprana (al que relaciona con el oscense de Las Valletas de Sena). La fase II, en las Escondines Altas y Bajas, San Cristóbal de Mazaleón, la necrópolis y el nivel inferior de Azaila, el poblado antiguo de Tossal Redó, Mas de l'Hora, Vall de la Cabrera, El Vilallonc y el nivel inferior de San Antonio de Calaceite. La fase III presenta el final de esta cultura y abre un período posthallstático que se aprecia en el Tossal Redó, Piuro del Barranc Fondo y La Gessera. La fase IV ofrece ya poblados ibéricos.

Posteriormente, J. TOMÁS MAIGI propuso, en 1961, una sistematización que, partiendo del Bronce final, etapa a la que dividía en dos subperíodos (1-facies del Cabezo del Cuervo y 2-facies del Roquizal del Rullo, ya hallstática), se desarrollaba en el Hierro I, con una facies (la hallstática de San Cristóbal de Mazaleón, hacia el 600 a. C., que hacia el 500 conoce ya la cerámica a torno); el Hierro II, que lo hace aparecer como un período de transición; hacia el 400 a. C., y, por fin, el Hierro III, que ya es un período ibérico, con plenitud hacia el 300 a. de C.

Para TOMÁS MAIGI la facies hallstática de San Cristóbal de Mazaleón es la única que aparece en una secuencia clara.

Más recientemente E. SANMARTÍ GREGO, en un trabajo sobre la comarca del Matarraña, en el que estudia el problema de las cerámicas de importación en los poblados, señala el comienzo de la influencia costera en San Cristóbal de Mazaleón hacia el 700 a. de C., y en el Tossal Redó, La Gessera y Els Castellans, a partir del 600. SANMARTÍ estima que la penetración costera de signo fenicio se produce en los poblados hallstáticos, a los que supone en plenitud de sus actividades, a partir del siglo VII a. de C., para cristalizar, hacia el V, en lo que ya denominamos época ibérica. Estas ideas llevan a su autor a alargar el inicio de la vida de los poblados del Bajo Aragón casi 150 años antes de lo que supuso BOSCH y 100 antes de lo que afirma BELTRÁN.

Las necrópolis plantean un problema más complejo. En ocasiones aparecen asociadas al poblado junto al que se sitúan, como ocurre en el Cabezo de Monleón o en el de la Loma de los Brunos. Pero otras veces aparecen necrópolis aisladas, y otras, poblados que, aparentemente, no tienen necrópolis.

El problema central en el estudio de las necrópolis de túmulos de incineración, tan distintas a los campos de urnas clásicos, es determinar si estos

túmulos, en los que existe una clara dualidad de rito funerario, ya que por una parte se conserva el túmulo de inhumación propio de los tiempos del Bronce final y, por otra, dentro de los túmulos aparecen vasijas de incineración propias de las gentes de los campos de urnas, responden a la existencia de dos comunidades distintas que conviven en la misma zona pacíficamente, o bien, si ello es consecuencia de dos ocupaciones distintas, de dos grupos humanos diferentes, en momentos alejados cronológicamente.

Por el momento los materiales no aclaran demasiado y, a título personal, opinamos que estos túmulos de incineración, tan abundantes en las tierras del Bajo Aragón, son el resultado de una original mezcla de ritos funerarios, que conlleva una compleja idea religiosa (y quizás también política) que aproximó espiritualmente a la aristocracia guerrera de origen europeo y a los grupos locales receptores de sus influencias.

En todo caso, es éste un problema digno de ser analizado con más detalle, en base a las minuciosas observaciones de los materiales y al estudio tipológico de las plantas de los túmulos.

II. LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO

Tras una fase de expansión de los grupos hallstáticos desde el Valle del Ebro hacia otras latitudes, como los bordes de la Meseta en sus territorios septentrionales, que posteriormente es ocupada y puesta en explotación, como lo evidencian los comienzos de los castros meseteños (niveles inferiores de El Royo y Valdeavellano de Tera), comienza en las tierras de Teruel y Zaragoza una fase protoibérica a la que sucede, sin solución de continuidad, la época ibérica, que configura en nuestras tierras lo que venimos denominando la Segunda Edad del Hierro, sin que sea válida la filiación de este momento con la época de La Téne, pese a la notable influencia de sus materiales desde centros de distribución como Marsella o Ampurias (como supone, entre otros, E. CUADRADO), sobre todo a partir de finales del siglo V a. de C.

Una serie de detalles nos invitan a recapacitar sobre las causas de este cambio cultural: la superposición de la cerámica pintada hecha a torno sobre los antiguos asentamientos hallstáticos del Hallstatt C-D, las modificaciones en el urbanismo de los poblados y en las casas de la primera fase, la aparición de elementos exóticos que evidencian contactos nuevos... etc., todo lo cual nos lleva a suponer el final del apogeo hallstático en las zonas de más concentración humana (como el Bajo Aragón), que debió tener lugar en un momento intermedio entre los siglos VI y V a. C., con una etapa previa, que puede fecharse a partir del siglo VII a. C., de influencias costeras que confi-

gurarían lo que ahora llamamos *impacto protocolonial*, al que las tierras de Teruel y Zaragoza no fueron del todo ajenas, como lo evidencian los hallazgos de San Cristóbal de Mazaleón, Tossal Redó, Les Ombries, San Antonio de Calaceite... etc.

Este cambio hay que interpretarlo como un fenómeno puramente cultural que aparece como consecuencia, esencialmente, de los contactos comerciales y de la proximidad de los asentamientos fenicios, griegos y cartagineses en la costa levantina, desde donde ejercen una influencia considerable sirviendo de intermediarios entre otras tierras mediterráneas y el levante español, al que hacen participar en los progresos conseguidos al otro lado del mar. No entra aquí en juego, como ocurrió con la indoeuropeización, el fenómeno de la penetración étnica masiva, que no podemos documentar. Sin embargo, los resultados fueron tan espectaculares que podemos afirmar que esta influencia supone la inclusión de los pueblos peninsulares en el modelo de vida de los pueblos mediterráneos, con todo lo que esta idea lleva consigo: cambios religiosos y sociales, nuevas ideas arquitectónicas, imitación de modelos artísticos (que luego adquieren una personal originalidad), cerámicas a torno, etc.

No se trata de un proceso ni uniforme ni idéntico en todas las comarcas afectadas. Ni siquiera en las tierras turolenses o zaragozanas sigue un idéntico ritmo de fijación. De aquí que el estudio deba ser enfocado con una clara perspectiva geográfica.

1. El impacto costero

En nuestra área de trabajo, la zona que mejor evidencia el tránsito desde el horizonte hallstático al mundo ibérico, no sin algunas lagunas, es el Bajo Aragón. Esta zona, junto con el Maestrazgo, la cuenca del Matarraña, el Panadés, el Priorato... fue estudiada por BOSCH y VILASECA, partiendo del Bronce final, hasta la plenitud del siglo V, manejando algunos datos de cronología absoluta. Lo mejor conocido es la cuenca del Matarraña, el Bajo Ebro y el Bajo Maestrazgo.

Desde aquí, desde el punto de vista geográfico-arqueológico (o histórico, si se prefiere) se ofrecen dos territorios, que son como dos ejes de expansión. Por un lado, la costa levantina; por otro, el eje del río Ebro, con caminos paralelos a uno y otro. Los yacimientos abundan en ambos caminos y justifican, en cierto modo, la rápida iberización del Valle del Ebro.

En estos dos ejes se puede apreciar un horizonte pre o protoibérico, con notables influencias de los hallazgos semitas anteriores a lo ibérico propiamente dicho, aunque con algunos problemas por resolver, como la cronología de la cerámica *fenicia* o la ausencia generalizada de la llamada *cerámica de barniz rojo*, y con hallazgos griegos hacia el 550 a. de C.

El horizonte ibérico pleno se puede fechar a partir del siglo V a. de C. (o algo antes) con un desarrollo de plenitud que llega hasta el siglo III a. de C. y que comienza a desdibujarse a partir del 218 a. de C. por poner una fecha simbólica.

El influjo colonial se aprecia desde el siglo VII a. de C. en las tierras del Bajo Aragón. Las cerámicas finas de importación aparecen en San Antonio de Calaceite en el siglo VII. En el siglo VI hay cerámicas finas de importación en el Tossal Redó, La Gessera y Els Castellans. Y, a partir del siglo V a. de C., la presencia de estas cerámicas se generaliza y se hace mayor su número, siendo un centro de notables hallazgos San Antonio de Calaceite, donde, entre el siglo V a. de C. y el final del iberismo, se documentan 32 hallazgos de cerámicas finas de importación.

Es posible que las primeras importaciones aisladas penetrasen en el Valle del Ebro por el río Matarraña o por el Guadalope, en una zona que aparece como retardataria de las influencias del Bronce final. Esta influencia comenzó hacia el siglo VII a. de C., a través de centros intermediarios de la costa valenciana e incluso castellonense, como pudo ser el poblado de Vinagarrel (Burriana), y seguir a lo largo del siglo VI a. C., momento a partir del cual comienza el influjo focense, desde Massalia o Ampurias, que tanta importancia tiene para las tierras bajoaragonesas, sin que esto suponga la interrupción de las penetraciones fenicias, como se evidencia en el Tossal del Moro, por ejemplo.

Sin embargo este fenómeno de penetración no afecta por igual a todos los territorios. Incluso hay zonas que no lo sufren, como lo evidencian algunos yacimientos del tipo del Castillejo de la Romana, en Puebla de Híjar, recientemente excavado por BELTRÁN LLORIS, en el que las cerámicas de importación son ya itálicas y en el que, además, existe una fuerte base indígena que parece demostrar que recibió el fenómeno de la iberización ya plenamente formado.

En cualquier caso, en tierras turolenses y en algunos territorios de la zona oriental zaragozana, la iberización aparece definida hacia finales del siglo VI a. de C. y principios del V, apareciendo como un fenómeno más superficial cuanto más se penetra al interior, en dirección oeste y quedando absolutamente desdibujado a partir del límite del río Huerva, aproximadamente, tras el que se configura un territorio en el que son más notables las influencias hallstáticas que ibéricas.

2. Los elementos arqueológicos

a) *Poblados y necrópolis*. Las primeras transformaciones se pueden apreciar en algunos aspectos materiales del cambio cultural. Pese al eviden-

te sustrato indoeuropeo de los poblados, algunos de ellos ofrecen un evidente cambio en sus estructuras. En Calaceite observamos cómo el poblado hallstático sufre ampliaciones y modificaciones a lo largo del siglo IV a. de C., desarrollando un tipo de urbanismo más complejo que se aprecia en el trazado general y en las modificaciones de las estructuras de algunas viviendas. En Azaila, donde el iberismo es bastante más fuerte, se aprecia una notable diferenciación entre el poblado, con una estructura general que supone un urbanismo sumamente complejo, y la antigua necrópolis de campos de urnas, situada en las proximidades, de neta raigambre hallstática. Pero, en términos generales, el sustrato hallstático es fuerte en todas las zonas y las transformaciones afectaron más a aspectos socio-económicos que a los puramente materiales. La aparición de nuevas concepciones artísticas, de notable influencia mediterránea algunas de ellas, como la decoración pintada de las cerámicas, la plástica, la escultura, recientemente documentada en Cabezo Palao, las cerámicas... la aparición y desarrollo de una economía basada en una compleja estructura monetaria, la generalización del torno de alfarero y del uso del hierro (que comporta la aparición de novedosos instrumentos de uso diario y de armas) y, sobre todo, el desarrollo del alfabeto, que supone un gigantesco avance cultural, no del todo conocido en detalle.

Sin embargo, en algunos aspectos parciales de la cultura, continúa siendo muy acusado el aspecto «indoeuropeo» del mundo ibérico aragonés. Por ejemplo en las necrópolis siguen utilizando el enterramiento tumular, con cistas rectangulares de piedra y, algunas veces, de mampostería, conteniendo la urna con las cenizas del cadáver, con la única novedad de la aparición, en algunos casos, de estelas decoradas con el característico caballo con jinete.

Se puede hacer un intento de evolución de estas necrópolis con base en la que aparece como fase más antigua correspondiente a un Hallstatt C-D (en el Roquízal del Rullo), una fase más evolucionada en Mazaleón y Cabezo de Monleón y una fase claramente ibérica en San Antonio de Calaceite y Azaila, en la que recientemente se ha logrado identificar al difunto enterrado en el túmulo indígena.

b) *La cerámica* ofrece un importante campo de trabajo a la investigación, ya que es a partir de este material como se puede conocer mejor la evolución de estas formaciones culturales, no sólo en las cerámicas a torno, pintadas o lisas, sino también en las cerámicas importadas de procedencia oriental. En este sentido sigue siendo meritorio el trabajo de M. PELLICER, aunque las novedades, desde la elaboración del mismo, han sido notables y en la actualidad varios investigadores se dedican a este tema.

PELLICER sistematizó la cerámica ibérica del Valle del Ebro en 5 períodos evolutivos, de los cuales el I o Período Arcaico se refiere a los primeros contactos entre los colonizadores y los colonizados en las costas levantinas.

Pudo comenzar hacia el 700 a. C. y presencia la llegada de los prototipos de origen greco-púnico, como las ánforas del Coll del Moro y del Piuró de Mazaleón, o las copas de La Gessera. Entonces, en un ambiente puramente hallstático, aparecen las primeras cerámicas a torno (minoritarias) del Valle del Ebro, como las encontradas en el Roquizal del Rullo y en Escondinas Altas, aún sin decorar con pintura.

El II período, entre el 450-300 a. de C., contempla ya la fabricación *in situ* de los materiales y en los alfares indígenas se fabrican formas prestadas por los colonizadores, de tradición jónica, como el *kilix* ático, que se imita en el Castellet de Tivisa, o en San Antonio de Calaceite, o el *oinochoe* del Piuró de Mazaleón, o los vasos acampanados de San Cristóbal y Anseresa.

El Período III, de apogeo, entre el 300-200 a. de C., será el mejor momento de la cerámica ibérica en el Valle del Ebro. Es la fase de iberización total y, por eso, la cerámica alcanza gran preciosismo, con talleres locales de gran importancia, ya con características muy originales.

A partir de aquí se desarrolla el período ibero-romano, ya con clara influencia de la cerámica romana, entre el 200-50 a. de C., etapa en la que los lujosos productos romanos invaden el Valle del Ebro, a punto ya de culminar su romanización.

c) *Numismática*. Todas estas transformaciones tienen una clara repercusión en la conducta de los grupos humanos que poblaron las actuales provincias de Teruel y Zaragoza en época ibérica. La principal es la fijación en el terreno de determinados grupos humanos, con el desarrollo de un territorialismo que debió llevar sobre sí una fuerte carga política. La identificación de entidades políticas o de grupos tribales no ha terminado. A los ilerjavones, lobetanos, suessetanos... etc. debemos añadir, tras el espléndido trabajo de FATÁS, el grupo de los Sedetanos, plenamente identificados política y territorialmente. Sin embargo, lógicamente, se nos escapan los límites reales de esta territorialidad, dada la dificultad de vincular cada poblado, sobre todo en las zonas limítrofes, con un grupo humano determinado. El estudio de la numismática puede ser decisivo en este aspecto. Los recientes estudios sobre las monedas ibéricas del Valle del Ebro de A. DOMÍNGUEZ; sobre el tesoro de denarios de Alagón, de A. BELTRÁN; sobre los tesoros monetarios de Azaila, de M. BELTRÁN; sobre la circulación monetaria en el valle, de L. VILLARONGA; o sobre la identificación de la ceca de Arsaos de FATÁS, o la de Bolscan de A. DOMÍNGUEZ, por citar a unos pocos, es buena prueba del interés que despierta el tema.

d) *Epigrafía*. La existencia de un alfabeto ibérico conlleva la de una serie de inscripciones, algunas ampliamente estudiadas, tanto en piedra como en metal. A las conocidas inscripciones de Cretas, Calaceite, Albalate del Arzobispo, Azaila, Lécera, Oliete, La Iglesuela del Cid, Peñalba de Villas-

tar, Monreal de Ariza, Zaragoza... etc. hemos de añadir la reciente lectura de la cara B del conocido bronce de Botorrita y el excepcional hallazgo del bronce de Contrebia. El valor documental de estos hallazgos es absolutamente extraordinario. El bronce de Botorrita, escrito en alfabeto ibérico y lengua celtibérica, cuenta ya con abundante bibliografía, que suponemos aumentará. El bronce de Contrebia está escrito en latín, pero hace referencia a un litigio entre localidades de raigambre ibérica. Entre otros datos, este extraordinario hallazgo ha servido, por ahora, para delimitar bastante bien la frontera lingüística entre el celtibero y las lenguas no indoeuropeas, en una zona que se puede centrar en el punto medio del Ebro, dato filológico que encaja bien con las apreciaciones arqueológicas que hemos expuesto anteriormente, al señalar cómo las influencias de lo ibérico quedan desdibujadas, en dirección oeste, hacia la línea divisoria del Huerva.

Abundan en el texto los topónimos indoeuropeos, que es otro dato a manejar a la hora de valorar las transformaciones que experimentaron estos territorios en su base «céltica», tras el impacto costero.

e) *Metalurgia*. Son relativamente abundantes los restos metalúrgicos que han aportado los yacimientos turolenses y zaragozanos de la época ibérica. Armas, objetos de adorno, útiles de trabajo diario... configuran una proliferación del trabajo y del comercio del hierro, e incluso la aparición de centros de producción locales, algunos bien documentados.

Las armas están representadas por las espadas, sobre todo, con un conjunto importante hallado en Arcóbriga (Monreal de Ariza) en el que encontramos tipos de empuñaduras con antenas y hojas pistiliformes de evidente raigambre hallstática, que perviven en estos territorios celtibéricos hasta la generalización de las falcatas. La falcata está representada por modelos que imitan prototipos orientales que aparecen hacia el final del siglo IV a. C. Y, además, puntas de flecha, hachas, puntas de lanza, regatones y puñales. Algunos de estos elementos se siguen realizando en bronce, como las puntas de flecha y las hachas.

Entre los objetos de adorno las fíbulas tienen especial interés, sobre todo las de puente y las anulares hispánicas, así como las de doble resorte, que pueden tener damasquinado de plata, como la encontrada en Los Castellares de Herrera de los Navarros, decorada con espléndido jinete.

Casi nada sabemos de la orfebrería, aunque suponemos que debió existir una actividad artesanal dedicada a ella, como parece evidenciarlo el hallazgo de Chalamera.

Algunos broches de cinturón merecen especial atención por su damasquinado de plata, como los hallados en Azaila, San Antonio de Calaceite o Monreal de Ariza, seguramente fechables entre el V-II a. de C. Brazaletes (como el recientemente encontrado en El Bursau), anillos (El Pilaret de

Santa Quiteria) y otros pequeños objetos de adorno, parecen seguir teniendo una clara influencia hallstática.

Los instrumentos de trabajo y uso diario, destinados a cumplir una función claramente utilitaria, son abundantes: anillas, hachas, clavos, calderos, picos, barras, bocados de caballo, podaderas, azuelas, tijeras de esquilar, etc. En Zaragoza, los yacimientos en los que mejor se documenta esta metalurgia son: Los Castellazos de Mediana, La Corona de Fuentes de Ebro, Azuda de Maella, Cabezo de las Minas de Botorrita (con un reciente lote de hallazgos clandestinos, depositados en el Departamento de Arqueología de la Universidad, entre los que figura una nueva inscripción ibérica), El Piquete de la Atalaya de Zuera, Los Castellares de Herrera de los Navarros, Arcóbriga, Belmonte, La Oruña de Veruela, El Cerro de la Cueva de Esquilar de Borja... y otros más en los que son frecuentes los hallazgos de bronce y de hierro.

En Teruel, el conocido Cabezo de Alcalá de Azaila, con abundantes materiales, El Palomar de Oliete, el recién publicado Castillejo de la Romana en La Puebla de Híjar, El Castillejo de Griegos, San Antonio de Calaceite, Los Castillejos de Puertomingalvo, El Castillito de Alloza y el conocido Alto Chacón de Teruel, entre otros, con abundantes lotes metálicos, tanto en hierros como en bronce.

Los centros mineros, de los que se extraían las materias primas para la elaboración de la metalurgia, también aparecen parcialmente documentados. Muy conocido en la bibliografía es el centro minero del Moncayo, con el yacimiento de La Oruña (Veruela), que ofrece abundantes restos de escorias de fundición, así como otros lugares de la comarca de Tarazona.

Más reciente es el hallazgo de otro centro metalúrgico, también en la zona cercana al Moncayo, cerca de Épila.

La existencia de algunos pocos moldes de fundir (como el bivalvo que se conserva en el Museo de Zaragoza, hallado en tierras de Veruela) hace suponer una continuidad de las técnicas que desde la Edad del Bronce se conocían, como bien ha expuesto A. M. RAURET en su obra.

III. EVOLUCIÓN CRONOLÓGICA

Desde el punto de vista cronológico, a modo de esquema de trabajo, podemos sintetizar así las ideas anteriormente expuestas:

FASE I (entre 1100-850 a. de C.):

Primeras penetraciones hallstáticas hacia la llanada alavesa y Cataluña, con elementos de los Campos de Urnas. Aparición de las primeras cerá-

micas excisas en Álava; primera necrópolis en Cataluña (Can Missert y Agullana). Primeras penetraciones hacia el Valle del Ebro, en un momento intermedio (Cabezo de Monleón). Desplazamientos a lo largo de la cuenca del Ebro (Cortes de Navarra, El Redal).

FASE II (entre 850-650 a. de C.):

Ocupación selectiva del Bajo Aragón (Cabezo de Monleón, Roquizal del Rullo, Cabezo Torrente). Aparición de áreas locales con características originales, como los túmulos de incineración bajoaragoneses. Selección de áreas geográficas útiles para la agricultura cerealista y la ganadería subsidiaria. Delimitación territorial de grupos humanos. Primeros desplazamientos selectivos hacia la Meseta, desde el Valle del Ebro. Aparición en los yacimientos bajoaragoneses de las primeras cerámicas finas de importación. Impacto costero protocolonial en todo el Levante.

FASE III (entre 650-450 a. de C.):

Fijación de grupos humanos en territorios concretos. Sedentarismo selectivo parcial. Continúa la penetración de cerámicas finas de importación en el Bajo Aragón. Hacia el 550, primeros hallazgos griegos. Penetración de los instrumentos de hierro. Modificaciones en las plantas de los poblados y las necrópolis. Primeras cerámicas a torno. Desplazamientos hacia los bordes septentrionales de la Meseta. Ocupación de la Meseta y comienzo de la vida de los castros meseteños (niveles inferiores de El Royo, Castillejo de Fuensaúco, Valdeavellano de Tera). Período protoibérico y comienzo, sin solución de continuidad, de la cultura ibérica plena.

FASE IV (entre 450-200 a. de C.):

Época ibérica. Cerámicas a torno. Generalización del uso del hierro. Sistema monetar. Alfabeto. Delimitación territorial de grupos humanos con base en unas estructuras políticas. Continuidad de algunos aspectos de la cultura hallstática. Al final, inicios del proceso de romanización.

IV. ALGUNOS RECIENTES TRABAJOS

En la investigación de campo se está desarrollando una actividad intensa, de la mano de los Departamentos de Prehistoria y Arqueología e Historia Antigua de la Universidad, así como de los museos de Zaragoza y Teruel, que a su vez vinculan en estas tareas a personas y grupos afines.

Estos trabajos podemos resumirlos, atendiendo a las dos etapas en las que hemos dividido esta síntesis, de la siguiente forma:

1. Época Hallstättica

a) Provincia de Zaragoza

En Uncastillo ha excavado J. I. ROYO en el Corral de Mola una interesante necrópolis tumular, cuyos resultados están ya en prensa, con la colaboración de J. PAZ. Se han excavado cinco túmulos que ofrecen materiales muy antiguos, tal vez fechables a partir del siglo VIII a. de C. Los materiales son muy diversos, desde fibulas de doble resorte, broches de cinturón, brazaletes, botones... etc.

BURILLO¹ ha trabajado en los yacimientos de El Busal de Uncastillo, necrópolis tumular de incineración, con abundantes materiales, y en Puyalmanar (Sádaba), donde encontró un molde de fundición de arenisca, de época hallstättica.

FRAGO, AGUILERA y ROYO han dado a conocer² los resultados de sus trabajos en los yacimientos de Burren Burrena (Fréscano) y El Bursau (Borja); este último ofrece un nivel hallstättico intacto, paralelizable al PIIB de Cortes de Navarra, con hallazgos metálicos en bronce. Igualmente han trabajado en El Morredón (Fréscano), poblado que ya dio a conocer HERNÁNDEZ VERA³ y que pudo ser destruido por un incendio en el mismo momento que el estrato PIIB de Cortes de Navarra. Los materiales son también muy interesantes.

BURILLO y FANLO han estudiado el Alto de la Cruz (La Muela), poblado de marcado carácter agrícola, paralelizable a Cortes, y Burren Burrena, que debió finalizar hacia el siglo VI-V a. de C.⁴

En el verano de 1980 J. J. EIROA ha realizado su primera campaña de excavaciones en el poblado y necrópolis hallstätticos de la Loma de los Brunos, en Caspe, donde ha hallado un interesante urbanismo que se aparta ligeramente de lo habitual en este tipo de poblados y una secuencia estratigráfica que comienza con un nivel de transición entre el Bronce Final y la época hallstättica, hallando además unos materiales sumamente clásicos de cada etapa. La excavación se ha realizado también sobre dos de los túmulos de incineración de la necrópolis, igualmente con resultados muy positivos. A la hora de entrar en prensa esta memoria está igualmente en prensa un avance de la campaña (*Cuadernos de Estudios Caspolinos*, n.º 3).

¹ BURILLO, F. (1977), «Materiales de la Primera Edad del Hierro aparecidos en el "Busal" (Uncastillo, Zaragoza)», *Estudios*, III, Zaragoza.

² AGUILERA, I. y ROYO, I. (1978), «Poblados hallstätticos del Valle del Huerva», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, II.

³ HERNÁNDEZ VERA, J. A. (1979), «El poblado hallstättico de Morredón (Fréscano, Zaragoza)», XV, *C. N. A.*, Zaragoza.

⁴ BURILLO, F. y FANLO, J. (1979), «El yacimiento del Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza)», *Caesaraugusta*, 47-48, Zaragoza.

b) Provincia de Teruel

En julio de 1980 excavó A. ÁLVAREZ, del grupo «Bajo Aragón», parte de la necrópolis de Fila de la Muela (Alcorisa), en la que se ha documentado un enterramiento con estructura de piedras y barro, de planta oval, con un murete diametral, con restos de varias urnas, fragmentos de hierro y una interesante vasija con decoración plástica de manos con cuatro dedos. Él mismo ha trabajado en El Morenillo (Alcorisa), que es un yacimiento que ha proporcionado moldes de fundición y cerámicas acanaladas e incisas de campos de urnas. Su ocupación parece de finales del Hallstatt, cuando se recibe el impacto de las primeras cerámicas a torno. En niveles muy inferiores se ha notado una ocupación más antigua con cerámicas a mano, bruñidas.

ÁLVAREZ, ENRÍQUEZ y ALOM han publicado recientemente⁵ la espada de antenas de Alcorisa, con una referencia a la necrópolis de Fila de la Muela.

Y en la comarca de Mora de Rubielos, F. BURILLO se dedica a prospeccionar una amplia zona, con miras a la ulterior situación de los yacimientos, que posteriormente serán estudiados.⁶

2. Época ibérica

a) Provincia de Zaragoza

En julio de 1980 A. BELTRÁN ha continuado la excavación del Cabezo de las Minas de Botorríta, en el que se ha descubierto una estructura de edificaciones, con cuatro columnas toscamente trabajadas, así como diversos materiales que evidencian la destrucción violenta del poblado.⁷

b) Provincia de Teruel

M. BELTRÁN, que sigue realizando el plan de trabajos de campo del Museo de Zaragoza, ha publicado recientemente los resultados de sus excavaciones en el poblado ibérico del Castillejo de la Romana, de Puebla de Híjar, que parece estar en estrecha relación con el poblado de Azaila.⁸

⁵ ÁLVAREZ, A.; ENRÍQUEZ, J. J., y ALOM, J. (1980), «La Espada de Alcorisa y la Necrópolis de Fila de la Muela», *Bajo Aragón. Prehistoria*, II.

⁶ *Arqueología* 79, Ministerio de Cultura, Memoria de las actuaciones programadas en el año 1979, Madrid, 1980 (Prov. de Teruel).

⁷ BELTRÁN, A. (1974), *Aragón y los comienzos de su historia*, Universidad de Zaragoza, (desde la p. 47).

⁸ BELTRÁN, M. (1979), «El poblado ibérico de Castillejo de la Romana (La Puebla de Híjar, Teruel)», *E. A. E.*, Ministerio de Cultura, Madrid.

F. MARCO realiza otra nueva campaña de excavaciones en el Cabezo Palao, de Alcañiz, poblado fortificado con restos de varias viviendas y dos templos, con materiales tan interesantes como las dos esculturas de équidos en piedra arenisca, que son el primer caso de escultura prerromana en el Valle del Ebro.⁹

P. ATRIÁN ha excavado en el poblado de El Palomar de Oliete, en el que se han hallado abundantes cerámicas, algunas con decoración pintada de figuras humanas. Este poblado parece perdurar hasta el siglo I a. de C.¹⁰

Por fin, desde el punto de vista bibliográfico, nos remitimos a la reciente publicación (julio de 1980) de la síntesis de A. BELTRÁN,¹¹ en la que se ofrece un estado de la cuestión. Posteriormente ha sido publicada la obra de BURILLO¹² en la que nos ofrece referencias de más de cincuenta localizaciones de yacimientos en las cuencas del Huerva y el Jiloca, así como los primeros estudios de G. FATÁS sobre el conocido bronce de Contrebia¹³ y la breve síntesis de J. J. EIROA sobre la época hallstática en Aragón.¹⁴

⁹ *Arqueología 79 (cit.)* y BARDAVIU, J. y THOUVENOT, R. (1930), *Fouilles dans la region d'Alcañiz (province de Teruel), I Alcañiz El Viejo, II El Palao, Cabezo del Moro*, Bibliothèque de l'École des Hautes Études Hispaniques, XI, 2, Burdeos-Paris, 30-80.

¹⁰ *Arqueología 79 (cit.)* y ATRIÁN, P. (1968), «Una inscripción ibérica en el Palomar de Oliete, Teruel», *Teruel*, 39, 117.

¹¹ BELTRÁN, A. (1980), «Arqueología Aragonesa», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza.

¹² BURILLO, F. (1980), *El Valle Medio del Ebro en época Ibérica (Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio)*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza.

¹³ FATÁS, G. (1980), «El Bronce de Contrebia», *Bajo Aragón. Prehistoria*, II, Zaragoza.

¹⁴ EIROA, J. J. (1980), «Las migraciones célticas en Aragón», *Alcorces*, Tema aragonés, 13, Zaragoza.

